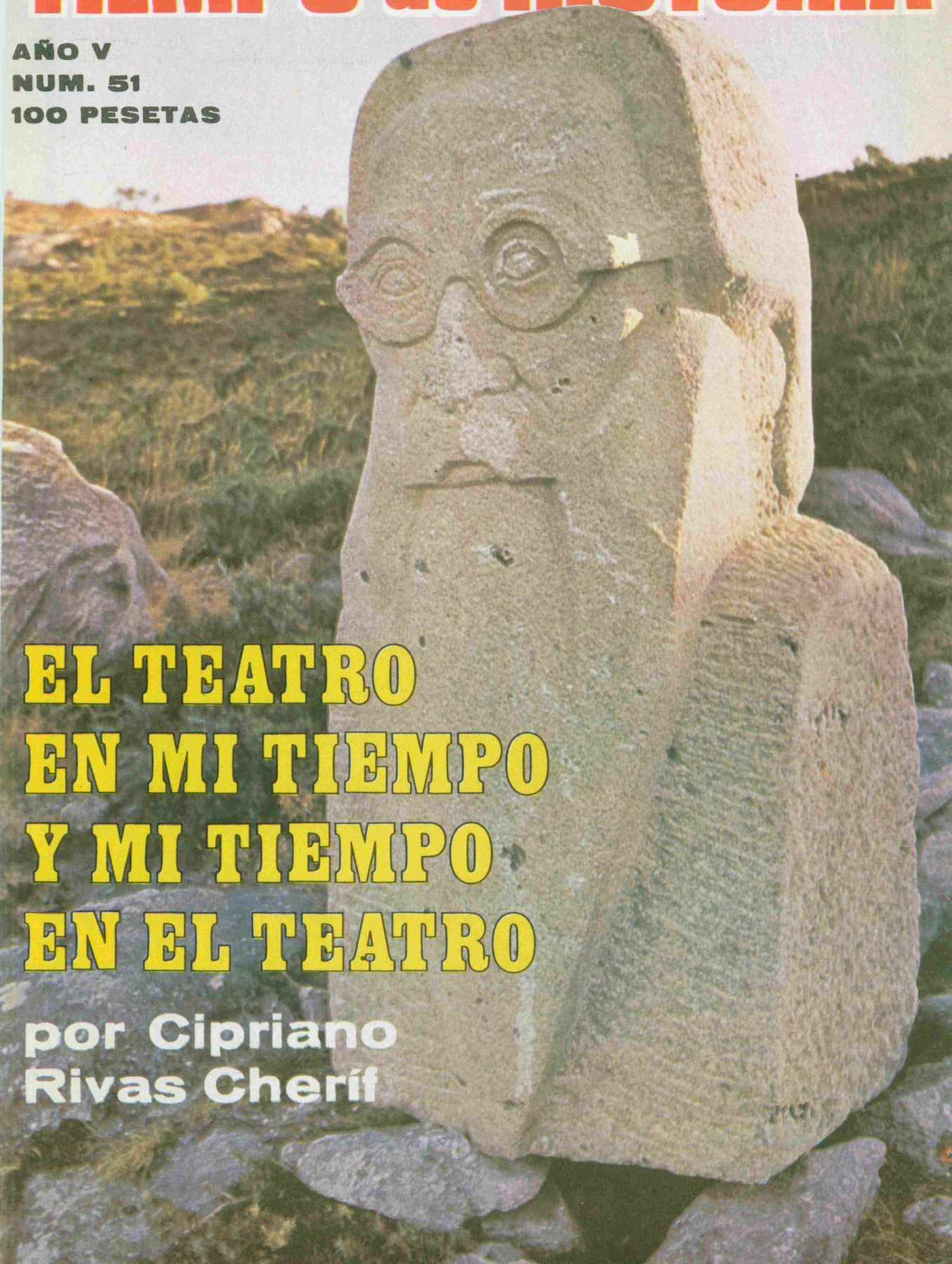
TIEMPO de HISTORIA

AÑO V
NUM. 51
100 PESETAS



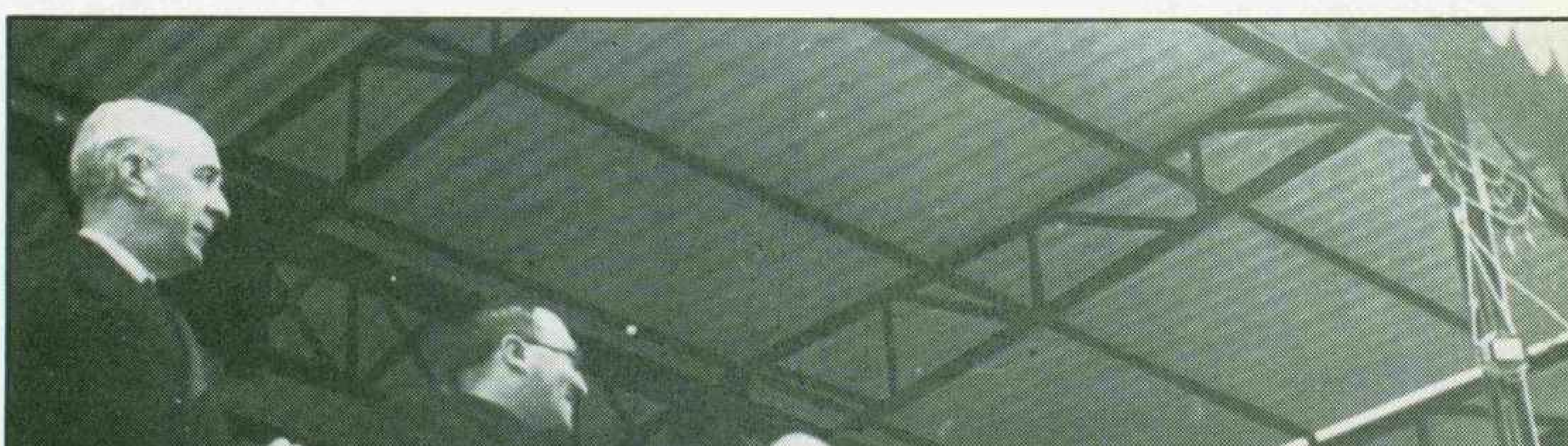
EL TEATRO EN MI TIEMPO Y MI TIEMPO EN EL TEATRO

por Cipriano Rivas Cheríf

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Juan Maestre Alfonso

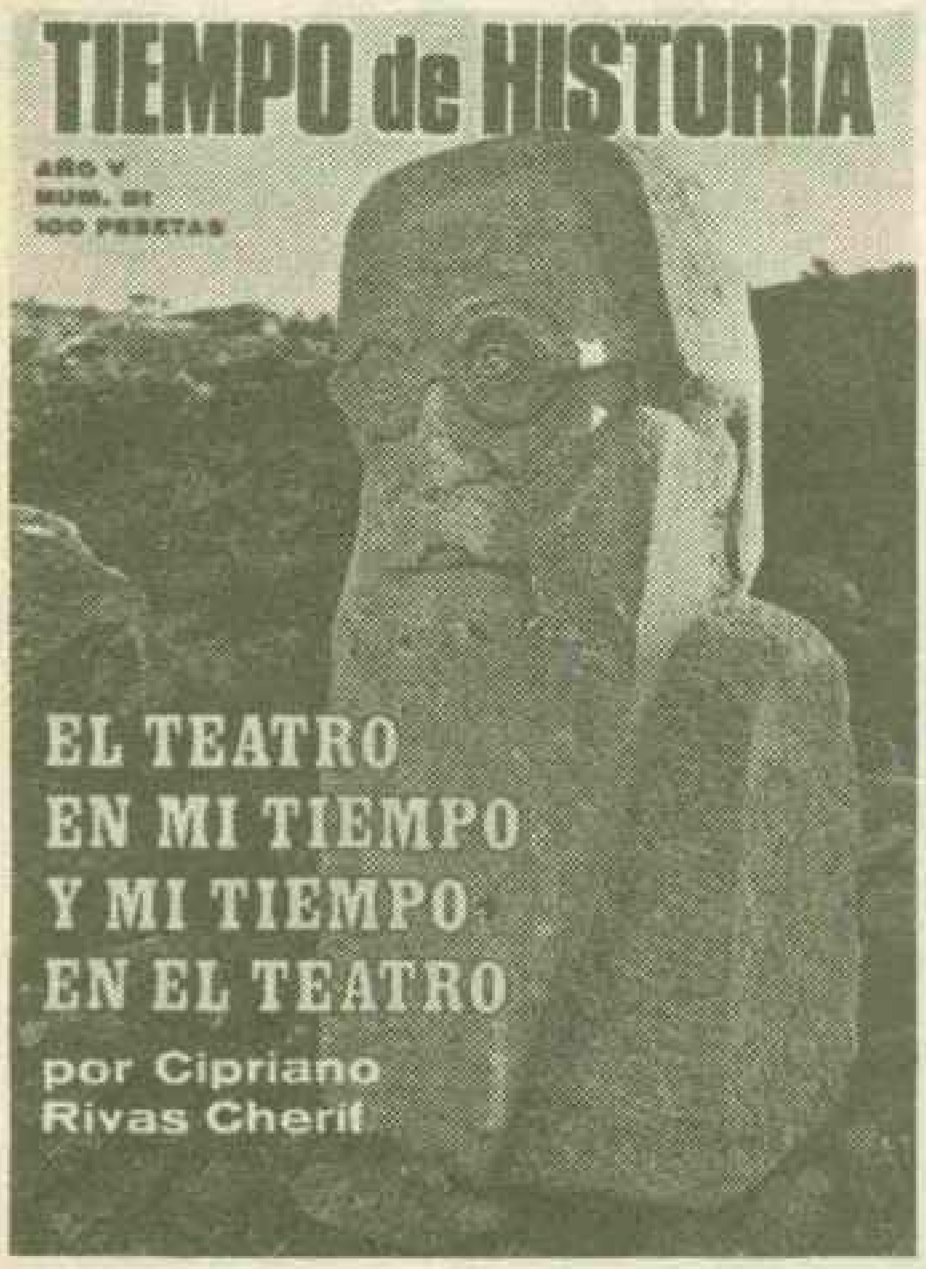
Los militares y la II República: Recuerdo de Martínez Barrio



La tribuna oficial durante el desfile conmemorativo del 5.° Aniversario de la proclamación de la República, en Madrid. (En el centro de la fotografía, Martínez Barrio, a su izquierda Manuel Azaña, y a su derecha Claudio Sánchez Albornoz).

SUMARIO

AÑO V ● NUM. 51 ● FEBRERO 1979 ● 100 PESETAS



PORTADA: De las Memorias —aún inéditas— de Cipriano Rivas Cherif, y por gentileza de su familia, publicamos el capítulo dedicado a Don Ramón María del Valle-Inclán. A través de la imagen bradominesca del autor de «Los Cuernos de Don Friolera», va perfilándose una época decisiva en la vida cultural de la España contemporánea.



A CINCUENTA AÑOS DE LOS TRATADOS DE LETRAN: La cuestión romana, vigente desde 1870, a raíz de la entrada de las tropas de Víctor Manuel II por la brecha de Porta Pía, que acabaría con el último retazo de soberanía papal, pudo solucionarse en 1929 gracias a la buena disposición de Pío XI y a la sagaz política —no exenta de interesados cálculos— del entonces presidente del Consejo y ya dictador en ciernes de Italia, Benito Mussolini (en la fotografía).

Págs.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN**, SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA:** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Vicente Gaceo, 23. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-29 y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 218 78 46. BARCELONA-11. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,350. MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M.36.133–1974. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130.

Los militares y la II República



• Recuerdo de Martínez Barrio

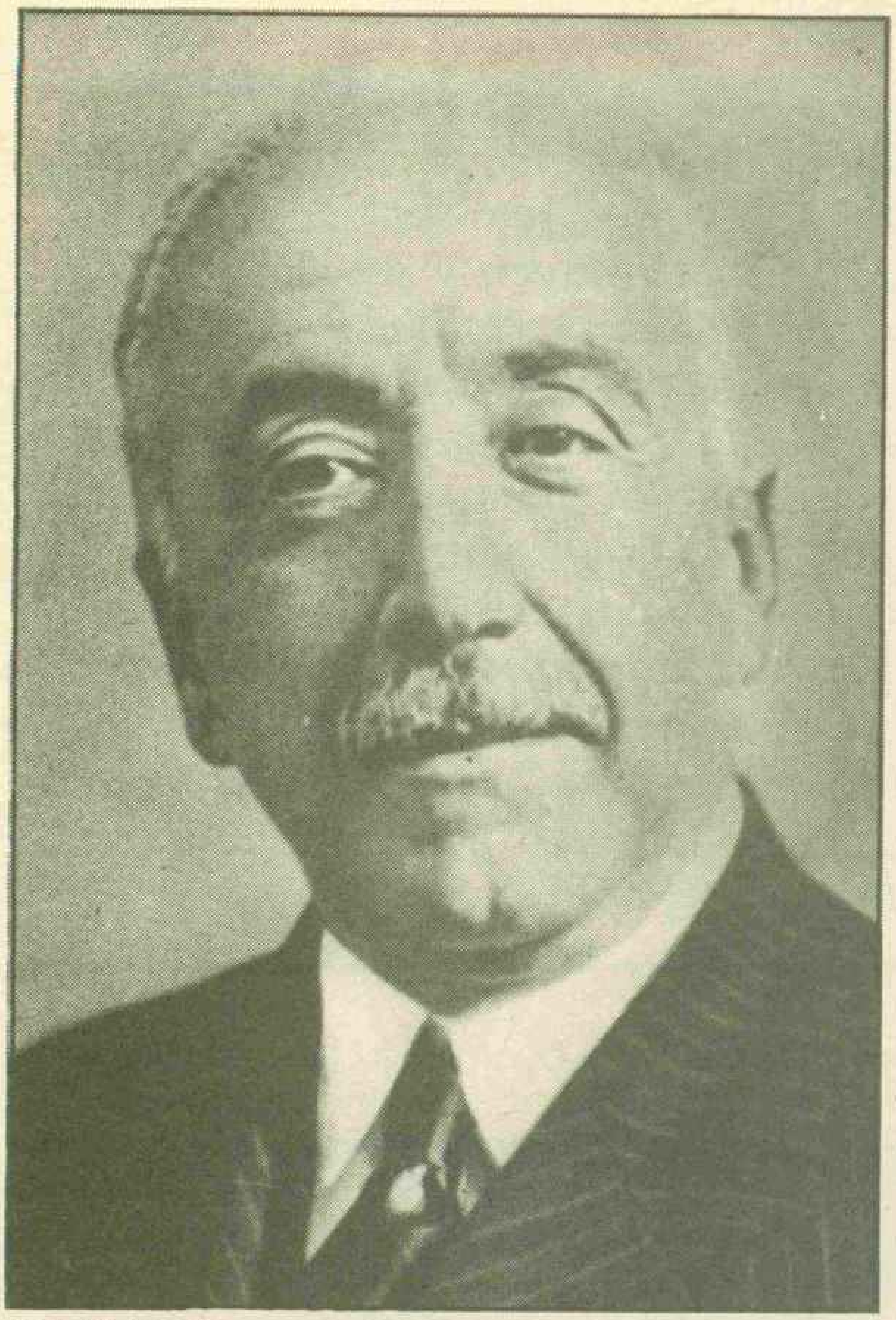
Juan Maestre Alfonso

POR razones obvias, una parte de la historia de España ha permanecido desconocida durante el largo túnel del franquismo. Nos quedamos en El Cid, Daoíz y Velarde, Agustina de Aragón, etc., personajes que se nos representaban a la imagen y semejanza del «Guerrero del antifaz» o «Roberto Alcázar y Pedrín». Sobre la República y la guerra civil era algo más que vacío: se procuró la mayor de las desinformaciones. Luego vendría, al abrirse la mano, el gran **boom** *sobre estos temas, boom que todavía no está agotado, pues aparte del valor histórico y pedagógico de esa triste experiencia quedan muchos temas, y no secundarios, por salir a la luz, al análisis y a la discusión. Uno de estos es la controvertida figura de Diego Martínez Barrio, personaje de gran protagonismo en la República —en el parto, antes del parto y después del parto—, y principalmente en unas intensas horas que pudieron, o al menos quisieron, cambiar el rumbo de la trágica historia de España en ese día tristemente célebre del 18 de julio de 1936.*

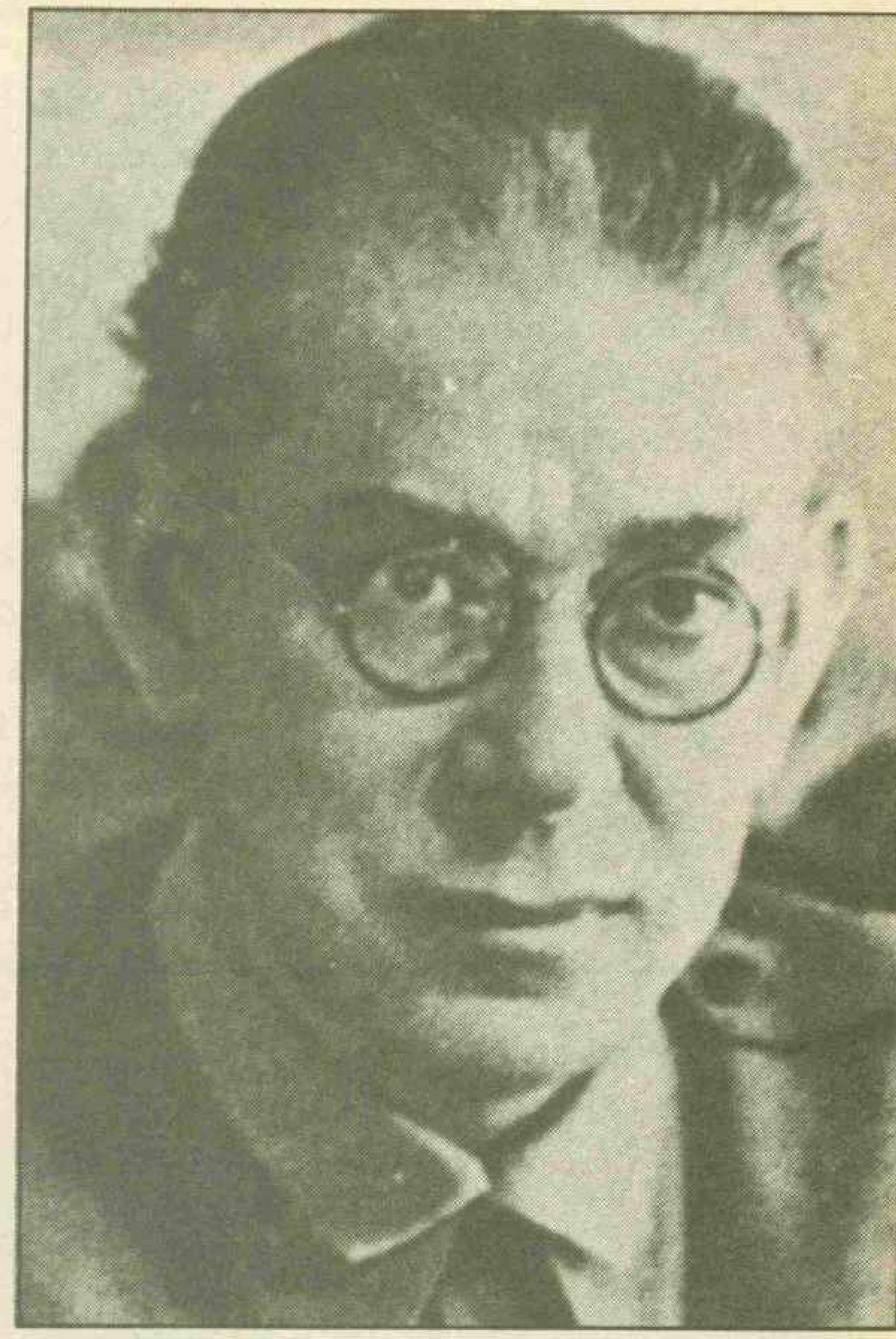
MARTINEZ Barrio, **don Diego,** fue un hombre de modestísimo origen, hijo de un albañil y de una vendedora del mercado, que tuvo que comenzar a trabajar a los diez años, primero en una panadería y más tarde como aprendiz de tipógrafo —la profesión por la que pasaron tantos líderes de la izquierda española— para luego acabar como empleado del comisionado del matadero de Sevilla, su más alto empleo por cuenta ajena, y donde estuvo trabajando hasta que pudo poner una pequeña imprenta de su propiedad con la que pudo vivir. Andaluz de pura cepa, logró salir concejal del Ayuntamiento de Sevilla como candidato republicano, ideología que profesaba desde bien joven. También se presentó como candidato a Diputado, pero fue derrotado en una ocasión, y en otra no se le reconoció su triunfo de un modo tan injusto y descarado que el triunfador proclamado, Juan Ignacio Luca de Tena, se negó a tomar posesión. Miembro, en 1930, del Comité Central Revolucionario en el que fue representante por Andalucía, se tuvo que exilar, exilio al que le acompañó su paisano Queipo de Llano, entonces republicano y más tarde san-



También se presentó como candidato a diputado, pero fue derrotado en una ocasión, y en otra no se le reconoció su triunfo de un modo tan injusto y descarado que el triunfador proclamado, Juan Ignacio Luca de Tena —en la foto—, se negó a tomar posesión.



Al dimitir Alcalá Zamora —en la fotografía— en 1936, fue designado interinamente como Presidente de la República, puesto en el que estuvo tan sólo poco más de un mes, pero en momentos muy delicados.

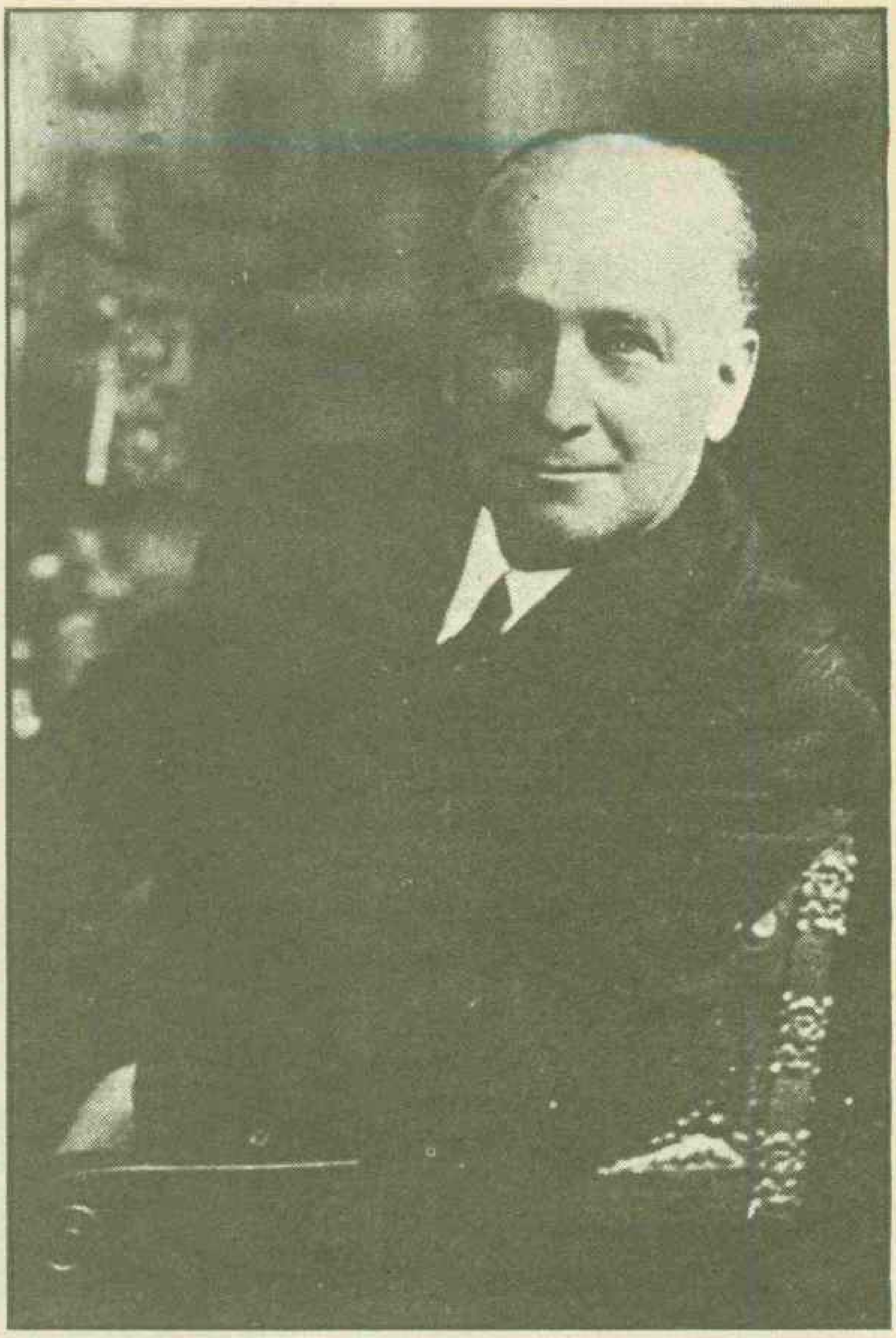


En la noche del 18 de julio es encargado por Azaña de formar gobierno, que sería posiblemente el más efímero de la historia de .España: Habló con varios de los militares sublevados, incluso con Mola (en la foto), conversación sobre la que algunas fuentes afirman —no la que comentamos en este momento— que le ofreció el Ministerio de la Guerra de un Gobierno de Conciliación.

guinario perseguidor de la República, de lo cual además se jactaba.
Ministro de Comunicaciones al proclamarse la República, pasó un poco después a ocupar el importante puesto de Ministro de Gobernación y más tarde del Ejército, luego en 1933 Presidente del Consejo de Ministros, situación en la que convocó y presidió las elecciones de 1933 que dieron el triunfo a las derechas. Separándose del Partido Radical fundó la Unión Republicana. Diputado por Sevilla, fue elegido Presidente de las Cortes con el mayor número de votos que jamás se alcanzara en una votación para ese organismo, obtuvo el favor de derechas e izquierdas, 386 votos sobre 397 diputados. Al dimitir Alcalá Zamora en 1936 fue designado interinamente como Presidente de la República, puesto en el que estuvo tan sólo poco más de un mes pero en momentos muy delicados. En la noche del 18 de julio, y después de varios intentos en la intensa jornada, es encargado por Azaña de formar gobierno, que sería posiblemente el más efímero de la historia de España: tres horas de derecho y doce de hecho, lapso de tiempo en el que se esforzó, a su manera, en evitar la tragedia. Habló con varios de los militares sublevados, incluso con. Mola, conversación sobre la que algunas fuentes afirman —no la que comentamos en este momento— que le ofreció el Ministerio de la Guerra de un Gobierno de Conciliación, gobierno para el que Martínez Barrio podía ser el artífice dada su conocida moderación y la relativa confianza que tenía en él la derecha, y gobierno cuya intención era agrupar a todas las fuerzas políticas a excepción de la CEDA y del Partido Comunista. Fracasado su intento y absolutamente fiel a la República, Martínez Barrio pasó a ocupar con probada eficacia diversos cargos de menor importancia para una persona que había pasado por los más altos puestos del país, pero de indudable necesidad. Sufrió la derrota y el exilio, en tanto que su casa de Madrid era usurpada por el General Moscardó, el del Alcázar, el de su hijo rehén, el mismo que tuvo rehenes republicanos en el Alcázar... Todavía fue elegido Presidente de la República en el exilio en



Sufrió la derrota y el exilio, en tanto que su casa de Madrid era usurpada por el general Moscardó (en la fotografía), el del Alcázar, el de su hijo rehén, el mismo que tuvo rehenes republicanos en el Alcázar...



Tal como presenta Antonio Alonso Baño esos momentos, se trata del enfrentamiento de dos posiciones. La de Largo Caballero (en la foto), que se haría prevalecer, de «armar al pueblo», y la de Martínez Barrio de «dominar la rebelión con la fuerza armada de los militares leales».

el año 1945, en la reunión que con toda pompa celebraron las Cortes de la República en el Salón de Cabildos del Palacio del Gobierno de México, con fuerzas del ejército de ese país que rendían honores y cubrían la carrera...; trágico espejismo... Luego la desilusión, una vida digna y, en 1962, la muerte.

El homenaje y la defensa de Martínez Barrio (1) ha sido objeto de la iniciativa de un grupo de republicanos compañeros y amigos suyos y llevada a cabo por Antonio Alonso Baño, quien también ha sido ministro de la República en el exilio, quizá el único miembro que no perteneció a la vieja guardia, ni participó en la guerra, sino que es procedente de la generación política nacida al calor de las luchas universitarias de finales de la década de 1950. Con ese tipo de vinculaciones afectivo-políticas, el subjetivismo del tratamiento es inevitable, lo cual lo aleja de un carácter científico desde el punto de vista histórico. Los propios promotores y confeccionadores de la obra lo definen como **homenaje**, y por lo tanto se reduce a un trabajo apologético que omite toda crítica. La parte más interesante del trabajo es un capítulo, francamente apasionante, del que es autor Alonso Baño y que forma parte de su libro, aún inédito, «La Segunda República y el Ejército», donde su autor relata las vicisitudes pasadas el 18 de julio para la formación del Gobierno de Conciliación, una vez que Casares Quiroga presentó su dimisión.

Tal como presenta Alonso Baño esos momentos, se trata del enfrentamiento de dos posiciones. La de Largo Caballero, que se haría prevalecer, de «armar al pueblo», y la de Martínez Barrio de «dominar la rebelión con la fuerza armada de los militares leales». Avalaba la posición de Martínez Barrio su confianza en varios jefes militares, la adhesión que había recibido mientras fue Presidente interino por parte de Franco, Queipo de Llano, Goded y Mola, y que

---

(1) **Homenaje a Diego Martínez Barrio.** *Recopilación y selección de textos de Antonio Alonso Baño, de quien es también la presentación y la nota biográfica no está firmada. Impreso y editado en París en 1978, en impecable edición de 245 páginas, pero sin que conste la editorial.*



El general Franco mistificó el Ejército. Lo destruyo. De ser el Ejercito español lo convirtió en **el Ejército de Franco... (Francisco Franco Bahamonde, en vísperas de la guerra civil).**

este último el día 16 de julio había dado personalmente su palabra de honor a su superior jerárquico de no estar mezclado en la conspiración. Según el comentarista, el razonamiento de Martínez Barrio —a quien define como el político de la clase media española— era: «convencer al Ejército de que no se sublevara, con lo que la agitación de las masas quedaría colmada, y ofrecía al mismo tiempo al Ejército poner en práctica una política de prestigio y respeto para las instituciones armadas con **represalias para las organizaciones obreras** (2) que no lo entendieron así». «En la conversación con Mola, Martínez Barrio le comunicó que acababa de constituir un nuevo gobierno con el propósito de contener el desbordamiento de las masas obreras y calmar los ánimos excitados del Ejército prestigiándolo y haciéndolo respetar».

Según la exposición de Alonso Baño —que no dejará de levantar polémicas— parece como si la culpa de la guerra civil la tuviera principalmente Largo Caballero, quien, como dice, «olvidó que la alianza entre organizaciones obreras y la clase media liberal fue siempre en España el fundamento de toda política de izquierdas, y los sindicatos obreros que **mixtificaron la República** del mismo modo que **Franco mixtificó el Ejército»**. ¿Qué pueden pensar de este juicio los cientos de miles de miembros de la clase obrera que dejaron su vida por una República que era la suya, que pensaron que defendiéndola defendían sus intereses de clase? ¿Qué hubiera sido de la República en el 18 de julio si no es por la resistencia popular? ¿Cuánto habría durado? ¡Duras e injustificadas las

(2) Ninguno de los subrayados pertenecen al original.

comparaciones y juicios del joven ex ministro de la República!

Por otro lado, son interesantes las observaciones hechas por Alonso Baño, y que son la tesis principal de su obra todavía inédita sobre el Ejército en la II República, que se resumen precisamente en una frase de Franco, nada menos que del 23 de junio de 1936: «Faltan a la verdad quienes presentan al Ejército como desafecto a la República». Estima que el Ejército como institución no quiso sublevarse, y funda su teoría en que de los ocho Capitanes Generales, siete permanecieron fieles a la República, como también el Jefe del Estado Mayor Central; el Director General de la Guardia Civil; el Director General de Aviación; el Jefe superior de las fuerzas de Marruecos y el General Jefe de la División de Caballería, y en el hecho de que Franco fusilara a once generales —uno de ellos Cruz Laureada de San Fernando—, condenara a muerte (aunque no fueron ejecutados) a otros seis, y treinta y tres más permanecieron leales a la República y fueron expulsados del Ejército. «Jamás en la historia de España —dice Alonso— una Constitución como la de 1931 y una bandera, la roja, amarilla y morada, recibieron un homenaje de sangre de tantísimos generales, jefes y oficiales del Ejército español... El General Franco mixtificó el Ejército. Lo destruyó. De ser el Ejército español lo convirtió en el Ejército de Franco...».

El resto del libro son artículos o testimonios de o sobre Martínez Barrio, documentos que no dejan de presentar un interés y ofrecer ángulos de esa historia de España aún en la penumbra. Hay dos que cobran singular interés, ambos relacionados con el fundador y jefe nacional de Falange, el mitificado José Antonio Primo de Rivera. Uno de ellos es una lista que José Antonio proponía en agosto de 1936 como gobierno de pacificación nacional, y en la que incluía a Diego Martínez Barrio. Otro es el relato hecho por el propio Martínez Barrio de la propuesta que le hizo José Antonio de entrevistarse con él, entrevista que con el conocimiento del Gobierno celebró el Secretario de la Junta Delegada de Levante, Leonardo Martín Echevarría, a quien propuso José Antonio se le dejara en libertad bajo su palabra de honor de regresar a la cárcel con el fin de realizar en el campo rebelde una gestión orientada a la terminación de la guerra civil.

Ahora sólo queda esperar la polémica que a Antonio Alonso Baño y otros republicanos les va a llegar, tanto por diestra como por siniestra! ■

J. M. A.



Ahora sólo queda esperar la polemica que a Antonio Alonso Baño y otros republicanos les va a llegar tanto por diestra como por siniestra.

Por qué y cómo intervino Rusia en la guerra civil española

Juan García Durán

UNO de los documentos más interesantes sobre la reacción rusa a la guerra civil es un informe del Vizconde de Chilston, Embajador inglés en Moscú, enviado al Foreign Office el 14 de agosto de 1936. Dada su extensión, sólo presentamos algunos extractos (1).

Dice: «Aunque la guerra parece probable que termine con el establecimiento de un régimen comunista en ese país, yo no creo que la noticia del levantamiento haya sido recibida con entusiasmo alguno por el Gobierno soviético...». «Así, aunque desde el principio, la prensa soviética dedicó mucho espacio a la guerra con una inevitable parcialidad en la selección de la información extranjera, no dio muestra alguna, durante las primeras etapas, de que el Gobierno de Madrid pudiera esperar otra cosa de la URSS que una simpatía platónica».

«Esta actitud, correcta y neutra, creo que hubiera podido ser mantenida, si no fuera que lo impidió la evidencia, cada día más grande, de la ayuda activa de los dos principales estados fascistas a los insurgentes. Sin embargo, cuando el Gobierno soviético decidió actuar, actuó rápidamente. Hasta el 2 de agosto, unos quince días después del levantamiento, ni una palabra había sido dicha sobre una sola manifestación «popular», pero, al día siguiente, mítines y manifestaciones de indignación «popular» tuvieron lugar a millares en todas partes, y el Consejo Central de los sindicatos organizó colectas para ayudar a los «combatientes españoles de la República». El total recaudado fue de 12.145.000 rublos, cuyo equivalente en francos, al cambio oficial, es 36.435.000, o, aproximadamente, medio millón de libras esterlinas, que fueron enviadas al Primer Ministro español». «Desde entonces la prensa no ha vuelto a hablar de esta colecta». «...Yo tengo buenas razones para creer que el Chargé d'Affaires francés ha recomendado al Gobierno soviético el suspender, tan pronto como sea posible, toda publicidad sobre este asunto y aceptar el principio de No-Intervención».

---

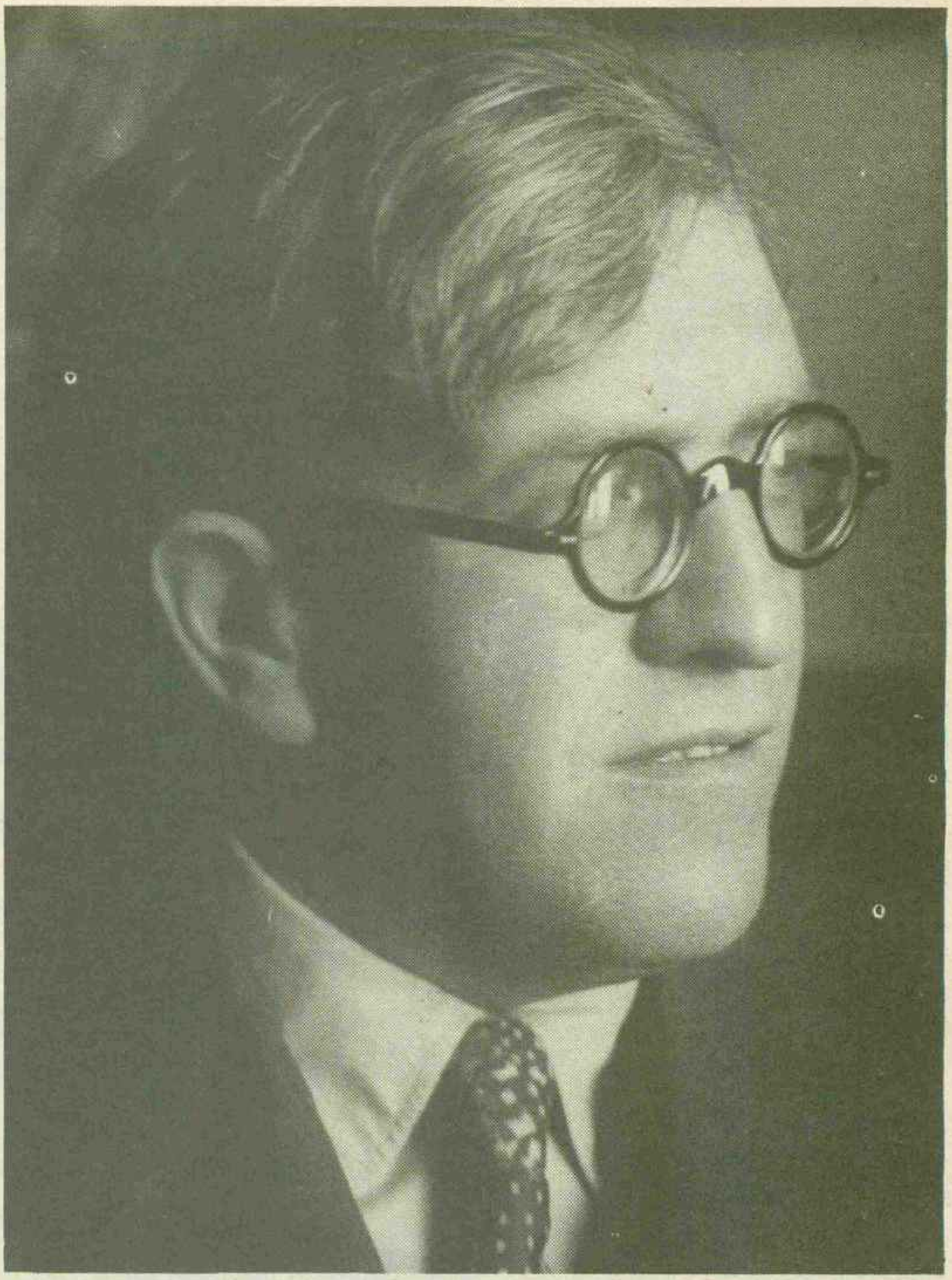
(1) Foreign Office correspondence. F. O. 371/20530.


Antifascistas
ESPAÑOLES
ADELANTE HASTA VENCER AL FASCISMO CON
VOSOTROS ESTA EL
PUEBLO RUSO
J. Stalin
RADIO — VENTAS
PUERTA DEL SOL
PARTIDO COMUNISTA

EN el mismo informe el Embajador cita un artículo de Radek, aparecido en «Izvestia», en el cual éste dice: «Cuanto más fuerte los alemanes vociferan sobre la intervención soviética o francesa, más claro aparece que se preparan a acciones serias, no solamente contra España, sino también contra Francia».

El Embajador añade: «Este último juicio muestra, naturalmente, el fondo del problema soviético. Lenin profetizó hace ya tiempo, que España sería la primera en seguir el mismo camino que Rusia; pero España y la revolución universal pueden esperar. Entretanto, lo que es un peligro para Francia es un peligro para la Unión Soviética».

Casi al mismo tiempo (el 13 de agosto, 1936) el Teniente Coronel Simon, Agregado Militar de Francia en Moscú, comunica a Mr. Daladier, Ministro de Defensa Nacional (Dépêche N.º 275/S. Secret. Source sérieuse): «La actitud que debería adoptar el Komintern en presencia de los acontecimientos en España, parece ser apreciada de forma muy diferente por los miembros de esta organización».



«¿Quizá el Sr. Alvarez del Vayo, nuevo Embajador de España en Moscú, temperamento mucho más combativo, más ardiente y más virulento obtendrá otros resultados?». (En la foto, Julio Alvarez del Vayo).

«La fracción moderada, a la cual pertenece Stalin, desearía evitar toda intervención para no provocar una reacción de Alemania e Italia. La fracción extremista, por el contrario, estima que la URSS no debería permanecer neutral, sino sostener el Gobierno legal».

Todo parece indicar, como el Embajador inglés había supuesto, que la influencia francesa fue decisiva en cuanto al silencio de la prensa, sobre las colectas, ya que el 5 de agosto el Chargé d'Affaires francés, Mr. Payart, se entrevistó con Litvinov para decirle que: «El Gobierno francés considera muy deseable que la Unión Soviética acepte el principio de No-Intervención en los asuntos internos de España». Y el mismo día recibió la respuesta siguiente: «El Gobierno de la URSS acepta el principio de No-Intervención en los asuntos de España y está presto a participar en el acuerdo propuesto. Es de desear que Portugal participe en esta convención y que la ayuda que ciertos estados dan a los rebeldes, contra el Gobierno legal de España, cese inmediatamente» (2).

Después de la segunda declaración rusa, del 23 de agosto, confirmando la adhesión a la No-Intervención, transcurrió un período de más de tres semanas sin ninguna manifestación o declaración de ayuda, pero hacia mediados de septiembre, cuando todas las informaciones mostraban que Alemania e Italia continuaban abasteciendo a los rebeldes con material de guerra, se produjo una nueva ola de reuniones, manifestaciones y colectas. Y, hacia mediados de octubre, la prensa rusa anunciaba que la suscripción había alcanzado la suma de 47.600.000 rublos.

(2) *«Izvestia», 6-8-1936.*

¿POR QUE RUSIA SE DECIDIO A AYUDAR LA ESPAÑA REPUBLICANA?

La respuesta a esta pregunta no es fácil, porque los archivos rusos no están abiertos a la investigación; sin embargo, siguiendo las etapas sucesivas de la guerra, podemos encontrar una o varias razones.

A pesar de que la guerra civil ha nacido de la sola voluntad española, dependió desde el principio —y aún antes en cuanto a los rebeldes— del apoyo extranjero. Y hasta es posible que sin este apoyo hubiera terminado con otro «Abrazo de Vergara». Pero, como hemos visto más arriba, Italia y Alemania saltaron sobre la ocasión tan pronto como ésta se presentó, dándole un carácter internacional, dramatizado por la intervención de ejércitos, aviación y marina, a pesar de los esfuerzos de Francia e Inglaterra por limitar a España y a los españoles.

Ante este ataque concertado del fascismo internacional (Y ESTA NO ES UNA FRASE TRASNOCHADA) probado por los hechos, y ante la decisión anglofrancesa de no venderles armas, los republicanos no tuvieron otra alternativa que recurrir a Rusia, incluso si salían perjudicados, ya que la propaganda identificaba la causa republicana con el comunismo ruso. Por otra parte, si el fascismo utilizaba el anticomunismo casi como su «raison d'être» (táctica seguida por Franco), el comunismo hacía del antifascismo su primera virtud y su «mot d'ordre» internacional para la movilización de masas.

Así las cosas, fue tan inevitable que los republicanos pidieran ayuda a Rusia, como que ésta se sintiera obligada a darla.

En la carta confidencial dirigida por Stalin, Molotov y Vorochilov a Largo Caballero, el 21 de diciembre de 1936, decía: «...Hemos juzgado y seguimos juzgando que es nuestro deber, en los límites de nuestras posibilidades, el acudir en ayuda del Gobierno español, que encabeza la lucha de todos los trabajadores y de toda la democracia española, contra la camarilla militar - fascista, subsidiaria de las fuerzas fascistas internacionales...».

En sendas conversaciones sostenidas por el Embajador francés, Mr. Labonne, con Azaña, el 25 de febrero de 1938 y con el Embajador ruso, Rosemberg, anteriormente, constatamos otros aspectos justificativos de la intervención rusa que, aunque diferentes, son complementarios de lo antedicho (3).

---

(3) Documents diplomatiques français. 2.ᵉ ser., 1936-39, V. 4, p. 539-548. Doc. N.º 275.



Manifestación «Pro-Komsomol», en la Puerta del Sol de Madrid, el 6 de febrero de 1937.

Habla Azaña: «Sí, es bien cierto que la URSS ha jugado un papel tan considerable como inesperado en España. ¿Quién hubiera podido prever que Rusia, que en la historia ha tenido tan pocas relaciones con España, que la Rusia de los soviets sobre todo, estaría llamada a jugar un tal papel? Sin duda, es una vicisitud desconcertante, pero es un hecho histórico de un gran alcance, porque su papel ha sido considerable».

«Cuando la rebelión de los generales se produjo en julio de 1936, ...la URSS permaneció a la expectativa, no indiferente, incluso vigilante, pero lejana».

Después de explicar las gestiones ante Francia e Inglaterra, que fueron negativas en cuanto a obtener material de guerra, añade Azaña: «A finales de agosto y principios de septiembre, la situación se deteriora y la rebelión progresa. Entonces la URSS envía como Chargé d'Affaires y luego como Embajador al Sr. Rosemberg, espíritu sutil, hábil, inteligente e inquieto, observador cargado de tradiciones y costumbres, siempre a gusto en cualquier clase de asunto que se trate, sea éste mediterráneo, asiático o cualquier otro. Sabe ver rápidamente, con decisión y, sin embarazo, en sus concepciones diplomáticas, sin escrúpulos ni ideología. El ve que el apoyo militar alemán e italiano se desarrolla abiertamente, a una cadencia insospechada. Ve la impotencia de la diplomacia francesa y las veleidades del Gobierno del Frente Popular. En consecuencia, sabe emplear los términos convenientes para dar la alarma, para presentar, bajo su verdadero aspecto y con todas sus consecuencias funestas, la carencia de Francia e Inglaterra. A esta carencia, Rusia debe hacer frente, actuar bajo el plan mismo de la estrategia y de la relación de fuerzas».

«Así, Moscú se convence rápidamente, las decisiones son tomadas con prontitud y es por ello que, con la circunspección habitual de sus métodos, en impenetrable misterio de las idas y venidas de sus agentes, los socorros llegan a España, a partir del mes de octubre». «Luego —continúa— Rusia no ha intervenido, y esto es para mí una evidencia, que en razón de la carencia de las naciones occidentales. Mejor que ellas mismas, Rusia ha comprendido a qué punto su inercia y su impotencia las debilitaría. Que fuese por la preocupación de fortificarlas defendiendo a la España republicana, o con la intención de crear al Oeste un derivativo a la amenaza germana, un acceso de fijación, la URSS ha sabido actuar enérgicamente, potentemente y con una justa y vasta concepción de sus intereses esenciales».

«Que algunos agitadores impenitentes, operando de manera incontrolable, hayan querido aprovechar esta intervención para desarrollar aquí la acción comunista; que algunos convencidos, interpretando equivocadamente el verdadero sentido de la iniciativa rusa, hayan creído ver en ello un acto de propaganda a secundar y que de todo esto haya resultado un cierto recrudecimiento del comunismo en España, es posible. Pero, en todo caso, la agitación fue sin gran consistencia y sin gran continuidad. Desde luego nada en común con lo que hubiera sido un esfuerzo apoyado por el Kremlin o por el Komintern con una finalidad ideológica de subversión y de conquista comunista».



«Mañana no será más que un factor fragmentario. Porque España, al rehacerse dueña de sí misma, al volver a encontrar su alma, conciencia y virtud para la lucha definitiva, se une espontáneamente a su ideal, a sus modelos, a sus vecinas las naciones democráticas de Occidente». (D. Manuel Azaña).



El público madrileño contemplando la placa que da el nombre de «Avenida de la Unión Soviética», a la antigua Avenida del conde de Peñalver (Madrid, 1937).

Después de citar la fuerza que el comunismo tenía antes y durante la guerra, añade: «Mañana no será más que un factor fragmentario. Porque España, al rehacerse dueña de sí misma, al volver a encontrar su alma, consciencia y virtud para la lucha definitiva, se une espontáneamente a su ideal, a sus modelos, a sus vecinos las naciones democráticas de Occidente. ¡Y cuál no sería la fuerza doblada, triplicada de este movimiento espontáneo, si el apoyo que recibimos de Moscú viniera de París y de Londres!».

Hasta *aquí* Azaña, pero seguimos con el comentario del Embajador francés, porque, como se verá, no es menos interesante.

Dice: «He debido resumir en algunas páginas esta larga digresión rusa, tan evidente, tan próxima de los hechos, esta emocionante evocación de acontecimientos que fueron decisivos en la guerra civil. Porque, a falta de esta decisión rusa, la España republicana no sería más que una veleidad y un recuerdo desde hace mucho tiempo, y los acontecimientos hubieran seguido otro curso. La relación integral que he establecido se extiende sobre más de veinte páginas. Cuando tenga tiempo la confrontaré atentamente con la que, aún más extensa, he recogido de boca del Sr. Rosemberg. A excepción de Stalin, que, sin conocer los detalles, tuvo que, por lo menos, tomar la decisión; a excepción quizá de Maximo Litvinov y una o dos otras personalidades rusas, hoy desaparecidas, el Presidente Azaña y el Sr. Rosemberg han estado en todo este asunto entre los principales protagonistas. De una fuerte inteligencia uno y el otro, situados en el corazón de los acontecimientos, habiendo tenido entre sus manos los resortes, capaces por esto de juzgar y deducir las fases esenciales, los verdaderos engranajes e influencias, sus relatos presentan un muy fuerte interés».

«En conjunto, sus testimonios concuerdan. Bien entendido, se observa más de una divergencia de detalle. ¿Cómo no habría de haberlas? Pero, de nuevo, el desarrollo de los hechos, tal como ellos los relatan, y la interpretación de los móviles son los mismos. Sus relatos están impregnados de sinceridad. Los hechos, por importantes y próximos que estén, son ya, sin embargo, un pasado. Esta relación de hechos me ha sido dada si no confidencialmente, por lo menos en confianza y durante conversaciones más íntimas que oficiales. Uno y el otro sabían que sus propósitos no serían divulgados, que serían pasados por el tamiz de mi propio juicio y de la sanción posible de documentos contrarios o de desmentidos. E incluso su acento viene a añadirse a estos caracteres de veracidad».

«¿Preciso subrayar que de ninguna manera intento establecer una similitud entre sinceridad, veracidad y veracidad histórica? ¿Cuál es la verdad histórica? Hoy nadie sabría exponerla y poseerla con



El Sr. Pascua jamás ha podido discernir con seguridad las intenciones del Gobierno Soviético y establecer un programa. (Marcelino Pascua, Embajador de España en la URSS).

certeza. Incluso mis interlocutores han podido, el uno y el otro, ser víctimas del ambiente, de sus convicciones, de sus propias certezas. Sin embargo, la similitud de sus relatos, la analogía de sus interpretaciones, el hecho que emanen de dos personalidades que fueron a la vez los dos actores y los dos testigos más calificados, constituyen presunciones importantes».

«Así, el uno y el otro, estiman que la acción rusa en la guerra civil española, de ninguna manera es el hecho del marxismo, de una ideología soviética o de la acción del Komintern. Lo que ha reaparecido en el Mediterráneo, en Barcelona y Valencia, al igual que la marina rusa apareció en Tolón, hace medio siglo, es la Rusia secular, la Rusia de los eslavos amenazados por los germanos, los doscientos millones de rusos defendiendo sus intereses esenciales y sus posiciones estratégicas dominantes».

Un mes más tarde (el 25-3-38), el mismo Embajador Labonne, según dépêche N.º 169, presenta otro ángulo de la ayuda rusa cuando dice:

«Ayer, 24, he visto al señor Giral (entonces Ministro de Negocios Extranjeros), quien... pesando cada una de sus palabras entre largos silencios... [dice]. Desde el comienzo de la ofensiva de Aragón, es decir, después de más de dos semanas, la España republicana no ha recibido los envíos masivos e inmediatos que ha declarado indispensables, que reclama desde el primer día de la batalla decisiva» (Batalla del Ebro).

«¿Por qué, se pregunta el señor Giral, la URSS no nos suministra nada, en aviación, desde cerca de un año? ¿Por qué, desde que la terrible amenaza que la ofensiva ítalo alemana en curso hace pesar sobre la España republicana, no parece querer, o poder, reaccionar y no nos envía casi nada? (Recuérdese que, quizá como consecuencia, en diciembre, Hidalgo de Cisneros fue enviado a Rusia, donde obtuvo 85 millones de dólares en material, que llegó demasiado tarde a Francia) ...Nosotros continuamos en la incertidumbre. Así estamos faltos de esas seguridades que nos permitan establecer unas previsiones. En la misma URSS, toda gestión, toda tentativa, tropieza con lo vago y con una cierta irresponsabilidad. Actualmente se encuentran reunidos en Barcelona el señor Pascua, Embajador de España en la URSS, llegado ayer de Moscú, y que, muy pronto, debe hacerse cargo de su nuevo puesto en París, y el señor Alvarez del Vayo, nuevo Embajador que se prepara para ocupar este puesto. El señor Pascua, personalidad muy distinguida, profesor de ciencias, de naturaleza reservada, seguro en el trato, poco expansivo, reunía todas las cualidades: Discreción, paciencia y un cierto gusto del misterio para tener éxito en Moscú. De hecho, su posición era excelente. Tenía contactos y puertas abiertas que la mayor parte de sus colegas del cuerpo diplomático no poseían. Sin embargo, el señor Pascua jamás ha podido discernir con seguridad las intenciones del Gobierno y establecer un programa. ¿Quizá el señor Alvarez del Vayo, temperamento mucho más combativo, más ardiente y más virulento, obtendrá otros resultados?».

«En todo caso, el hecho es que las expediciones masivas que son indispensables inmediatamente, ni se forman, ni se encaminan, ni llegan...».

AYUDA SOVIETICA

Establecer la cantidad de material enviado por Rusia es una de las tareas más difíciles, porque ni los republicanos parecen haber guardado una relación sistemática de lo recibido, ni los rusos, oficialmente, aparentan interés alguno en que esto se sepa.

Aunque las primeras armas rusas no llegaron a España hasta mediados de octubre, como luego veremos, el soviet-ólogo norteamericano David

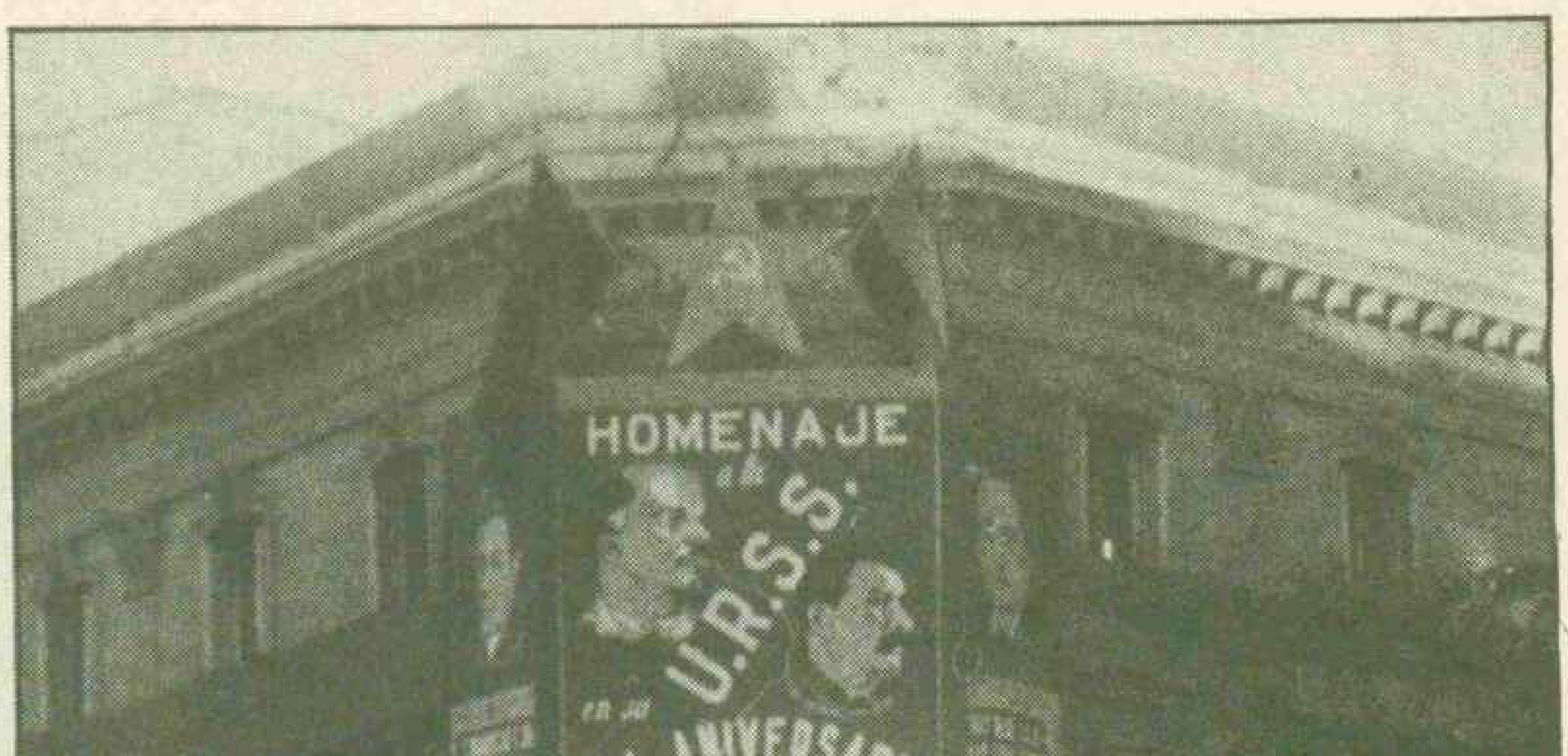
T. Cattell (4) dice: «Desde el comienzo de la insurrección, la máquina de propaganda de la derecha tiraba páginas y páginas de «evidencia» de la ayuda soviética a los republicanos. Verificar los pretendidos «hechos» fue tarea muy difícil, pero cuando fue posible encontrar las fuentes, siempre se trataba de un rumor o una información periodística». «...Estas informaciones parecen haber sido solamente propaganda para disimular sus propias fuentes extranjeras de avituallamiento y justificar el uso de material extranjero, cuando se hizo imposible el ocultarlo».

«Era, y es todavía, el juego favorito de los dictadores el multiplicar las acusaciones a tal punto, que es imposible el examinar a fondo cuando culpan al otro lado de las cosas que ellos están haciendo».

«En conclusión —añade Cattell—, se puede decir que después de una cuidadosa investigación, la multitud de informes sobre el material soviético desembarcado en España hasta octubre de 1936, no tiene base para creer en una ayuda de esta clase».

A pesar de que Rusia ya había enviado mercancías, ropas y medicinas a España, la decisión de enviar material de guerra parece haber sido tomada hacia finales de agosto o principios de septiembre. En esto coinciden casi todos los autores, a excepción de Louís Fischer (5), que da la primera semana de octubre, lo que parece un poco tarde, habida cuenta que el 15 de ese mes descargaba ya en España el primer barco. Sin embargo, éste era quizá el único autor extranjero que, por entonces, tenía acceso a las más altas autoridades del Kremlin, además era muy amigo de Negrín, por encargo del cual realizó gestiones de la máxima importancia.

Como el intercambio de embajadores, entre España y Rusia, tuvo lugar el 29 de agosto, es posible que la venta de material de guerra entrara en las condiciones previas. De cualquier forma, la decisión no debió haber sido tomada antes, puesto que, a pesar de la urgencia, el primer material llegó a España el 15 de octubre. En todo caso, está bien establecido que la primera vez que tanques y aviones rusos entraron en acción en considerable número, fue el 7 de noviembre en el frente de Madrid. Es decir, tres meses y tres semanas después que Italia y Alemania habían enviado los primeros aviones. Luego, esto sentado, hay que llegar a la conclusión que ha sido Rusia quien ha reaccionado a la intervención de las potencias fascistas, y no al contrario, como aún hoy sostienen algunos historiadores. De igual forma que, para justificar la sublevación, la prensa de derechas del mundo entero acusó a la República española



«En la misma URSS toda gestión, toda tentativa, tropieza con lo vago y con una cierta irresponsabilidad...» (Semana de la URSS, en Madrid, febrero de 1937).

(4) *David T. Cattell: «Communism and the Spanish Civil War». Univ. of California Press, 1956, p. 69-70.*

(5) *Louis Fischer: «Men and politics», New York, Duell, 1941, p. 370.*

de estar influenciada y ayudada por Rusia, cuando era el único gran país de Europa que ni siquiera la había reconocido. Es más, este reconocimiento sólo se produjo después que Francia e Inglaterra habían rehusado la venta de armas.

Con la intención de establecer la llegada de barcos, y su carga, procedentes de Rusia, hemos visitado las aduanas de Barcelona, Valencia, Cartagena y Alicante. En las dos primeras habían destruido, en 1954, por falta de espacio, una cantidad inmensa de «papeles», entre los que fueron los «libros de licencias de alijos», donde se registra el movimiento de barcos. En Cartagena, una inundación, en 1944, destruyó todos los archivos; pero en Alicante hemos tenido más suerte y encontramos el libro registro, sin que tal hallazgo nos resolviera el problema, ya que el primer barco procedente del Mar Negro (Batum) estaba registrado con fecha 31-12-1936, y los cargamentos más importantes llegaron entre mediados de octubre y diciembre. Así, los barcos registrados hasta el 6-1-1939 fueron 8 ingleses, 3 españoles, 1 noruego y 1 ruso, procedentes del Mar Negro. Pero en ningún caso hemos encontrado mención alguna al desembarco de material de guerra. Naturalmente, esto no quiere decir que tal fuera el caso. Por otra parte, y mediante otras investigaciones, hemos hallado que el «Kursk», ruso, desembarcó armas el 5-11-1936, y el 25-9-1936, el «Neva» (primer barco ruso que entró en Alicante) desembarcó mercancías y ropas, y, días más tarde, el «Kuban» descargaba la misma clase de cargamento; sin embargo, ninguno aparece en el libro registro.

Eliminada esta fuente de investigación por improductiva, recurrimos a los anuarios de las cámaras de comercio y a la prensa, pero sin mejor suerte ya que, salvo algunos casos, silenciaron este movimiento, quizá por razones de seguridad.

Siguiendo la misma vena hemos hallado que, con fecha 10 de diciembre de 1936, el Foreign Office recibió una lista de barcos, y su cargamento, identificados a su paso por Constantinopla y que, dado el espacio requerido, no damos. Estos comprendían 21 del Mar Negro y destinados a España, 3 con destino a Gibraltar, 2 a Italia, 1 a Amberes y, 3 más, de Barcelona a Mariupol y Odesa, vacíos. Todos ellos rusos.



Presentación de cartas credenciales del Embajador Rosenberg de la Unión Soviética, ante el Gobierno de la República Española, el 29 de agosto de 1936).

Diez españoles, 3 destinados a Barcelona y 7, vacíos, de Barcelona a puertos del Mar Negro (6). Es curioso destacar que esta lista procede de Belgrado, está redactada en francés y no está firmada. Su identificación es una cifra.

Otra lista, del Comité de No-Intervención, presenta casi todos estos barcos y tres más que no aparecen en la precedente; estos son dos españoles y uno ruso, cuyo cargo es material de guerra con destino a Barcelona y Alicante.

La comparación de estas dos listas es muy similar en cuanto a los barcos, pero la contradicción es casi total en lo que concierne al cargamento. Así no hay un solo barco que dé la misma cifra, ni la misma clase de material de guerra.



Segun Prieto —en la fotografía—, Ministro de Defensa: «Las estadísticas de la ayuda rusa nunca se han mantenido sistemáticamente porque con frecuencia se permitió a los Subsecretarios de armamento y aviación el firmar las facturas de material que aún no había llegado...»

Añadiendo los tres barcos, que no aparecen en la primera lista, nos dan:

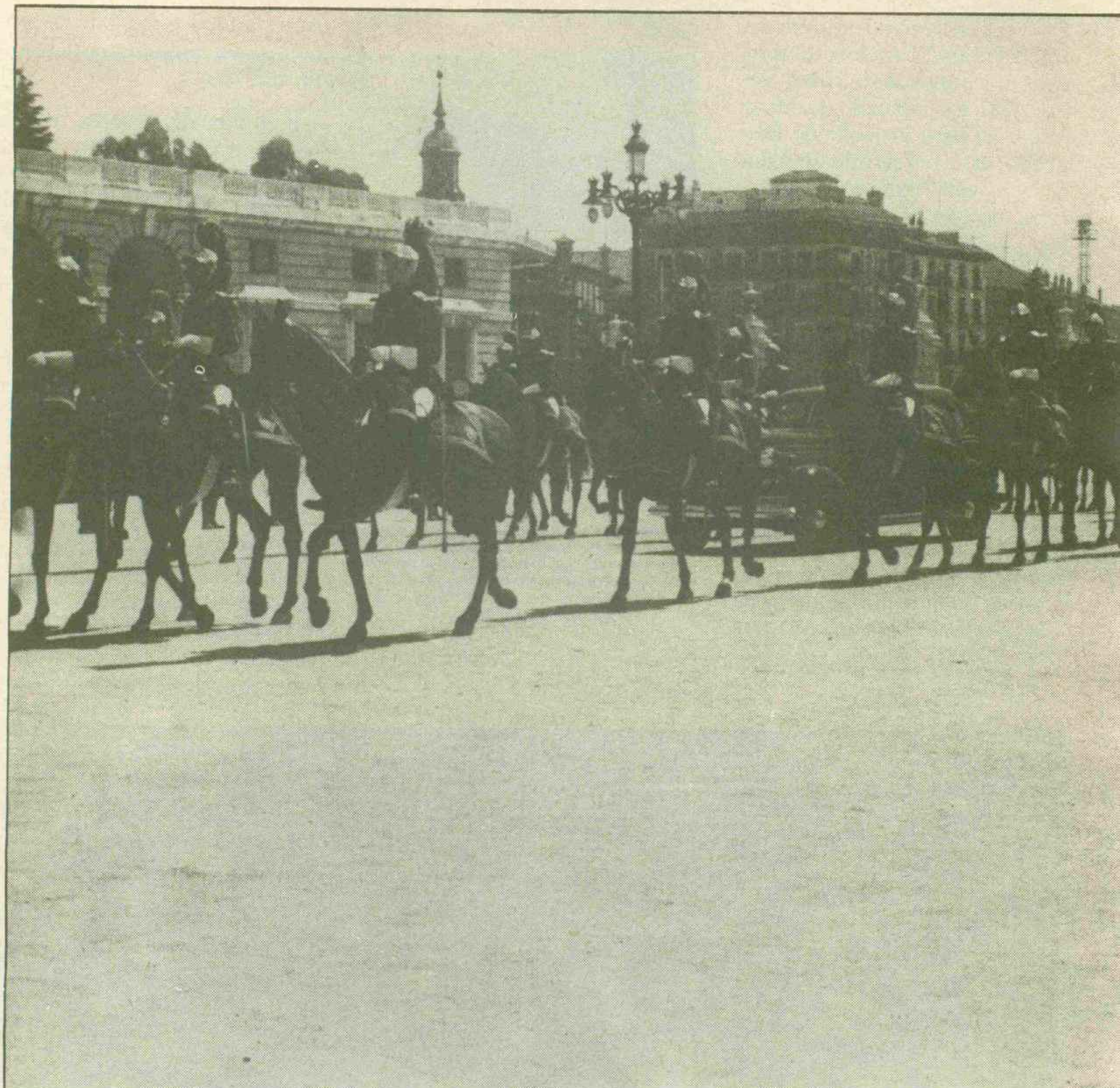
Toneladas de víveres, ropas, trigo y harina: 15.000; toneladas de material de guerra, sin detallar: 14.150; toneladas de municiones: 8.500; toneladas de petróleo: 46.466; Aviones: 41; Tanques: 54; Cañones: 126; Camiones: 240.

Pero aún hay otra lista, la tercera, compilada por el Agregado Militar alemán en Ankara, que cubre el período que va de septiembre, 1936, a marzo, 1938. Si de ésta tomamos los meses de octubre y noviembre de 1936, que son los que cubren las otras dos, encontramos que el Agregado alemán da 24 barcos, 205 tanques y 49 aviones, mientras que los ingleses dan 40 barcos, 54 tan-

(6) *Foreign Office correspondence F. O. 37/20588.*



Como el intercambio de embajadores, entre España y Rusia, tuvo lugar el 29 de agosto, es posible que la venta de material de guerra entrara en las condiciones previas. (La escolta de la Guardia Republicana, rodea el automóvil del Embajador Rosenberg, el día de la presentación por éste de las cartas credenciales, ante el Presidente Azaña).



ques y 41 aviones. Por otra parte, la lista alemana da tres barcos soviéticos, en septiembre, con 500 toneladas de armamento y 1.000 de municiones, mientras que el Chargé d'Affaires francés en Ankara dice (7) que estos barcos transportaban carburantes.

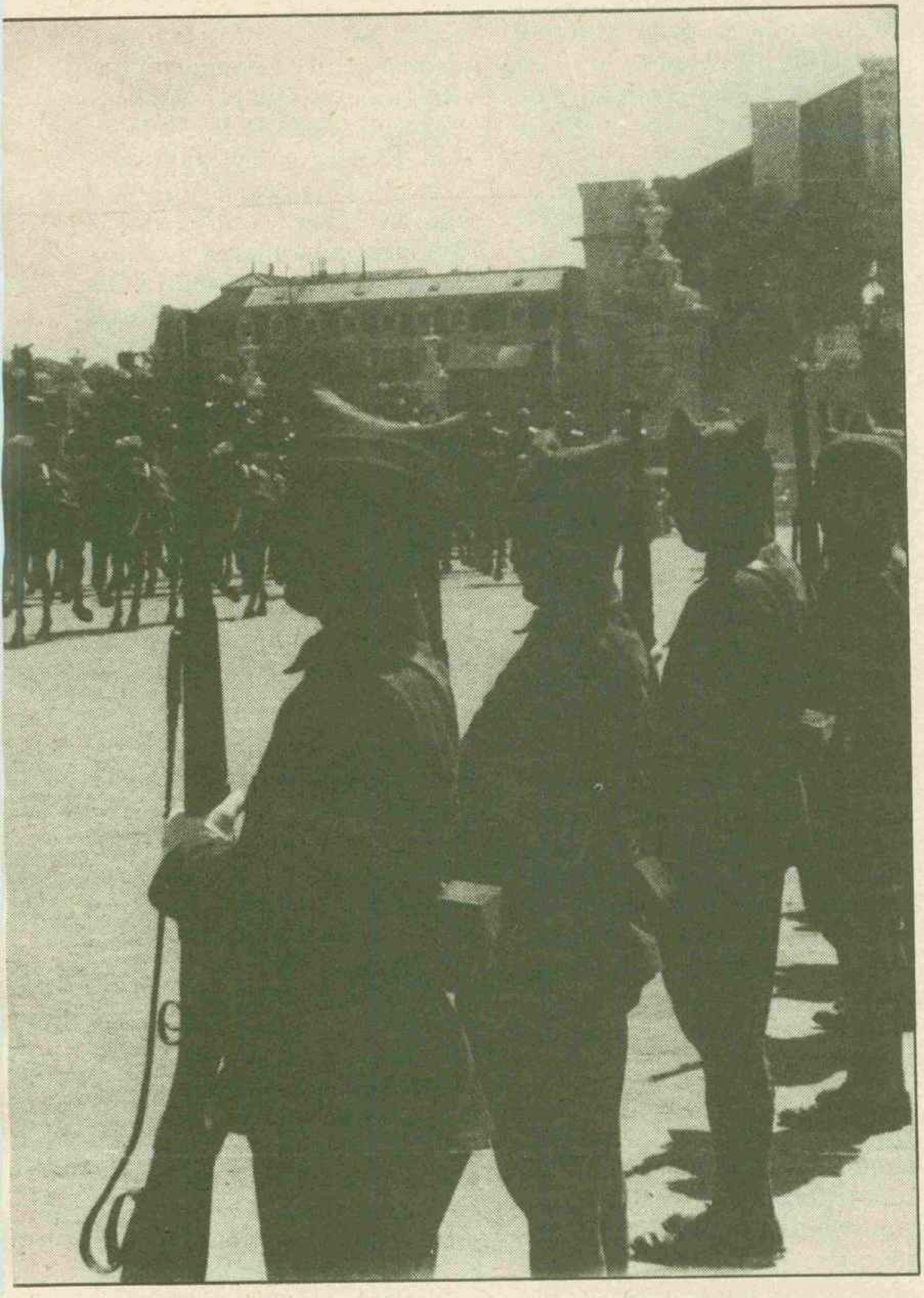
Una nota al pie de la primera lista dice: «Estos barcos han sido señalados solamente a la salida del Bósforo, como transportando material de guerra».

(7) Doc. Dip. Fran., 2e ser., 1936-39, V 3, p. 567, Doc. 374.

Naturalmente, se nos ocurre una pregunta: ¿Cómo podían saber lo que transportaban, cuando los rusos habían tomado tantas precauciones para ocultarlo? Y si no lo sabían, ¿por qué dar cifras? Es posible que el lector piense en otra pregunta: ¿Si estas cifras carecen de una base sólida y no pueden ser fiables, por qué citarlas aquí? Porque la mayoría de los autores, y veremos uno más adelante, las utilizan como base de sus investigaciones. Nuestra intención, en este caso, es prevenir al lector poco documentado.

Que las cifras y detalles eran pura conjetura, podemos verlo en un informe enviado al Foreign Office por el Embajador inglés en Moscú, el 28-X-1936, en respuesta a una petición de información sobre el envío de material de guerra. El telegrama (8) dice: «Las alegaciones de expediciones de armas por la Unión Soviética a España, deben ser consideradas, actualmente, sub

(8) F. O. 371/20583.



Tropas del Ejército Republicano presentan armas en el trayecto por las calles barcelonesas, el día de la presentación de credenciales del Embajador ruso, Rosenberg.

júdice y, o bien probadas o refutadas, según la evidencia disponible sobre el desembarco de cargos en los puertos españoles. Ningún testimonio digno de fe, sobre estos envíos, ha sido o será obtenido por esta embajada».

«La única contribución que nosotros podemos aportar es el dar un resumen de posibilidades materiales de la URSS, en lo que concierne a la exportación de material de guerra. Sobre este punto el Agregado Militar considera que el Gobierno soviético no encontrará dificultades para suministrar tanques, cañones, camiones y antiaéreos, sin que un tal regalo represente una desventaja seria para el Ejército Rojo».

«El agregado del aire cree que la producción aérea no debe ser inferior a 4.000 aviones por año, lo que sobrepasa las necesidades de la fuerza aérea, para mantener su potencial actual. Por tanto, las fábricas serían capaces de reemplazar, en número razonable, los aviones que pudieran ser enviados a España este invierno».

Luego, si los servicios de información de la Embajada no sabían qué transportaban los barcos, ¿cómo podían saberlo los informadores que confeccionaron las listas, con sólo verlos atravesar el Bósforo? Sobre todo que hasta en puertos rusos de partida se tomaron las más grandes precauciones para ocultar su contenido, que tampoco era declarado en el manifiesto.

Desde luego, el Foreign Office tenía otras fuentes más seguras de información; por ejemplo, los barcos de guerra «Active», «Arrow», «Gipsy», «Grafton» y «Resource» estaban estacionados permanentemente en los puertos del Mediterráneo, desde donde enviaban diariamente cables sobre el movimiento de barcos y sus actividades de carga y descarga. Otra fuente emanaba de sus agentes estacionados en los puertos. Así el inglés McMean, empleado en la Sociedad Española de Construcción Naval, informaba regularmente al Almirantazgo (9).

De igual forma los cónsules informaban continuamente a sus superiores sobre el movimiento de barcos y material descargado (10).

Así el tráfico de armas de procedencia rusa era perfectamente conocido, al igual que las razones aducidas por Rusia para justificarlo, ya que Kagan entregó al Comité de No-Intervención, el 7 de octubre, una declaración en la cual se acusaba a Italia, Alemania

(9) F.O. 371/20584, y F.O. 371-20582.
(10) F.O. 371/2058.

y Portugal de suministrar armas y aviones a los rebeldes, violando así el acuerdo de No-Intervención. La declaración terminaba así: «El Gobierno soviético no puede consentir en ningún caso, que ciertas potencias transformen el acuerdo de No-Intervención en una pantalla destinada a ocultar la asistencia militar dada a los rebeldes contra el Gobierno legal de España».

«En consecuencia, el Gobierno soviético se ve en la obligación de declarar que, si estas violaciones no cesan inmediatamente, se considerará como liberado de los compromisos que resultan del acuerdo de No-Intervención».

Ocho días más tarde desembarcaban las primeras armas rusas en España, abriendo un nuevo capítulo en la historia de la guerra y en la actitud rusa para con ella.

A partir de este momento, el tráfico marítimo se multiplica, los aviones y tanques llegan a tiempo para la defensa de Madrid, Franco se inquieta y manda a su hermano a Roma para que la flota italiana detenga el aflujo de material de guerra.

Sin embargo, el aluvión de material no es tan grande como la propaganda quiso hacer creer. Así Maisky, Embajador ruso en Londres, afirma (11) que desde octubre, 1936, a septiembre, 1937, solamente fueron enviados a España 23 barcos con material de guerra.

Debe tenerse en cuenta (y esto es aplicable a las tres listas antemencionadas) que a excepción de algunos de los barcos que llegaron en las dos últimas semanas de octubre, la mitad por lo menos, del cargo de los otros eran mercancías: carbón, ropas, trigo, etc., que servían a la vez para ocultar el material de guerra y para subvenir a las necesidades de la población.

(11) *Ivan Maisky: «Spanish notebooks», London, Hutchinson, 1966, p. 116.*

HOMBRES Y ARMAMENTO

Decíamos antes que el Gobierno republicano no parecía haber guardado una relación del material ruso. Prieto, Ministro de Defensa, lo confirma cuando dice: «Las estadísticas de la ayuda rusa nunca se han mantenido sistemáticamente porque con frecuencia se permitió a los Subsecretarios de armamento y aviación el firmar las facturas de material que aún no había llegado y, por otra parte, yo he firmado facturas en las mismas condiciones» (12).

Casado dice: «Yo puedo asegurar que durante toda la guerra, ni la aviación ni los tanques fueron controlados por el Ministerio de Defensa, ni en consecuencia, por el Estado Mayor Central. El Ministro y su personal incluso no conocían la cantidad y el tipo de máquinas» (13).

Es evidente que estos dos testimonios estaban dirigidos contra los comunistas, con la intención de probar que ellos controlaban la aviación y los tanques; pero sirve nuestro argumento para mostrar la inexistencia de documentos. El único que parece haber existido, mencionado por J. Salas Larrazábal, es un informe enviado por Indalecio Prieto a Federica Montseny, Ministro de Salud Pública. Este documento tiene fecha de 17 de marzo de 1937. Se trata de una lista de 18 barcos que llegaron con material de guerra, pero sin indicar la procedencia. Entre el material hay 100 ametralladoras Vickers, 362 Colt, 1.646 D. P., 30 Bergson, 13 Bergman y 2.000 Mauser; 24 cañones Krupp y 4 Skoda. Hay también 233 aviones, cuya marca no se indica, salvo en el caso de 3 Dewoitine, 4 Fokker, 3 Lockheed y 1 Marcel Bloch. Es de suponer que el resto fueran rusos. Asimismo se dan 116 tanques, sin marca ni lugar de origen.

(12) *Indalecio Prieto: «Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa», México, 1940, p. 94.*

(13) *Segismundo Casado: «The last days of Madrid», London, Davies, 1939, p. 54.*

Prieto ya muerto, consultamos a Federica Montseny sobre este documento y nos dijo que, ni se acordaba, ni creía que tal notificación entrara en el procedimiento habitual de Prieto con sus colegas de gobierno.

Con este documento, Salas hace un verdadero esfuerzo de imaginación (el caso lo requiere) para establecer cifras sobre los aviones enviados por Rusia. En cuanto a los tanques, es menos complicado; por ejemplo dice: (14) «Vittorio Vidali escribe que Rusia envió 350 tanques y 150 carros blindados, cifra evidentemente exigua —añade Salas—, puesto que el agregado militar alemán en Ankara (cuya lista citamos más arriba) registra que 731 blindados atravesaron los Dardanelos (15). «Luego —continúa— supongamos que Rusia entregó 900 tanques y 300 carros blindados». Suposición que se convierte en cifra real y verdadera, que viene a añadirse al total.

Por tanto, el solo historiador que creía haber encontrado una solución a la falta de documentos, no se muestra convincente.

(14) *J. Salas Larrazábal: «Intervención extranjera en la guerra de España», Madrid, 1974, p. 422.*

(15) *Esta lista aparece en H. Tomas: «The Spanish civil War», New York, Harper, 1961, p. 640. En la 2.ª edición no la da, aunque hace referencia.*

Nos agrada hacer constar que Jesús Salas Larrazábal es el historiador español que más y mejor estudió el tema de la intervención extranjera. Sin embargo, en el caso de Rusia se observa un subjetivismo que, aunque explicable, lo lleva a conclusiones dudosas; por ejemplo, cuando casi todos los historiadores dan entre 2.000 y 3.000 el número de rusos que intervinieron, él da 12.000. Además trata de probar que la intervención alemana fue una reacción a la intervención rusa. Así, dedica el capítulo 4 a esta misión, bajo el título «Escalada rusa y reacción alemana».

Aunque no entraremos en pormenores ya que un artículo no da para tanto, indicaremos lo que, creemos, puede dar una idea de la intervención rusa.

La fuente que hemos escogido no creemos que tenga menos autoridad que cualquiera de las muchas utilizadas hasta hoy. El que la Academia de las Ciencias de la URSS respalde estas cifras, al publicarlas, merece tenerse en cuenta, aunque no de manera definitiva.

HOMBRES: 2.064, distribuidos como sigue: Aviación (en sus varias especialidades), 772. Tanquistas, 351. Ejército (instructores, consejeros, mandos), 222. Oficiales de marina, 77. Artilleros, 100. Ingenieros y especialistas de aviación, 130. Operadores de radio y señales, 156. Varias especialidades, 52. Intérpretes, 204.

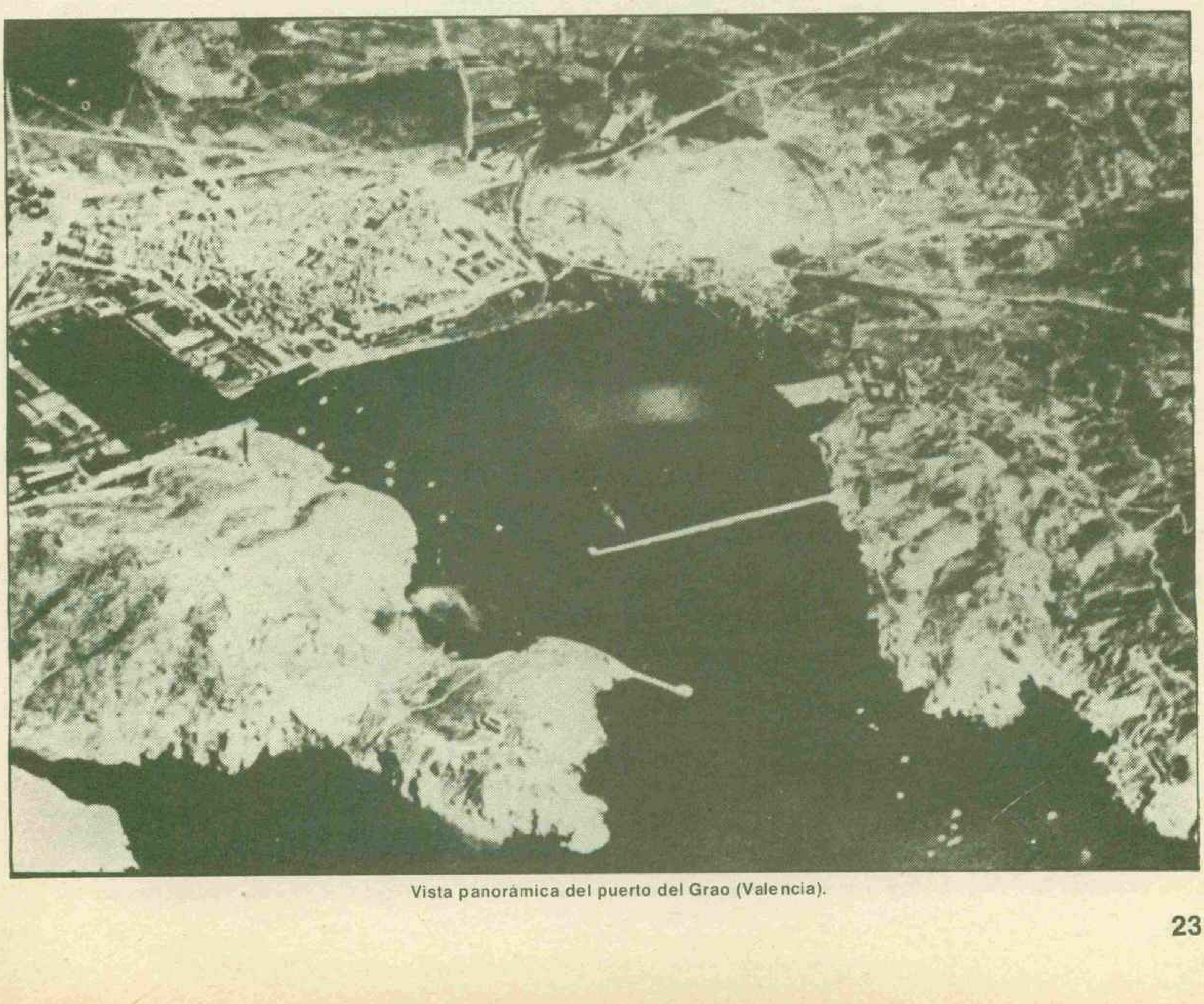
MUERTOS: en la guerra: 157.

ARMAMENTO: Aviones, 806 (más unos 300 moscas y chatos fabricados, entera o parcialmente, en España). Tanques, 362. Carros blindados, 120. Piezas de artillería, 1.555. Lanzagranadas, 340. Fusiles, 500.000. Ametralladoras, 15.113. Granadas, 500.000. Cartuchos, 865 millones. Pólvora, 1.500 toneladas. Bombas aéreas, 110.000. Lanchas torpederas, 4. Sin especificar cantidades: camiones, estaciones de radio, reflectores, torpedos, petróleo, mercancías, trigo y ropas (16).

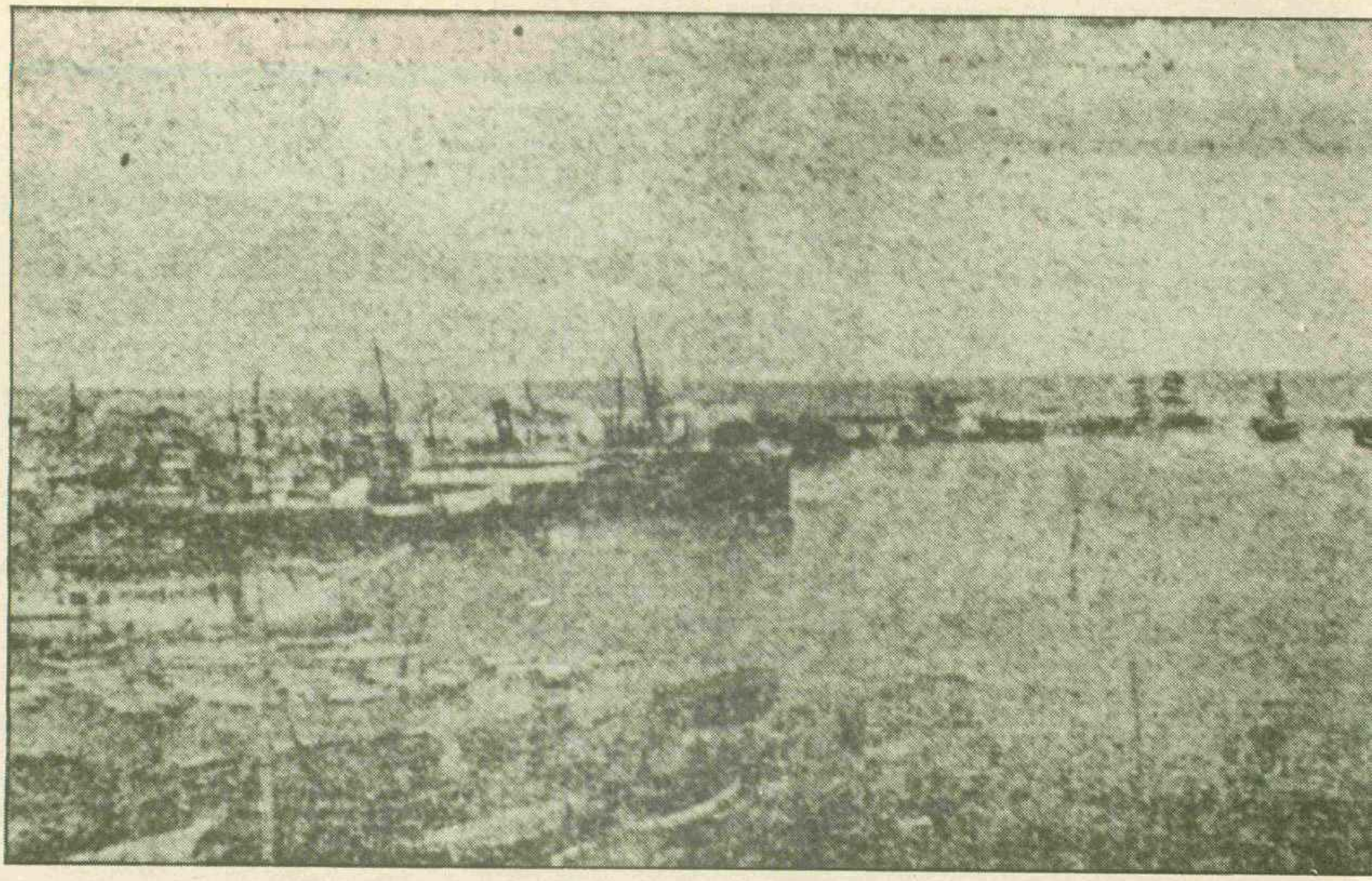
No todo este material parece haber llegado a España, ya que los rebeldes capturaron algunos barcos. Por otra parte el último envío, gestionado por Hidalgo de Cisneros, quedó en su gran mayoría en Francia y, en dólares, representaba 85 millones.

Este material fue pagado con las 500 toneladas de oro des-

(16) *Academy of Science of the URSS. The Institute of the International Working-Class Movement, Moscow, 1976, p. 328-330.*

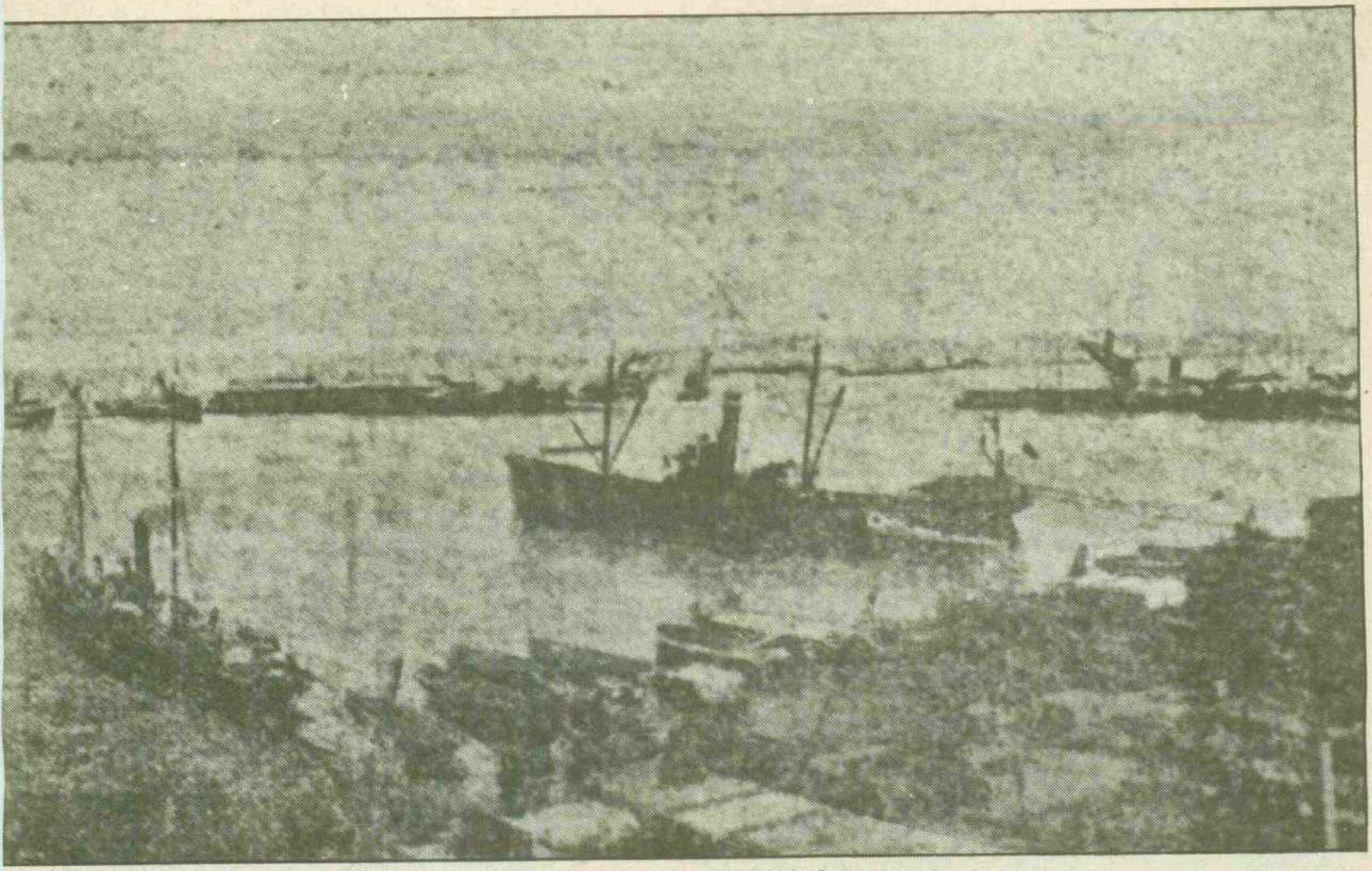


Vista panorámica del puerto del Grao (Valencia).





José Stalin, en 1937. (Era la época de las grandes «purgas» que diezmaron el Ejército Rojo y los cuadros del Partido).



Panorámica aérea del puerto de Cartagena.

positado en Moscú, más unos 100 millones de dólares en importaciones de España. Y, como según Rusia, aún se le adeudaban 50 millones de dólares, se incautó de siete barcos con un total de 47.568 toneladas.

Finalmente, la intervención rusa que, ni la geografía ni la seguridad nacional parecían aconsejar, se produjo, si hemos de creer a Rosemberg y Azaña, porque «la Rusia secular se sentía amenazada por los germanos». Según Stalin, Molotov y Vorochilov, porque «Es nuestro deber..., el ayudar al Gobierno español... contra la claque militaro-fascista, instrumento de las fuerzas fascistas internacionales».

De hecho las dos razones se complementan, tomando la primera un carácter histórico y político la segunda.

De lo que no hay la menor duda es de que en la mente de los que tomaron tal decisión primaba lo que se veía venir, y de cuyo desenlace la guerra civil no era considerada más que como una etapa.

Por esta razón, los rusos tenían la convicción de que Francia, y quizá también Inglaterra, se verían obligadas por la fuerza de los hechos a participar más tarde o más temprano, ya que la guerra, iniciada en España, era inevitable. Pero lo que los rusos no podían creer fue precisamente lo que ocurrió. España se convirtió en la antesala de Munich, mientras que Inglaterra y Francia no sólo no ejercieron su legítimo derecho de defender sus intereses, sino que para evitar la guerra, hicieron toda clase de concesiones que no eran más que etapas previstas en el plan diplomático-militar italo-alemán y que, como tales, eran vistas por Rusia.

Las fuerzas de derechas del mundo entero, siguiendo la línea anticomunista, hicieron todo lo posible para evitar el triunfo de la izquierda en España. Si en el curso de tal operación (como pensaba Churchill) el fascismo italo-alemán tenía que contender con el comunismo ruso, sería un doble juego maquiavélico en el que las mayores ganancias estarían en razón directa de las mayores pérdidas que ambos sufrieran.

Desgraciadamente, para España y para el mundo, aquella política se impuso, con los resultados tan tristemente conocidos. Y, aún más, el temor al comunismo que les guió en tan torpe empresa, hizo que éste se extendiera a más de medio mundo. ■ **J. G. D.**

«La participación marítima rusa», publicado en TIEMPO DE HISTORIA, núm. 47, págs. 32-41, es un complemento indispensable de este trabajo.

A cincuenta años del Tratado de Letrán:

Consenso en la Sala de los Papas

Héctor Anabitarte Rivas y Ricardo Lorenzo Sanz



EL 11 de febrero de 1929 la edición de L'Osservatore Romano, *en un formato mucho mayor que el habitual y por primera vez desde su fundación, apareció sin las clásicas citas latinas que recordaban la* expoliación *sufrida por el Vaticano en 1870. La llamada* cuestión romana *estaba a punto de quedar resuelta. La Iglesia Apostólica Romana perdía definitivamente sus territorios en este mundo. Cincuenta años después, luego de acontecimientos diversos, algunos muy contradictorios, la Iglesia de Pedro puede estar satisfecha. Ganó para perder. Como decía Lenin, un paso atrás...*

Poco antes del mediodía de ese 11 de febrero, Benito Mussolini, jefe de gobierno de Víctor Manuel II, era recibido en el Palacio Lateranense por Monseñor Pizzardo y el abogado consistorial Paccelli (hermano del futuro Pío XII). En el primer piso le aguardaba el cardenal Gasparri, representante del Pontífice Pío XI. Pietro Gasparri es quien codifica el Derecho Canónico.

Ambos dignatarios, luego de admirar los objetos expuestos en el museo etnográfico, reunidos por las misiones de India, Indochina, Japón y China, penetraron en la Sala de los Papas, y ante la augusta mirada de los retratos de los Santos Padres procedieron a firmar, con una pluma de oro regalada por Pío XI, el Tratado de Letrán. Los solemnes firmantes atravesaron luego la Sala de Sixto V y salieron a la Plaza. Gasparri bendecía a la multitud mientras el Duce agradecía los vítores entusiastas de los seminaristas.

ANTECEDENTES

Con el nombre de **la cuestión romana** se conoce el conflicto existente entre el Estado italiano y el Vaticano durante el período comprendido entre 1870 y 1929. No obstante esta cuestión tiene antecedentes más lejanos y para comprenderla en toda su dimensión debemos remontarnos al Congreso de Viena del 9 de junio de 1815, celebrado por los Aliados luego de la abdicación de Napoleón en 1814, para reorganizar Europa.

El Congreso de Viena procedió al reparto del tan soñado Imperio Napoleónico. Los príncipes alemanes e italianos recuperaron sus territorios y Pío VII, aquél que coronara a Napoleón y fuera su cautivo en Fontainebleau, retornaba a Roma y obtenía su dominio sobre los Estados Pontificios con excepción de Ferrara y Aviñón. Sin embargo, la necesidad de constituir grandes Estados nacionales, condenaba el poder temporal del Vaticano, y Pío VII y sus sucesores, León XII y Pío VIII, deberían afrontar uno de los períodos más convulsivos de la historia de la Iglesia. Se agotaba el camino iniciado en el año 394, cuando Teodosio decidió que el cristianismo fuera la religión del decadente Imperio Romano.

Las circunstancias en que subía Pío IX al trono no podían ser más críticas. El estado general de Europa favorecía el desarrollo de los movimientos políticos reformadores. Giuseppe Mazzini, patriota republicano, funda en 1831 la «Joven Italia», con la intención de alcanzar la unidad italiana mediante la creación de una república burguesa. Pío IX es sensible ante esta nueva situación y se decide a introducir mejoras, y es así como el 16 de julio de 1846 otorga una amplia amnistía a los presos políticos. Pero la oposición gana terreno: en Roma aparecen numerosas sociedades secretas que no reconocen la autoridad político-estatal de la Iglesia. Una de ellas, el Círcolo Romano, dirigida por Ciceruacchio, gana muchos adeptos. Rechazan las reformas del Papa y exigen la instauración de un gobierno constitucional laico y la expulsión de los austriacos, aliados al Vaticano.



Pío XI (en la fotografía), dice públicamente: «... A los que aseguran que el territorio concedido es poco, les diremos que tiene la ventaja de la pequeña extensión, porque así no se añaden a las preocupaciones espirituales las materiales de un Estado dilatado.»

El 8 de febrero de 1848 los romanos se sublevan y obligan al Pontífice a destituir a todos los miembros de su gabinete y a formar un nuevo ministerio compuesto exclusivamente por seglares. Además se compromete a promulgar una constitución y a pronunciarse en lo referente al conflicto con Austria. Dos meses después, el 29 de abril, al proclamar la constitución, Pío IX manifestó que en su calidad de Santo Padre podía efectuar las reformas solicitadas por la población, pero que nunca llegaría a declarar la guerra a Austria. La respuesta no se hizo esperar: el 15 de noviembre de 1848 era asesinado el conde Pellegrino Rossi, primer ministro del Vaticano. Su muerte es la señal para un levantamiento general. Al día siguiente fue sitiado el Quirinal y el 24 de noviembre el Papa se veía obligado a huir de Roma, refugiándose en Gaeta, en compañía de sus cardenales.

La Ciudad Eterna quedó en manos de los revolucionarios quienes proclamaron la repú-



La indemnización alcanza a los dos mil millones de liras, que el Gobierno italiano se compromete a pagar, despues del acuerdo, y se hace efectivo mediante un empréstito interior, que es llamado el Empréstito de Conciliación. (Mussolini y el alto clero del Vaticano, el día de la firma de los Pactos de Letrán).

blica, siendo gobernada por un triunvirato formado por Mazzini, Armellini y Saffi. Uno de los primeros actos de gobierno fue la abolición del poder temporal de los Papas. Pío IX llamó en su auxilio a los gobiernos de Francia, Austria, España y Nápoles. El 29 de junio de 1849 el general francés, Nicolás Charles Víctor Oudinot, tomó por asalto Roma y el 12 de abril de 1850 entraba en la ciudad el Papa.

El gobierno de Pío IX —el filósofo español Jaime Balmes dice de él que es liberal y magnánimo, y no intransigente y absolutista como los partidos católicos españoles de la época—, se enfrenta a los revolucionarios y al ministro de Víctor Manuel II, Camilo Benso di Cavour. Estas dificultades se agravaban por las crecientes exigencias de Napoleón III y el descontento popular ante la presencia invasora de tropas francesas y austriacas, encargadas de garantizar la seguridad de los intereses de la Iglesia.

La estabilidad del poder temporal del Papa no dependía tanto de Austria como del apoyo condicionado de Napoleón III. Cuando en agosto de 1858 se produce el encuentro de éste con Cavour, en Plombiéres, y se acuerda la guerra contra Austria, la suerte del poder papal queda sellada. Luego de la derrota de Magenta en julio de 1859, los austriacos abandonan los Estados Pontificios y comienza el desmembramiento de éstos. Romaña fue la primera provincia en levantarse y en septiembre de 1859 reconoce la autoridad del rey Víctor Manuel. Un año después se produciría la invasión del ejército de Víctor Manuel a Las Marcas y La Umbría. Las tropas papales son derrotadas primero en Castelfidardo y luego en Ancona. Sólo Roma permanecía bajo el poder vaticano. El 5 de abril del 1861 Víctor Manuel es proclamado rey de Italia e instala su capital en Florencia, sede transitoria hasta que se produzca la caída de Roma. No obstante y a pesar de los asedios de Giusseppe Garibaldi, en 1862 y 1867, Roma resistió hasta el 20 de septiembre de 1870, cuando los ejércitos del rey, al mando del general Cadorna, atravesaron la Puerta Apia y entraron en la ciudad. El Papa se refugia en el Palacio del Vaticanc.

El 15 de mayo de 1871 el Gobierno italiano promulga la Ley de Garantías, la cual acordaba al Papa derechos de soberano, una remuneración anual y la posesión territorial de algunos palacios romanos. Pero Pío IX rechaza esta ley, considerando que su aceptación lo transforma en un súbdito de la corona italiana, quitándole la autoridad necesaria para su trato y relación como jefe de la Iglesia con los otros Estados del mundo.
Según el historiador católico G. M. Bruño, «el Papa despojado vivió aún ocho años, valeroso, pero resignado, tratando a veces de engañar a su dueño con alguna agudeza. Hiciera lo que hiciera, sentía pesar sobre sí la reputación de intolerancia y de autocracia que le había achacado... Incluso espíritus más cultivados le reprochaban el Concilio Vaticano y el dogma de la infalibilidad pontificia...». El Papa había tratado de consolidar el poder del trono de Pedro y de unificar la Iglesia en un momento tan grave para ella. Pero todos sus esfuerzos, hasta sus resoluciones progresistas, no podían cambiar las circunstancias históricas. Sabía cuáles eran sus límites. Solía decirle a los más íntimos que era tiempo de su partida, que hacía falta otro hombre para aplicar otros métodos.

LA CUESTION ROMANA

La **cuestión romana** ocupa el reinado de cinco Papas, Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI. Durante todo este período el Pontífice será «el prisionero del Vaticano», el **calabozo** elegido voluntariamente. Mientras tanto el espectro político de Italia se iba radicalizando cada vez más.
En las elecciones de 1919, en *una Europa sacudida por* las consecuencias de la primera guerra mundial y de la revolución rusa, el Partido Socialista italiano, adherido a la Internacional bolchevique, obtiene 1.840.000 votos, contra 1.175.000 del Partido Popular.
La Iglesia no puede ser indiferente a este proceso y debe lanzarse a la lucha política. «Para contrarrestar las funestas consecuencias del socialismo entre los obreros de la ciudad y los del campo —escribe Bruño—, los católicos italianos han fundado la Unión Popular, organismo complejo, que depende directamente de la Santa Sede y de los Ordinarios y tiene ramificaciones en toda la península... La Unión ejerce una notable influencia en la vida social y política italiana. Ha creado grupos profesionales o sindicatos en las ciudades y aldeas, asociaciones juveniles de señoras, de instrucción, de gimnasia, etc., todas de inspiración netamente católica y social, conforme a las enseñanzas de León XIII. En varios centros su actuación ha sido suficiente para amedrentar al socialismo y hacer triunfar a los hombres de orden en las elecciones municipales o legislativas».
La directa intervención de la Iglesia en la vida política italiana es el dique de contención del creciente movimiento obrero y popular, influenciado por los comunistas, los socialistas y anarquistas. La idea del acuerdo entre el Vaticano y un gobierno italiano fuerte y de derecha, es la clave del asunto, y adquiere una importancia fundamental. El diputado Benito Mussolini comprende esto y dice en el parlamento nacional: «La tradición latina e imperial de



La estabilidad del poder temporal del Papa no dependía tanto de Austria como del apoyo condicionado de Napoleón III. (Litografía de 1852 que representa al emperador Napoleón III).

Roma está representada hoy por el catolicismo. Si, como dijo Mommsen, hace veinticinco o treinta años, no se puede permanecer en Roma sin una idea universal, yo pienso y declaro que la única idea universal existente hoy en Roma es la que irradia del Vaticano». El jefe del fascismo se convierte así en el Teodosio del siglo XX.

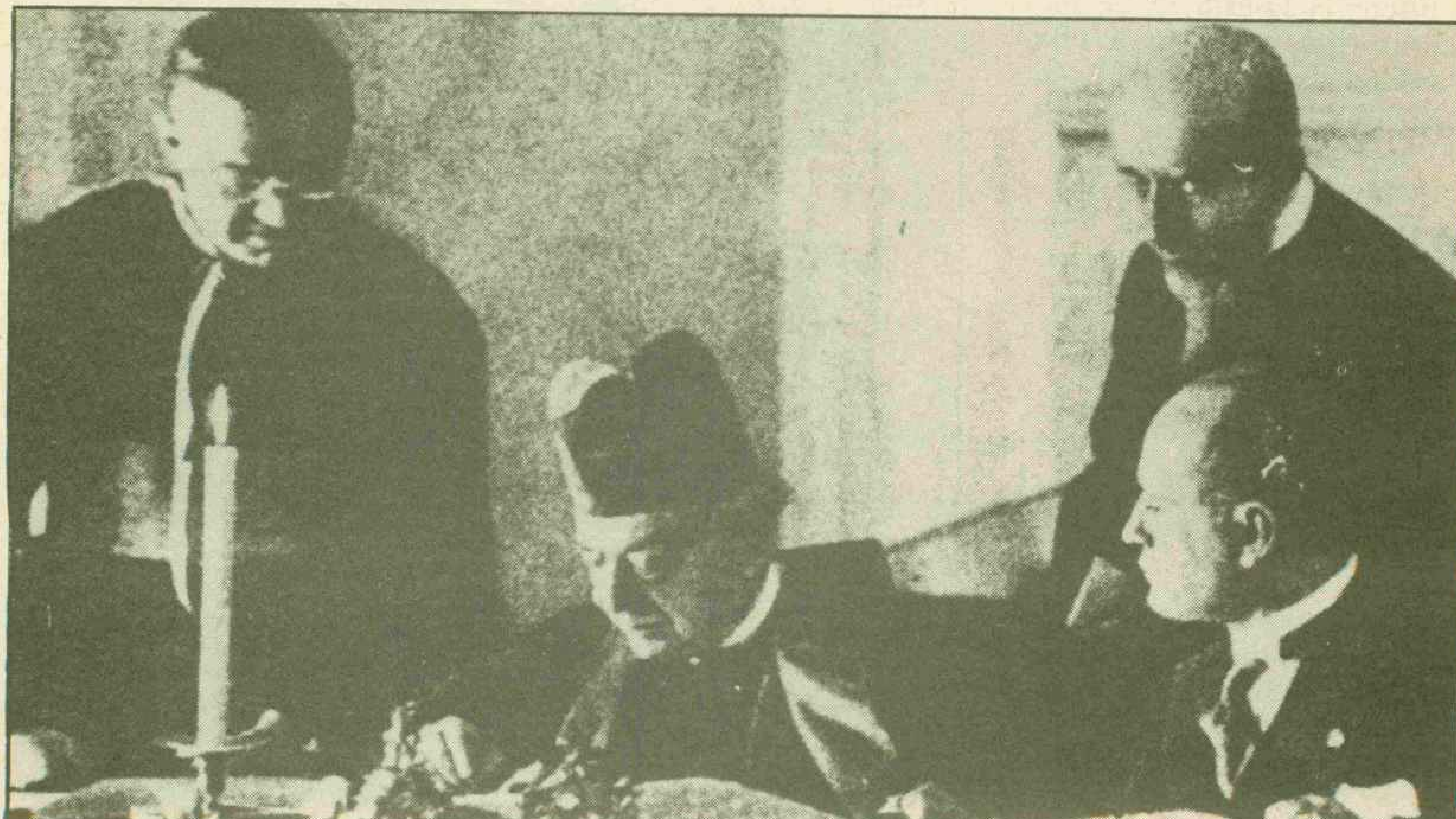
Las negociaciones se inician el 1.º de enero de 1926. Fueron 200 entrevistas entre el representante del Papa, Pacelli, y el del Gobierno de Víctor Manuel III, Baroni. A la muerte de este último se ocupará personalmente Mussolini. El Papa, luego de reunir a sus cardenales, autorizó las negociaciones a condición de que se concertara un concordato.

El acuerdo alcanzado descansa sobre las siguientes bases: Por una parte, el Estado italiano firma un tratado derogando la ley de garantías de 1871, reconoce el principio y ejercicio de la soberanía papal en el territorio denominado Ciudad Vaticana (0,44 kilómetros cuadrados), entrega una suma al Pontífice en calidad de indemnización por la pérdida de los Estados Pontificios y finalmente concerta un Concordato que regula las relaciones de la Iglesia y el Estado italiano. Por su parte Pío XI declara resuelta definitivamente la **cuestión romana** y reconoce al Estado italiano y su forma de gobierno.

El periódico vaticano, en su edición del 11 de febrero de 1929, expresa: «La Ciudad Vaticana es el territorio pontificio. Ese territorio, aunque hubiera sido más amplio, no hubiera hecho más evidente la soberanía del Pontífice, y, con el acuerdo de hoy, se confiere un carácter jurídico más solemne y sólido que hubiese podido hacerlo cualquier extenso territorio. Además, una salida al mar no era necesaria, y sabido es que son varios los Estados que no tienen acceso al mar». Como decía Pío IX, en su autoencarcelamiento, hacía falta otros hombres y otros métodos.

Pío XI dice públicamente que «algunos creen que es pequeña la parte territorial pedida por los plenipotenciarios del Vaticano, pero he de hacer la aclaración que el propio Pontífice ha querido pedir poco, lo menos posible, haciéndolo con meditado propósito, por razones que no son del caso explicar. Y con esto queremos demostrar que el Papa es el padre que trata con los hijos y quiere llegar a una solución fácil... A los que aseguran que el territorio concedido es poco, les diremos que tiene la ventaja de la pequeña extensión, porque así no se añaden a las preocupaciones espirituales las materiales de un Estado dilatado».

En relación al problema económico del nuevo Estado, el Papa expresa que «algunos se han dejado influir por algunos prejuicios, porque, si se pudiera capitalizar todo el pa-



El 11 de febrero de 1929, el cardenal Pietro Gasparri, Secretario de Estado de Pío XI y Benito Mussolini firman los tratados de Letrán, que comprendían tres documentos: un tratado político, una Convención financiera y un Concordato que acababa con la querella casi-secular abierta el 20 de septiembre de 1870, tras la ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel II.



El cardenal Pacelli (en la foto), Secretario de Estado de Pío XI, tras la muerte de Gasparri, y un hombre «de total confianza».

trimonio de San Pedro, alcanzaría una cifra de la que la mente humana no podía darse cuenta». Esta afirmación, cincuenta años después, un Papa se cuidaría mucho de hacer. En esa oportunidad el Vaticano expresa que la Iglesia ha querido asegurarse su independencia económica (indemnización), pero «esperamos que no por ello cesen las ofrendas y los óbolos de los fieles del orbe católico» (ABC, 12-II-1929).

La indemnización alcanza a los dos mil millones de liras, que el Gobierno italiano se compromete a pagar, después del acuerdo, y se hace efectivo mediante un empréstito interior, que es llamado el Empréstito de Conciliación. Lo que el Papa no dice (y otorga) es que la «Iglesia es desde entonces un apoyo esencial del nuevo régimen, en el que ve un baluarte necesario contra los avances del socialismo» (Georges Bourgin).

Para los católicos de ese entonces, «en estos trances apurados, Dios suscitó a un hombre ignorado, Benito Mussolini, quien al frente de un partido que llamó fascista (de fascio, haz), y con mano de hierro, amordazó a socialistas y comunistas en revolución, y restableció el orden y la tranquilidad en Italia. Procedió enseguida a verificar grandes reformas; una de las principales fue el restablecimiento en su puesto de honor de cuanto atañe a la religión católica, sin la cual, dice este dictador, Italia no puede ser grande» (Bruño).

En 1869, cuando Francia era derrotada por los prusianos, y se producía la Comuna de París, el gabinete italiano de Sella comprendió que había llegado el momento propicio para tomar Roma. La historia no se repite, pero suele tener un cierto parecido a sí misma a través del tiempo. En 1944, el 4 de junio, los Aliados toman Roma. Pío XII no ha denunciado los campos de la muerte del nazismo, no excomulgó jamás a ningún fascista, cuando los SS se llevaban los judíos de Roma, a pocos metros del Vaticano, el Papa no se enteró. Una vez más el mundo de los hombres y de las mujeres, con sus contradicciones y sus luchas, golpean a la puerta del Santo Padre. Una vez más la Iglesia se **salva** por unas monedas (la historia de Judas se repite).

Con la Guerra Fría, el Vaticano toma partido por el bloque encabezado por los Estados Unidos. Indirectamente favorece a la Democracia Cristiana italiana y persigue a los comunistas. Ahora sí se producen excomuniones. Pero la Iglesia quiere evitar otra «Comuna de París». Hoy Roma tiene un alcalde marxista, un profesor independiente electo en la lista del Partido Comunista eurocomunista de Berlinguer. Una vez más, para la Iglesia, la realidad es la única verdad. Y si ayer pactó con romanos imperiales, y luego con Napoleón, y más tarde con el Duce, ahora se prepara con serenidad para convivir en un mundo donde el socialismo es una realidad. Si pudo con Atila...

Contra todo pronóstico los cardenales han elegido en 1978 a un Papa no italiano, y procede de un país socialista. La Iglesia busca el consenso. Hace un siglo tan sólo era una Iglesia de blancos. En 1869, en el Concilio Vaticano I, asisten 731 padres, todos blancos. Hoy busca convertirse en un movimiento realmente mundial y todas las razas cuentan con sus representantes en la organización vaticana. A cincuenta años del Tratado de Letrán y a 25 años de la ejecución de Mussolini por los resistentes antifascistas, el sucesor de Pedro y sus hermanos, analizan cómo ubicar al catolicismo en el mundo asombroso del año 2000. ■

H. A. R. y R. L. S.

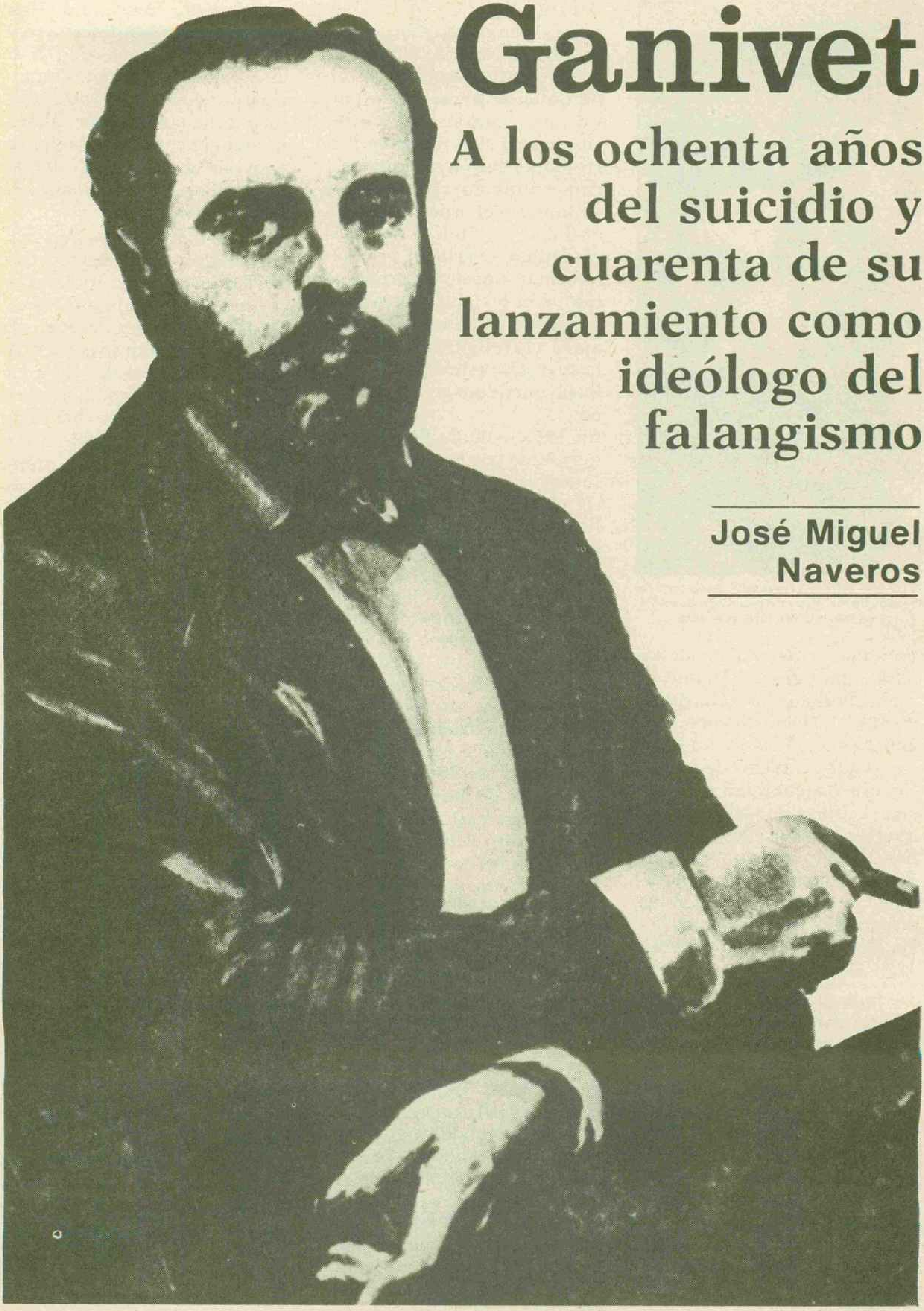


El filósofo español Jaime Balmes (en la imagen), dice de Pío X, que es liberal y magnánimo, y no intransigente y absolutista como los partidos católicos españoles de la época.

Ganivet

A los ochenta años del suicidio y cuarenta de su lanzamiento como ideólogo del falangismo

José Miguel Naveros



EN 1942 Ediciones «Fe», de Editora Nacional, reedita el «Idearium» de Angel Ganivet. Prologa esta reedición Pedro Laín Entralgo y lo hace dentro de un **verticalismo** *que, pasados algunos años, lleva al autor del desdichado prólogo a darse de bruces en el suelo. Laín comienza «1. Actualidad de Ganivet» (componían el prólogo: «Tres notas y un pico sobre el 'Idearium español'»), diciendo:*

«No sé si la coincidencia tendrá raíz profunda, como profundo tiene el sentido: el hecho es que descubrí en el centro mismo de Europa la secreta actualidad de Angel Ganivet, español castizo. Fue en Berlín, en días de septiembre de 1938. En el aire, el melado sol de estío brandemburgués prestaba suave impreso al otoño; pero los hombres, que a la sazón habían oído palabras de guerra, oponían en la ciudad su angustia a la mansedumbre equinocial. Sólo se dilata el ánimo donde el campo —como sucede en todos los barrios berlineses— corta con trechos de calma vegetal el compacto cuidado de los hombres. Así en Dahlen, donde vive el profesor Carlos Schmitt, con quien aquella tarde conversamos el filólogo Antonio Tovar y yo».

ENTENDEMOS que en Dahlen, en ese día de septiembre del 38, se le dio a Angel Ganivet el carnet de falangista-hitleriano. Se abría a un hombre liberal, precursor de la generación del 98, un campo de acción que nunca fue el suyo. En ese «Idearium» (la edición que está en nuestras manos) (1) podemos leer: «...la Humanidad hace ya siglos que tiene seca la matriz y no puede engendrar nuevos dioses».

A esta apreciación de Laín añadamos otra de su prólogo —Nota «2. Senequismo, Hispanismo y Cristianismo»— donde recoge aquella terrible historia nórdica del campesino que en su trineo, con sus cinco hijos, se ve alcanzado por la manada de lobos, que muerden ya las patas de sus caballos y les arroja el niño más pequeño para ganarles tiempo y distanciarse de ellos, mientras se disputan la presa, y salvarse con los otros cuatro. Punto de referencia del pensamiento ganivetiano para salvar la ruina espiritual de España arrojando un millón de españoles a los lobos, «si no queremos arrojarnos todos a los puercos». Hecho que Laín acepta exclamando:

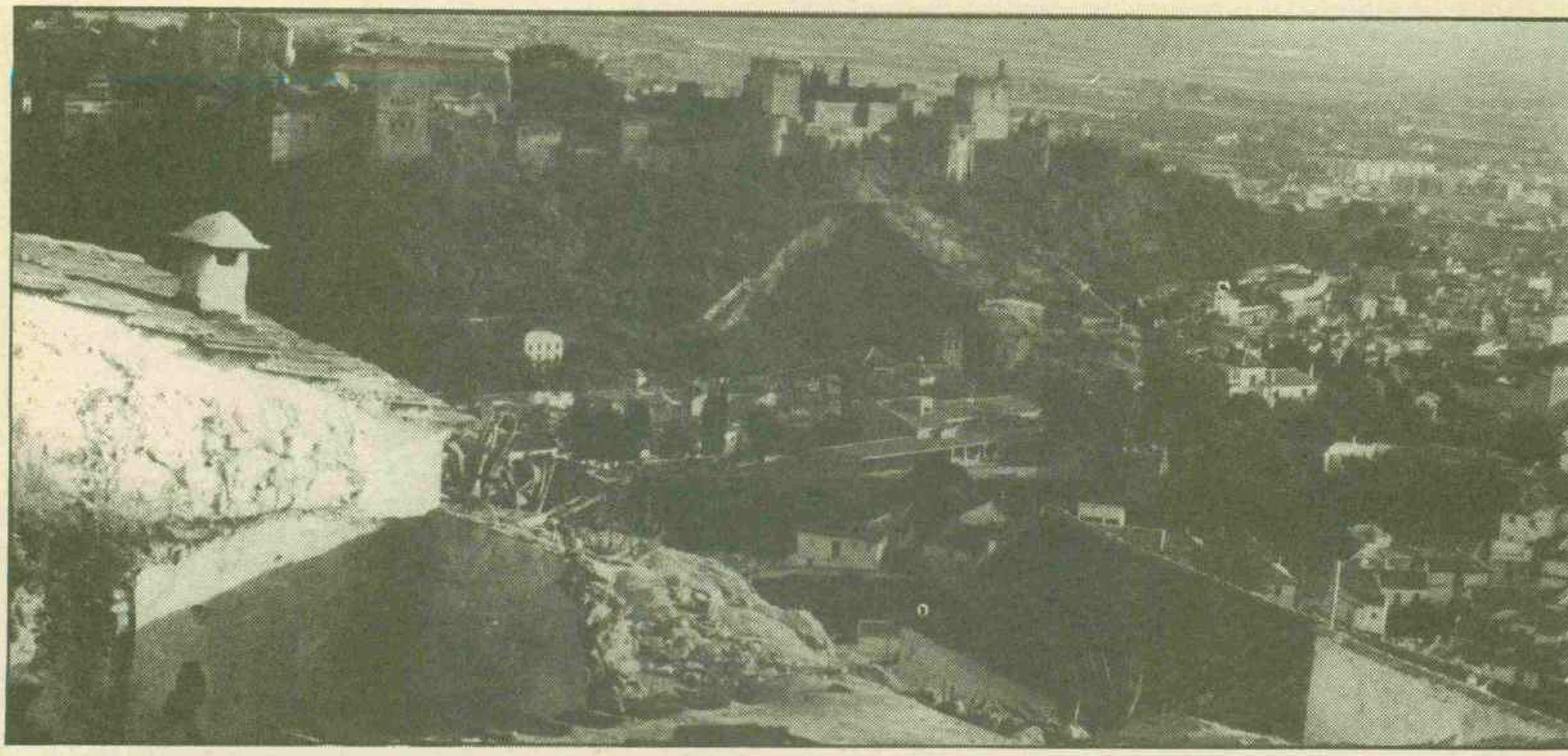
«¡Ay, Ganivet amigo, castizo e inteligente, animoso y apesadumbrado, cómo acertaste a ver la tragedia sangrienta y dolorosa de nuestra generación! Como tú presentías, no menos de un millón de españoles ha habido necesidad de arrojar a los lobos. Que los restantes, libres de los puercos, más circundados por el peligro de vivir ya dentro del mundo, sepamos transformar en gloria y sacrificio». (2).

Como vemos, al terminar la guerra de España se echó mano a Ganivet y con él se quiso espiritualizar una guerra, justificarla y buscarle su profeta-filósofo. Cuando en el «Idearium» resplandece, llena de democracia y de naturalidad, la voz íntima de un hombre que se da a su pueblo en un libro político nacional sin articulado ni órdenes. Se le quiso desvalijar sin conseguirlo, y ahora vuelve en un momento crítico importante dando valimiento a sus auténticas afirmaciones: «El hombre es libre mientras es dueño del instrumento de trabajo». Esta es, sin duda, una afirmación «georgista» (de Enrique George), y está en conexión con otra anticipación del problema social: «Ningún daño grave puede venir de una fuerza organizada y todo hay que temerlo de esas energías dispersas que parecen no existir y que en los momentos críticos salen a la superficie y arrasan cuanto encuentran al paso».

La huella de Angel Ganivet

(1) Breviarios del pensamiento español, Angel Ganivet: «Idearium español», Ediciones Fe, 1942.

(2) Incide en esta apreciación Agustín de Foxá, conde de Foxá. «A B C en Finlandia: 'Huella de Ganivet'». Helsinki, enero, 1942. Dice: «Por aquí, por estas tierras, en la misma Rusia en la cual él fue cónsul, veinte mil jóvenes están dispuestos a morir por su fe y no temen entregarse a los lobos para salvarnos a todos».



Ganivet, en cuatro meses de estancia en Granada —su «Granada la Bella»—, 1897, creó la «Cofradía del Avellano», paraje de la fuente de este nombre, quedando el Sacromonte a la izquierda, y la Alhambra y el Generalife a la derecha. (Vista general de Granada).

hay que seguirla no bajo ideas gacetables —las gacetas no encierran ideas—, sino bajo la búsqueda de aseveraciones, que colocan su pensamiento de lleno en los problemas de hoy: «El aire particular que imprime a los hombres la comunidad de oficio sobrenada por encima del espíritu nacional y aún del espíritu de raza». (3).

LA PEQUEÑA HISTORIA DE UN HOMBRE MISTERIOSO

Para sacar a la luz a Angel Ganivet hay que empezar por decir que su fecha de nacimiento ha permanecido equivocada durante muchos años. Ortega y Gasset mismo en su artículo **«A cartas finlandesas y hombres del norte»**, de Angel Ganivet, dice: «Los trabajos de Pío Cid», «Idearium español», «Granada la Bella» son tres grandes libros españoles», y determina que su autor nació en 1862 (4). El error de Ortega y Gasset que viene, probablemente, de las enciclopedias «Espasa» y «Sopena», dio lugar a que en el 1962 «La Vanguardia», de Barcelona, quisiera rendirle un homenaje en el centenario de su nacimiento, pero doña Isabel Ganivet, hermana del pensador granadino, rectificó dando la fecha exacta: 13 de diciembre de 1865. Este error se ha repetido también con la fecha de su muerte, dándose como segura la del 29 de septiembre de 1898, cuando es la de 29 de noviembre, día en que se arroja al río Dwina, Riga, capital de Letonia, donde era cónsul de España.

«Esta muerte inesperada —dice Melchor Almagro San Martín (5)—, poniendo contera a una existencia poco conocida, la coronaba de resplandores trágicos. No hacía falta más para que el mito Ganivet saliera armado de todas armas del magín de Navarro Ledesma y se lanzara mundo adelante. En 1903, la redacción de «Helios» escribía: «Ganivet ha sido un precursor; nosotros, los recién llegados a justas de belleza, debemos no poco a la impulsión de aquel que compuso «Granada la Bella». Ramiro de Maeztu le ha llamado «nuestro predecesor inmediato», y Eugenio d'Ors, «glorioso precursor, antorcha de fin de siglo y de Granada»... «Altamira, Bello, «Azorín», Bonilla San Martín, Julio Cejador, Rubén Darío, Fitz-Maurice-Kelly, Rodolfo Gil, Gómez Carrillo, Valery Larbeau, Miguel de Unamuno, Legendre, los González Blanco, Gómez Baquero y otros lo comentan y ensalzan».

En el esfuerzo de los elogios, Navarro Ledesma llegó a afirmar del escritor granadino: «Al trasladarse Ganivet de Flandes a Finlandia, adquirió no sé qué expresión misteriosa, vaga y profética, ennobleciéndole y transfigurándole hasta llegar a una de las más espirituales bellezas que varón alguno haya alcanzado»... «Seguíanle las mujeres con aquel instinto sublime con que otras mujeres de otros tiempos siguieron al Redentor y lo acompañaron hasta el pie de la Cruz».

Como se ve por lo transcrito, se hizo de Ganivet un hombre misterioso, no viéndolo desde

(3) «La conquista del reino de Maya, por el último conquistador español, Pío Cid». Madrid, Victoriano Suárez, 1897.
(4) José Ortega y Gasset: Obras completas, tomo VI.

(5) «Ahora», viernes, 28 de febrero de 1935. «La pequeña historia: 'Angel Ganivet, el misterioso, por Melchor Almagro San Martín'».

la perspectiva de su obra, de una valía indiscutible («Clarín» había dedicado un artículo elogioso al «Idearium español»), sino que se le elevó a mito. Y pronto Ganivet fue parangonado a Costa y a Unamuno, uniéndose a esta comparación a nivel intelectual una atracción personal por ambos sexos. En contados días el autor de «Granada la Bella» ocupó la cúspide del pensamiento español. «Se puso de moda —reafirma Almagro San Martín, granadino como Ganivet— buscar en los libros del maestro misteriosas citas y pensamientos para apoyo de las más diversas tesis...».

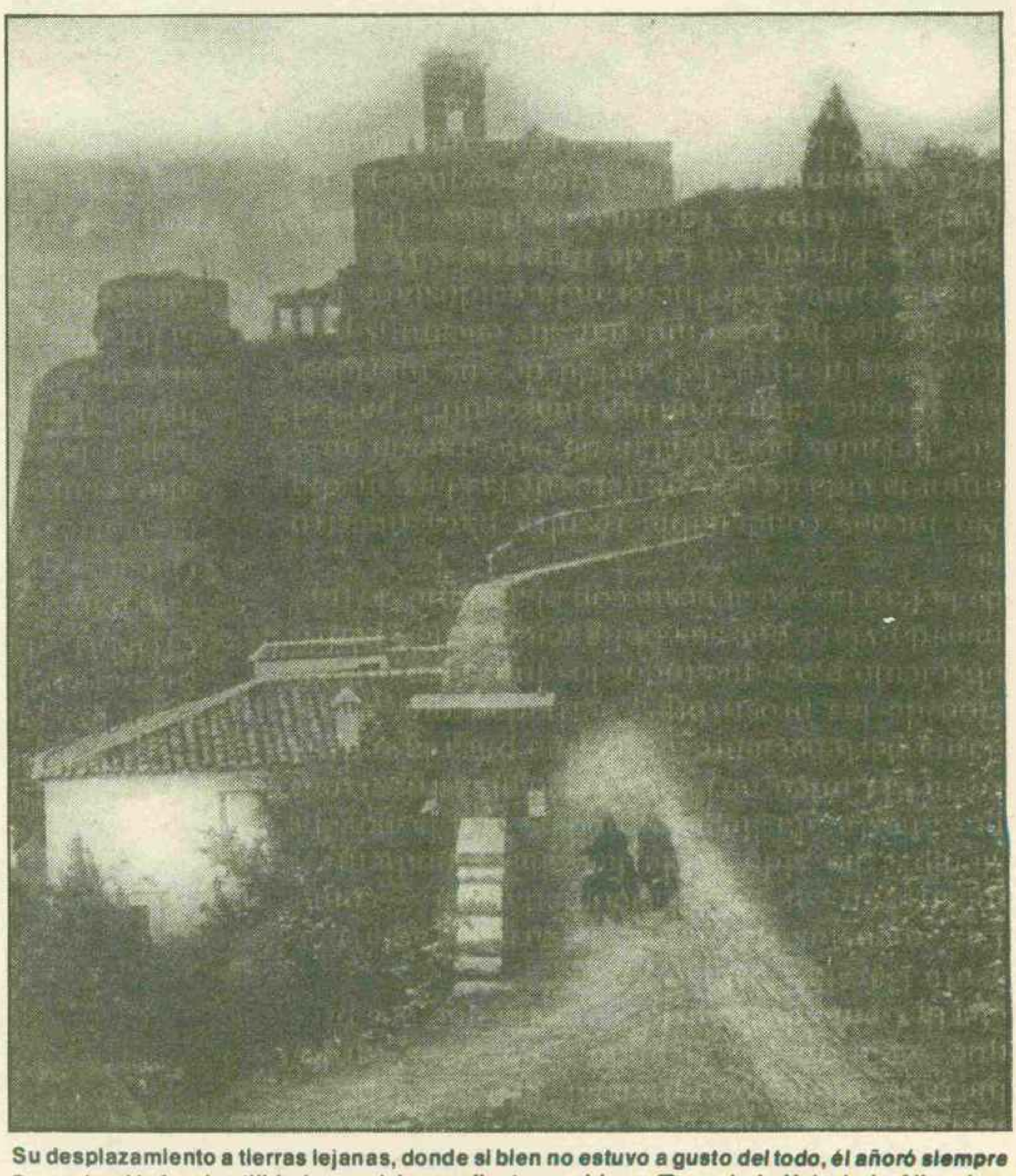
ALTERNATIVAS EN LA VIDA DE GANIVET

Ganivet era el segundo de seis hermanos —tres hembras y tres varones— y nació el 13 de diciembre de 1865. Vivió, pero no nació, en la calle del Molino, quizá llamada así porque en ella había un molino —propiedad del padre de Ganivet— en el que se ha dicho que trabajó el escritor. Este es otro de los errores sobre él, puesto que nunca trabajó como molinero.

Muy joven se fracturó una pierna cuando jugaba con su hermano Natalio. La lesión, grave, le retuvo mucho tiempo en cama, dedicándose entonces a leer vorazmente. Su hermana Isabel ha contado que la lesión fue de tal importancia que se llegó a pensar en amputarle la pierna. Pero él, a pesar de su corta edad, se opuso con todas sus fuerzas, diciendo que prefería morir antes que quedarse cojo. Este accidente —aseguraba su hermana— le convirtió en un niño retraído, ya que no tuvo oportunidad de jugar con otros niños. Estudió Derecho y Filosofía y Letras, pero como su gran pasión eran los clásicos, se decidió por la enseñanza del griego. Coincidió en las oposiciones a cátedra con Unamuno. No las sacó. Fue entonces cuando opositó al cuerpo diplomático. Sacó el número uno y fue destinado a Amberes. El que era un hombre sencillo se encontró implicado en una carrera que deslumbra y requiere de vida representativa. Cuando ascendió y fue trasladado a Finlandia, dijo: «Me alegro de ir allí. Es un país muy lejano al que van pocas personalidades y, por lo tanto, de poca vida social. Eso me evitará ponerme el uniforme».

Su desplazamiento a tierras lejanas, donde si bien no estuvo a gusto del todo, él añoró siempre Granada, sí le fue de utilidad para el desarrollo de su ideas. Dice Ortega y Gasset que al «tomar contacto directo con la obra de las naciones del Norte y Centro de Europa, Inglaterra, Dinamarca, Escandinavia, Finlandia, Alemania, le ayudó a poner en su sitio, sitio de honor, pero acotado, limitado, al espíritu francés que hasta entonces había gozado de un influjo exclusivo y, a fuer de tal, sin límites».

Afirma Ortega, introduciéndose más en la obra ganivetiana, que: «Los trabajos de Pío Cid», «Idearium español», «Granada la Bella» son tres grandes libros españoles. A mí me parece el primero una de las mejores novelas que en nuestro idioma existen y donde mejor se conserva el Madrid de fin de siglo, que podría definirse así: **genialidad y**

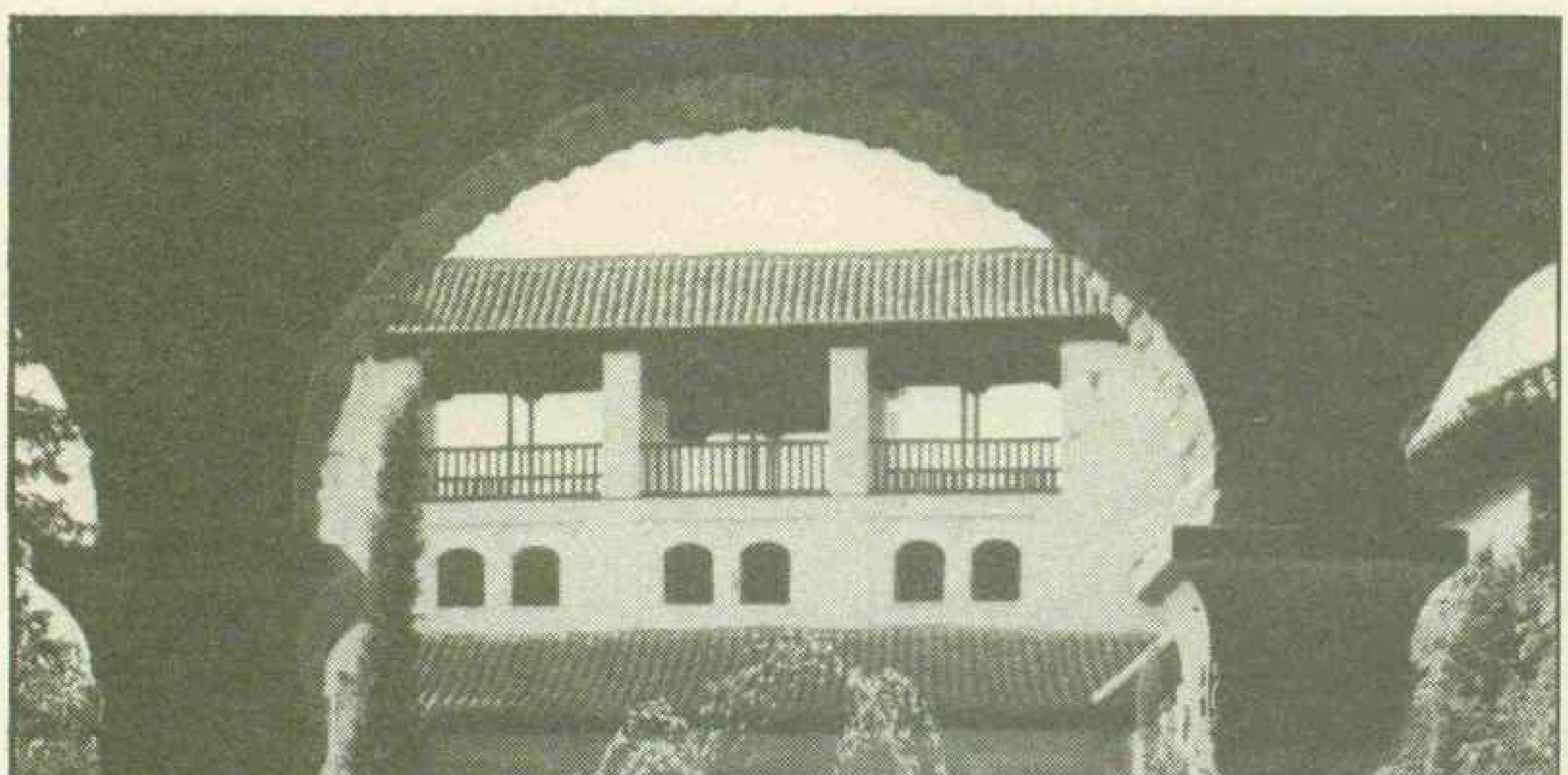


Su desplazamiento a tierras lejanas, donde si bien no estuvo a gusto del todo, él añoró siempre Granada, si le fue de utilidad para el desarrollo de sus ideas (Torre de la Vela de la Alhambra, cuadro de Félix Possart).

chabacanería. «Hombres del Norte», «Cartas finlandesas» son grandes libros europeos escritos en la hora mejor, cuando el contacto íntimo de unos con otros tenía aún la frescura de un descubrimiento y no existían todavía «posturas» ni intelectuales ni políticas de los unos frente a los otros».

No llevaba razón Azaña en su postura frente al «Idearium español», al que tachaba de contradictorio, postura que ahora se comenta al hacer la crítica de «Plumas y palabras» (6). Azaña se basa para juzgar a Ganivet en que Ortega dijo: «Ganivet —del cual tengo una opinión muy distinta de la común entre los jóvenes, pero que me callo por no desentonar inútilmente— leyó un librito, muy malo por cierto, de Th. Ribot, a la moda entonces, se entusiasmó y soltó la especie de la **abulia española»**. Esto lo escribe Ortega en «Faro», 9 de agosto de 1908, y el artículo «A **Cartas finlandesas** y **Hombres del Norte**, de Angel Ganivet», lleva la fecha de marzo de 1940. Ortega, algo muy meritorio, ha rectificado y reconoce los méritos de este escritor granadino que, según Almagro San Martín, «a la manera de los filósofos griegos amaba la conversación al aire libre en suerte de Academia trashumante, que acampaba al amor de los boscajes umbrosos o al socaire de las fontanas».

(6) *«Manuel Azaña y el Idearium, de Ganivet». Crítica de «Plumas y palabras». «El País», diciembre, 1978.*



«Se puso de moda —reafirma Almagro San Martín, granadino como Ganivet— buscar en los libros del maestro misteriosas citas y pensamientos para apoyo de las más diversas tesis...» (Alhambra).

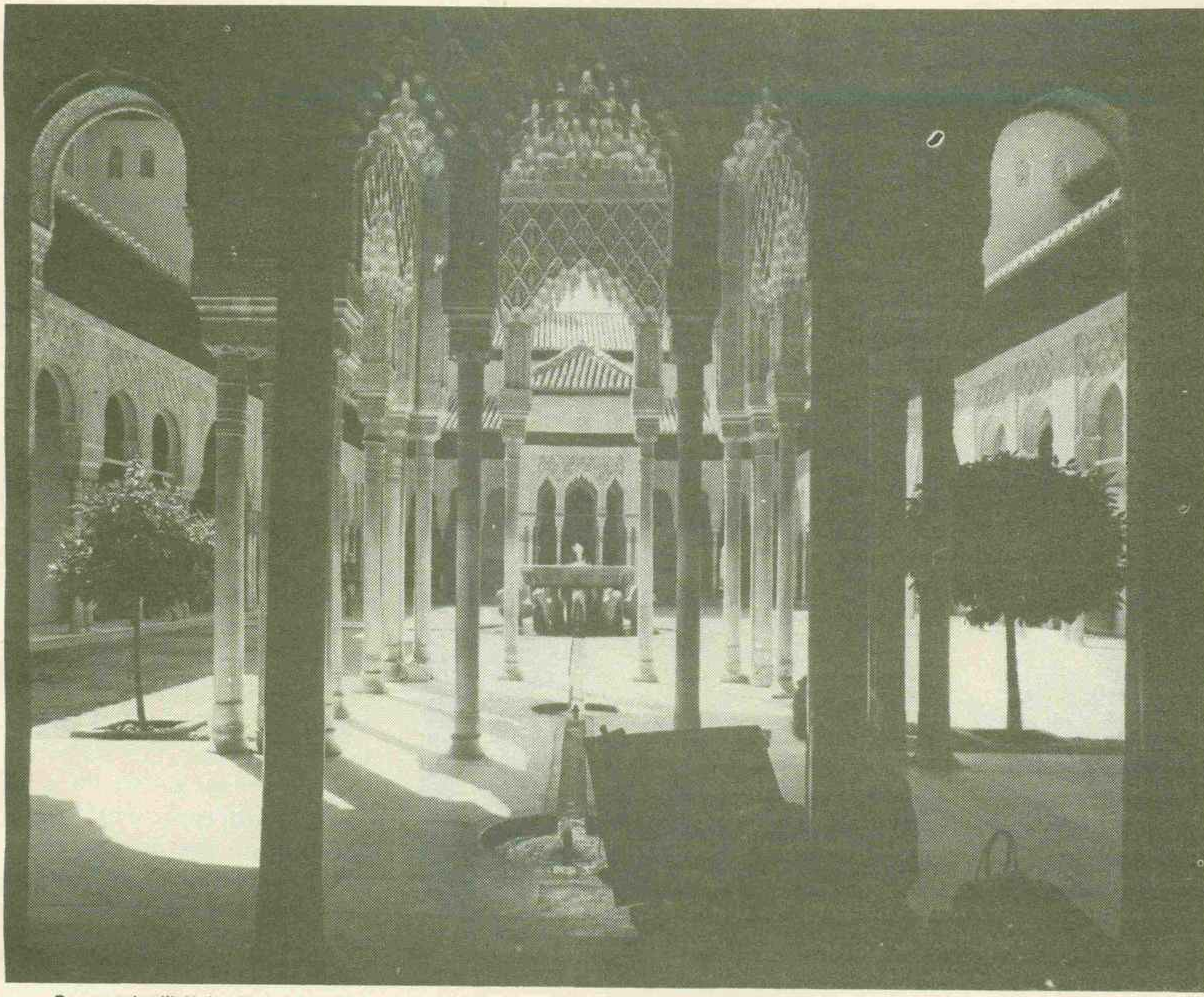
Mostrando ese aserto de Almagro San Martín, nos encontramos que Ganivet, en cuatro meses de estancia en Granada —su «Granada la Bella»—, 1897, creó la «Cofradía del Avellano», paraje de la fuente, de este nombre, quedando el Sacromonte a la izquierda, y la Alhambra y el Generalife a la derecha. La Cofradía existía desde varios años antes, pero no cuajó en realidad hasta el verano de 1897, durante los cuatro meses —de junio a septiembre— en que Ganivet disfrutó de vacaciones en su tierra natal. Por esto dijo Rubén Darío:

«Despertaba libélulas, cazaba [mariposas,
y tornaba a su fuente torre de [pensamiento».

La «Cofradía del Avellano» murió con la desaparición de Ganivet, y la fuente del Avellano volvió a su apacible soledad, y únicamente el azulejo de Fajalauza, que unos cuantos granadinos fijaron sobre la piedra de su frontispicio, recordaba la existencia efímera de la institución. Me parece estar leyéndola en el año 1934, cuando los cuervos negros no habían hecho todavía su aparición sobre Granada:

En recuerdo de
Angel Ganivet,
genial escritor granadino,
fundador de la
«Cofradía del Avellano»,
que enalteció en sus obras
la belleza de este paraje.

(Se alineaban así entonces las palabras, no sé hoy. ¿Estará allí el azulejo de Fajalauza?).



«Despertaba libélulas, cazaba mariposas, y tornaba a su fuente torre de pensamiento» (Alhambra, al fondo el patio de los leones).

GANIVET Y SU RIVAL DE OPOSICION, MIGUEL DE UNAMUNO

A Ganivet y a Unamuno, como ya hemos dicho, les unió el opositar a una cátedra de griego, que ganó el que luego fue Rector de Salamanca. Una de esas coincidencias que la vida ofrece y no se sabe por qué. Luego ambos iban a figurar como precursores de la generación del 98.

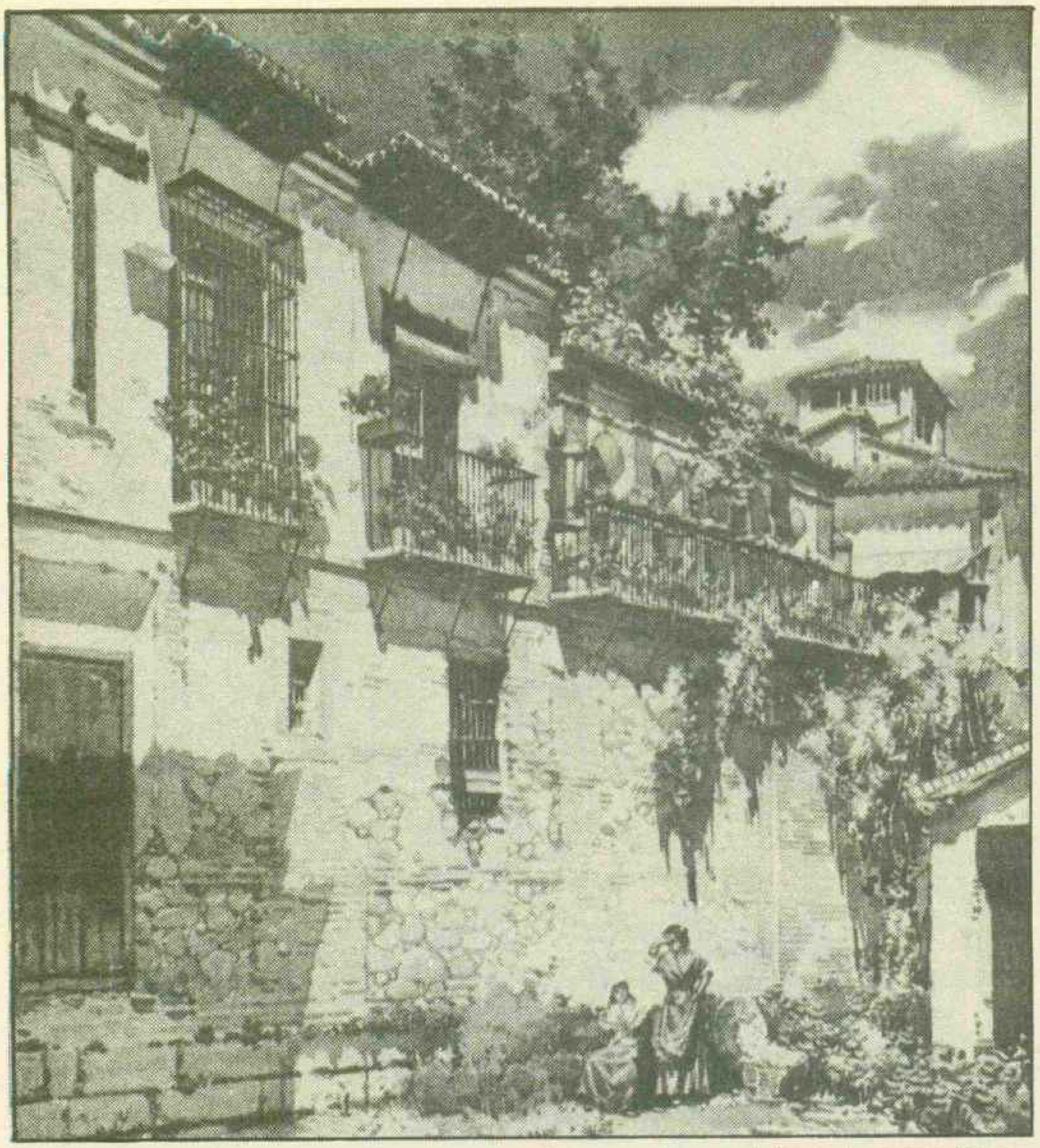
Unamuno, que alcanzó larga vida —y que quizá más larga hubiera sido sin aquel «¡Viva la muerte!»—, escribió reiteradas veces de su contrincante de oposición en términos justos y elogiosos. En un artículo titulado «Angel Ganivet», publicado en «La Noche», Madrid, 23 de octubre de 1898, cuando aún éste vivía, hizo un análisis, donde decía: «Titulo este artículo con el nombre del autor y no con el de su última obra, porque unas veces son las obras las que dan valor al hombre que las lleva a cabo, y otras veces, como en este caso ocurre, sucede a la inversa. No son sus libros los que elevaron a Ganivet, sino que es él quien los ha de elevar, mientras no le hagan mal de ojo recomendaciones como la mía». Y agregaba: «Es un alivio el de encontrarse con que en la árida estepa de nuestra agarbanzada literatura rompe la soñolienta monotonía un árbol fresco, lozano y bravío como es Ganivet».

Hacía don Miguel una relación de las obras publicadas por Ganivet, dejando de cada una atinada nota, y fijaba su atención en la que acababa de dar a la luz: «Los trabajos del infatigable creador Pío Cid». Unamuno afirmaba: «Pío Cid es indefinible». Este era el elogio unamuniano y dejaba hablar al propio Pío Cid: era él el que interesaba. Hasta tal punto fue así, que refiriéndose Unamuno a Ganivet veintiún años después, en un artículo titulado «Pío Cid sobre la neutralidad» (7), reproducía este párrafo de la novela ganivetiana citada:

«Nosotros no conocemos más que dos orgullos: el aristocrático y el militar. El día que tengamos el orgullo intelectual, podremos aspirar a algo. Yo soy quizá el único español que tiene ese orgullo, pero

---

(7) «La Publicidad». Barcelona, 14 marzo 1917.



«Leed su «Granada la Bella» y veréis cómo vio claro que sin el embellecimiento interior de una vida libre y armónica, el jamón y el agua de colonia pueden llegar a ser una forma de barbarie». («De la vieja Granada», acuarela de Sádaba).

pronto nacerán centenares que lo tengan, y usted debía también afiliarse a mi bando, y puesto que posee bienes de fortuna, dejarse de diplomacias y trabajar para ser el primer poeta español».

Pero uno de los más atinados juicios de Unamuno sobre Ganivet lo recogemos de «Ganivet, filósofo», intervención de don Miguel en una velada homenaje al autor del «Idearium».

«Ganivet no cayó —dijo— en el practicismo, y mejor que practicismo, pragmaticismo torpe, en que caen hoy los más de los que aquí predican escupideras, vacuna, altos hornos, máquina, escuelas de artes y oficios, y nada más que esto. Leed su «Granada la Bella» y veréis cómo vio claro que sin el embellecimiento interior de una vida libre y armónica, el jamón y el agua de colonia pueden llegar a ser una forma de barbarie».

El estupendo «Pío Cid» ganivetiano fue tanto o más que su «Idearium» la estatua del propio Ganivet.

NO EL DIPLOMATICO ANGEL GANIVET, SÍ EL HOMBRE

«En Amberes y Helsinford —refiere Almagro San Martín—, Ganivet lee y escribe con profusión de empleado que invierte en sus trabajos propios el tiempo hurtado a los enfadosos expedientes oficiales. (¡Cuántos literatos se habrían frustrado, más o menos infelizmente, si no hubieran sido al mismo tiempo servidores del Estado, de la provincia o del Municipio!). Ganivet no fue excepción en esta regla. Un canciller suyo, a quien conocí en Estocolmo, me refería que los compañeros diplomáticos y él mismo, nunca tuvieron a Ganivet por sobresaliente, sino por oscuro funcionario, muy negligente en sus deberes, que llevaba retrasados y en desorden los asuntos oficiales, a pesar de que había muy poco que hacer. «Iba siempre descuidado en el vestir, se aturullaba delante de la gente, vivía con estrechez, además se cocinaba él mismo, hablaba un francés ininteligible», me decía su antiguo empleado, con cierto desdén que no trataba de ocultar, añadiendo: «Se entretenía en escribir cartas. ¿Pero qué iba a hacer el pobre si no?».

Mientras, Ganivet, el diplomático escritor, nos ha retratado, a través de su Pío Cid, cómo era un representante español en el extranjero. Dice: «Yo he conocido a muy pocos diplomáticos españoles, y alguno de ellos ni siquiera conocía los límites geográficos del país en que representaba a España; pero éste más que los otros, tenía un orgullo a prueba de bomba; y como quiera que lo único que hoy tenemos en España es ignorancia y orgullo, no se puede pedir más perfecta representación de lo que somos...».

Ganivet contestaba así, sin saberlo, a aquel canciller que había informado a Melchor Almagro San Martín con tanta viveza de juicio. O, posiblemente, a toda la diplomacia española.

Este es el hombre Ganivet. ¿Qué puede importarnos el diplomático?

EL GANIVET POETA

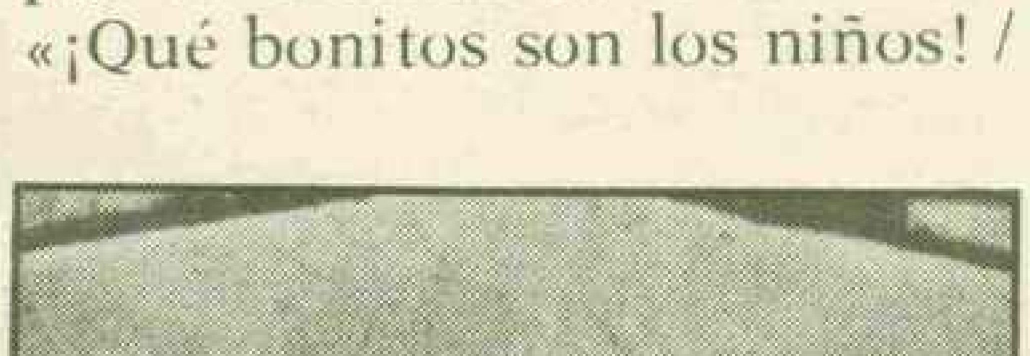
«El Ganivet poeta —«El escultor de su alma»— (dice Cristóbal de Castro en el prólogo

de la primera edición del «Ideario de Ganivet», recopilación de José García Mercadal, años veinte) es un calderoniano impenitente de conceptismo, énfasis y tradición. En esto, como en tantas cosas, sacrifica, un poco sentimental, su modernidad a su patriotismo, sus «aires de fuera» a la sobriedad castellana. Los «ultraístas» de hoy tal vez sonrían, entre sorprendidos y piadosos de las décimas y quintillas de este renovador literario. Sin embargo, este culto rítmico es quizá la ofrenda votiva de más valor en Ganivet».

Ganivet no fue nunca calderoniano; no podía serlo. Es un poeta directo. En «Alma acrisolada», dirá: «Que en este soñar incierto / del vivir, hay algo cierto; / la lucha del alma acrisola, / y al cesar el alma es sola / cual diamante en un desierto».

Afirma lo que Juan de Mairena decía de su maestro Abel Martín: La poesía es el reverso de la filosofía, el mundo visto, al fin, del derecho.

Calderón de la Barca —aprecia Mairena— «amojama un estilo»; el estilo de Ganivet, por el contrario, es sencillo: «¡Qué bonitos son los niños! / ¡Qué alegría traen tan plácida! / Cada niño es un cupido: / sus sonrisas son sus alas...»



Ganivet sólo quería ver brotar «las nuevas flores del ideal humano». (Lápida de Ganivet en Riga).

Angel Ganivet cumple exactamente uno de los consejos de Mairena: «Huid de escenarios, púlpitos, plataformas y pedestales. Nunca perdáis contacto con el suelo; porque sólo así tendréis una idea aproximada de vuestra estatura».

No se suicidó siquiera como Larra, bajo el signo de Werter. Le llevó a su acción suicida una parálisis general progresiva, cuya aparición, «iniciada antes de declararse médicamente, explica la oscuridad de algunas ideas y frases del autor granadino, así como su extravagante conducta personal en muchos pasajes de su corta vida, cuando se acercaba a su fin particularmente» (8).

PUNTO FINAL EN LA OBRA DE GANIVET

Nunca puede ponerse punto final a nada: siempre queda algo por decir. Pero en Ganivet el punto final se exige. Se quiso hace cuarenta años, aunque el prólogo de Laín Entralgo sea de 1942, fundirle en su pensamiento a una España que él no pudo sentir. En verdad piensa uno con zozobra qué no se puede hacer en este país con los muertos. El Hombre Ganivet no es, en forma alguna, de aquel **«modo de ser español»** invocado por José Antonio: sin solidarizarse ni con la geografía ni con el paisaje, sino sólo con la historia «depositaria de valores eternos»... Ganivet fue todo un clarín societario y enraizado a la geografía de su Granada. Conocía su patria y la amaba como empresa futura, pero no en su pasado histórico. Y él bien lo decía:

(8) Melchor Almagro San Martín, trabajo citado.



«El Ganivet poeta —«El escultor de su alma»— es un calderoniano impenitente de conceptismo, énfasis y tradición». (Angel Ganivet).

«Hay muchas maneras de amar la patria, y lo justo es que cada uno la ame del modo que le sea más natural y que más contribuya a dignificarla; nosotros hemos perdido hasta tal punto el sentido de la perspectiva que no damos importancia más que al derramamiento de sangre».

Es de incalculable peso esta verdad, y los patriotas de la patria en violencia —huracán o volcán— no lo vieron. Este Ganivet deformado es el primer error entre los errores de cuarenta años de errores ininterrumpidos. Que no se produzcan más errores y se busquen nombres gloriosos pasados para hacer de ellos mitos de guerra: quehacer político de dictadores. En España, el imperio sólo puede alcanzar a la administración sabia en la libertad de los españoles.

Ganivet sólo quería ver brotar «las nuevas flores del ideal humano». (Fin de uno de sus sagrados párrafos en «La conquista del reino de Maya, por el último conquistador español, Pío Cid»). ■ **J. M. N.**

Erotismo y sociedad en la narrativa de Felipe Trigo

Fulgencio Castañar



NO hay duda de que si llega a consolidarse la democracia en nuestro país surgirá un nuevo modelo de sociedad según el cual las bases de la convivencia serán muy distintas de las sufridas hasta ahora. Mientras esto llega a ser realidad hay un frente de lucha, el erótico, en el que la permisividad del poder ha sido más ancha con el fin de atrincherarse mejor en otros, como pueden ser el político, el económico... Esto ha sido la causa de que en algunas de nuestras playas este verano se haya hecho la vista gorda sobre el nudismo y de que hayan desaparecido las largas colas entre las taquillas de los cines de Perpiñán y otras localidades francesas cercanas a la frontera porque películas tan «atractivas» pueden verse en los cines españoles al tiempo que el «destape» y el «empelotamiento» se han convertido en el pilar casi único de la raquítica industria cinematográfica nacional e, incluso, de algunas publicaciones periódicas. La irrupción de lo erótico creó, meses atrás, tal conmoción en determinados sectores que las voces de protesta obligaron al Ministerio de Cultura (?) a prohibir la exhibición de portadas «provocativas» en los quioscos; lo que no ha sido obstáculo para que los traficantes del sexo sigan haciendo su agosto, pues ha sido mucha la represión soportada, con la consiguiente deformación, durante los cuarenta años del régimen franquista. (El libro de Luis A. Tejada, aunque con frecuencia se queda en lo anecdótico, es suficientemente esclarecedor).

EN estos momentos en que el viento se ha llevado las hojas de parra nos ha parecido conveniente dar a conocer la obra de un escritor, Felipe Trigo, hoy casi olvidado pese a la inmensa popularidad de que gozó en vida, porque en ella lo erótico alcanzó una dimensión desconocida hasta entonces en la literatura española; su narrativa abrió un nuevo casillero en los subgéneros novelescos, con los inconvenientes que todo encasillamiento lleva consigo, al ser considerado Trigo como «el padre de la novela erótica española».

Tal denominación, en una sociedad puritana como la española de principios de siglo, vino a ser piedra de escándalo para numerosos lectores que identificaban lo erótico con lo pornográfico sin advertir que en numerosas ocasiones pueden no ser sinónimos. Guiados quizás por el hecho de que lo erótico ha sido un tema tabú en nuestra cultura, únicamente era entendido como pasión amorosa muy exacerbada en lo sensual prescindiendo de la acepción más elemental, la referente al amor. Y es esta significación de lo erótico la que un sector de la crítica no quiso ver en la narrativa de Felipe Trigo, porque en la obra del escritor extremeño se encontraba expuesta, con mayor o menor claridad, toda una teoría amorosa opuesta a la tradicionalmente aceptada por nuestra sociedad y que Trigo fundamentaba en un estudio analítico de la naturaleza humana partiendo de premisas ajenas a la ideología dominante.

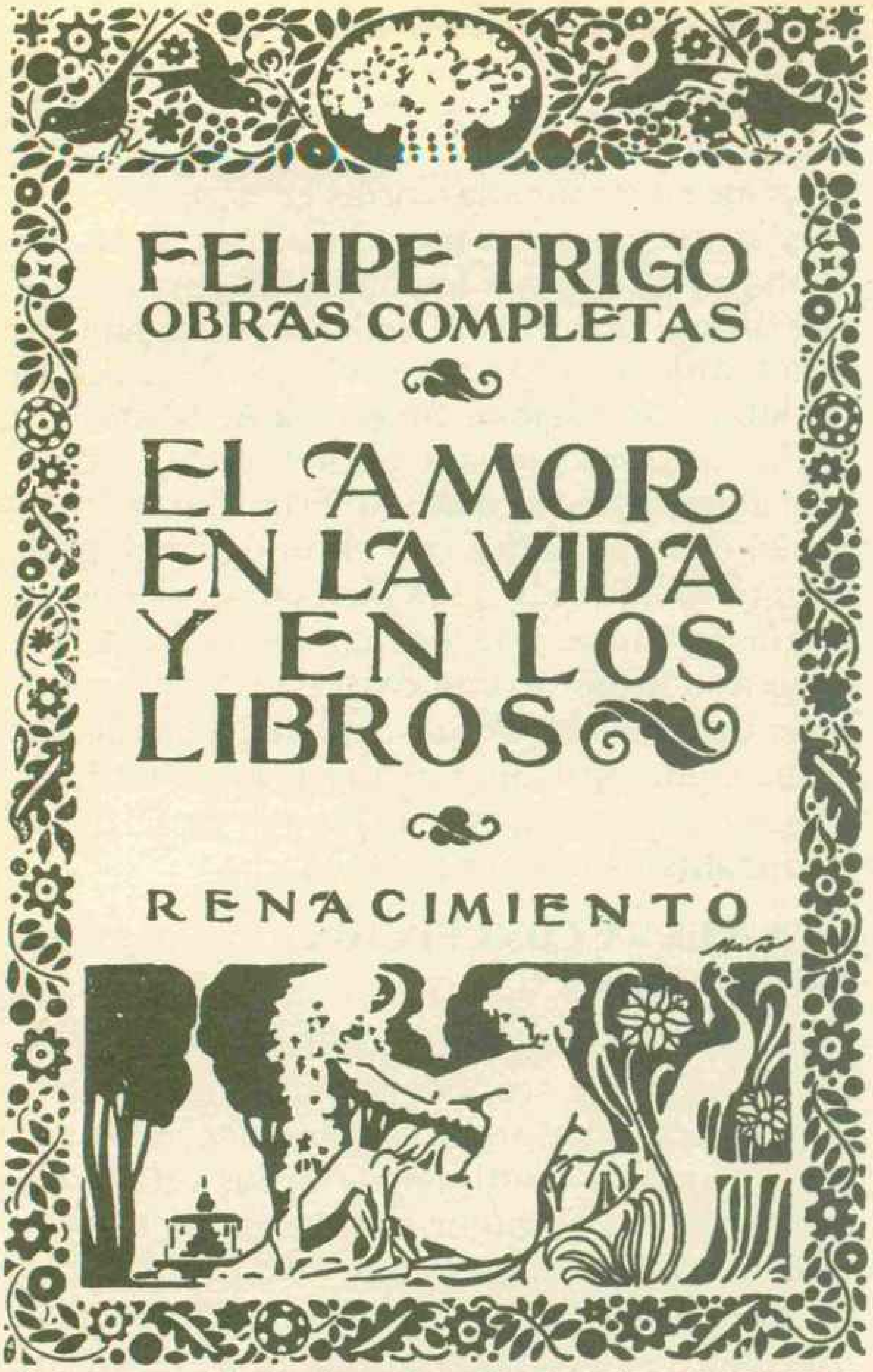
Es innegable el hecho de que la literatura de Trigo, por su concepción de lo erótico y por la minuciosidad naturalista en la descripción de algunos episodios, puede electrificar la tensión erótica del lector y, según este criterio, ser calificada de pornográfica, obscena...; todo ello consecuencia de la técnica realista utilizada que conlleva necesariamente —Unamuno insiste en esto en un pasaje de **Niebla**— la representación de los hechos en la imaginación del lector, suscitando en él un estado anímico que difiere totalmente, por ejemplo, de la emoción estética producida por los escritores de estilística barroca al tocar los aspectos eróticos. (Téngase presente el estudio de J. Goytisolo incluido en **Disidencias**). Sin embargo la finalidad de la obra de Trigo no se reduce a satisfacer mentalmente la sexualidad del celtíbero reprimido, sino que quiere incidir, en un afán claramente moralizador, en el comportamiento amoroso de los españoles; de ahí que en su obra se adviertan nítidamente dos grandes grupos de novelas según los objetivos que se haya propuesto el autor; por una parte, las dedicadas a criticar los usos amorosos de los españoles, como sucede en **Las Ingenuas, La Sed de Amar, Sor Demonio, La Clave...**; y, por otra, aquellas novelas en las que se propone encarnar sus teorías en unos personajes y situaciones novelescas que permiten dar a conocer al lector de forma amena una erótica que difundida a través del ensayo apenas habría tenido lectores, tal es el caso de **Alma en los labios, Del frío al fuego, La Altísima...**

En las páginas que siguen pretendemos mostrar algunas de las ideas de Trigo agrupándolas en dos apartados con el fin de distinguir, aunque el deslinde no es fácil en ocasiones, su teoría amorosa y la crítica social llevada a cabo a lo largo de una obra dedicada a estudiar una problemática clave en la vida humana como es el amor, y que, pese a su importancia, suele olvidarse a la hora de penetrar en la intrahistoria de una sociedad.

UNA NUEVA CONCEPCION DE LO EROTICO

Ha de quedar patente, de entrada, que Trigo exclusivamente trata del amor heterosexual; por lo tanto habrán de referirse las ideas que expongamos a continuación a las relaciones entre hombre y mujer, quedando al margen toda la erótica homosexual; no habrá que tratar de engarzar su obra con la literatura «gay» que ahora se quiere rehabilitar o crear, ni con el culto a Lésbos predicado desde algunas publicaciones que han hecho del sexo la base de su negocio.

Trigo es, quizás, entre los intelectuales españoles, el primero en reclamar una atención primordial para la problemática sexual en la vida del individuo. Para relacionar su obra con la de sus coetáneos quizá sea suficiente señalar su total discrepancia en lo erótico respecto a los miembros de la llamada «generación del 98». A nivel anecdótico recordemos que en una polémica con Unamuno resalta Trigo la contradicción manifiesta entre el desprecio intelectual del Rector de la Universidad de Salamanca a lo erótico y su práctica ritual nocturna, a juzgar por la numerosa descendencia familiar del escritor vasco. Por otra parte, Trigo nada tiene que ver con esa misoginia estudiada por Serrano Poncela en un capítulo de **El Secreto de Melibea** ni con las actitudes de los héroes típicamente noventayochistas para los que la satisfacción de la sexualidad conlleva una crisis —Andrés Hurtado se siente turbado tras refocilarse con su patrona— y una consiguiente pérdida de la actividad creadora hasta el punto de que D. Shaw lo considerará como el gérmen de esa abulía que anula sus ansias regeneracionistas. Como no vamos a contar su vida ni sus aventuras —en el n.º 25 de TIEMPO DE HIS-



Guiados por el hecho de que lo erótico ha sido un tema tabú en nuestra cultura, únicamente era entendido como pasión amorosa muy exacerbada en lo sensual prescindiendo de la acepción más elemental, la referente al amor.

TORIA ya apareció un breve bosquejo biográfico antepuesto al artículo de Fdo. García de Lara sobre el suicidio de Trigo, en una interpretación que no comparto—, no será superfluo hacer hincapié en su profunda formación en el campo de la Medicina, que llegaría a ejercer durante varios años, en su conocimiento de los tratadistas más avanzados en erotismo, su continua reflexión sobre la materia y el hecho de que a la hora de novelar no se deja llevar por la improvisación sino que sus obras tienen unos planteamientos rigurosos que van desde los objetivos que pretende demostrar y los medios para conseguirlo hasta las partes, episodios, estilo que debe emplear e incluso lo que nos puede parecer un extremo de minuciosidad preparatoria, el número aproximado de cuartillas que tiene que manuscribir.

Objetivo básico en su obra es probar el papel de lo erótico en la complejidad del ser humano, no reduciéndolo, como solía ser habitual en nuestra tradición cultural proveniente del medioevo y ascetas del XVI y XVII, a una mera necesidad fisiológica, sino que en Trigo será ennoblecido hasta extremos que para la mentalidad de su época resultaban incomprensibles. En una de las páginas de un ensayo al que aludiremos en varias ocasiones, **El Amor en la Vida y en los Libros,** Trigo nos da una definición del Amor, con mayúsculas como él escribe, envuelta en un lenguaje en el que lo lícito alterna con la terminología científica y la sintaxis es retorcida para amoldarla al peculiar énfasis que el autor pone en determinados aspectos en que la grafía con mayúsculas no le es suficiente para expresar su pensamiento:

«El amor humano es el beso de la vida entera, es la voluptuosidad esparcida por todo el complexo de la vida vegetativa, moral e inteligente.

ES LA FUNCION INTERNA Y MAS ALTA DE VITALIDAD» (1).

Queda así lo erótico dignificado y de una función puramente genésica pasa a ser el elemento clave de la psiquis humana, siendo su anulación la causa de numerosas neurosis como demostrarían años más tarde Freud y sus discípulos.

Como consecuencia de su convicción en tales ideas Trigo intentará destruir múltiples errores que aletean en la concepción tradicional española de la vida como esa idea tópica de que «la sexualidad agota todas las energías de la vida» que los jóvenes de mi generación leíamos en los libros de Msñor. Thiamer Thot. «De tal error —asegura Trigo— han salido frases y refranes. Se repiten, pues, como verdad vulgar: Tabaco, vino y mujer echan al hombre a perder. Como se ha dicho en mil frases literarias la mujer es la succionadora del cerebro masculino, la agotadora, la perenne matadora a besos» (2). Para rechazar tal falsedad Trigo muestra cómo sus personajes, que nada tienen que ver con los abúlicos noventayochistas, tras la plena satisfacción erótica inician una actividad creadora que les lleva a cotas no alcanzadas por ellos hasta entonces. Tal es el caso de Darío y Gabriela en **Alma en los Labios** o el del joven Esteban Sicilia, de **En la Carrera,** estudiante que vegeta en Madrid en busca de conquistas amorosas pasajeras, quien, una vez conseguida una armoniosa convivencia con Antonia, al margen de la moral social, se convierte en un alumno distinguido con varias matrículas.

En la concepción amorosa de Trigo, como puede suponerse, no hay lugar para la sacralización ritual de la pareja mediante un acto religioso, aunque conserva el contacto civil más como fórmula protocolaria que como requisito indispensable. Muchos de sus héroes viven una plenitud amorosa sin que les una vínculo social alguno, pues la atracción y lazos

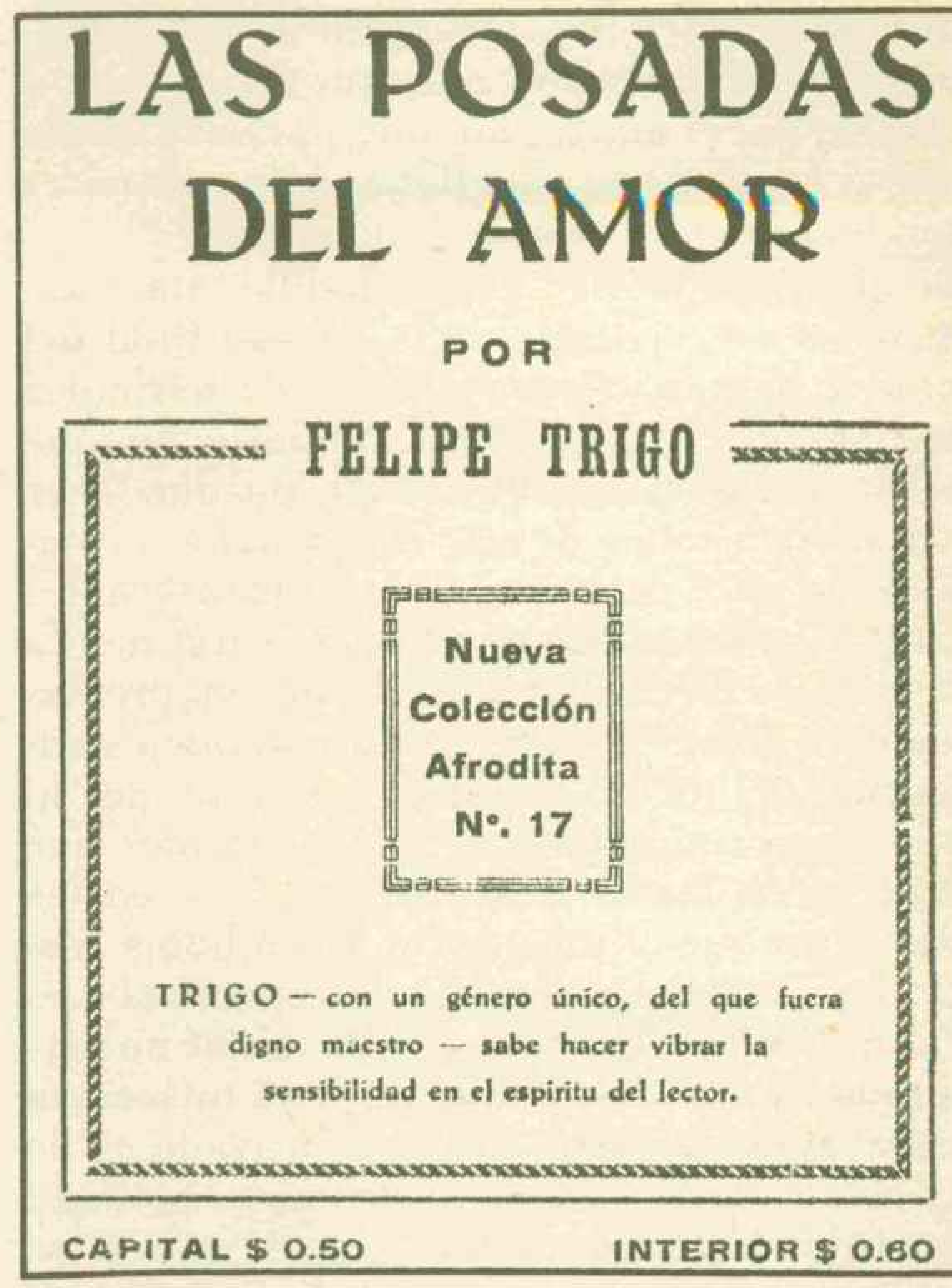
(1) F. Trigo: **El Amor en la Vida y en los libros** *(Renacimiento, 1919, pág. 143).*

(2) Idem, pág. 129.

afectivos que unen a la pareja tienen como finalidad el placer mutuo, con lo que se aleja nuestro novelista de la concepción tradicional del matrimonio según la cual el objeto primario es la procreación de los hijos.

Será éste, el hedonismo, otro de sus caballos de batalla; en una sociedad que considera la vida como un valle de lágrimas Trigo defiende que la misión de la inteligencia es la búsqueda del máximo placer mientras se vive porque para él, tras la muerte, sólo hay lugar para la incorporación de los restos del individuo a la materia cósmica; no entran en su cosmovisión la resignación ni el sacrificio sino que en sus novelas insiste, una y otra vez, en la voluptuosidad sensual que invade a sus personajes en los momentos de máximo apogeo de su vida erótica, sin preocuparle los prejuicios establecidos por la sociedad y aceptados por los mismos escritores —recuérdese la postura de J. O. Picon en **Dulce y Sabrosa**— que hasta entonces habían rehuido la descripción de la unión sexual.

Mayor osadía —y, por consiguiente, mayor escándalo entre sus contemporáneos— encontramos en sus escritos cuando reclama como necesarias para la buena convivencia posterior de la pareja las relaciones sexuales prematrimoniales; ahora bien, exige unas relaciones que no sean consecuencia de un arrebato pasional incontenido sino conscientemente aceptadas por lo dos; especialmente nuestro escritor insiste en que la mujer se libere, como requisito previo, de los prejuicios adquiridos sobre la sexualidad, pues ella tiende a identificar lo sexual con la «deshonra social» y como en la unión de la pareja intervienen tanto factores vegetativos como intelectuales y morales Trigo cree que esto debe producirse en una atmósfera en que no haya posibilidad para la existencia de temores, dudas ni recelos que impedirían a ambos miembros de la pareja llegar a la intensidad máxima emotiva que el momento requiere. En la novela **A prueba** el escritor extremeño se aventura a presentar a un joven esteta «d'anunzziano», al que «la fealdad le proporciona un tormento insoportable», que antes de casarse pide a la madre de la novia que le conceda ver a su hija totalmente desnuda y una vez satisfecho este deseo aspira a tener unas relaciones sexuales plenas, pues, según lo que él confiesa original teoría, al contratarse ambos deben saber a qué y con quién se contratan. Y aunque esto no era —ni lo es hoy— habitual, cree, no obstante, necesario «empezar a transformar las costumbres en eso, como en todo, para ajustarlas a las justas exigencias de la vida». No hay que decir que la segunda prueba le fue



Es innegable el hecho de que la literatura de Trigo, por su concepción de lo erótico y por la minuciosidad naturalista en la descripción de algunos episodios, puede electrificar la tensión erótica del lector y, según este criterio, ser calificada de pornográfica, obscena...

denegada; en cambio, Darío lo consigue de Gabriela.

Donde Trigo llega al culmen de su atrevimiento es al referirse a la cópula sexual; sin embargo no hay que llevar las cosas al extremo de pensar que sus novelas son algo parecido a esos manuales que llevan el reclamo de «100 maneras de hacer el amor» o algo similar; si bien aparecen escenas de alcoba en todas sus novelas, distribuidas estratégicamente y descritas con la minuciosidad que requiera el objetivo a alcanzar por el autor, lo importante será siempre su defensa desde la actividad erótica plenamente lograda para un psiquismo equilibrado, del que carecían los protagonistas de sus novelas críticas, mientras que en sus novelas de exposición teórica el acto amoroso aparece envuelto en una atmósfera transcendente como veremos después.

No hemos hecho mención a uno de los aspectos fundamentales de su filografía como es la equiparación total de los dos miembros de la pareja hasta el punto de que se convierte en numerosos temas que no guardan relación con el erotismo en un paladín del feminismo ante la extrañeza de sus conciudadanos para la mayoría de los cuales era válido aquello de que «la mujer casada, patiquebrada y en casa»; Trigo sostiene que la mujer no tiene que ser ese socio pasivo que la naturaleza impone

al hombre para la satisfacción de la sexualidad y la reproducción, sino que reclama para ella un papel activo, aunque para esto tiene que refutar las teorías dominantes entonces sobre el instinto erótico femenino.

En el ensayo teórico antes aludido cita a numerosos especialistas de la década final del siglo XIX que sostienen el tópico de la frigidez sexual femenina que él no comparte, aunque acepte el carácter científico que puedan tener las apreciaciones de sus compañeros al basarse en unos hechos concretos, mensurables estadísticamente; en su refutación argumenta la falta de distinción entre lo que es propiamente fisiológico de la mujer y lo que es adquirido del medio social en que vive, por lo que niega rotundamente que la frigidez que aparece en las estadísticas e incluso en las pacientes que el mismo Dr. Trigo había tratado tuviese alguna relación «respecto al tipo natural, al tipo fisiológico de **la mujer no perturbada y aun destrozada por una influencia social funesta**» (pág. 97. El subrayado es de Trigo). Un análisis de la anatomía y fisiología femenina le lleva a la conclusión de que en las mujeres «el instinto sexual es infinitamente más fuerte que en el hombre» (pág. 106), aunque reconoce que desde que empieza a ser una adolescente las influencias sociales la obligan a reprimirlo. De cara al futuro concluye Trigo que «el amor, digno del porvenir, será posible en cuanto se eduque a la mujer y SE LA RESTITUYA IGUAL LIBERTAD (ABSOLUTAMENTE IGUAL) QUE AL HOMBRE» (ídem, pág. 148).

Como es fácil advertir estas ideas lanzadas en una sociedad en la que, además de la concepción machista entonces y ahora imperante, predominaba un fuerte entramado de ideas religiosas las afirmaciones de Trigo levantaban polémica por doquier, pues eliminaban uno de los resortes básicos de aquella secular sociedad: la mujer como sostén de los valores espirituales que encierra el hogar. No porque se abra la puerta a la infidelidad por insatisfacción sexual, sino porque la mujer estaba predestinada al rol de madre, un rol en el que no entraba la voluptuosidad erótica.

No concibe Trigo las relaciones mutuas entre la pareja humana regidas por la autoridad del varón, sino que establece una armonía que dimana de la igualdad de los dos entre sí y ante los demás, lo que no dejaba de causar estupefacción en una colectividad en que se toleraban todas las infidelidades masculinas —la ley del más fuerte—, mientras que el honor familiar quedaba manchado si era la mujer quien en lo erótico se saltaba las bardas impuestas por el contrato matrimonial. Todos recordamos el caminar de la mujer hacia la muerte a la más leve sospecha en los dramas calderonianos y, lo que es más grave, todas esas sanciones que recaían sobre ella en la legislación hasta hace poco vigente y en cuya derogación han tenido que ver no poco la acción de los grupos feministas.

El adulterio en las novelas teóricas de Trigo es enfocado en una óptica completamente nueva para su tiempo y, quizás, el nuestro; así en **Alma en los labios** sostiene la tesis de que la infidelidad, a nivel exclusivo de los sentidos, puede llevar a ambos miembros de la pareja a una unión casi indisoluble al advertir, tras la experiencia de cada uno de ellos fuera del hecho común, que la intensidad del placer es menor con otros individuos por muy atractivos que puedan ser; Gabriela, tras su experiencia con un desconocido, escribe en el billete de mil francos que aquél dejara en la cama mientras ella dormía:

> *«Quieres a Darío como al verdadero Dios, porque no hay otro. Si hubiese dos dioses los adorarías o serías absurda. Si hubiera dos Daríos, también, pero no los hay y en cada hombre de la tierra sentirías la ausencia del hombre que conoces. Desde tu libertad de amar, le amas, pues, infinitamente porque amas en él su amor y el horror a la falta de un amor como el suyo en todos los demás»* (3).

Habría, pues, un adulterio físico, pero no sentimental, aceptado por ambos sin dramatismos de ningún tipo; no obstante, Trigo muestra cómo sus héroes no han conseguido esa impasividad total necesaria para afrontar tal situación, pues hay aún en ellos cierta inquietud producida por los celos pese a que quieren ambos, en un esfuerzo voluntario, mantenerse indiferentes. Esta impasividad, consecuencia de las transformaciones de las emociones, se encuentra en **Las Evas del Paraíso**, novela en la que Trigo presenta la armonía típica del falansterio de Fourier en una colonia de blancos muy lejos de la sociedad española.

Es preciso remarcar que el conflicto establecido entre los héroes que encarnan las ideas de Trigo y el resto de la sociedad lo resuelve el autor, para dar verosimilitud al proceso novelesco, o bien mediante la fuga espacial, lo que le permite dar finales felices, como sucede en las dos novelas a que acabo de referirme, o bien mediante el fracaso, así habría que interpretar la locura de **La Altísima**, el matrimonio de **La Bruta**, la separación de la pareja por los padres **En la Carrera**, de cuyos protagonistas dice el autor algo que podemos aplicar a los demás.

(3) F. Trigo: **Alma en los Labios.** *(Librería Fernando Fe, 1905, págs. 384-85).*

«Fracasaba —se refiere a Esteban Sicilia— no por falta de poderío ideal de su corazón ni por defectos de fe en él mismo y en Antonia, sino por enlaces tremendos e inevitables de ellos dos con lo que no eran ellos; por engranajes, por reciprocidades fatales de sus vidas con las vidas en el conjunto social, cuya armonía de absurdo no toleran, no pueden recibir dos notas sueltas de otra gama» (4).

Aunque, tras lo ya escrito, el lector que no haya tenido en sus manos alguna de las obras de Trigo, puede hacerse una idea sobre su erótica, es imprescindible resaltar unos aspectos que, porque los juzgamos fundamentales, los hemos dejado para el final, como son su concepción del ser humano como un complejo armónico, la imposibilidad de poner trabas al instinto sexual y, sobre todo, su exaltación mística del Eros.

Frente a la concepción tradicional del hombre como ser formado por el cuerpo y el alma, divergentes entre sí, ruptura que en el plano erótico viene a significar la imposibilidad de satisfacer los deseos sensuales del cuerpo por perjudicar los intereses del alma, jerárquicamente superiores, Trigo sostiene una concepción materialista del ser humano al considerarlo como una unidad en la que todas sus partes están estrechamente ligadas entre sí, sin que exista predominio de unas sobre otras, de «la cabeza sobre los testículos».

En su novela **Si sé por qué** explica nítidamente su rechazo al régimen moral imperante en el mundo como consecuencia de la expansión del cristianismo basado en unos conceptos del bien y del mal que, según Trigo, están desvirtuados respecto a la naturaleza humana.

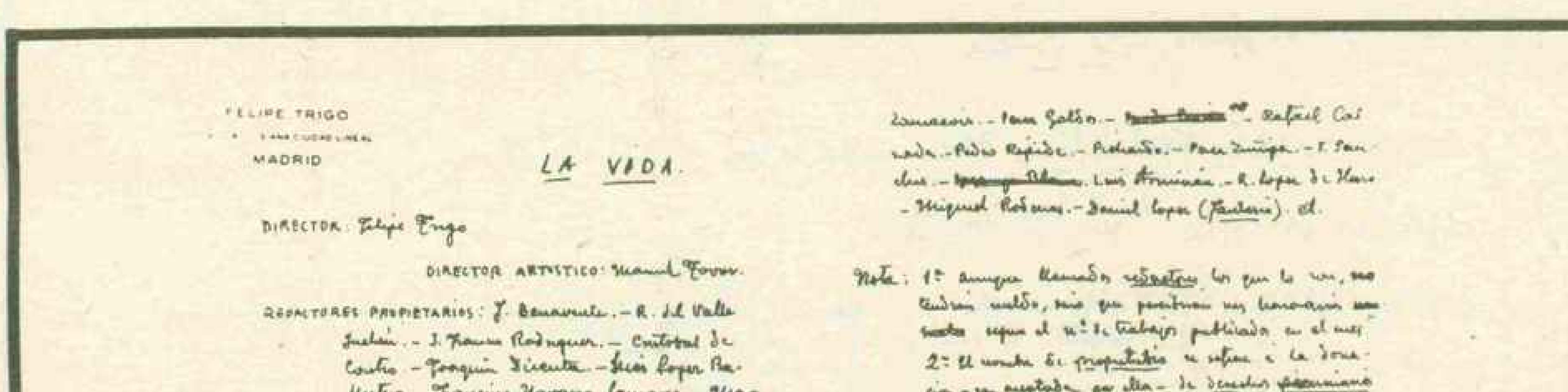
«Así, siendo el hombre de la tierra, le han dado por destino el cielo; habiendo nacido para vivir, quisieran obligarle a renunciar a todos los impulsos espontáneos de la vida, o cuando menos a avergonzarse de ellos presentándolos como bajeza o miserable semejanza con los animales inferiores (...). Así, para **mejor éxito** *de esta enormidad, se han creado los terribles frenos o cadena de hipocresía o del horror de la vida que se llaman virtud, el pudor, el rubor, el candor, la inocencia, la resignación, la castidad... se ha semitolerado* **el amor humano** *(...) puesto que se considera como mejor y perfecto el estado de santidad y pureza mística»* (5).

He juzgado imprescindible esta larga cita porque así el pensamiento de Trigo queda claro en un punto tan fundamental de su cosmovisión, pues de aquí dimana su rechazo a la concepción cristiana de la vida públicamente testimoniado en innumerables escritos y, como contrapartida, de aquí surgirán también las numerosas críticas, ataques y la marginación que ha tenido y tendrá aún durante mucho tiempo.

Intimamente ligadas a las ideas anteriores está su convicción de la imposibilidad de anular el instinto erótico por medio de frenos o barreras impuestas por la sociedad; así nos encontramos en su novela **Jarrapellejos** con que la joven Pura —de paso aludiremos a la nominalización irónica utilizada en más de

(4) *F. Trigo:* **En la Carrera.** *(Renacimiento, 1930, pág. 293).*

(5) *F. Trigo:* **En los Andamios.** *(Renacimiento, 1924, págs. 314-15).*

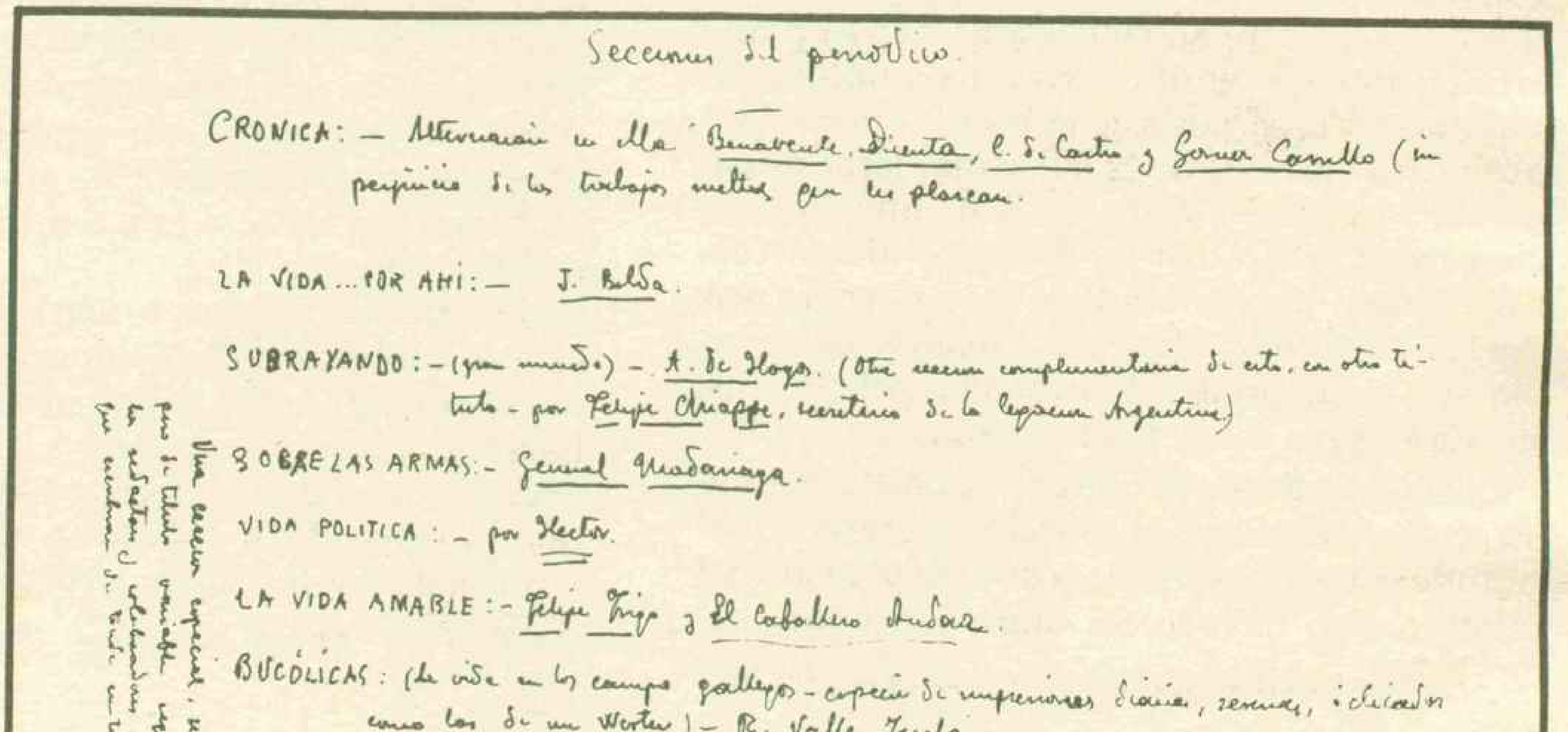

FELIPE TRIGO
MADRID
LA VIDA.
DIRECTOR: Felipe Trigo
DIRECTOR ARTISTICO: Manuel Tovar.
REDACTORES PROPIETARIOS: J. Benavente.— R. del Valle Inclán.— [illegible]
COLABORADOR PROPIETARIO: — Julio Burel.
COLABORADORES FIJOS: [illegible]
COLABORADORES: [illegible]
Nota: [illegible]

Trigo es, quizás, entre los intelectuales españoles, el primero en reclamar una atención primordial para la problemática sexual en la vida del individuo. (Boceto de la revista «La Vida», de puño y letra de Felipe Trigo, que la dirigiría largo tiempo).

una ocasión para caracterizar a los personajes— es obligada por su madre a vestir prendas interiores viejas y toscas para que se mantenga virgen hasta el matrimonio, pero la fuerza del instinto es tal que, para no avergonzarse ante los de su clase social, se entrega a un pastor.

Sin duda, lo más llamativo de su erótica para la sociedad mogigata de su tiempo fuese su canto a la unión erótica; si hasta entonces era un motivo tabú para los literatos Trigo lo coloca como parte central de su obra y, por añadidura, con un enfoque nuevo que venía a romper los esquemas tradicionales.

Si hasta entonces el regodeo sexual había sido colocado por la puritana sociedad burguesa como algo réprobo que sólo podía ocurrir fuera del hogar, de ahí la «institucionalización» de la «querida», y la obligación moral de la esposa consistía en soportar con tedio los deseos carnales del marido, tributo obligado a la animalidad del ser humano y fórmula natural para la reproducción de la especie, Trigo lo sacraliza entre las personas que se aman y trastoca totalmente su valor al pasarlo de la condición ínfima en que yacía a la suprema, a ese estadio ideal de que hablan los místicos cuando alcanzan su más íntima unión con Dios. Nótese como Trigo, tan contrario a la moral cristiana, paradójicamente, como señala Sobejano en su **Nietzsche en España,** no consigue desatarse de las raices cristianas en que se formó, pues su teoría amorosa, en punto tan culminante, es una canalización de los escritos místicos al plano exclusivamente humano, de forma que la bestialidad antes reprobada queda integrada y purificada en una totalidad despojada de elementos espirituales, y la transcendencia del acto ya no reside únicamente en ser fuente de vida, sino



Secciones del periódico

CRONICA: — Alternarán en ella Benavente, Dicenta, C. de Castro y Gomez Carrillo (sin perjuicio de los trabajos sueltos que les plazcan.

LA VIDA ... POR AHI: — J. Belda.

SUBRAYANDO: — (por mundo) — A. de Hoyos. (Otra sección complementaria de esta, con otro título — por Felipe Chiappe, secretario de la Legación Argentina)

SOBRE LAS ARMAS: — General Madariaga.

VIDA POLITICA: — por Hector.

LA VIDA AMABLE: — Felipe Trigo y El Caballero Audaz.

BUCÓLICAS: (la vida en los campos gallegos — especie de impresiones diarias, serenas, idealizadas como las de un Werter) — R. Valle Inclan.

LA VIDA DE NOCHE — E. Carrére.

EN LA PLAZA: — Bombadillo — TOREO A LA PLUMA: — Duque de Tovar.

LA VIDA EN SOLFA: — Matilde Muñoz.

LAS MUJERES...EN PINTURA (u otro título por el estilo!) — José Francés (con una ilustración del pintor a que se refiera cada artículo)

LA VIDA EN EL TEATRO — el teatro serio Cristobal de Castro — el genero chico Bombadillo

SIGNOS DE LOS TIEMPOS — Carlos Navarro Lamarca

VIDA ARTISTICA. — Manuel Abril

NOVELA (en todos los numeros — por varios — Probablemente la 1ª será, o de Felipe Trigo, o el Diario de las emociones sentidas por Francisco Ardemus (ha empezado a escribirla por mi encargo) desde la partida de nuestra escuadra (guerra yankee) hasta que fue hundida en el mar. Ardemus estaba a bordo, como teniente de fragata.

Tienen que pensar aun sus secciones, Franca Rodriguez, Lopez Ballesteros, Buel (que colaborará con la mayor continuidad que le permitan sus ocupaciones, y desde luego en el 1º número del periódico), Gomez de la Serna, Tapia, A.

Claro es que, como todo esto no cabría en cada número, algunas de estas secciones alternarán en ellos haciéndolos ganar en variedad y amenidad.

A nivel anecdótico recordemos que en una polémica con Unamuno resalta Trigo la contradicción manifiesta entre el desprecio intelectual del Rector de la Universidad de Salamanca a lo erótico y su práctica ritual nocturna, a juzgar por la numerosa descendencia familiar del escritor vasco. (Manuscrito de Felipe Trigo)

ocasión de placer para los dos miembros de la pareja cuya felicidad no queda en sí sino que se comunica y beneficia a los demás; a ese cruce de lo concreto con lo ideal, de lo corpóreo con las emociones psíquicas más sublimes le da Trigo tal transcendencia y misticismo que, después de leer expresiones como las siguientes, «posesión divina de un ser por otro ser» **(En la Carrera)**, «el condimento divino de la sensualidad es el amor» **(En los Andamios)**, no es de extrañar el tono de exaltación lírica, engalanado con inumerables recursos retóricos, que encontramos en las páginas que dedica a cantar la plenitud erótica.

Las teorías de Trigo quizá se hagan realidad cuando la problemática erótica con que todos tenemos que enfrentarnos a lo largo de nuestra vida haya sido despojada de aquella hojarasca inútil con que suele recubrirse y puede ser abordada, en su prístina desnudez, desde la infancia. La vuelta a la Naturaleza vendría a poner fin a las numerosas neurosis que aquejan al hombre de nuestra civilización y alumbraría una humanidad que, por la sofistificación de la que vivimos, nos parecería nueva y en ella podría encontrarse aquella «Venus idealizada por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada» que Trigo soñara cuando trataba de romper los convencionalismos morales de la sociedad en que vivía.

Esta es, según nuestra interpretación, la significación que pudo tener el erotismo sublime de Trigo: ruptura con la moral burguesa repudiada por su inautenticidad y, a la vez, búsqueda de un nuevo sentido moral, basado no en los intereses de determinados sectores, sino en la naturaleza del hombre.

Es aventurado decir que su labor fue ineficaz, pese a la incomprensión de que fue objeto por parte de los intelectuales, porque la semilla ideológica se derrama en unos momentos y no germina hasta que no encuentra las condiciones sociales precisas. Murió el hombre, pero sus ideas —que él decía no ser suyas, sino tomadas de la Vida— aunque hayan sido recubiertas por un manto de silencio, opresión y olvido aún laten en las jóvenes generaciones que se niegan, en el amor como en la política, a seguir por los caminos marcados por sus predecesores.

Aún es pronto para juzgar como definitivamente fracasadas las teorías de un escritor que tomó el amor como bandera de lucha contra el orden imperante.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA ANTE LO EROTICO

En el epígrafe anterior he tratado de señalar el rumbo del erotismo de Trigo y su deslinde de lo exclusivamente pornográfico que en su obra, repito, es puramente tangencial y siempre según las exigencias de las tesis que pretende demostrar. Por esta subordinación de lo accesorio a la idea medular unas páginas responderán a ese erotismo sublime y místico que propugna, mientras que si pretende la lujuria, en vez de la exaltación lírica, recurrirá a las descripciones crudas, con ciertas notas del modernismo decadentista, en las que, muy a lo D'Annunzzio, recurre a la estética de lo feo. Pero nunca encontraremos la animalidad erótica que ensombrece algunas escenas de Zola y, con menor arte, las de los pioneros de la pornografía en la literatura española contemporánea Zahonero y López Bago. Con todo, la meta de Trigo nunca apunta hacia la erotización del lector, como podría ser el caso de la literatura de Severo Sarduy, sino que sus páginas siempre tienden a una crítica social de gran alcance y en esto radica, pese a la incomprensión de determinados sectores, la transcendencia de sus episodios más «nauseabundos». Trigo no pretendía entretener sino corregir una serie de defectos sociales en la concepción del amor por medio de una exposición crítica de los mismos.

Es certera la apreciación de Xavier Domingo en su floja Reivindicación (6) al afirmar que:

> *«para Felipe Trigo —igual que para Wilhem Reich (7)— el problema sexual es un aspecto del problema social, político y económico que no se puede separar de un análisis global de la sociedad ni remediar sin poner remedios a otros problemas. (...).*
>
> *El aspecto sexual nunca queda en su obra apartado del análisis global de la sociedad española a través de agudas observaciones, mordaces y críticas duras, de las costumbres y ritos de la clase social en la que sitúa a sus personajes. La crítica de Trigo va a menudo muy lejos, y no cabe duda de que la razón principal de la oscuridad en que se tiene a este «perfecto caballero» reside en este aspecto de su obra».*

Realmente Trigo fue tan lejos que no se detuvo en una crítica demoledora de las formas externas del vivir de los españoles, mas atacó la raiz última, el transfondo ideológico en que se sustentaba. Como ya puede colegir el lector tras lo escrito en párrafos anteriores, su cosmovisión —que aquí aparece ceñida al ero-

(6) X. Domingo: «Reinvidicación del Dr. Trigo, novelista sexólogo español», **(Triunfo**, *n.º 434, sept. 1970).*

(7) En TIEMPO DE HISTORIA, n.º 46, sept. 1978, apareció un artículo sobre Wilhem Reich, de J. M. Fernández Urbina, «Liberar a Reich de las mazmorras de Modju».

tismo— difiere totalmente de la imperante en la sociedad alfonsina. Ya hemos aludido a los prejuicios transmitidos de generación en generación sobre lo erótico que dejan en el individuo un sedimento que le obliga a domeñar como algo réprobo unos impulsos latentes en él con la fuerza arrolladora que tienen los instintos. Los códigos de moral creados por el hombre distanciándose de la vida le llevan a esas aberraciones y neurosis de que hablan los psicólogos modernos y a las que Trigo sólo encuentra una solución: la vuelta a la Naturaleza.

Por esto uno de los motivos de crítica social más frecuente en su obra será la deformación que la juventud recibe respecto al sexo, y, sobre todo, la ignorancia en que crecía la joven hasta que la vida le presentaba el problema de forma ineludible y, como consecuencia, traumatizadora. Por su mente pasó la creación de un personaje, Noema, que llegaría al tálamo con un desconocimiento total sobre las relaciones eróticas, tema que sería abordado, años más tarde, por Pérez de Ayala de una forma genial al crear esa pareja tan singular que forman Urbano y Simona. Trigo, en sus novelas, insistirá en lo absurdo de la situación de la mujer española ante lo erótico: no recibe ningún tipo de educación y, en cambio, ve desarrollarse su pubertad y juventud en medio de excitaciones continuas por medio de alusiones, chistes, piropos, canciones... y las castizas conversaciones en la reja.

No hay duda de que algunos aspectos duramente criticados por Trigo resultan hoy totalmente superados, incluso por aquellas personas que guardan un sentido más pecato de la moralidad, como podría ser, por ejemplo, el escaso trato directo entre los miembros de la pareja para su mutuo conocimiento. El autor de **La Altísima** atacará mordazmente el distanciamiento físico impuesto habitualmente por la autoridad que regía los destinos de la novia; en contadas ocasiones les estaba permitido verse y, las más de las veces, a través de una reja, guardián efectivo de la castidad femenina y baluarte firme del honor familiar; pero el frío de la reja no era suficiente para atemperar los calores de la pareja que se las ingenia en las novelas y se las ingeniaba en la realidad de formas muy sutiles para burlar la vigilancia familiar.

La represión sexual que sufre la juventud será una de sus dolorosas obsesiones, pues sus conocimientos profesionales le prueban que es causa de numerosos trastornos psíquicos y fisiológicos. Los jóvenes sufren las contradicciones de una sociedad que, por una parte, excita su sexualidad con bailes, conversaciones, modas en el vestir —y no digamos actualmente con la publicidad, películas, letras de canciones— y, por otra, pone todo tipo de trabas a las relaciones eróticas empezando por aquella proverbial separación entre chicos y chicas desde la escuela —la coeducación era minoritaria pues apenas pasaba los límites de la Institución Libre de Enseñanza y la Escuela Moderna de Ferrer y Guardia— a la iglesia pasando por los paseos, diversiones... El resultado será ese panorama desolador que Trigo obtiene al contemplar a una juventud en la que las mejores energías vitales tienen que ser truncadas por una serie de prejuicios sociales que impiden que los jóvenes se traten entre sí.

> *«Y veía las tantas amorosas de 17 años que como él había sin amante y sin amor... ejército, en fin, de pobres vírgenes marchitas, tristes también en soledades contemplándose inútil la belleza... La juventud de ellas, la juventud de él, colmábale de angustia como una eterna juventud perdida, sin besos, sin abrazos, mirándose y repeliéndose los amantes en una maldición para llorar a solas atracciones con sofocados deseos y áyes histéricos de floridas existencias deshojadas al grito azuzador de las entrañas»* (8).

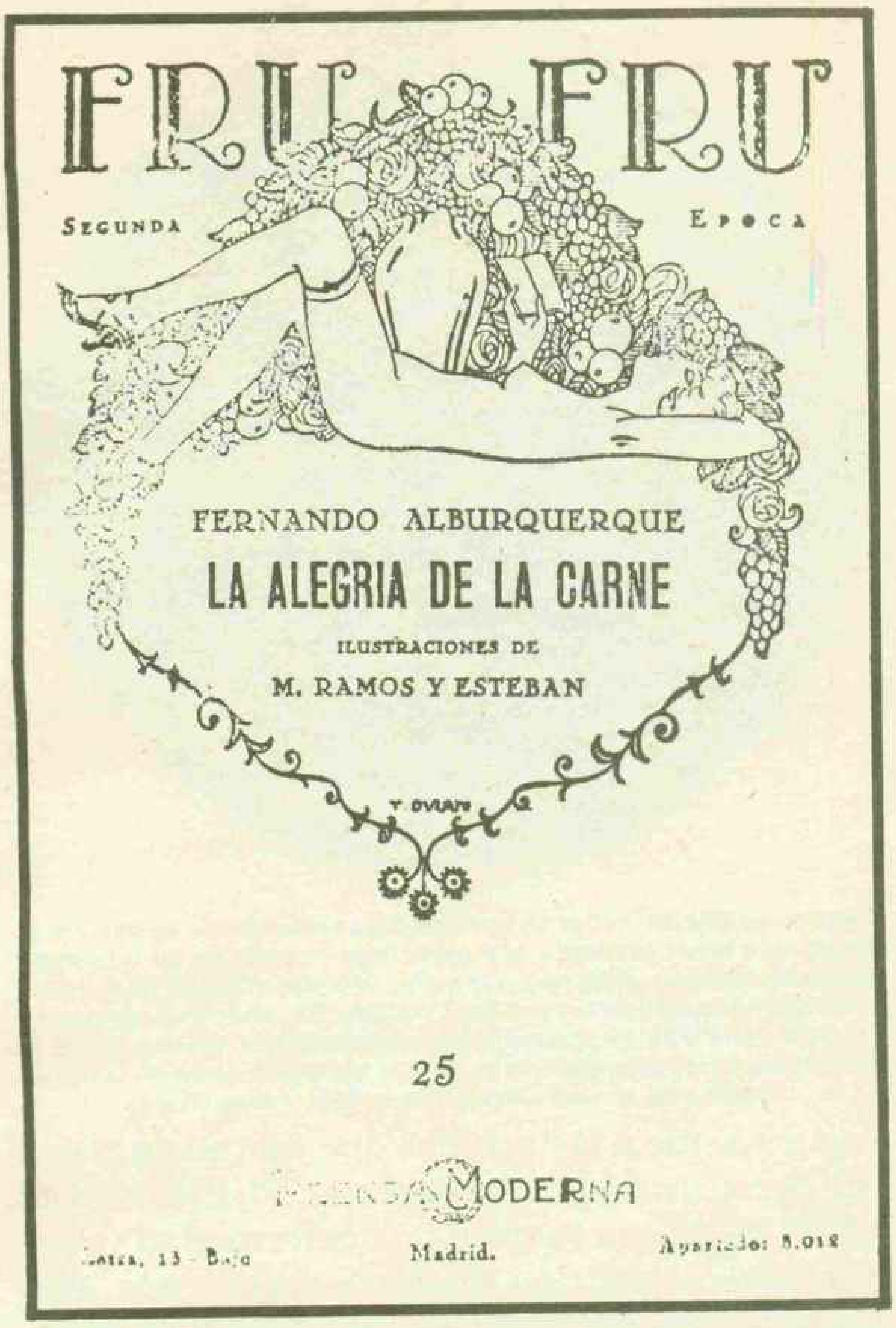
No es preciso decir que esta represión, en una sociedad tan machista como la española, es mucho mayor en la mujer que en el hombre, pues éste encuentra salida a la lujuria en esos encuentros fugaces con las prostitutas que tan negruzcos tintes reciben en la narrativa de Trigo. Al referirse a Jorge, el protagonista de la novela anteriormente citada, escribe Trigo:

> *«Cuanta pena le daba alejarse de la novia dejándola abrasada ir al infierno de un lecho solitario, mientras él corría en busca de consuelos en brazos de otra»* (idem, pág. 283).

Privilegio erótico masculino —como tantos otros que Trigo critica— frente al sufrimiento interior de las doncellas que se consumen lentamente «por respeto al honor»: las innumerables «cloróticas» que desfilan por las páginas del autor de **Las Ingenuas.**

Si el desequilibrio psíquico producido por la sexualidad insatisfecha en plena juventud es perjudicial para toda persona, Trigo lo considera más grave entre el estudiantado universitario, en aquellas calendas casi exclusivamente masculino, pues en vez de dedicarse a estudiar con ahinco la carrera elegida, se dedicaban, en una vida de total libertinaje, a la búsqueda de la aventura amorosa que calmase su «sed de amar» sin reparar en las condiciones de higiene, edad y atractivos físicos de la mujer encon-

(8) F. Trigo: **La Sed de Amar.** *(Librería de Fernando Fe, 1903, pág. 67).*



Objetivo básico de su obra es probar el papel de lo erótico en la complejidad del ser humano, no reduciéndolo, como solía ser habitual en nuestra tradición cultural proveniente del medievo y ascetas del XVI y XVII, a una mera necesidad fisiológica, sino que en Trigo será ennoblecido hasta extremos que para la mentalidad de su época resultaban incomprensibles.

trada o comprada para unos momentos más breves que los deseados. Trigo lanza esa pregunta escandalosa que años más tarde repetiría Beltrand Russel al hablar de ese «matrimonio inmoral» entre universitarios, pues cree que lo ideal es que «la juventud goce de la juventud» y que «cada estudiante tenga su pareja». Las páginas líricas con que nos describe la felicidad de Esteban Sicilia y Antonia, **En la Carrera,** quizás sean reflejos de unos sueños no alcanzados durante sus años de estudiante vividos bajo la turbulencia erótica que vemos en los personajes de la novela, en la que inserta numerosos elementos autobiográficos y muchos de los personajes, con los nombres cambiados, responden a compañeros de estudios, según comprobamos al ver el plan de trabajo que aparece en ese volumen tan importante para conocer la forma de bosquejar sus obras titulado **En los Andamios.**

Singular importancia tiene en la narrativa de Trigo la iniciación de los jóvenes en la vida sexual, acaso como consecuencia de la experiencia traumatizadora del propio autor. Son muchas las novelas en que este motivo aparece de una forma apisódica, como en **La sed de Amar, En la Carrera, En camisa Rosa...** mientras que en otras se convierte en el tema principal como sucede en las novelas cortas, quizás de las mejores del autor junto a **El moralista,** tituladas **Los Invencibles** y **Reveladoras.**

La casuística es variada y siempre reprobable: sus protagonistas, en unos casos, son llevados por amigos mayores a casas de prostitutas al alcance de la economía de los chiquillos —fórmula que aparecerá en novelas posteriores como en Las ruinas de la muralla, de J. Izcaray—, donde los jóvenes apenas vislumbran lo que es el placer erótico y de lo que sentirán horror cuando descubran al auténtico amor, como es el caso de Esteban Sicilia; la lectura de folletines pone a Jorge en contacto con los enamorados desgraciados antes de ir a los prostíbulos, en **La Sed de Amar;** las criadas excitan al chiquillo cándido que pasea con un preceptor religioso en **Reveladoras;** y no menos importante, por la experiencia personal del autor, según señala M. Abril, es el lugar que ocupan en la revelación del sexo algunas mujeres del círculo familiar, tías o amigas de la madre, que buscan saciar su frustración erótica con el chiquillo, primero con besuqueos inocentes y luego, bajo apariencias de juegos, le conducen en un tránsito gradual a una relación erótica total, aunque sin llegar a esas situaciones folletinescas que vive el Varguitas de **La Tía Julia y el Escribidor.**

En estos aspectos en que critica la vida erótica española, Trigo se muestra tierno, delicado y lírico en unas ocasiones y con un patetismo desolador en otras; sin embargo, sus tonos más mordaces y sarcásticos aparecerán cuando trata de criticar las relaciones amorosas, no entre los jóvenes como hasta ahora hemos visto, sino entre los adultos, prototipos de una sociedad con la que estaba en profundo desacuerdo.

Los rectores de la moral nacional dejan al descubierto sus más íntimas contradicciones en ese abogado, honorable padre de familia, que al regresar en tren de dar una conferencia sobre moralidad y tras haber criticado los intentos que un joven militar hace para ligarse a una mujer despampanante porque le ponían en peligro de faltar a sus obligaciones de oficial del ejército, intenta él ser el seductor, ajeno ya a la línea de moral puritana propugnada en su conferencia.

Sobre esa dorada burguesía que llenó sus arcas durante la Restauración y Regencia, mientras se vaciaban las del país en empresas coloniales que en nada favorecían el bienestar nacional lanzará Trigo sus dardos en **La clave,** donde pretende demostrar que el amor es la piedra angular en que ha de basarse la vida

matrimonial y que por muy alto que sea el bienestar material que rodee a la pareja no puede haber felicidad si aquél falta; la esposa, agasajada en todos los detalles que el lujo exige entre la alta burguesía se siente prisionera en una cárcel de oro mientras las preocupaciones del marido yacen siempre a ras del suelo por muy altas que sean las chimeneas de sus fábricas. En otras ocasiones nos hablará de las «queridas» como «señoronas de incógnito», siguiendo la línea de Ortega y Munilla en **Cleopatra Pérez**, o de la siembra de hijos efectuada en las dehesas por los caciques rurales mientras los señoritos «palpan a las criadas hasta donde les permiten sus gritos», deporte que seguirán practicando, años más tarde, cierta **Gente de Madrid**, como la que nos presenta García Hortelano.

Las augustas damas de la aristocracia nos mostrarán su moral acomodaticia —como siempre ha sido la de las clases pudientes, pues hasta ahí llega su poder— en la novela corta **El Cínico**, en la que Trigo presenta a una dama perteneciente a una liga para la redención de las prostitutas, actividad que no es obstáculo para que todos los lunes, en que su marido viaja por sus obligaciones de «Padre de la Patria», se acueste con el amante de turno.

No menos condenable resulta para nuestro autor la vida de esas mujeres de la clase media que llevadas por un afán de ostentación ante sus amigas, caen en un lujo inasequible para el nivel adquisitivo del sueldo de sus maridos, por lo que han de empeñar sus encantos personales como ya lo hicieran la galdosiana Rosalía de Pipaón, en **La de Bringas**, y D.ª Manuela, en **Arroz y Tartana**, de Blasco Ibañez; en **Los Abismos** condena Trigo ese querer y no poder que lleva a la mujer a tener un amante, vencidos los primeros escrúpulos de conciencia, como se tiene un vestido en el ropero.

También se fija Trigo en la situación de la mujer perteneciente a las capas bajas de la sociedad para mostrar los asedios de que son víctimas algunas casadas, sobre todo si el marido ha tenido que emigrar, y las asechanzas de que son objeto las hijas de los pobres hasta el punto de que algunas, «seducidas y abandonadas», pasarán a engrosar el material soporte de esa industria vil que es la prostitución y de la que es casi imposible salir por el estígma social que imprime. Combate en numerosas ocasiones esa lacra social nuestro autor por ser una desvirtuación del amor y traspasa la responsabilidad de la mujer caida al hombre que la empuja al «arroyo» y a la sociedad que, además de propiciarlo, no extiende la deshonra por igual al que visita los



Cuando se intente hacer un análisis más profundo de su narrativa, habrá que tener presente que para Trigo el amor no es un simple juego de adolescentes, ni un elemento literario utilizado para que el lector dé salida a una sexualidad insatisfecha; en su concepción de la vida tiene una importancia de extraordinario relieve, pues lo considera como un factor clave para la transformación de la sociedad hacia el socialismo. (En la foto, Felipe Trigo).

tugurios que a las «chais» que moran en ellos. Su peregrina idea de declarar PUERCO NACIONAL al que tuviese una enfermedad venérea parece ser que no fue acogida por «La Gaceta», pues para evitarlas, años más tarde, las Cortes Orgánicas del franquismo tendrían que recurrir a una ley para suprimir, sobre el papel, las casas de lenocinio, medida que de haber sido efectiva hubiese sido aplaudida por el propio Trigo desde su tumba como aplaudió la limpieza que De la Cierva hizo en 1909 de la madrileña calle de Jardines, porque los ritos eróticos de tales lugares nada tienen que ver con ese amor sensual y místico preconizado por Trigo.

No queremos seguir en esta línea de descripción de la casuística erótica criticada por Trigo, pues un ligero recuento nos ocuparía numerosas páginas al ser nuestro escritor un observador riguroso de las relaciones amorosas entre los españoles; la concepción del honor a lo Calderón, la hipocresía social, el olvido de la «deshonra» de una familia cuando aumenta su caudal, la vanidad masculina al «fardar» de sus conquistas el hombre, el acoso a la viuda atractiva, el aborto para evitar la deshonra social, el matrimonio por interés, la utilización de la propia esposa como medio para el ascenso social... estas y otras acusaciones echará Trigo en cara a la sociedad de aparente moral puritana a la que desagrada la narrativa del escritor extremaño porque en ella se reflejan sus contradicciones, aunque es tolerado por aquella libertad de imprenta hábilmente mutilada por ese disfraz de liberalismo

que tantos beneficios había procurado a las clases pudientes tras la implantación de ese consorcio de potentados que inventara Cánovas al hacer pactar al Trono con la Iglesia, el Ejército, la Aristocracia y una Burguesía que al llegar a las esferas del poder olvidó enseguida sus veleidades revolucionarias.

Quizás lo ya escrito pueda probar que Trigo fue leido superficialmente en su tiempo —el gran público, a decir de Peseux-Richart, lo hacía atraido exclusivamente por las fuertes especias—, pues el alcance que creemos que puede tener su obra fue minusvalorado en su día y se le encasilló con el tópico de «escritor galante»; sus novelas, por ser de temática amorosa, fueron acogidas con el desdén con que en nuestro país se ha mirado siempre a toda obra en la que el amor es el eje principal.

Quienes pedían mayor densidad en los contenidos de las novelas de Trigo olvidaban que en ellas, además de las escenas de alcoba, era frecuente encontrar las contradicciones de unos jerarcas que, instalados cómodamente en el poder económico y político, no respetaban las normas morales a que intentaban someter la conducta sexual de los demás y que, amparados en bellas palabras, como Patria, Orden, Familia, buscaban la bendición de Dios y el poderío sociológico de su Iglesia en beneficio de sus intereses particulares; olvidaban también que Trigo muestra la manipulación que hacen de la ley para satisfacer los deseos de una cortesana **—El Médico Rural—** y los atropellos de que son capaces para gozar de la mujer ajena, sin rehuir violencias ni asesinatos **—Jarrapellejos—**, conscientes de que la ley está de su parte porque las influencias familiares son omnipotentes; olvidaban, en fin, los que acusaban a Trigo de escritor frívolo la conexión que hay entre represión sexual y las demás represiones a que se ve sometido tanto el individuo de entonces como el de hoy.

La represión de la sexualidad por los códigos de la moral impuestos por una sociedad va acompañada de otras de índole política, pues en vano se puede hablar de libertades políticas concedidas como derechos inalienables de la persona si a esta se le impide el desarrollo de algo tan vital que pertenece a su propia fisiología.

Trigo fue, pues, incomprendido por la crítica de su tiempo —resulta casi escandaloso que no se supiese apreciar su novela **Jarrapellejos**, posiblemente la mejor de entre las que analizan el caciquismo—, y no está ajeno de culpa Clarín, admirado entonces más como crítico que como novelista, pues acuñó aquella frase «Trigo es un corruptor del idioma... y de la moral», si bien en su descargo hay que anotar que sólo pudo leer la primera de sus novelas. Su frase, repetida como un tópico por la crítica, indica la incapacidad de esta para penetrar en la obra erótica de Trigo en la que el estilo —aspecto que no puedo exponer aquí—, no era, en muchas ocasiones, más que una fórmula de agresión a una sociedad con la que estaba en desacuerdo, y su erotismo, al tiempo que una ruptura con los convencionalismos sociales entonces en uso, una búsqueda de una moralidad más en consonancia con la naturaleza del hombre.

Cuando se intente hacer un análisis más profundo de su narrativa —olvidémonos de los estudios de hispanistas como Walkins y Ton—, habrá que tener presente que para Trigo el amor no es un simple juego de adolescentes, ni un elemento literario utilizado para que el lector dé salida a una sexualidad insatisfecha; en su concepción de la vida tiene una importancia de extraordinario relieve, pues lo considera como un factor clave para la transformación de la sociedad hacia el socialismo (9). De aquí que, aunque está de acuerdo con Marx en diversas cuestiones, podamos leer en **La Sed de Amar** el siguiente reproche: «Marx tendría razón totalmente si no olvidase tanto el amor en sus matemáticas sociales», (10); esto se explica porque en las teorías de Trigo, pese al razonamiento científico con que suele proceder, late un optimismo que relacionamos con el socialismo utópico de Fourier, pues nuestro autor está convencido de que el amor es el germen de la armonía social, «en formando almas para amarse, de este amor colectivo brotaría la igualdad económica».

Por consiguiente, el camino hacia el socialismo, según Trigo, pasa por una transformación de las relaciones humanas y del propio hombre que son previas a las económicas; en esto difiere totalmente de los teóricos marxistas para quienes lo primordial reside en la modificación de las condiciones de vida de la sociedad, transformaciones socio-económicas, para después crear el hombre nuevo y la nueva cultura.

Quede claro, pues, que el erotismo de Trigo nada tiene que ver con la imagen que de él hemos recibido en numerosas ocasiones. Por su peculiar concepción de las relaciones amorosas fue un adelantado para su tiempo y, en algunos puntos, para el nuestro. Su crítica social conserva aún parte de la vigencia que en su momento le valió el estigma de escritor maldito con que ha llegado hasta nosotros. Su obra bien merece una revisión. ■ **F. C.**

(9) Sobre su concepción del socialismo véase su ensayo **Socialismo individualista.**

(10) Trigo: **La Sed de Amar**, *edic. cit. pág. 394.*

El teatro de

CIPRIANO de Rivas Cherif, renovador de la dirección escénica en España entre los años de 1920 y 1936, mantuvo desde 1907 una leal y activa amistad con Don Ramón María del Valle-Inclán. De esta amistad Rivas Cherif ha dejado constancia en artículos y conferencias en España y México, y en su libro de memorias teatrales **El teatro en mi tiempo y mi tiempo en el teatro,** *todavía inédito. Su trato con Valle-Inclán tomó forma teatral por así decir con los grupos de vanguardia de El Mirlo Blanco y el Cántaro Roto. Pero su conocimiento del gran escritor nace de la frecuentación de ambos a las animadas tertulias de los cafés de Madrid junto con Manuel Azaña, el pintor Juan Echavarría, Ricardo y Pío Baroja, el crítico de arte Juan de la Encina, Sindulfo de la Fuente y otros más, y sobre todo, de la época de la revista La Pluma (1920-1923).*

Las páginas que siguen son un testimonio vivo de la gran persona y personalidad que fue Valle-Inclán, destacándose como pocos en el panorama cultural de su época; y constituyen también una cala original en su obra, sobre todo la teatral, que Rivas Cherif fue de los primeros en llevar a los escenarios, como se verá por este capítulo de **El teatro en mi tiempo y mi tiempo en el teatro.**

A continuación de este capítulo se reproduce el texto que Rivas Cherif publicó en **«La Pluma»**, *cuando él y Azaña le dedicaron en homenaje el número de enero de 1923 de la revista. Se titula* **Más cosas de don Ramón.** *Releído y revivido hoy día, este texto conserva el sabor de unas conversaciones recién oídas y de la presencia viva de Valle-Inclán. Le sigue un curioso* **Soneto estrambótico,** *dedicado «a Don Ramón, en consonancia con sus últimas prédicas de café», también de Rivas Cherif y publicado en ocasión de aquél número-homenaje de* «La Pluma».

* *Nota de E. de R.*

RETRATOS Y BIOGRAFIAS

Más famoso que todos cuantos, el soneto de Rubén Darío que empieza:

«Este gran don Ramón de las [barbas de chivo
cuya sonrisa es la flor de su [figura,
parece un viejo dios altanero y [esquivo
que se animase en la frialdad [de su escultura.
El cobre de sus ojos por instan-[tes fulgura
y da una llama roja tras un [ramo de olivo.
Tengo la sensación de que sien-[to y que vivo
a su lado una vida más intensa [y más dura».

Anselmo Miguel Nieto retrató a Valle-Inclán al óleo, a la manera italiana, y gusto del retratado, cuando recién rapadas las melenas quevedescas, que señalan tan característicamente al autor de las «Sonatas», parece, subrayado el parecido por la intención del pintor, un «personaje desconocido» del Tintoretto.

Muchos años después, Juan Echevarría da el último retrato del autor de los «Esperpentos» que se conserva en el Museo de Arte Moderno de Madrid, trajeado pintorescamente, con poncho y altas botas, a manera de señor montaraz o guerrillero de ambos mundos. Adolece la tal pintura de la propensión a caricaturizarle que viene padeciendo, incluso por boca de sus admiradores, la fama legítima de Valle-Inclán, disminuída por la anécdota de café.

Conocí a Valle-Inclán el año 1907, llevado de la mano de Villaespesa, que alimentaba por entonces su bohemia alternando las presentaciones

Y MI TIEMPO EN EL TEATRO

Valle-Inclán

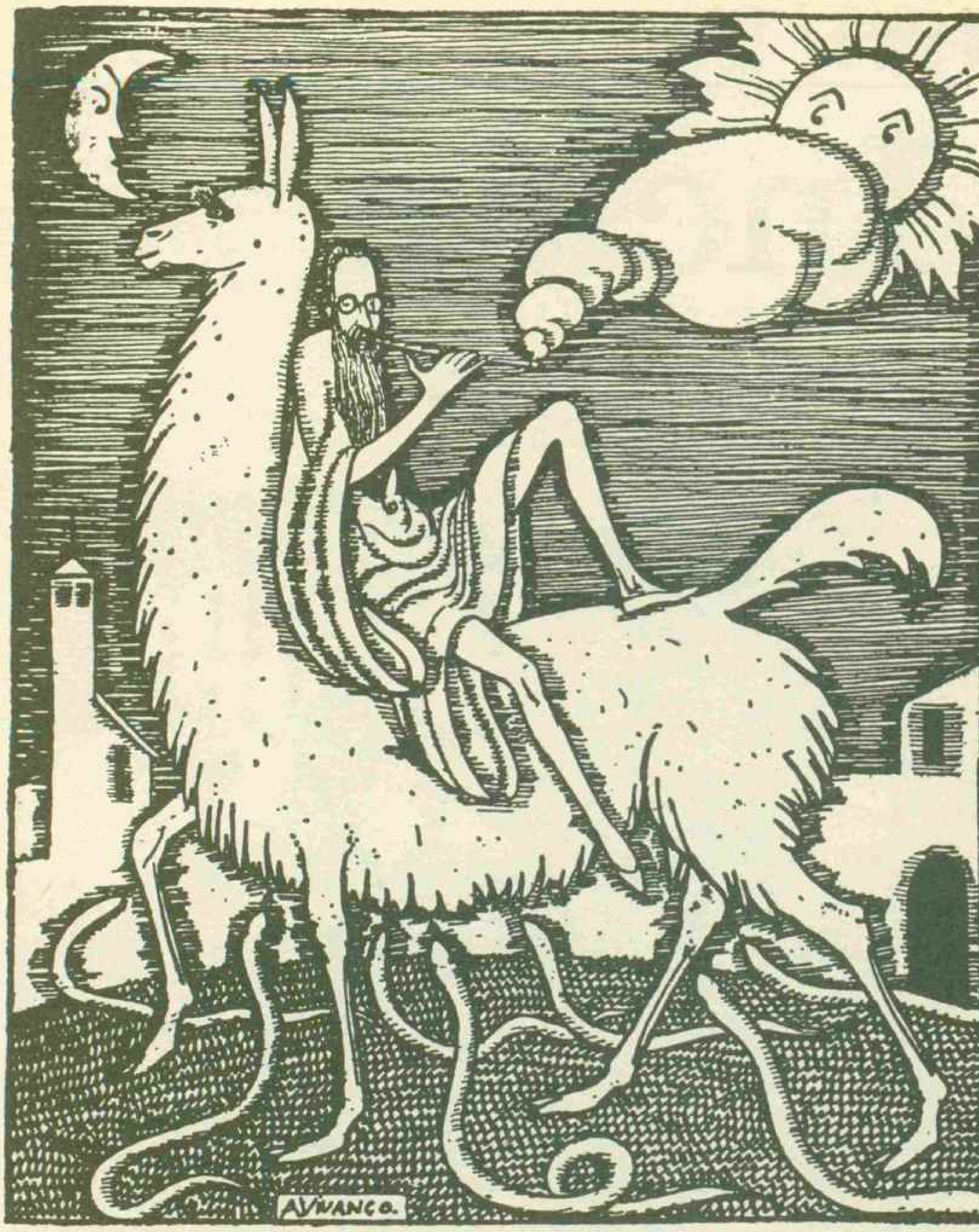
Cipriano de Rivas Cherif



de poetas incipientes y de embajadores de las musas hispanoamericanas. La personalidad del «Marqués de Bradomín», cerrado ya el capítulo de sus «Memorias», se desvanecía ante la figura de Don Juan Manuel Montenegro, protagonista de las «Comedias Bárbaras». Bárbaras, tanto por ajenas a las normas clásicas, cuanto por violentas, atroces, truculentísimas.

En una de mis primeras visitas, don Ramón, que reposaba en cama achacado de úlcera estomacal, me leyó, entre vómito y vómito de sangre a que no parecía atribuir más importancia que la inoportunidad de un golpe de tos, las páginas, cuya impresión corregía, de **Romance de lobos.** De allí a poco, me invitó benévolo a enviar a un concurso de que él era jurado con Pío Baroja y Felipe Trigo, la novelilla que me fue premiada en tercer lugar. Llevóse el primero muy justamente Gabriel Miró, de cuyo arte por levantino, no fue nunca Valle-Inclán muy gustoso. Decía de los escritores y artistas valencianos en general, parangonándolos con los de inspiración, que él pretendía celta primero y luego inequívocamente medieval —los de su Galicia compostelana, de que se sentía único representante, sin nada que ver, claro, con el Pérez Lugín de «La Casa de la Troya» a quien oponía la personalidad de un su amigo de juventud, literato frustrado por muerte prematura, Camilo Bargiela—, que el arte gallego puede cifrarse en la gravedad del cirio, mientras que el arte de Levante se expresa fácilmente en la gracia monjil de la vela rizada.

De aquella fecha de mi primera mocedad, hasta la de su



La personalidad del «Marqués de Bradomín», cerrado ya el capítulo de sus «Memorias», se desvanecía ante la figura de Don Manuel Montenegro, protagonista de las «Comedias Bárbaras». (Valle-Inclán, fantasmagoría de Vivanco).

muerte, treinta años después, don Ramón del Valle-Inclán me distinguió siempre con la estimación, el afecto, que en memoria suya me conservaban su viuda y sus hijos. Pensé en un tiempo recoger sus dichos y hechos, en la tertulia del café, sus gracioso desplantes como aliciente de una vida tan pobremente burguesa como la de Madrid. No sé si porque llegara a advertir mi intención, me la quitó, no más que comentar un día, al azar de no sé qué charla ociosa, lo aburrido que debió ser para Goethe el continuo testimonio de Eckermann tomándole nota de cuanto hablaba.

Sus tres biografías, por Ramón Gómez de la Serna, Francisco Madrid y Melchor Fernández Almagro, insisten demasiado en el pintorequismo decadente del figurón que Valle-Inclán quiso representar; pero su ser verdadero está en sus obras y por ellas se le conoce, como a todo hombre, sin error posible de sus escoliastas y comentadores. Tres ensayos breves, los prólogos de Azorín y Benavente a los tomos I y II de sus obras Completas, y el mejor de todos, de Manuel Azaña sobre «El Secreto de Valle-Inclán» publicado en el número de «La Pluma» dedicado en enero de 1923 al autor de **La Reina Castiza** y el colegido después, por Azaña mismo, en su libro de **La Invención del Quijote y Otros Ensayos**, coinciden con la opinión en que se fundan mi admiración y mi amistad por don Ramón, en que la máscara tras de la cual se defendía de las acechanzas de la mediocridad encubrió de por vida al más quijotesco de los desfacedores de entuertos y restauradores de una justicia estética —unidas belleza y bondad inasequibles— a imagen y semejanza, no ya de Cervantes, del propio don Alonso Quijano el Bueno. Y así como su maestro y amigo Darío, arrepentido cantor de princesas de ilusión, volvíese en su hora última al rostro verdadero de su compañera más fiel, la pobre «musa de carne y hueso» llamándola por su nombre: «Francisca Sánchez, acompáñame», así don Ramón, en el «Karma» motivo que cierra los versos «del Pasajero», hace penitencia de vanidades, con manifiesto deseo del reposo solariego que la suerte había de negarle siempre, en coplas que recuerdan de lejos la inspiración de los Manriques:

«Quiero mi casa edificar
como el sentido de mi vida,
quiero en piedra mi alma dejar
erigida

. . . . .

Y sea labrada mi piedra
mi casa karma de mi clan,
y un día decore la hiedra
sobre el dolmen de Valle-Inclán»

El grabado de Castro Gil que ilustra las **Obras Completas**, da fidelísima la última imagen de don Ramón, hasta cierto punto pareja de la que el Premio Nobel popularizó de Rabindranath Tagore, el poeta bengalí. A ese retrato había llegado Valle-Inclán a través de trabajadas depuraciones, correspondientes, en el transcurso de los años, a la perfección de estilo que de **Epitalamio** y **Flor de Santidad** logra, por el camino de las

Comedias Bárbaras, la meta de los esperpentos.

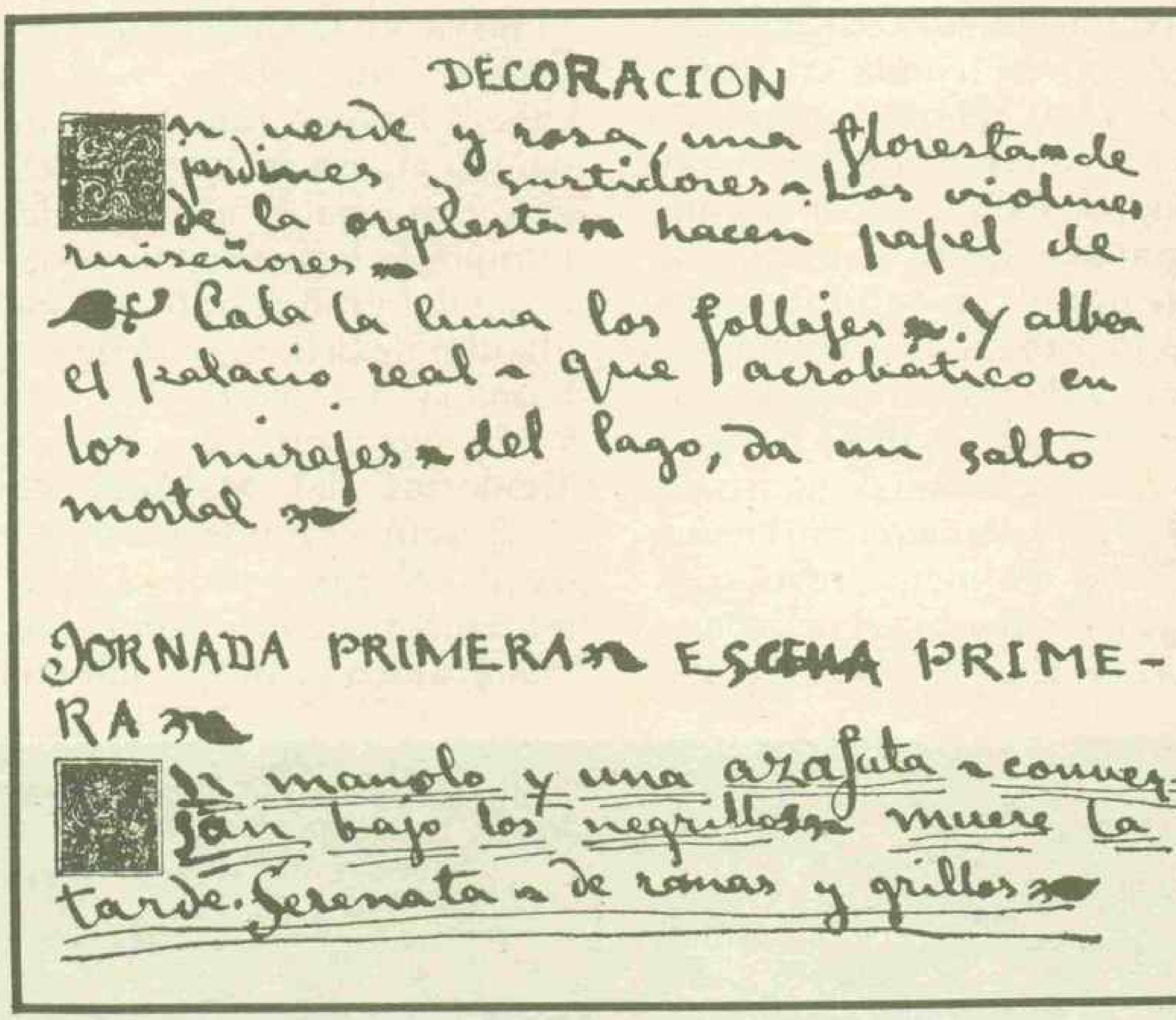
REGISTRO DE SU VIDA

Respetuosos con el inocente equívoco en que se complació siempre don Ramón, su viuda y su hijo no han dado en sus **Obras** su biografía legal. Valle-Inclán se llamaba en el Registro, Ramón Valle (o del Valle) y Peña. Tengo entendido que nació en la Puebla del Caramiñal, provincia de Pontevedra, aunque Cambados le disputa la partida ilustre. Nunca tuve por él referencias de su familia, y sólo supe de un hermano, notario en León o su provincia.

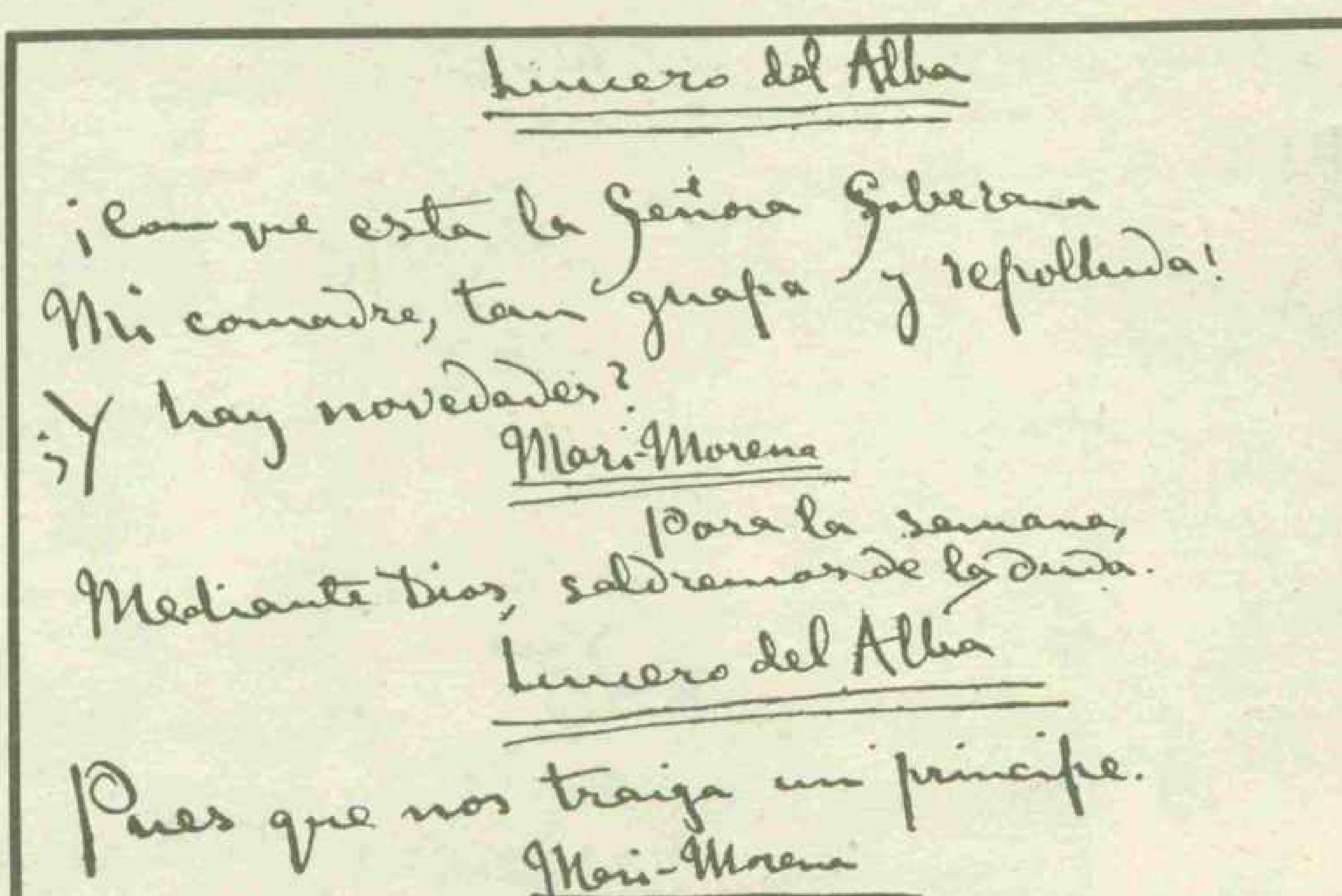
Nunca le oí hablar de otros ascendientes que los que más o menos prefería, los Montenegro principalmente; tampoco sé hasta qué punto reales, imaginarios, o compuestos con datos de la relidad, en su fantasía. No he conocido nadie tan creador de sí mismo como Valle-Inclán. Se equivoca quien suponga más real y verdadera la persona obligada a compartir nuestras miserias diarias en la calle, en el café, en su propia casa o en la nuestra —aunque siempre afectando una condescendencia de resignada grandeza— que el personaje que con figura y nombre inconfundibles de don Ramón del Valle-Inclán, vivió heroicamente, sin rendirse a la mediocridad del destino, que le había cabido en suerte, con nacer en un tiempo inadecuado.

Mal estudiante en Santiago de Compostela, va a México por los últimos días del siglo, viaje y estancia de que queda la huella de «La Niña Chole», cuyo retrato se perfecciona definido en la **Sonata del Estío.** Amigos suyos fueron cuantos hombres de letras mexicanos vivieron después en Madrid, de Amado Nervo y don Francisco A. de Icaza, a Luis G. Urbina, Alfonso Reyes, González Martínez y Martín Luis Guzmán. Alfredo Gómez de la Vega fue su intérprete con Mimí Aguglia, de **La cabeza del Bautista.**

Aficionadísimo al teatro, actuó de joven en el de la Comedia de Madrid, interpretando una caricatura de su propia figura «modernista» que para él escribió en **La Comida de las Fieras** Jacinto Benavente. Sólo otra comedia que yo sepa, **Los Reyes en el Destierro,** adaptada de la novela de Daudet, representó sin mayor éxito Valle-Inclán. Poco después, el conocido incidente


DECORACION
Un verde y rosa, una floresta de jardines y surtidores. Los violines de la orquesta hacen papel de ruiseñores. Cala la luna los follajes. Y alba el palacio real que acrobático en los mirajes del lago, da un salto mortal.

JORNADA PRIMERA. ESCENA PRIMERA.
Un manolo y una azafata conversan bajo los negrillos. Muere la tarde. Serenata de ramas y grillos.


Lucero del Alba
¡Con que está la Señora Gobernanta
Mi comadre, tan guapa y repolluda!
¿Y hay novedades?
Mari-Morena
Para la semana,
Mediante Dios, saldremos de la duda.
Lucero del Alba
Pues que nos traiga un príncipe.
Mari-Morena
¡Así sea!

Facsímile de dos páginas del original de La Reina Castiza, de mano de Valle-Inclán.
reproducido por la revista La Pluma en 1923

La notoria proclividad de Valle-Inclán hacis Don Carlos y su rama en los comienzos de la vida literaria y su indeclinable prurito absolutista en las justas políticas del tiempo en que vivió, siempre le mantuvo frente a los últimos reyes de la dinastía borbónica en España. (Facsímil de dos páginas del original de «LA REINA CASTIZA», de mano de Valle-Inclán, reproducido por la revista «La Pluma» en 1923).

con el crítico y novelista Manuel Bueno, que disputando con él por una fruslería ante la mesa de café, por defenderse de un botellazo le dio con su bastón un palo, que hiriéndole en la muñeca con el propio gemelo de la camisa, le ocasionó la infección, el flemón difuso y la necesaria amputación del brazo izquierdo, determinó la figura física de don Ramón, espiritada en la flaqueza del cuerpo, compuesto preferentemente, en su atuendo callejero, con la capa española, negra o parda, de que usaba con natural gallardía de caballero, o prestancia clásica de manto romano. Se sentaba ante la mesa del café como en un trono de teatro, en la cátedra atenea como en una tribuna realmente revolucionaria, iba por la acera urbana bajo las acacias, o por las alamedas del Retiro madrileño, como por el Jardín de Academos propicio a los peripatéticos. En su casa, en el Círculo de Bellas Artes, en el Liceo de América —de la Villa y Corte todavía— hundido en un butacón o derribado en un sofá, sumía la exigüidad de la persona, disminuída su estatura más que mediana al límite de la larva, de la sombra, del espectro, toda cabeza, y en la cabeza los ojos iluminando de dentro afuera su propia imagen, trascendida a través del tiempo, de la prestancia veneciana del gran retrato, al resplandor de la llama con figura humana, del Greco.

En la época que corre de las **Memorias del Marqués de Bradomín** a las novelas de **La Guerra Carlista** profesa aparentemente en el absolutismo monárquico tradicionalista, en postura estética contra la fealdad de la corte alfonsina y el exterior ramplón del liberalismo. Tenía de la justicia un concepto anárquico y la propensión a las acciones heróicas inasequibles a su verdadera condición de bohemio literario, y a las circunstancias del ambiente, poco propicio a la gesta. Insensible a la música, si no era de la de las palabras, sentía la de las estrellas, y si fácil su intención a decaer de una mística vaga en la pura sensualidad del mundo, de la vida en derredor, la ingénita protesta de su temperamento, arbitrariamente irritable, le llevaba a inocentes extremos que le hicieron fama quevedesca de chistoso procaz, arma con que se defendía de la sociedad estúpida en que había de convivir con unos cuantos elegidos y la turbamulta



En el parque del El Retiro de Madrid. (De pie, de izquierda a derecha: Enrique González-Martínez, Ramón del Valle-Inclán, Manuel Azaña, Néstor de La Torre. Sentados: El actor Alfredo Gómez de la Vega («Arbolito»), Enrique Díez-Canedo, González Rojo, Cipriano de Rivas Cherif y Luis G. Urbina. (Foto de 1927 ó 1928).

del vulgo, a falta del brazo con que manejar la espada, ducho como era en la esgrima clásica de Pancho de Narváez, a creerle por su palabra entretenidísima.

Por los primeros años del siglo, hizo un viaje a Argentina, en compañía de su esposa, que formaba en la de Francisco García Ortega, actor distinguido que llevaba con el repertorio habitual el propósito de representar el de Valle-Inclán. Había dado con otra actriz primera, Matilde Moreno, «El Marqués de Bradomín» escenificación de la **Sonata de Otoño**, quien para su función de beneficio, pocos años después en el teatro de la Comedia, estrenó **Cuento de Abril.** Creo que en Buenos Aires llegó a dar García Ortega **Romance de lobos.** Pero la temporada no fue bien, y Valle-Inclán regresó con su mujer, a la sazón en la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, la más prestigiada de por entonces. De Buenos Aires no volvió tan americano como de México. Y nunca le conocí amigos argentinos como de México los tuvo siempre.

Fuéronle naciendo hasta seis hijos, Conchita, Joaquín, Carlos, Jaime, Mariquilla y María Antonia. Por años le duró viva la frustración de su patriarcalidad. Bastantes después, con ocasión de la muerte de un hermano mío, en la flor de la juventud, tuve ocasión de comprobar en la preciosa carta que desde Galicia me escribió, la vivencia de aquel dolor de padre. He perdido aquella muestra de su exquisita sensibilidad cristiana, entre otras muchas de que me despojó la estupidez de la Policía de Franco (1).

Pensó a la vuelta de su viaje a Argentina en la posibilidad de hacer teatro para María Guerrero, por quien tenía verdadera estimación. Pero el de la Princesa estaba servido, a boca qué quieres, por la pluma, mucho más acomodaticia, de Eduardo Marquina. Tras de un hermoso poema dramático, **Voces de Gesta**, y la lindísima comedia de **La Marquesa Rosalinda**, rompióse la relación de Valle-Inclán con el matrimonio comediante que detentaba la primacía en España y América, y siguió escribiendo libremente, sin adaptarse a empresario ni a editor verdaderamente responsable.

Malamente vivía don Ramón de su alma y siempre con la dignidad, un tanto teatral, de su irreductibilidad a lo que se llama las conveniencias. Se retrajo unos años a Galicia, en casa que nunca fue de su propiedad y de que escapaba largas temporadas a gestionar en Madrid la publicación de algún libro, en que siempre andaba empeñado, en toda la extensión de la palabra. Otro viaje hizo a los campos de guerra de Francia, durante la primera de nuestro tiempo, y de ella obtuvo las crónicas que, publicadas en un periódico, se tradujeron luego en el

(1) Véase en **Tiempo de Historia**, *núm. 42, mayo de 1978 el relato por el propio Rivas Cherif titulado* **Tres Mártires.**

La Pluma

AÑO IV NÚM. 32

VALLE-INCLÁN

POR E. GÓMEZ DE BAQUERO, E. DÍEZ-CANEDO, RAMÓN PÉREZ DE AYALA, ANTONIO MACHADO, ALFONSO REYES, RAMÓN MARÍA TENREIRO, C. RIVAS CHERIF, MANUEL BUENO, RICARDO BAROJA, CORPUS BARGA, J. MOYA DEL PINO, JEAN CASSOU, FRANCIS DE MIOMANDRE, JORGE GUILLÉN, RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, MANUEL AZAÑA.

RETRATO DE VALLE-INCLÁN, POR JUAN ECHEVARRÍA. DIBUJOS DE MOYA DEL PINO Y VIVANCO.

MADRID

ENERO

1923

Portada del número-homenaje de «La Pluma», de enero de 1923, que Azaña y Rivas Cherif dedicaron a Don Ramón M.ª del Valle-Inclán.



En el número de enero de «La Pluma», aquel año de 1923 apareció el grabado aquí reproducido, con la siguiente traducción de un periódico de New York que lo había publicado: («...todas las tardes, de seis a ocho y media, puede verse a Don Ramón en una mesa del café Regina, en la encrucijada de ese bullicioso centro de Madrid, llamado la calle de Alcalá, donde tiene su corte literaria, como no ha habido otra desde que Goldsmith y Boswel se reunían en torno de nuestro Samuel Johnson. El mundo literario español se reúne en torno suyo: novelistas y dramaturgos, poetas y editores, «poetas menores» y periodistas, vendedores de periódicos, mendigos callejeros y las Cármenes de la localidad. Muy excitados, discuten allí los negocios de Estado y la Inmaculada Concepción. Los poetas recitan versos en alta voz, con el ruidoso acompañamiento del estrépito callejero. Los vendedores de cigarrillos interrumpen los acalorados discursos con la oferta de su mercancía. Don Ramón se pone en pie. Con su única mano se peina las barbas desmalazadas. Como chispas eléctricas brilla el ingenio. Tal es la «tertulia», como ellos la llaman, de los literatos españoles».

tomo de «La Media Noche».

La dictadura de Primo de Rivera, que eligió en Unamuno víctima más propicia que Valle-Inclán, le insta con la inspiración grotesca de su tradición espadona, a la realización del esperpento, de que vino a ser ejemplo capital su novela maestra de **Tirano Banderas.**

Ha vuelto a México, huésped de honor del Presidente Obregón, en quien ve las mismas virtudes de caudillo que admiraba en don Porfirio Díaz, junto con el espíritu revolucionario, para él mucho más genuino en México que en Rusia, donde admira a Lenin más por heredero de Pedro el Grande que de Marx. Siente en México, en esta su segunda visita, como un conquistador doblado de misionero, la profunda aversión por el detentador de encomiendas y, sobre todo, por el gachupín, usurero y mercachifle, en que ha venido a parar, a ojos del indio mexicano, la estampa de los hijos de Hernán Cortés:

«¡Adiós te digo con tu gesto [triste, indio mexicano!
¡Adiós te digo la mano en la [mano!
¡Indio mexicano que la enco- [mienda tornó mendigo!
¡Rebélate y quema las trojes del [trigo!

¡Rebélate, hermano!
Indio mexicano,
mano en la mano
mi fe te digo:
Lo primero
es colgar al encomendero
y después segar el trigo...»

Este pequeño poema, que oí leer a Valle-Inclán en el ateneo de Madrid, fue publicado por primera vez en **México Moderno** (1 de septiembre de 1922). El breve poema no figura en las **Obras Completas,** sin duda por no haber tenido a mano su familia copia ni referencia del original.

Afecto a la República, y muy mucho a la persona de Azaña, aunque no se inscribiera en su partido, no tuvo más prebenda que la efímera de un nombramiento a su favor de director de un Museo de Tapices en Aranjuez, que no recuerdo si se llegó a instituir, y que en el ánimo de Azaña era no más pretexto para darle una situación eximida de las variaciones políticas, con el que pudiera dedicarse sin apremios a su labor litera-

ria (2). Después se le dio la dirección de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, donde pese a su extravagancia siempre hubiera hecho mejor figura, cuando menos decorativa, de embajador, que otros más fáciles al mal gusto del Presidente Alcalá Zamora. Dejó el cargo pronto, imposibilitado, por la escasa dotación de la Academia, de ver señalado su paso como era debido al nombre de la Institución y al suyo.

Todavía tuve ocasión, en sus últimos años, de compensar nuestra amistad con la mía por Margarita Xirgu, y restaurar la mala opinión que de ella tenía don Ramón, por un mal entendimiento al principio de su carrera de actriz, que al cabo culminó, por mi afortunada mediación, en una de las mejores representaciones de la Xirgu: la de **Divinas Palabras**, que publicada años antes, nunca había visto la luz escénica, como no la habían visto todavía algunas otras de las mejores de su pluma y del teatro español. Dificultades de orden administrativo de la testamentaría de Valle-Inclán, me impidieron dar en México **Divinas Palabras** con la Xirgu, cuando con ella fui en 1936.

Murió don Ramón en un sanatorio de Santiago de Compostela, donde había sido trasladado de poco antes, con estoicismo y descuido admirables de la antigua afección de riñón que padecía. Pude visitar su sepultura a los pocos días de enterrado, por los primeros de enero de 1936, de camino ya para México, que sus referencias literarias y coloquiales habíanme hecho legendario.

SU OBRA, DEL MODERNISMO AL EXPRESIONISMO DEL ESPERPENTO

Achacóse a Valle-Inclán en su primera etapa de escritor la influencia de Villiers de l'Isle Adam, Teodoro de Banville y D'Annunzio, entre otros modelos de la literatura francesa o italiana inmediatamente anterior, o rigurosamente contemporánea de los modernistas españoles. Poco francés

SONETO ESTRAMBÓTICO

A DON RAMÓN, EN CONSONANCIA CON SUS ÚLTIMAS PRÉDICAS DE CAFÉ.

La siringa de Pan, dios pie-de-cabra,
no a los Númenes pido ni la lira
poética y retórica, que el lauro
académico ciñan a tu obra.

Dentro del pecho el corazón celebra
saltando, fiesta que no ondea al aire;
y si moneda vil parece el oro
con que te pago la amistad, encubre

la expresión torpe un sentimiento puro.
No de la sombra de Grecia famosa,
para cantarte, conviene el amparo.

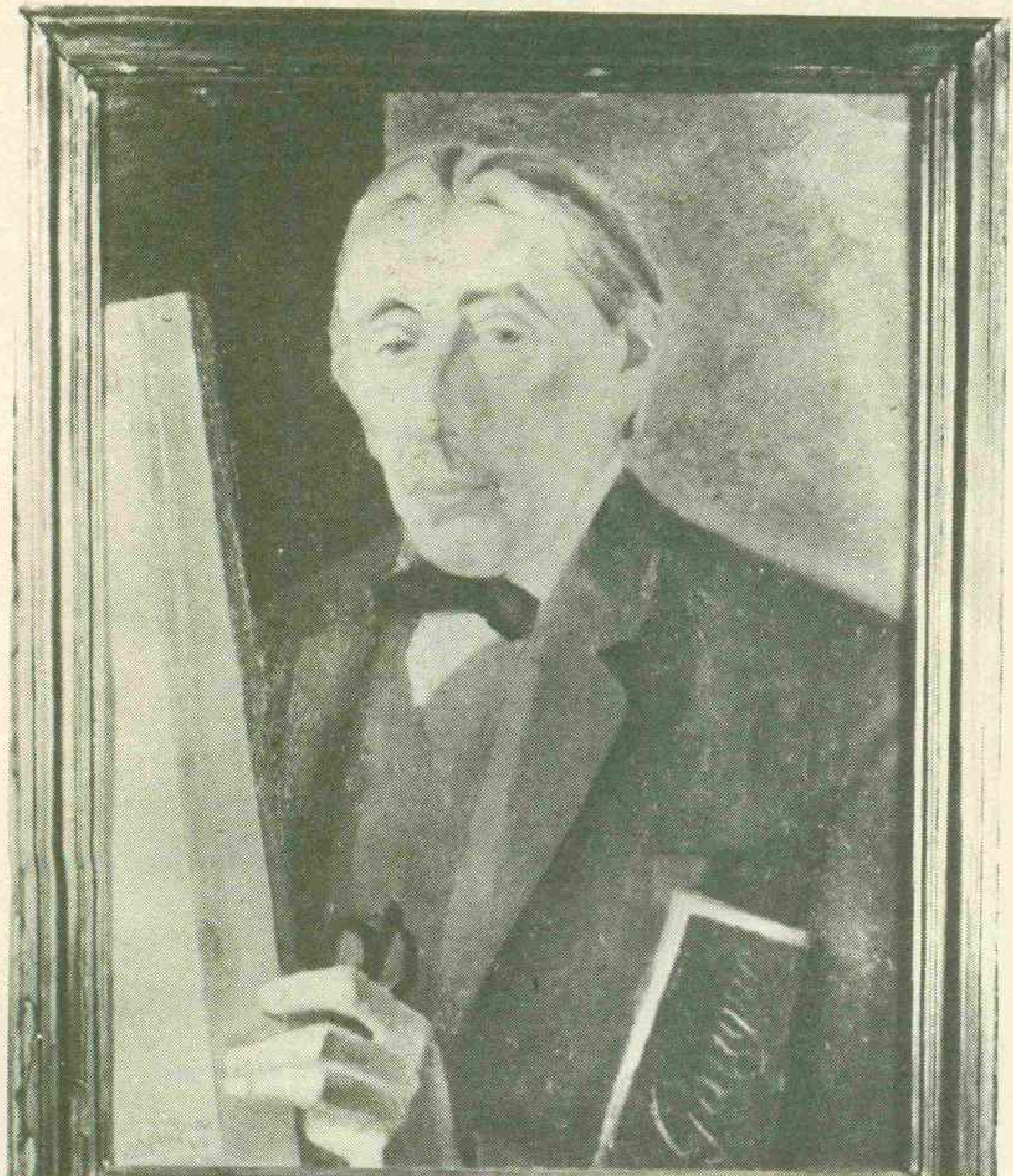
Preste a mi acento su gracia tu musa.
Suene la gaita gallega. Y espere,
andando mucho aún, el Tiempo, tu mise-
rere.

C. RIVAS CHERIF

Nunca le oí hablar de otros ascendientes que los que más o menos prefería. Los Montenegro principalmente; tampoco sé hasta qué punto reales, imaginarios, o compuestos con datos de la realidad, en su fantasía. No he conocido nadie tan creador de sí mismo como Valle-Inclán.

(2) *Para mayor precisión de este dato que da Rivas Cherif, véanse las* **Memorias políticas y de guerra**, *de Azaña, especialmente el 22 de agosto de 1931, en que dice: «Valle está muy apurado por la suspensión de pagos de la C.I.A.P., que le pagaba tres mil pesetas mensuales. Ha pensado irse a América, y ya tiene pasaporte y pasaje. En el Consejo de esta tarde he dado cuenta del caso, y he opinado que no podía consentirse que Valle se fuese a mendigar por América, con el decoroso pretexto de dar conferencias. Todos han asentido. Discurriendo lo que se podría hacer por él, y convencidos todos de que por su carácter, es peligroso darle un cargo de responsabilidad, he propuesto que se invente uno: el de Conservador General del Patrimonio Artístico en España, con veinticinco mil pesetas de gratificación, y que se provea en Valle» (Manuel Azaña,* **Obras Completas**, *Tomo IV [Editorial Oasis, México, D.F., 1968], pp. 99-100). También lo que dice Azaña el día 21 de junio de 1932: «Valle-Inclán ha dimitido el cargo que le dimos el año pasado. Estaba sin un céntimo y no tenía ni para comer. Inventé para él una función: la de Conservador del Patrimonio Artístico, con 24.000 pesetas. El Gobierno lo aceptó y fue nombrado. Ni siquiera me dio las gracias. No tenía qué hacer y, pasados unos meses, hubo que signarle una ocupación. Se le dijo que atendiera al Palacio de Aranjuez...» (Manuel Azaña, Ibid., pág. 407).*

sabía don Ramón, ni tampoco italiano tan a la perfección para poder captar de otra manera que intuitivamente el quid de un estilo. Pero aparte la nueva luz a que vieron las cosas los poetas españoles después del primer viaje de Rubén Darío a Madrid, hay siempre en el ambiente de cada siglo, y aun de cada cuarto, una cierta atmósfera más o menos común a los hombres —a los escritores, a los artistas sobre todo— de una misma generación. De Valle-Inclán sé decir que durante meses vi sobre el escritorio de un vargueño abierto en su gabinete de recibir **I laudi del cielo della terra e del mare**, siempre de par en par en la misma página; es indudable que en aquella edición, imitada **da ll'antico** se inspiró para las suyas don Ramón mucho más que de **La Hija de Iorio** para **El Embrujado**, pongo por uno de los parecidos más fáciles entre una y otra obra. Seguro estoy de que le había entrado por los ojos la representación que dio por entonces Mimí Aguglia con Giovanni Grasso en dialecto siciliano —lo que no era poco disparate— de la tragedia dannunziana. En cuanto a Banville y sus funambulerías, de que era más conocedor Manuel Machado, me consta por testimonio directo del crítico de arte Juan de la Encina, que él le regaló a don Ramón, en ocasión de estar posando para Juan Echevarría, las poesías que no conocía, del gracioso poeta francés. Declaradamente transcribe un pasaje de las Memorias de Casanova, ¡con cuánta más ligereza!, o toma de los cronistas de Indias el suceso castizamente autóctono que poder pasar a un relato de nuestros días. Pero su estilo personal no admite parangón en castellano. Quizá porque traduce su pensamiento con el deje de un acento nativo inconfundible, tampoco por galaico, por exclusivamente propio.



Muchos anos despues, Juan Echevarria —en la imagen— da el ultimo retrato del autor de los «Esperpentos» que se conserva en el Museo de Arte Moderno de Madrid.

A este respecto, recuerdo la respuesta que, según él mismo refería, dio a unos galleguistas acérrimos, de los de la «fala», quienes le reprochaban que escribiera en castellano y no en la dulce lengua de Rosalía de Castro, la poetisa insigne: «Porque de escribir en gallego puro, había de hacerlo en un idioma del siglo XIV, todo lo más; pero si como es deber ineludible de todo escritor hacer vivir la lengua, la voy renovando a tenor de cómo habla la gente, acabaría por descubrir el castellano, que es la desembocadura natural del gallego, por una vertiente; o terminaría escribiendo en portugués, que es su otra consecuencia vital».

La inspiración de las **Comedias Bárbaras** —que responden a ese título precisamente por no ser representables, tal como están escritas, sino novelas en diálogo, acción en prosa, que decía Lope al calificar su **Dorotea**— de la misma manera que Rubén Darío tituló de **Prosas profanas** uno de su primeros y más famosos tomos de poesías, tiene más de shakesperiana, y eso a través también de los románticos españoles en cierto modo y siempre salvando, con su intuición genial, ese punto de relación que convierte la creación literaria en un ejercicio escolar, por superior que pueda ser, fatalmente

determinado por la continuación histórica. En la obra de Valle-Inclán sucede todo lo contrario: siempre la invención supera a cualquier antecedente inmediato, y la originalidad y la sorpresa exceden cualquier veleidad retrospectiva.

Pero donde don Ramón del Valle-Inclán rebasa todas sus marcas anteriores y planta su bandera, en tierra nueva, es en el esperpento, creación sui géneris, con mucho superior a la propia expresión valle-inclanesca, valedera hasta entonces y desde entonces, con todo y su magnificencia literaria, simple antecedente —todavía no más que apuntado por los más jóvenes que él— de un expresionismo que si con carta de naturaleza ya en otros países adquiere un valor propio, tampoco nacional, personalísimo de su pluma; pero llamado a una trascendencia universal, a través del modelo que es **Tirano Banderas.**

El concepto de una «lengua franca», de «un castellano sin aduanas», expuesto por Valle-Inclán en más de una tertulia, tiene verificativo, que diría un personaje de su novela de tierra caliente, no ya en la transcripción de un habla común al pueblo hispanoamericano, sino en la expresión pan-ibérico-indiana, que constituye la aventurada novedad del estilo del relato en **Tirano Banderas.** Que haya logrado **Valle-Inclán,** de primeras, el logro de una comprensión general en la masa de lectores posibles, a uno y otro lado del Atlántico, es más que discutible. El que esto escribe es testigo de mayor excepción, porque profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico, hube menester de un curso mucho más prolijo para la lectura en clase de **Tirano Banderas** que para una **nivola** de Unamuno.



Creo que en Buenos Aires llegó a dar García Ortega «Romance de lobos». Pero la temperatura no le fue bien, y Valle-Inclán regresó con su mujer, a la sazón en la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, la más prestigiada de por entonces. (María Guerrero, por Anselmo Miguel Nieto).

De cualquier manera, y aun a trueque de no entender cada lector hispanoamericano los modismos y expresiones que don Ramón no sólo presta a los habitantes de **Punta de las Serpientes,** sino que utiliza valientemente en la conceptuosa composición de su nuevo y conciso estilo, cargado, por otra parte, de la cadencia galaica, la claridad castellana de la gesta y el desgarro de la picaresca, es lo cierto que a todos llega la fuerza de ese humor truculento, de esa despiadada imagen en espejo curvo, que por reducción al absurdo, constituye la sátira más acabada del tiempo en que vivimos y pasamos.

Sin duda proveniente del arte macabro de los «Caprichos» de Goya, la literatura valleinclanesa que irrumpe con **La Reina Castiza** y **Los cuernos de don Friolera,** cuyas primicias nos concedió a Azaña y a mí en «La Pluma», se magnifica en la mejor novela americana, la de **Tirano Banderas** —como sigue siendo «Carmen» la mejor ópera española— para abrir las más desenfadadas perspectivas que clásico alguno haya podido proponer a los creadores literarios que le sucedan. Nunca, por grave que sea la diatriba por la pluma, o por la simple maledicencia de los corrillos literarios, en contra de la influencia española en América, y aun de Castilla, en las demás Españas peninsulares, en que va incluida Portugal, nunca la gra-

Pero donde Don Ramón del Valle-Inclán rebasa todas sus marcas anteriores y planta su bandera, en tierra nueva, es en el esperpento, creación sui géneris, con mucho superior a la propia expresión valle-inclanesca valedera hasta entonces... (Facsímil de dos páginas del artículo que publicó en «La Pluma» Rivas Cherif, en el número-homenaje de enero del 23, dedicado a Valle-Inclán).

MÁS COSAS DE DON RAMÓN

Conocí a don Ramón hace catorce o quince años en su casa, adonde me llevó un poeta, de cuyo nombre no quiero acordarme. Recién casado con Josefina Blanco, actriz rarísima en la escena española por su inteligencia y sensibilidad, vivía en un principal espacioso y burgués, a la entrada de la calle o paseo de Santa Engracia. Rapada la melena romántica, con que hasta poco antes había desafiado la curiosidad madrileña, sustituídos los quevedos por unas simples gafas, más cuidado y pulcro en su atuendo que hasta entonces, la figura de don Ramón permanecía inconfundible. «Enmedio del camino de la vida», cobraba esa prestancia natural de algunos retratos del Tintoretto.

Pronto me ganó la afabilidad de su trato, que cierta fama, debida a tal cual desplante quijotesco de sus buenos tiempos juveniles, supone difícil. No es, en verdad, hombre dado a disimular sus sentimientos. Pero lo valiente en él no quita a lo cortés, y todavía no le he visto nunca airado sin razón ni motivo. He podido comprobar varias veces, en cambio, la finura espiritual, exenta de ademanes superfluos, con que distingue a los amigos, que lo somos de la verdad al serlo suyos.

Una de las primeras veces que le visité con mi inseparable compañero de carrera, hasta que prematuramente acabó la suya en esta vida, Fernando Fortún, nos recibió Valle-Inclán en el comedor de su casa, donde al pie de una estufa al rojo vivo, yacía desnudo un bebé de pocos días, pues que la madre estaba convaleciente aún. Don Ramón contemplaba a su hija forzando la curiosidad por disimular sin duda todo sentimentalismo paternal. La niña, que desde su

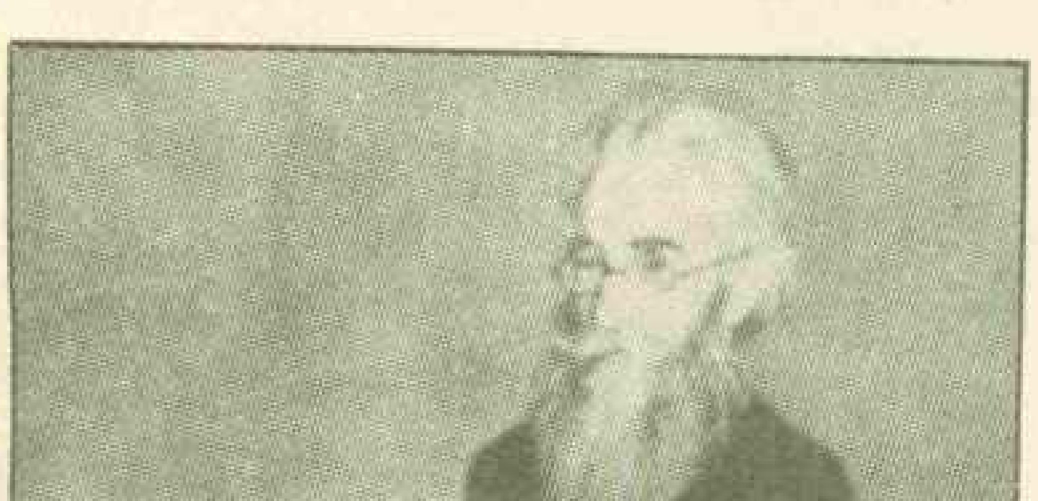
cia con que abomina del teatro castellano el cura renegado don Estrafalario en el prólogo a **Los cuernos de don Friolera** será fácilmente sobrepujada en una mejor definición de la estética conveniente, por sobre las tradiciones mentidas, a la literatura americana y española de nuestros días (3).

COMEDIAS ROMANTICAS Y COMEDIAS BARBARAS DE VALLE-INCLAN

La obra dramática de Valle-Inclán consta en total de veintiún títulos. De ellos, cuatro corresponden al teatro en verso. De las en prosa, cuatro de un solo acto. Su tradicionalismo, de que alardea, en su primera época sobre todo, tiene poco que ver aparentemente con la fórmula clásica del Siglo de Oro español, en punto a métrica y rima.

Mucho menos su prosa, con el diálogo usual en las comedias y sainetes que más se aplaudían en su tiempo.

El yermo de las almas, refundido de sus propias **Cenizas** y que subtitula **Episodios de la vida íntima** no pasa de ser, aunque siempre con harta más discreción que en sus congéneres, tocado de cierta ironía el melodrama, uno de tantos anticlericales, como dieron gusto de prohibición a la mismísima burguesía de los «abonos» más o menos aristocráticos al uso de entonces. No llegó a representarse normalmente y su autor renegó de aquella su primera criatura.



Don Ramón del Valle-Inclán (cuadro de Ignacio Zuloaga).

El marqués de Bradomín, escenificación propiamente dramática de la tercera de sus **Sonatas**, la de Otoño, fue escrito a la intención de la actriz Matilde Moreno, que tenía en su compañía a su amiga Josefina Blanco, quien hizo en el estreno el papel del paje Florisel, poco antes de contraer matrimonio con el autor. Fue lo que se decía «un suceso de estimación», con lugar común periodístico directamente traducido del francés.

Sin propósito de que se representara, dióse luego a escribir **Aguila de Blasón** y **Romance de Lobos**, comedias bárbaras que las subtituló, queriendo declarar paladinamente su filiación ajena al clasicismo griego ni latino; antes bien, a la andadura del romance carolingio.

Acentúase el acento gallego de

LA PLUMA

primera infancia se mostró en hechos y dichos heredera de la viveza de ingenio de sus padres, correspondíale con una mirada, sorprendente por lo segura en criatura tan tierna.

Nos habían hecho pasar al comedor, como habitación más confortable que la salita de entrada donde acostumbraba recibir los visitantes de cumplido, no porque estuviera comiendo. Don Ramón no comía; ayunaba por prescripción facultativa, como había hasta entonces ayunado muchas veces por no tener qué comer. Hasta hace muy poco no le he oído alardear ante un sangrante solomillo de café, de la virtud del ayuno, practicada por él en los años de bohemia descarada, en holocausto a la fe literaria en su propia obra. Cuando lo practicaba no lo decía. Es más, si no se salpicaba las barbas de migajas los días que no lo probaba, interrumpía la compaña de sus camaradas para engañar el tiempo de la cena. La hora del almuerzo la pasaba en la cama.

Para poderle aliviar, ya que convidarle hubiera sido imposible o contraproducente, que tanto valía comprometerle a corresponder, exageraban sus amigos la afición a una buñolería pintoresca, donde por poquísimo dinero satisfacía don Ramón con un café sus escasas necesidades. Cuando yo le conocí, repito, ayunaba; pero ya sin apremio, y cuando no se lo rechazaba el estómago ingería sus buenos vasos de leche, que, solícita, le tenía preparados su mujer.

Estaba en trance de publicar *Romance de lobos*, que iba viendo la luz, según la escribía, en folletones de *El Mundo*, diario nuevo aquel año. Más de una vez nos leyó a Fortún y a mí la comedia bárbara a medida que las escenas se sucedían inspiradas. Quien no haya oído leer a Valle-Inclán sus propias obras no es fácil que entienda toda la significación que don Ramón atribuye a las palabras, consideradas en sus elementos sonoros. No, no es escritor que se enjuague con el estilo, alambicándolo de un modo *precioso*. Pero el acento no es en su prosa impreciso o inapreciable. Es algo consustancial. Todavía recuerdo la impresión que un simple inciso en una de las acotaciones de *Romance de lobos*, me produjo en su primera lectura: «la llamaban por mal nombre la Rebola», dice el texto acabando de pintar un tipo. A contadísimos actores, entre los más grandes, juzgo capaces de expresar, como don Ramón aquella tarde, el misterio trágico-grotesco del estrafalario personaje con tan pocas palabras descrito

—¡Ah!, pues si la hubiera usted visto...—decíame no ha mucho don Ramón recordándole yo mi impresión por tal lectura, y aludiendo él al original de tan vivísima copia.

su inspiración, lo que caracteriza su indudable condición céltica. De ahí el parentesco que se advierte entre mucha parte de la producción valleinclanesca y el teatro irlandés de Yeats, de Synge y Lady Gregory. Ni qué decir tiene que Valle-Inclán no conocía otra lengua que el castellano. Es sabido, además, que leía poco, y las influencias de otros escritores que se pueden advertir en su literatura son a través de traducciones y aun de oídas puramente, en su enorme poder de captación de las cosas que le eran afines.

Ya he dicho que **Romance de Lobos** se representó malamente en Buenos Aires, por la compañía de Francisco García Ortega, en que iba Josefina Blanco y a que asistió el propio don Ramón. Otro buen actor, Francisco Fuentes, intérprete famoso que fue, pocos años antes, de la famosísima **Electra**, de Galdós, se atrevió en Buenos Aires a dar **Aguila de Blasón**, segunda parte, sin primera todavía entonces, de la trilogía de las **Comedias Bárbaras.**

Muchos años después nos dedicó a Manuel Azaña y a mí, con destino a nuestra revista «La Pluma» (1920-23), **Cara de Plata**, que hace el número uno de las tres. Componen entre todas un vasto panorama dramático con la vida de don Juan Manuel Montenegro, nombre familiar entre los de Valle-Inclán, prototipo legendario de una casta de hijosdalgos, bandidos voluntariamente de toda ley, sin menoscabo de su hidalguía.

Hay cierta pretensión shakesperiana en su composición e indudable reflejo de otra de las invenciones mejores de Galdós, **Alma y Vida**, representada con poco éxito, y nunca más desde entonces, al año del clamoroso de **Electra** en 1901, trascendente al motín callejero y a la manifestación política.

Valle-Inclán, por otra parte, echaba de ver, y lo acusaba en la intimidad de su queja de Benavente —con quien nunca discrepó en público—, el plagio de **Romance de Lobos** en la anécdota dramática de **Señora Ama**, aunque disimulado, en el rebajamiento de su aliento tragicómico a las proporciones de la comedia de costumbres, de simple «alpargata» y sentimentalismo lloroncete.

A través de los años y con las intermitencias de otros empeños, **Divinas Palabras** se incluye en la categoría dramática de estas primeras comedias bárbaras, y si siempre desaforada, como aquéllas, de la perspectiva de la escena española en la degeneración del naturalismo realista, más acomodada a las posibilidades de la representación que cabe en nuestros teatros.

Tan bárbara, tan extraña a las normas clásicas grecolatinas, como a las estereotipadas en el gusto español de Lope a Calderón, es **Divinas Palabras.** Su aliento, violentamente romántico, tiene poco que ver, sin embargo, con la producción *melodramática* del siglo XIX que inspiró tantas *obras de Verdi. Como las* tragedias y las comedias de Shakespeare, el teatro de

Valle-Inclán rebasa todavía las posibilidades actuales del cine. La proyección sugestiva que el poeta ejerce con su prosa directamente sobre el lector, sobrepuja, hoy por hoy, cualquier representación teatral por buena que sea. Y me precio de haber obtenido de la difícil conformidad de Valle-Inclán el beneplácito de mi dirección: de **La cabeza del Bautista** a Mimí Aguglia y Alfredo Gómez de la Vega; y de **Divinas Palabras** a Margarita Xirgu, con López Lagar, Enrique Diosdado, Enrique Guitart y Fernando Porredón (hijo), quien hizo del inocente hidrocéfalo a quien se comen los cerdos, lo que se dice «una creación» alucinante.

MAS SOBRE EL TEATRO EN VERSO DE VALLE-INCLAN

Hubo un momento en que Valle-Inclán hizo un nuevo esfuerzo por acomodar su riguroso criterio estético y su moral profesional al orden mesocrático imperante en la monarquía teatral de doña María (Guerrero) y don Fernando (Díaz de Mendoza), marqués de Fontanar, conde de Balazote y señor de Lalaing, grande de España por su Casa, aunque nunca pretendió cubrirse ante el rey. Poco antes había reñido estrepitosamente con Matilde Moreno, primera dama del Español por poco tiempo otra vez, siempre con el patrocinio amistosísimo del viejo duque de Tamames, y circunstancialmente a la sazón, con el doctor Madrazo, acreditadísimo médico santanderino, que se había hecho empresario para representar sus dramas de intención ibseniana. El propio Galdós, su grande amigo, se había prestado a figurar, más que a ejercer de director. Valle-Inclán ofreció a la Moreno un drama en prosa, **El Embrujado**, harto influido del D'Annunzio de **La hija de Iorio**, que no llegó a representarse entonces. El autor reaccionó violentamente desde la tribuna del Ateneo de Madrid, contra Galdós, contra el doctor Madrazo y, sobre todo, contra la actriz, de quien lo menos que dijo fue que «semejante a aquel animal de la fábula que despreciaba las uvas que no podía alcanzar», desahuciaba su obra. Muchos años más tarde, Irene López Heredia estrenó con su compañía **El Embrujado**. Tampoco fue un gran éxito. En la ocasión a que nos venimos refiriendo, a su vuelta de Buenos Aires con la compañía Guerrero - Mendoza, a que se había incorporado su mujer, la pequeña (de estatura) gran actriz Josefina Blanco, Valle-Inclán les dio la tragedia **Voces de gesta**, en que la Guerrero hizo gala de su aliento y su temple heroicos, en los versos de arte mayor e imitación d'annunziana también, que pretenden en la intención del autor imbuir de verdadera tradición épica el mito político cifrado en las guerras civi-

---

LA PLUMA

Yo no conocí, claro está, a la verdadera Rebola; pero no puedo por menos de asociarla al recuerdo de *la Criso*, criada a la sazón de Valle, atormentada por espíritus que le acompañaban como una sombra, ya en la cocina, ya en las andanzas de su ministerio por la casa toda.

La Criso, diminutivo de Crisógona, su nombre de pila, que don Ramón entonaba heroicamente para encomendarle cualquier servicio sin importancia, era una criada sin par, más que persona viva, trasunto de la imaginación de su amo. Un amo de tan fuerte personalidad forzoso es que imprima al ambiente en que se mueve cierto encanto novelesco. Es verdad que don Ramón empezaba por introducir al que por primera vez iba a su casa en una habitación cuyo único balcón a la calle aparecía condenado en su parte baja por un pequeño escritorio, y sustituído en su parte alta por un montante clavado imitando una vidriera de catedral. Luego, el menor accidente prestaba a la *decoración* la rareza de un mundo anacrónico. Así, cierto día que se fundió el alumbrado eléctrico y hubo de acudir Criso con un quinqué, cuya sombra incierta vagaba junto con la del espíritu—no sé si tutelar o burlón—que siempre le acompañaba, el prestigio de lo misterioso, caro a don Ramón, cobraba insospechada realidad.

Pasábase en la cama días enteros, los más fructíferos de su trabajo—y aun ahora, cuando escribe, suele hacerlo entre sábanas, no más que incorporado en el lecho, recostándose sobre las almohadas—. Leyéndome en otra ocasión uno de los últimos pasajes de *Romance de lobos*, detúvose un punto, sacó la cabeza, inclinóse a una jofaina que al lado de la cama tenía, y con menos esfuerzo que el catarroso se alivia de una flema molesta, vomitó una bocanada de sangre tal que quedé espantado. Antes se recobró él que yo del susto, y como si nada sucediera siguió leyendo con el mismo graciosísimo énfasis.

Creo que aquella misma tarde fué cuando, a propósito de la desorientación de sus críticos al atribuirle determinadas filiaciones literarias, me dijo:

—No saben nada; no se enteran de nada. ¡Vaya! ¿A que no sabe usted el ejemplo que tuve presente al escribir las *Sonatas*?

Don Ramón hizo, según acostumbra en casos tales, una pausa, a que pudo quizá servir de pretexto la rápida rebusca de un pañuelo perdido bajo la almohada o entre el embozo de la sábana. Yo, entre tanto, callaba respetuoso, sin acertar a figurarme la influencia que don Ramón se disponía a confesar, seguro por lo demás de que mi empeño hubiera sido vano, dada su agilidad para reaccionar siempre de una manera inesperada y sorprendente.

Alzó la cabeza de nuevo, se me quedó mirando, y dirigiendo luego la vista

---

En la obra de Valle-Inclán, siempre la invención supera a cualquier antecedente inmedia
artículo que publicó en «La Pluma» Rivas Cherif, en el n

LA PLUMA

a las cuartillas que yacían sobre la cama, añadió mesándose las barbas con lenta fruición:

—Pues tuve presente las *Doloras* de Campoamor.

....

Don Ramón ha sido siempre hombre de pocas lecturas. Su rápido instinto de comprensión, su aguda sensibilidad, le han ahorrado mucho tiempo para enterarse. Meses enteros he visto en su escritorio un ejemplar de *I Laudi*, de D'Annunzio, con la señal en la misma página. Conoce vagamente el italiano y no muy bien el francés. Es sorprendente la justeza, desde su punto de vista personalísimo, con que juzga a Anatole France, al autor de *La figlia di Jorio*, de la *Francesca*, de *La Fiaccola sotto il moggio*, a Ibsen, a Tolstoi, con un criterio opuesto las más de las veces al sentir general, a la opinión a la moda. Tolstoi le entusiasma, D'Annunzio le seduce, France le gusta poco, a Ibsen casi le detesta. Se explica, sin embargo, su admiración por Bernard Shaw, de que conoce poquísimas obras, por el humorismo genial del gran inglés, de que es incapaz su gran ascendiente noruego.

De la literatura española le atrae el *movimiento* dramático del teatro clásico más que los moldes poéticos del diálogo tradicional. Pero sus preferencias van a los cronistas y más que en los antiguos se complace en los de Indias. De sus contemporáneos admira sin reservas, con apasionado fervor, a Rubén Darío, de quien recita de memoria la obra entera con emoción y gracia rítmica inefables. Recuerdo la imperturbabilidad, tan característica suya, con que yendo un día conmigo calle de Alcalá abajo, al dar la vuelta por la del Barquillo, según caminábamos despacio por medio del arroyo, recitando él con grave pausa el célebre soneto:

«¿Eva era rubia?, no; con negros ojos
vió la manzana del jardín, con labios
rojos probó su miel..., etc.»

como acertara a alcanzarnos un tranvía que con insistentes llamadas nos avisaba que nos apartásemos, volvióse don Ramón iracundo, y con tal denuedo exclamó dirigiéndose al conductor:

—¡No me da la gana, ea!

que, amedrentado y confuso, el hombre se avino sin más a seguir nuestro paso tardo, en tanto don Ramón, ajeno a todo cuanto no fuera el soneto que iba recitando, continuó hasta terminar;

«... que hace temblar a Pan bajo las viñas.»

to, y la originalidad y la sorpresa exceden cualquier veleidad retrospectiva. (Facsímil del úmero-homenaje de enero del 23, dedicado a Valle-Inclán).

les llamadas carlistas, por haberlas promovido don Carlos de Borbón, contra su sobrina Isabel II, con el lema de «Dios, Patria y Rey» (absoluto), frente al signo liberal de la reina, para cuya accesión al trono hubo que renegar de la ley sálica de los borbones franceses y reintegrar la monarquía española al orden antiguo de Castilla que permitía la sucesión de las reales hembras.

Pese al éxito de su estreno, la Guerrero y Díaz de Mendoza, atentos al mejor servicio de Alfonso XIII y pese a que muy pocos vejestorios aristócratas quedaban tradicionalmente afectos a la causa de don Carlos VII, degenerada en la dinastía por la soltería y el desentendimiento efectivo del poder por parte de su heredero don Jaime, suspendieron las representaciones de **Voces de gesta** cuando podían haber suscitado en Pamplona, sede del carlismo vasco-navarro, durante las fiestas de San Fermín, un cierto recrudecimiento de los requetés o milicias tradicionalistas.

En la misma temporada y para beneficio de Díaz de Mendoza y a petición suya, aunque Valle-Inclán no le tenía en la misma estimación artística ni personal que a la Guerrero, les dio otra comedia en verso, **La marquesa Rosalinda**, impregnada de la gracia de las de Musset, con los malabarismos de Banville, traducidos al modo que Rubén Darío lo había hecho de la lírica de parnasianos y simbolistas. Nunca se había representado de ese mismo género **La enamorada del rey**, que escribió a petición de Martínez Sierra; pero para que no le sirviera a Catalina Bárcena, su primera actriz.

En ese primer teatro en verso de Valle-Inclán, es mucho más personal, sin embargo, **Cuento de Abril**, que poco antes de su excursión a Buenos Aires se dio en un beneficio de Matilde Moreno, con dos obras de Marquina y los Quintero, respectivamente, autores a la sazón aplaudidísimos y que esa noche fracasaron ruidosamente, en tanto los incondicionales de don Ramón jaleábamos su éxito en un clamor de escándalo.

Sin par en la producción valleinclanesa e incluso en la general del teatro español, **Cuento de Abril**, inspirada en el arte de los trovadores provenzales del siglo XIV, así como su fábula y su versificación, voluntariamente retrotraída a los «dezires» prerrenacentistas anteriores a Lope de Vega, señala un alarde precioso, que los poetas catalanes y valencianos, y aun los franceses mismos, han desdeñado en la varia pretensión de su teatro. **Cuento de Abril** se repitió al año siguiente en el Español, por la compañía de Morano, en que iba de primera actriz Matilde Moreno y ya de dama joven Amparo Villegas. Años más tarde la volvió a dar como director el poeta Enrique López Alarcón con **La cabeza del Bautista.**

Con Alfredo Gómez de la Vega y la italiana Mimí Aguglia, que hacía de **La cabeza del Bautista** lo que se dice una verdadera creación, corrí gran parte de España y Portugal en 1924. La dimos en Santiago de Galicia por primera vez y el éxito fue de verdadera apoteosis para Valle-Inclán cuando asistió a su estreno en Barcelona.

En 1926 escribió expresamente para el teatrillo casero del «Mirlo Blanco» que hacíamos en casa de los Barojas, esa otra joya en un acto en prosa que es **Ligazón.**

EL ESPERPENTO

Con **La cabeza del Bautista** y **Ligazón** se incluyen en las **Obras Completas** de Valle-Inclán otras piezas breves como **La rosa de papel** y **Sacrilegio**, que pueden constar con **La Hija del Capitán** y **Las galas del difunto** entre las farsas a que quiso dar categoría de género nuevo titulándolas de «esperpentos».

¿Qué es el esperpento y el género nuevo en cuestión? Según el Diccionario de la Lengua Castellana, impropia y exageradamente llamado de la Lengua Española en sus últimas ediciones, «esperpento» es «persona o cosa notable por su fealdad, desaliño o mala traza». Y en otra acepción, «desatino, absurdo». En la intención de Valle-Inclán viene a ser lo mismo que un capricho de los de Goya. Es decir, una caricatura, deliberadamente satírica, por reducción al absurdo, en efecto, de un vicio social, de la fealdad degenerada del heroísmo falso.

La farsa y licencia de la Reina Castiza, en tres jornadas en verso cómico, mejorado de los sainetes de don Ramón de la Cruz en el siglo XVIII y no digamos del usado fácilmente por Ricardo de la Vega y José López Silva en algunos modelos de esa comicidad poética a fines del siglo XIX, se publicó, por especial deferencia de Valle-Inclán hacia mí, como ya he dicho, en «La Pluma».

Irene López Heredia, con quien fui a Buenos Aires y Montevideo en 1929 como director literario de su compañía, no se atrevió a representarla por miedo a las represalias de la dictadura de Primo de Rivera, a nuestro regreso a España. Yo la leí en una sesión especial en el teatro Maipo de la capital argentina, donde actuábamos, al que asistió divertidísimo el embajador de México Alfonso Reyes, mi amigo de años atrás en Madrid, y en otro palco Ramiro de Maeztu, embajador del dictador español, que pocos días antes nos había invitado a comer en la embajada y que no se creyó en el caso, como su ministro consejero, de levantarse ostentosamente de su luneta y marcharse, por no autorizar con su presencia, sin duda, la descarada burla que en la farsa se hace de las veleidades que se le atribuyen a Isabel II, aunque con otro nombre, la abuela de Alfonso XIII, todavía reinante.

Curiosa por demás la referencia que don Ramón me dio del

LA PLUMA

cediendo al cabo, no a los requerimientos del tranviario, sino a la suave insinuación con que procuré llevarle a la acera.

Aparte Rubén Darío, le he oído encomiar las grandes cualidades dramáticas de Pérez Galdós:

—Aquella *Alma y vida*... ¡Ya estaba bien, caramba, ya estaba bien!

De *El abuelo* prefería la versión primera a la reducción escénica. *Sor Simona* también es muy de su gusto.

—¡Pero esos cómicos son tan bárbaros, tan bárbaros!

. . . .

Uno de los capítulos más interesantes de la biografía de Valle-Inclán es su afición al teatro y sus andanzas por los escenarios. Paladín de la protesta contra Echegaray con ocasión del homenaje nacional en celebración del Premio Nobel, siempre que viene a pelo tiene en la memoria algún trozo ridículo de *La peste de Otranto*, de *La esposa del vengador* o de *El gran galeoto* con que corroborar su mala opinión de don José, como entonces se le llamaba en los saloncillos.

—Benavente ha podido hacer algo... pero no quiere... Benavente, que pudo ser algo a la manera de un *Chéspir* (don Ramón españoliza bravamente los grandes nombres) satírico, y hacer comedias en que hubiera tras una escena de señoritos en la cuadra otra de criados en el salón, se ha entregado a la Pino, a *Lara*, al abono de la Guerrero...

Conocidos y celebrados son sus desplantes con cómicos y empresarios. Admirador de María Guerrero, cuyas facultades considera malogradas por el pésimo gusto en que se ha educado y vivido, llegó a estrenar en el teatro de la Princesa dos de sus obras. Como a los pocos días de representarse por primera vez *La marquesa Rosalinda*, fingieran en su presencia cierto desacuerdo la Guerrero y Díaz de Mendoza, respecto a la acogida que pudiera tener la obra el sábado de abono *blanco*, y a la conveniencia de suprimir o no determinados pasajes, don Ramón, conociendo la añagaza, se adelantó a decir:

—Estaba yo pensando, sin saber a qué atribuirlo, lo bien que se está en Madrid los sábados por la noche. Es observación que vengo haciendo al salir de la tertulia de Levante con los amigos y andar tan a gusto a esas horas por la calle. Ahora he caído en la cuenta: todos los imbéciles están abonados a la Princesa. Pero el sábado que viene voy a interrumpir mi costumbre de no salir a escena, para decirle al abono cuántas son dos y dos, ea; ya estoy cansado de oir insensateces.

El concepto de una «lengua franca», de «un castellano sin aduanas», expuesto por Valle-Inclán en más de una tertulia, tiene verificativo, que diría un personaje de su novela de tierra caliente, no ya en la transcripción de un habla común al pueblo hispanoamericano, sino en la expresión pan-ibérico-indiana, que constituye la aventurada novedad del estilo del relato en «Tirano Banderas». (Facsímil del artículo que publicó en «La Pluma» Rivas Cherif, en el número-homenaje de enero del 23, dedicado a Valle-Inclán).

LA PLUMA

Llegó, en efecto, el temido sábado, y contra lo que sospechaba el director del teatro, se aplaudió la escena cuya suerte juzgaba comprometida.

—¿Y ahora?—parece que exclamó triunfante doña María Guerrero al volver, concluída su parte, al saloncillo, encarándose con su marido, que seguía representando el papel de ingenuo, y con el propio Valle, que sonreía cínico, mesándose la barba—. ¿Y ahora, qué me dicen ustedes del abono? ¡Han aplaudido la escena que siempre había pasado en silencio, incluso el día del estreno con los intelectuales amigos de don Ramón!

—Como que han reforzado ustedes la *claque*—respondió don Ramón inmutable.

Valle-Inclán, curioso de toda experiencia, quiere ver surgir al renovador fundamental de los cánones subvertidos por la generación del 98, triunfante con él, con Baroja, con Azorín, con Unamuno. Toda tentativa juvenil le interesa y esperanza.

—Habría que hacer algo... Es preciso cambiar los conceptos, habría que hacer algo en un modo popular y con un sentido eterno de la actualidad.

La forma teatral de sus últimas obras, culminante en el género de *esperpentos*—como le place titular a *La reina castiza*, *Luces de bohemia*, *Los cuernos de don Friolera*, inéditas en volumen las dos últimas, y que el curioso ha de buscar aún en las colecciones del semanario *España* y de LA PLUMA—responde a la necesidad de renovación que le acucia a producirse sin contaminación con los medios de demanda y oferta que acostumbran editores, empresarios y proveedores de baja estofa literaria.

—El teatro es lo que está peor en España. Ya se podían hacer cosas, ya. Pero hay que empezar por fusilar a los Quintero. Hay que hacer un teatro de muñecos. Yo escribo ahora siempre pensando en la posibilidad de una representación en que la emoción se dé por la visión plástica. El tono no lo da nunca la palabra, lo da el color.

Don Ramón no entiende la música:

—Sin embargo, una vez, hace ya de esto algunos años, una noche en Levante, donde tocaban siempre música clásica, empezó la orquesta una cosa que yo que no tengo oído para la música dije: ¿Pero esto qué es? ¡Esto es muy malo! Preguntamos después y nos dijeron que era la *Fantasía morisca*. Chapí se había muerto aquel día. Yo no entiendo nada, pero había allí un modo tan vulgar y tan ramplón de acordar los sonidos...

LA PLUMA

Vano empeño sería pretender reflejar en unas cuantas cuartillas al vuelo la agudeza de don Ramón, las sugestiones que continuamente despierta en la conversación corriente, la naturalidad de su *pose*.

Del retrato de Anselmo Miguel Nieto, varias veces reproducido en periódicos y revistas gráficas, inspirado en la devoción de Valle al Tiziano, a los Echevarrías de ahora, pintura fiel de la teatralidad cotidiana de don Ramón transcurren precisamente los años de madurez y lozanía en que se halla. Doliase no ha mucho Luis Araquistain de la pérdida que significa para la literatura española contemporánea la falta de un constante anotador de los hechos y dichos de don Ramón del Valle-Inclán. Es verdad. Prometo, en lo que pueda caberme de esa responsabilidad, la enmienda. Valgan estas cuartillas por la intención de señalar no más la vena inagotable de una historia fidedigna de la vida literaria de nuestro tiempo.

En ella cabrá cuanto el espacio y la memoria nos niegan ahora. Ni apuntar siquiera hemos podido algunos aspectos interesantísimos de la persona de don Ramón: el *dilettante* de ocultismo, el fumador de cáñamo índico, el político, su *ars amandi*, en fin, merecen la atención prolija que me propongo consagrarle en las temporadas que aún nos es dado a sus amigos madrileños disfrutar de su compañía, cuando para preparar la impresión de un libro nuevo, viene del casal gallego, donde, con su mujer y sus cuatro hijos, vive ahora lo más del año en las tierras de un antiguo señorío de su familia.

C. R. C.

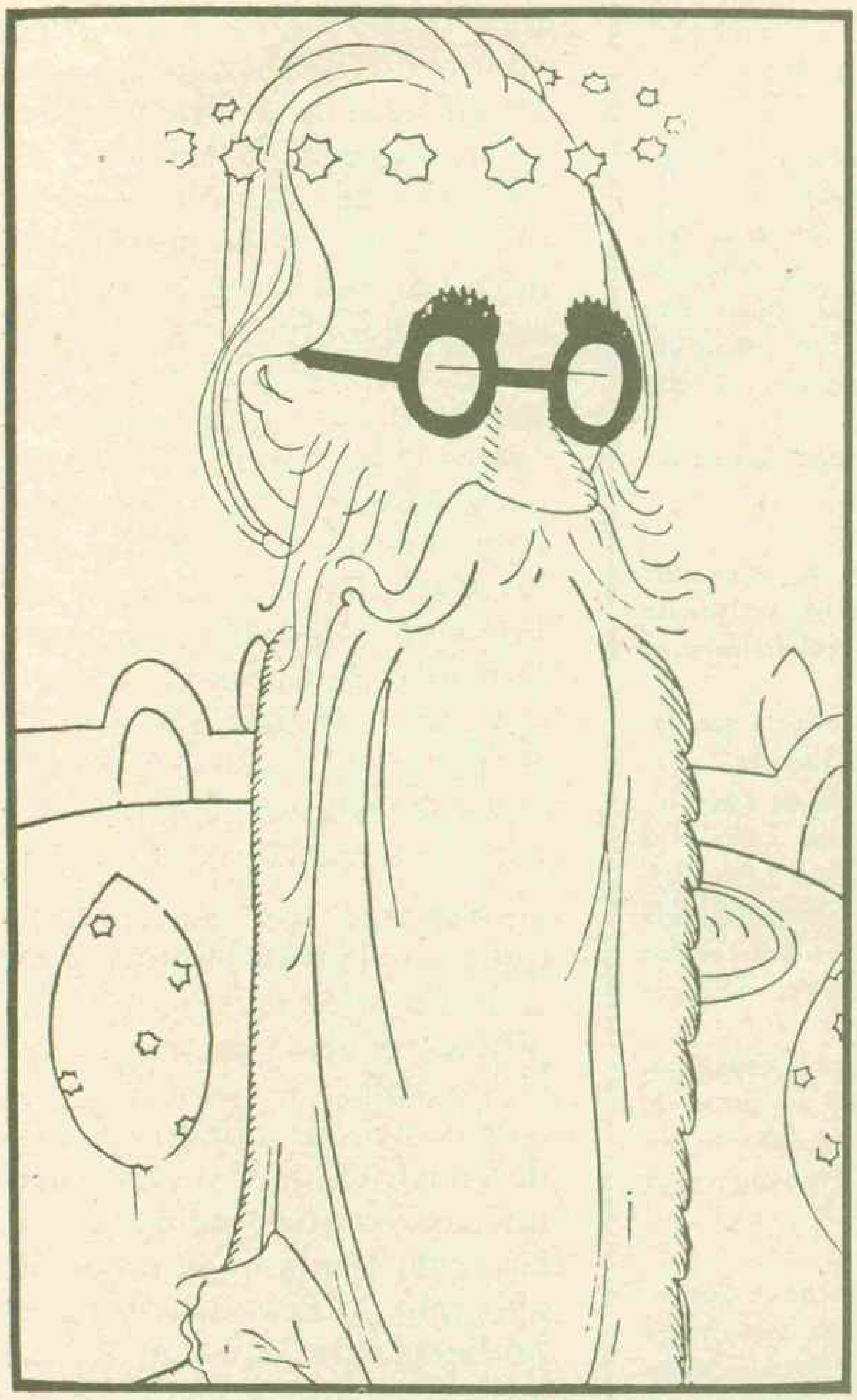
motivo de su inspiración. A cuanto creía saber, un amante circunstancial de tantos como se atribuyen a la veleidad de Isabel II de España, se dejó unas cartas en la mesilla de noche de la alcoba en que, tísico pasado, fue a morir en el balneario de Panticosa; cartas que sirvieron a otro huésped aprovechado para ofrecérselas al Ministro de la Gobernación Arriola, a cambio del nombramiento a su favor de Presidente de la Audiencia de Santiago de Cuba. Oirle contar a Valle-Inclán, que sólo de referencias lo sabía, la entrevista del Ministro con la soberana, era estarlos viendo:

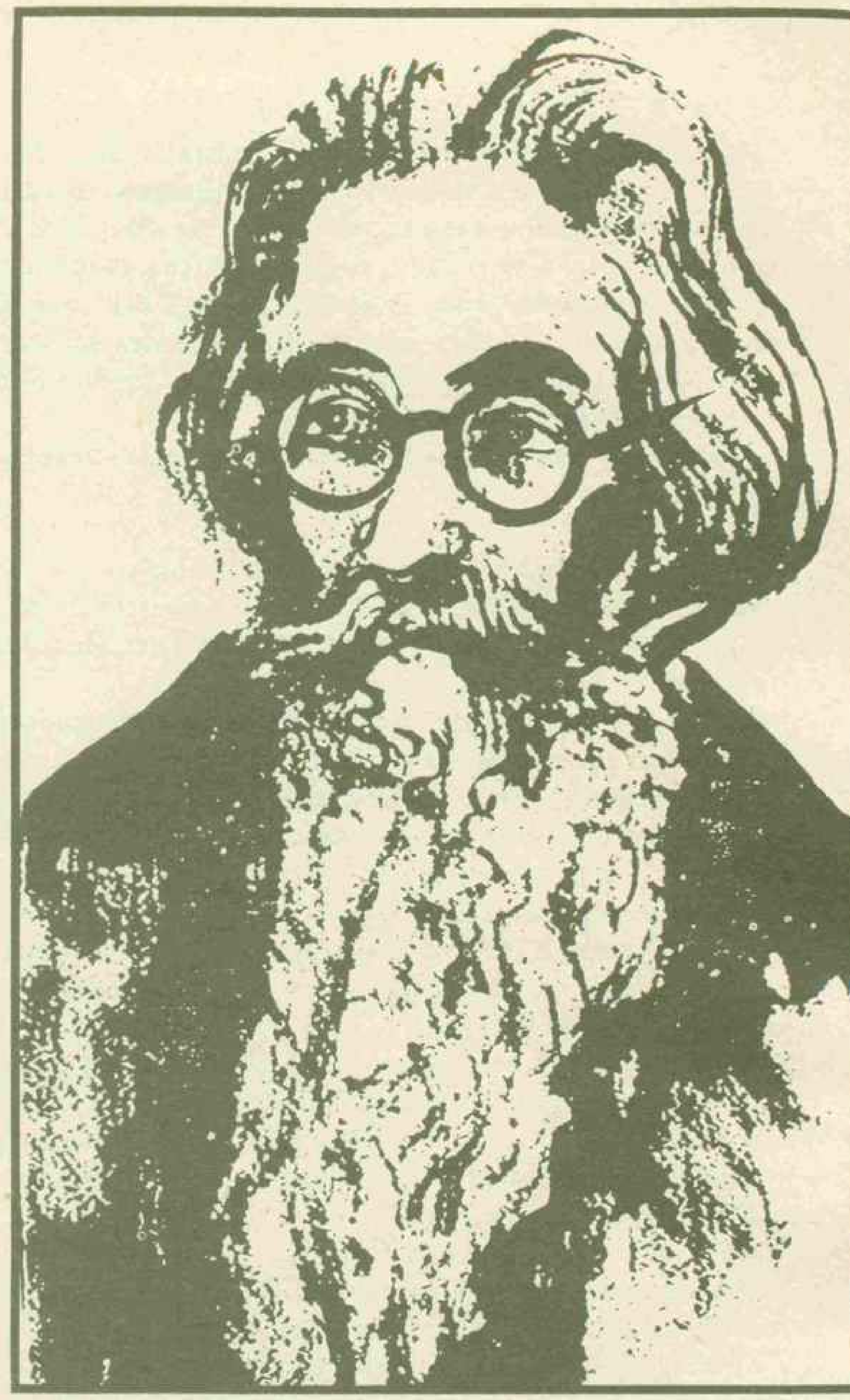
«—Señora, hay un tunante que tiene la rara habilidad de imitar a la perfección las caligrafías ajenas, y presume desvergonzado de poseer unas cartas íntimas, aunque falsas, de Vuestra Majestad. Lo grave del caso es que pide por ellas, sin tener título ni estudios de abogado, la Presidencia de la Audiencia de Santiago de Cuba.

—Mañana me presentas el decreto».

Decía Valle-Inclán tener esta noticia de don Benito Pérez Galdós, quien a su vez la tenía del propio Ministro de la Gobernación que intervino en el caso. Dispuesto estaba el autor de los **Episodios Nacionales** a utilizar la pintoresca anécdota en cuestión, cuando quiso ir a París a conocer a Isabel II, «La de los tristes destinos», que desde su destronamiento muchos años atrás residía en la capital de Francia. Y tan simpática le fue la reina que desistió compasivo de cuanto pudiera menoscabar su retrato histórico y suprimir la escandalosa referencia.

Valle-Inclán no sólo no tenía los mismos motivos sentimentales que Galdós en favor de Isa-



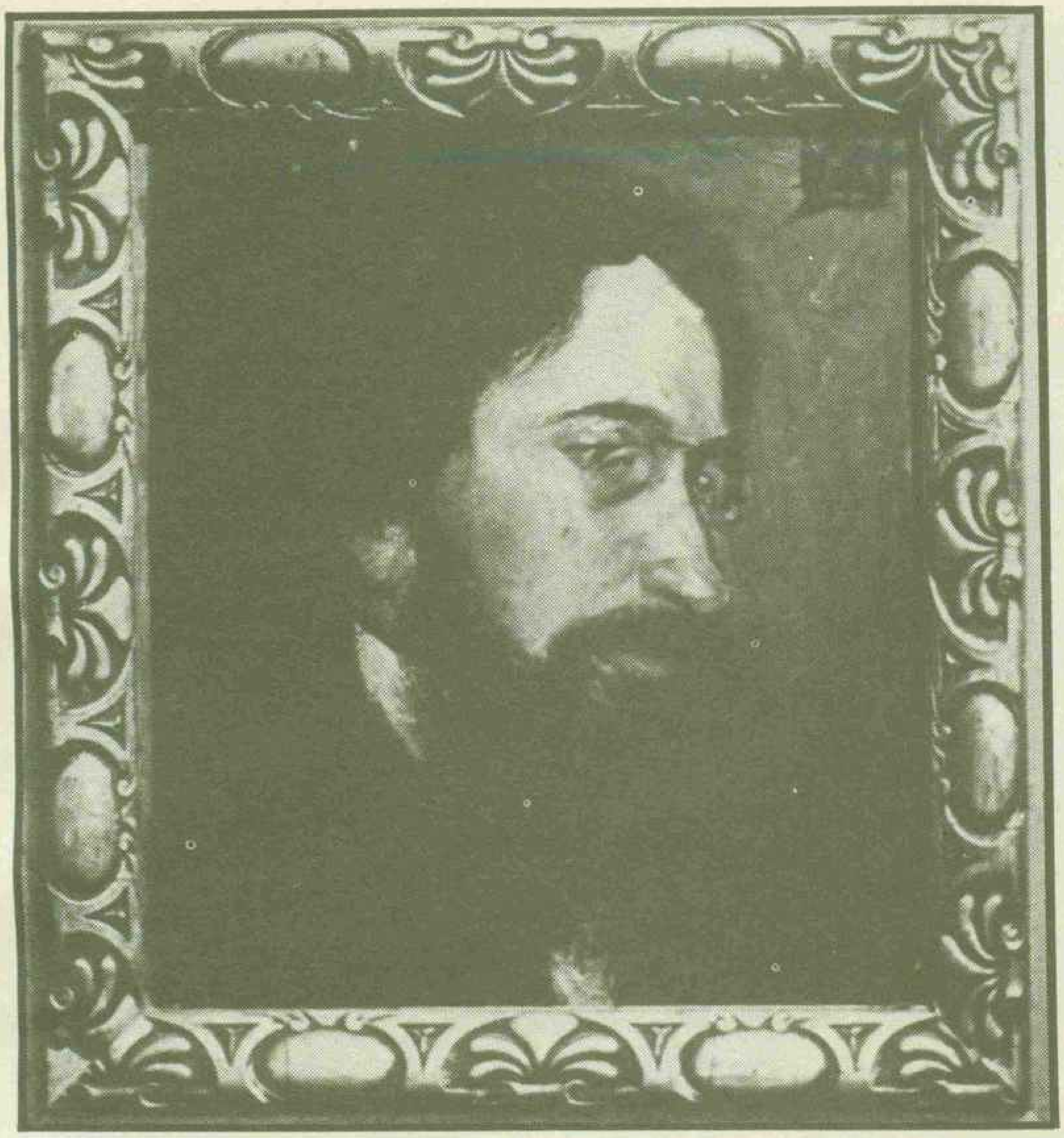


La máscara tras de la cual se defendía (Don Ramón), de las asechanzas de la mediocridad encubrió de por vida al más quijotesco de los desfacedores de entuertos y restauradores de una justicia estética —unidas belleza y bondad inasequibles— a imagen y semejanza, no ya de Cervantes, del propio Don Alonso Quijano el Bueno. (A la izquierda, caricatura de Valle-Inclán por Bagaría, publicada en «El Sol», de Madrid, en 1935. A la derecha, Valle, dibujo de Conde Corbal).

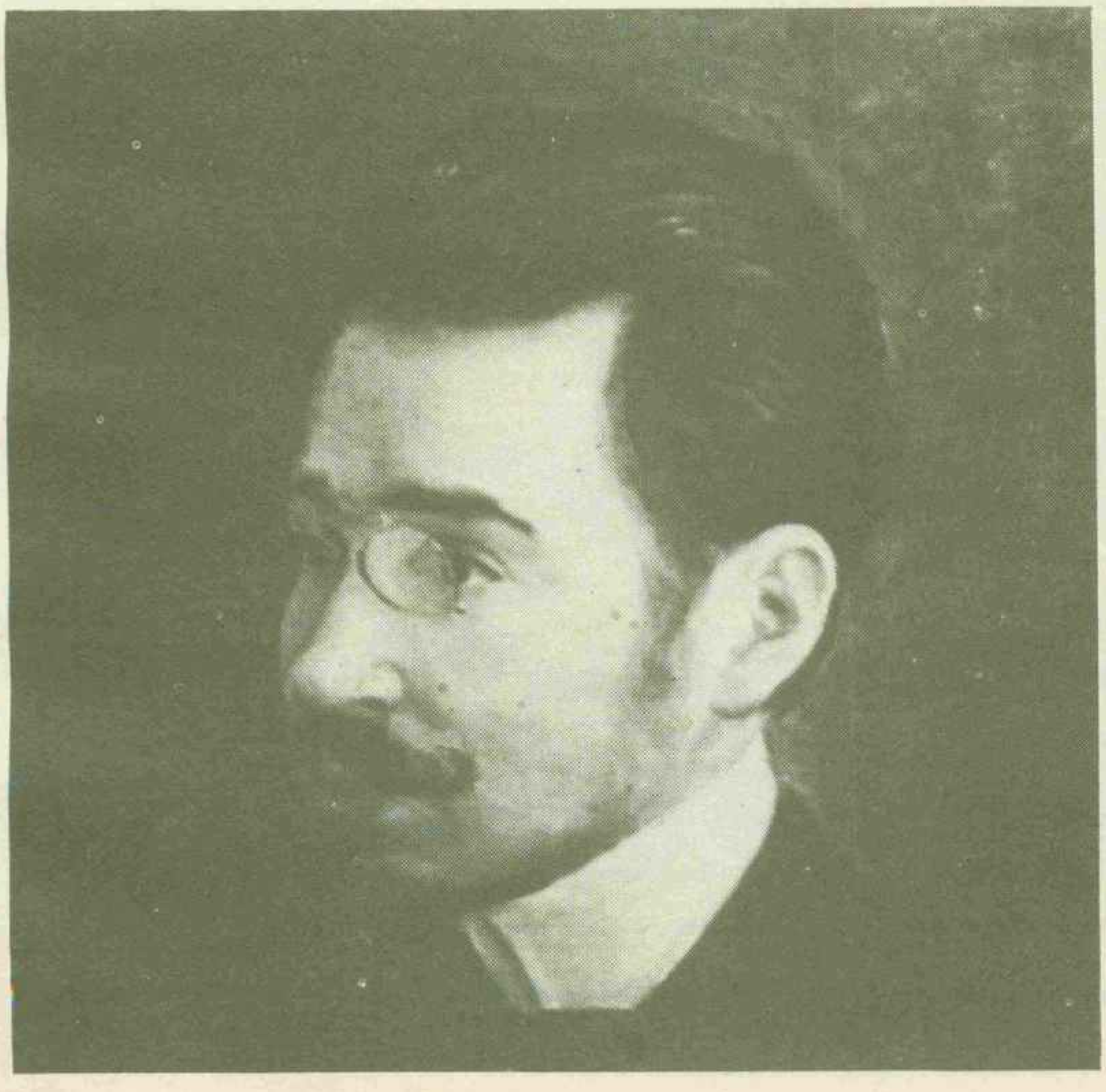
bel II, sino que su notoria proclividad hacia Don Carlos y su rama en los comienzos de la vida literaria y su indeclinable prurito absolutista en las justas políticas del tiempo en que vivió, siempre le mantuvo frente a los últimos reyes de la dinastía borbónica en España. **La Reina Castiza** se dio al cabo en el teatro Muñoz Seca, de Madrid, ya proclamada la República, por Irene López Heredia, la dirección de cuya compañía había dejado yo por la de Margarita Xirgu. Hizo el precioso decorado Salvador Bartolozzi. Muchos años antes, la habíamos ensayado en el Ateneo, con el propio Valle-Inclán, con Magda Donato en el papel de la Reina. No se llegó a hacer. A mi regreso de Buenos Aires la leí también en el Ateneo de Madrid.

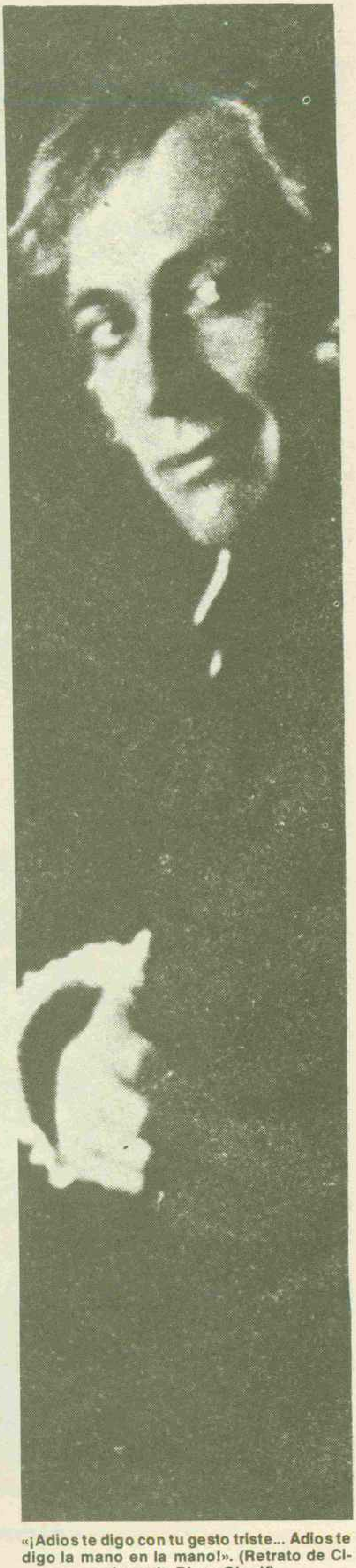
También representamos en el teatrillo de los Barojas, que llamábamos del Mirlo Blanco, el prólogo a **Los cuernos de don Friolera**, que también suelo decir en mis «Solos de Bululú» como representativo de la estética de Valle-Inclán. Para mi gusto, sin embargo, mejor que todos es el de **Luces de Bohemia**, que podía ser magnífica prueba para Buñuel de película sin par en la tragicomedia de los poetas modernistas de mi siglo.

Con los esperpentos, superiores a los alardes de que hacen gala los franceses con Apollinaire y Jarry, los irlandeses con el mejor Synge, **El farsante del mundo occidental**, y los futuristas italianos, se adelanta Valle-Inclán, con mucha más gracia, a los descubrimientos cómicos de Ionesco, de Adamov, de Nevers, del Brecht de **La ópera de cuatro chavos**, y preside eminentemente al par que García Lorca en su teatro menos conocido **(Así que pasen cinco años)**, Alberti **(El hombre deshabitado, El adefesio)** y su precursor Gómez de la Serna (el Ramón de **Beatriz, Un cuento de Calleja, Los medios seres)**, el teatro extravagante de un día que ha venido a ser norma de los carteles diarios del gran teatro del mundo confuso, con que termina en los de hoy la era del pez de los primeros cristianos. ■ **C. de R. CH.**

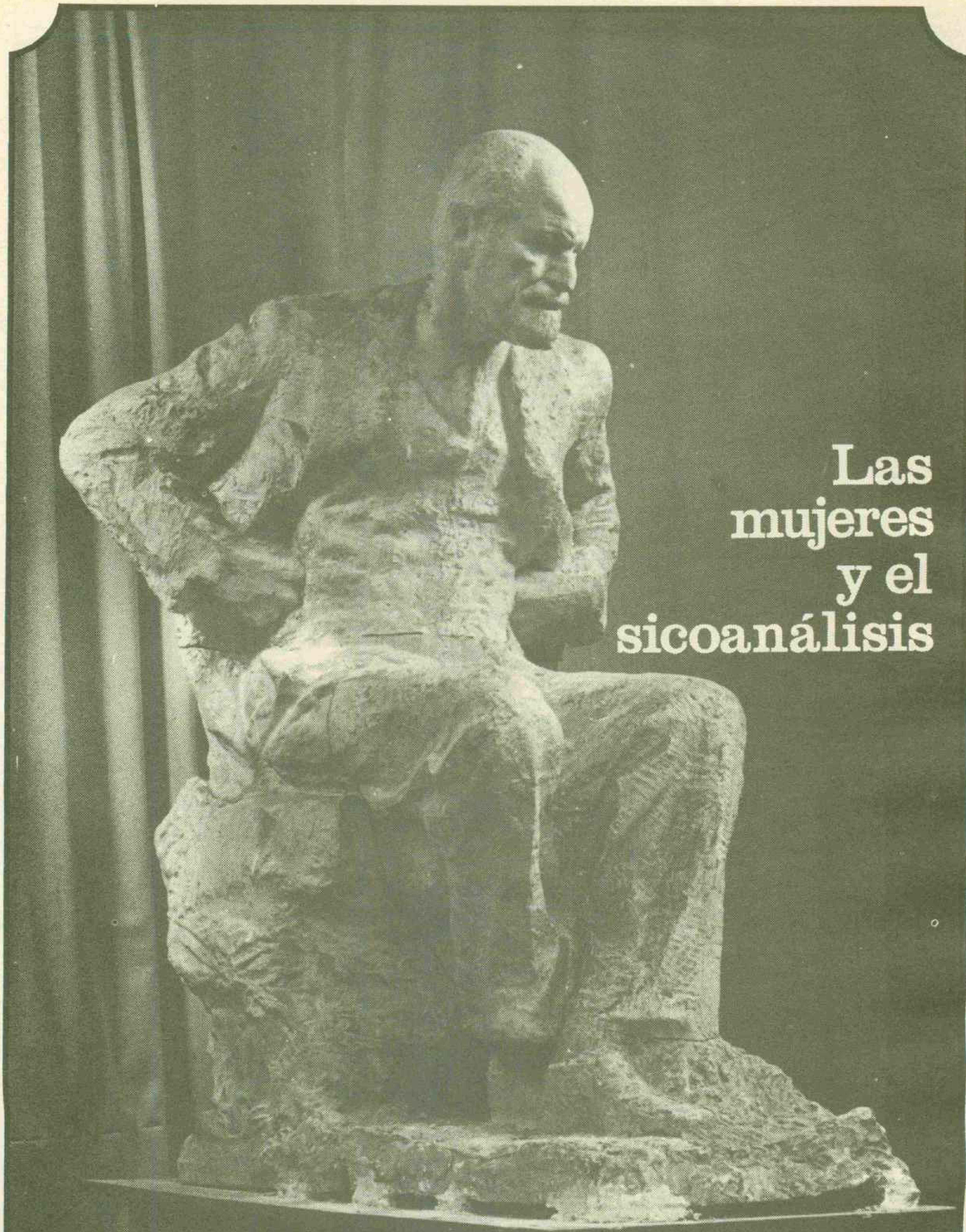


Se equivoca quien suponga más real y verdadera la persona obligada a compartir nuestras miserias diarias en la calle, en el café, en su propia casa o en la nuestra —aunque siempre afectando una condescendencia de resignada grandeza— que el personaje que con figura y nombre inconfundibles de Don Ramón del Valle-Inclán, vivió heróicamente, sin rendirse a la mediocridad del destino, que le había cabido en suerte, con nacer en un tiempo inadecuado. (Retratos de Valle-Inclán, en su juventud).





«¡Adios te digo con tu gesto triste... Adios te digo la mano en la mano!». (Retrato de Cipriano de Rivas Cherif).

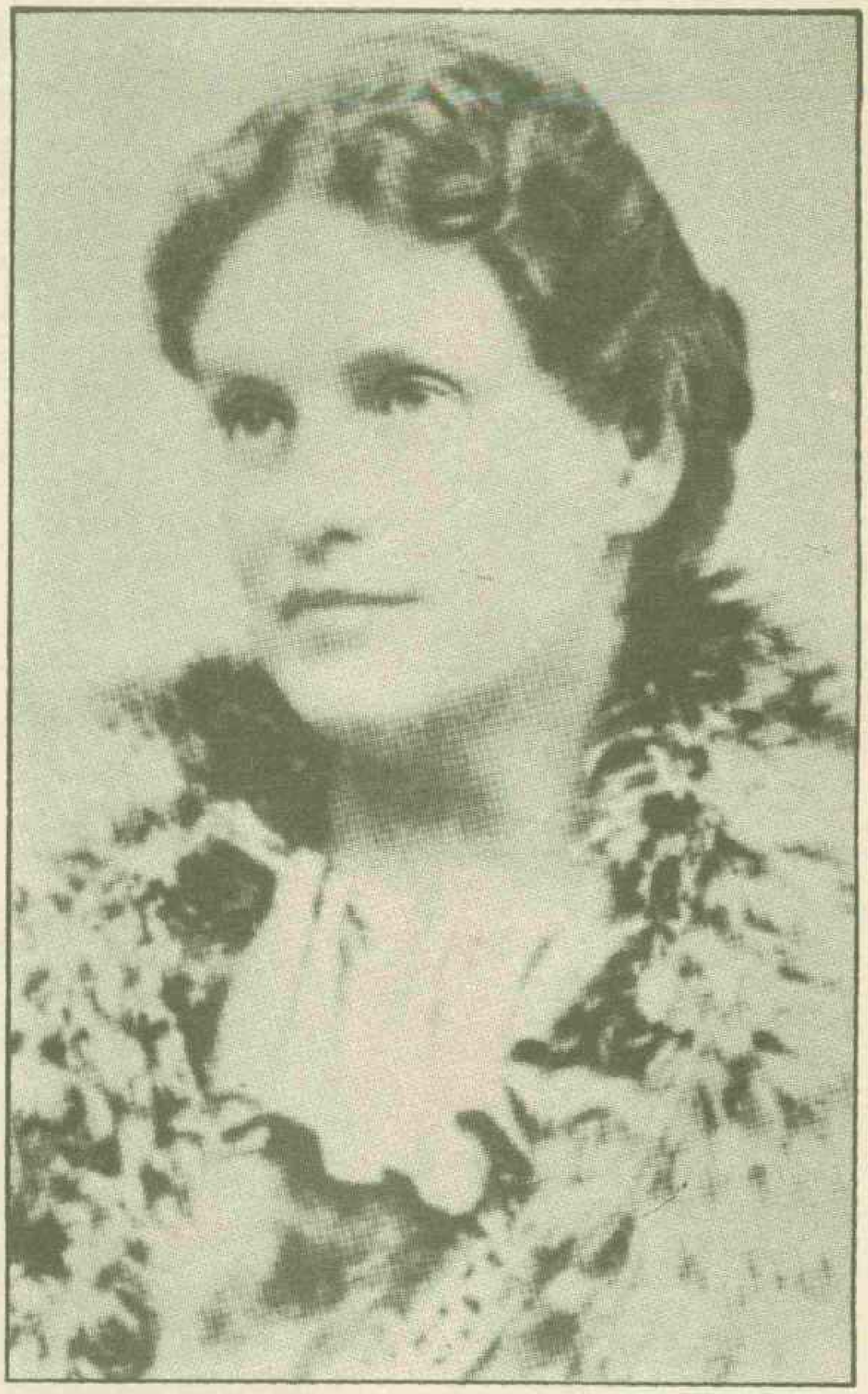


Las mujeres y el sicoanálisis

Norma Pasamar Mastrorilli

ENTRE los concurrentes al Congreso Sicoanalítico de Weimar realizado en el año de 1911, se encontraba Lou Andreas Salomé. Mujer de gran cultura y fino instinto para el hallazgo de lo intelectual, no tardó en sentirse cautivada por la «ciencia nueva». No faltó a ninguna de las reuniones. Oyó a Ferenczi disertar sobre la homosexualidad, a Sachs sobre las relaciones del psicoanálisis con las ciencias naturales, a Rank sobre «El tema de la desnudez en la poesía y la leyenda», a Freud mismo, hablar sobre el totemismo.

Lou se sintió vivamente impresionada por lo brillante de las exposiciones; en su diario reseña: «las sensaciones tan vitales y contradictorias» que «la hicieron especialmente receptiva a la sicología profunda de Freud: la vivencia de lo extraordinario y extraño en el destino síquico de un individuo». El 27 de septiembre de 1912, Andreas Salomé escribe una carta al profesor Freud para pedir su admisión como alumna en las clases que se dictarían en Viena. Exégeta de Nietzsche, musa de Rilke, Lou presenta antecedentes suficientes para ser admitida. Freud contesta galantemente a su carta: «...Yo había interpretado ya su participación en el Congreso de Weimar como un presagio favorable».



Las concepciones de Lou sobre sexualidad femenina hoy harían bramar de indignación a las militantes feministas. Tildaba de «banal» la lucha de los sexos y de desgastante e inútil «la victoria de un sexo sobre el otro». (En la imagen, Lou Andreas-Salomé.)

LOS aportes que esta destacada mujer brindara a la nueva ciencia no pueden inscribirse como descubrimientos. Sus escritos más originales versan sobre sexualidad femenina y, aunque impregnados de teorías freudianas, se encuadran más en el campo del ensayo literario que en el científico. Freud la llamará la «poetisa del sicoanálisis».

Las concepciones de Lou sobre sexualidad femenina hoy harían bramar de indignación a las militantes feministas. Tildaba de «banal» la lucha de los sexos y de desgastante e inútil «la victoria de un sexo sobre el otro». Cataloga a las mujeres con fijación clitoridal masculina de histéricas graves y a la mujer sana como «receptora». Para Lou, son débiles aquellas mujeres que temen el intercambio amoroso con el hombre como «amenaza para una vida autónoma del Yo o de las obligaciones sociales de cada día».

A partir de 1912, *«punto de giro en su vida»*, como ella denominó su encuentro con Freud, Andreas Salomé dedicará su vida al estudio y a la práctica del sicoanálisis. Con el tiempo se



Sigmund Freud
a los 16 años,
con su madre, Amalie
Nathanson.
(Col. Ernst Freud.)

convertirá en una de las más sutiles intérpretes del carácter y de la obra de Freud.

El sicoanálisis fue una de las pocas doctrinas que desde sus inicios no ejerció discriminación en contra de las mujeres, al igual que éstas tuvo que luchar por su reconocimiento.

Freud sostenía que era: «una total incongruencia... excluir a las mujeres por principio».

Pese al apelativo de «machista victoriano», que muchas feministas hoy arrojan sobre la memoria del profesor vienés, éste se sintió siempre fuertemente atraído por mujeres de tipo intelectual. En su juventud, fue Minna, hermana de su esposa, la confidente de sus descubrimientos. En 1920, mujeres jóvenes, «emancipadas» lo rodearían con su admiración y ternura. Marie Bonaparte, Helene Deutsch, Ruth Mack Brunswick, Jeanne Lampl de-Groot se sintieron más sus hijas adoptivas que sus discípulas. Estas mujeres elaborarían decisivos descubrimientos sobre la relación preedípica con la madre: su condición femenina las hacía singularmente aptas para determinadas exploraciones transferenciales. Freud era consciente de que él, como analista masculino, no había podido llegar a iluminar la fase anterior al complejo de Edipo tan fundamental para la formación de la fe-

minidad. Las analistas serían las encargadas de aportar un testimonio definitivo para el sicoanálisis: el padre «fundamental» y los hombres que lo siguen sólo serían figuras secundarias, ya que el primer objeto amoroso lo ocupa la madre «esencial» para ambos sexos.

La competencia, la rivalidad científica no ensombrecería la relación de Freud con las nuevas alumnas. Con ellas no se repetirían los dolorosos enfrentamientos que llevaron a la separación del movimiento a Adler, Stekel y Jung años antes. Jones, su biógrafo oficial, declaró que «nunca en su vida acusó Freud a una mujer de haberlo traicionado o decepcionado». Helene Deutsch, fue, sin lugar a dudas, una adelantada a su época. Cuando joven había expresado su deseo de ser abogado para ayudar con sus conocimientos a la causa de la emancipación femenina. Su elección final de la carrera de medicina y su posterior especialización en siquiatría la ubican entre las «fuera de serie» de aquellos años. Allá por el 1920 se la recuerda como la Helena de Troya del movimiento: capaz, hermosa y acreedora del cariño de Freud.

A Helene le había costado muchos esfuerzos, dada su condición femenina, ser admitida como siquiatra en la clínica de Wagner-Jauregg. Sin embargo, el clima del hospital pronto se le haría intolerable. Su adhesión a Freud la llevaba a enfrentarse diariamente con aquellos que ridiculizaban las nuevas teorías de su maestro. Nunca lamentó su renuncia al saber tradicional.

Comienza su análisis personal con Freud; de boca de su creador, Helene aprenderá las nuevas técnicas. Los años le probarían lo acertado de su elección: su carrera fue una larga serie de triunfos y reconocimientos. Paradójicamente, en sus escritos desconfiaba de la mujer especulativa: «Muchas mujeres intelectuales son en realidad simple fugitivas... por regla general, esas mujeres son más intelectualizantes que intelectuales». Tuvo el honor de ser reconocida como importante colaboradora en las teorías sicoanalíticas. En el artículo «Algunas consecuencias sicológicas entre la diferencia anatómica de los sexos», Freud reconoce: «En los valiosos y completos estudios de los complejos de masculinidad y de castración en las mujeres de Abraham, Horney y Deustch, hay muchas alusiones a fenómenos próximos a los que he descrito...».

Pese a su independencia, a sus éxitos, Helene no pudo evadirse como tantos otros, a una desmedida admiración por su maestro. Una especie de amor sublimado la llevó a autodenominarse como «la sombra de Freud».

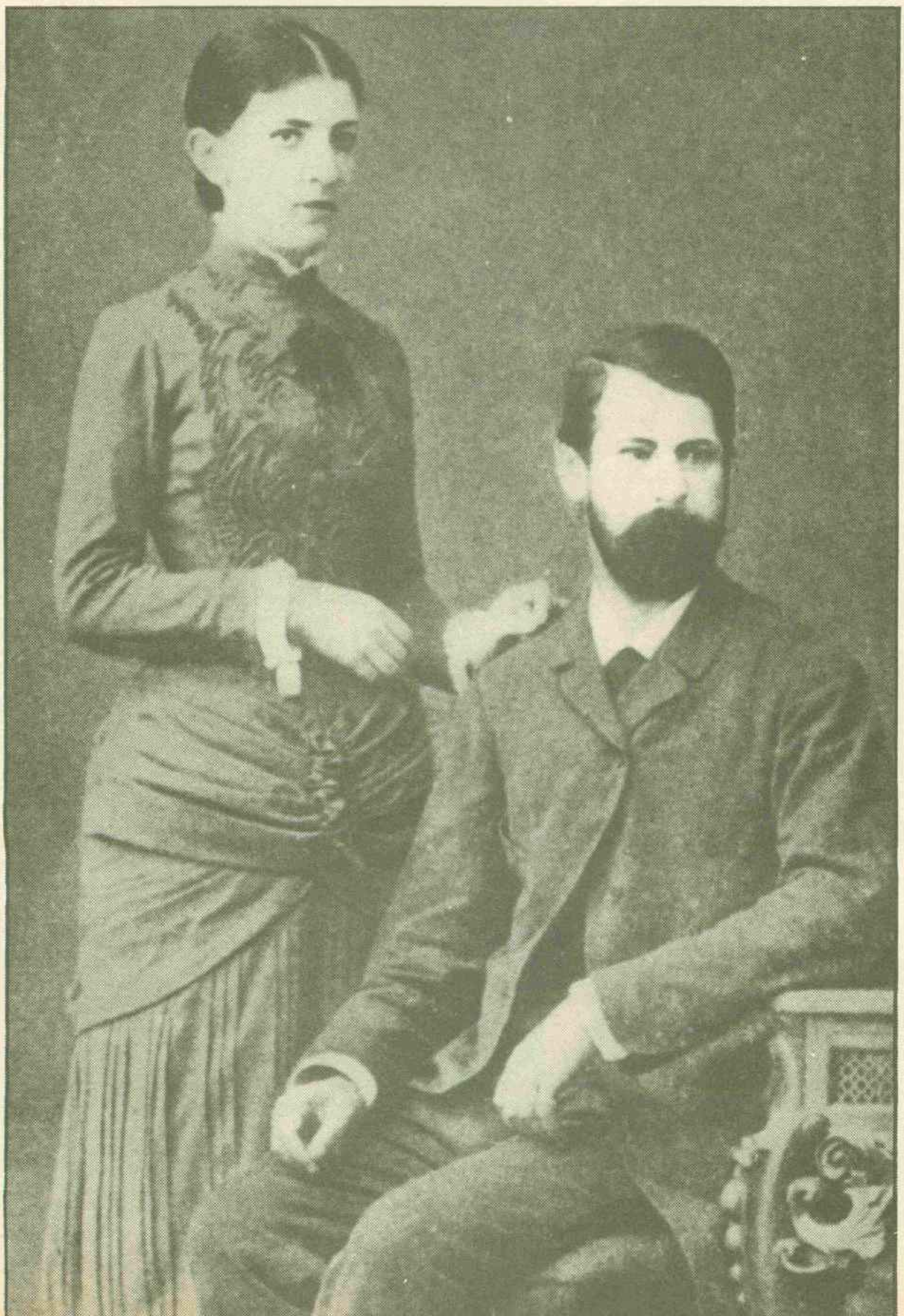


A partir de 1912, «punto de giro en su vida», como ella denominó su encuentro con Freud, Andreas-Salomé dedicará su vida al estudio y a la práctica del sicoanálisis. Con el tiempo se convertirá en una de las más sutiles intérpretes del carácter y de la obra de Freud. (Lou Andreas-Salomé en su juventud.)

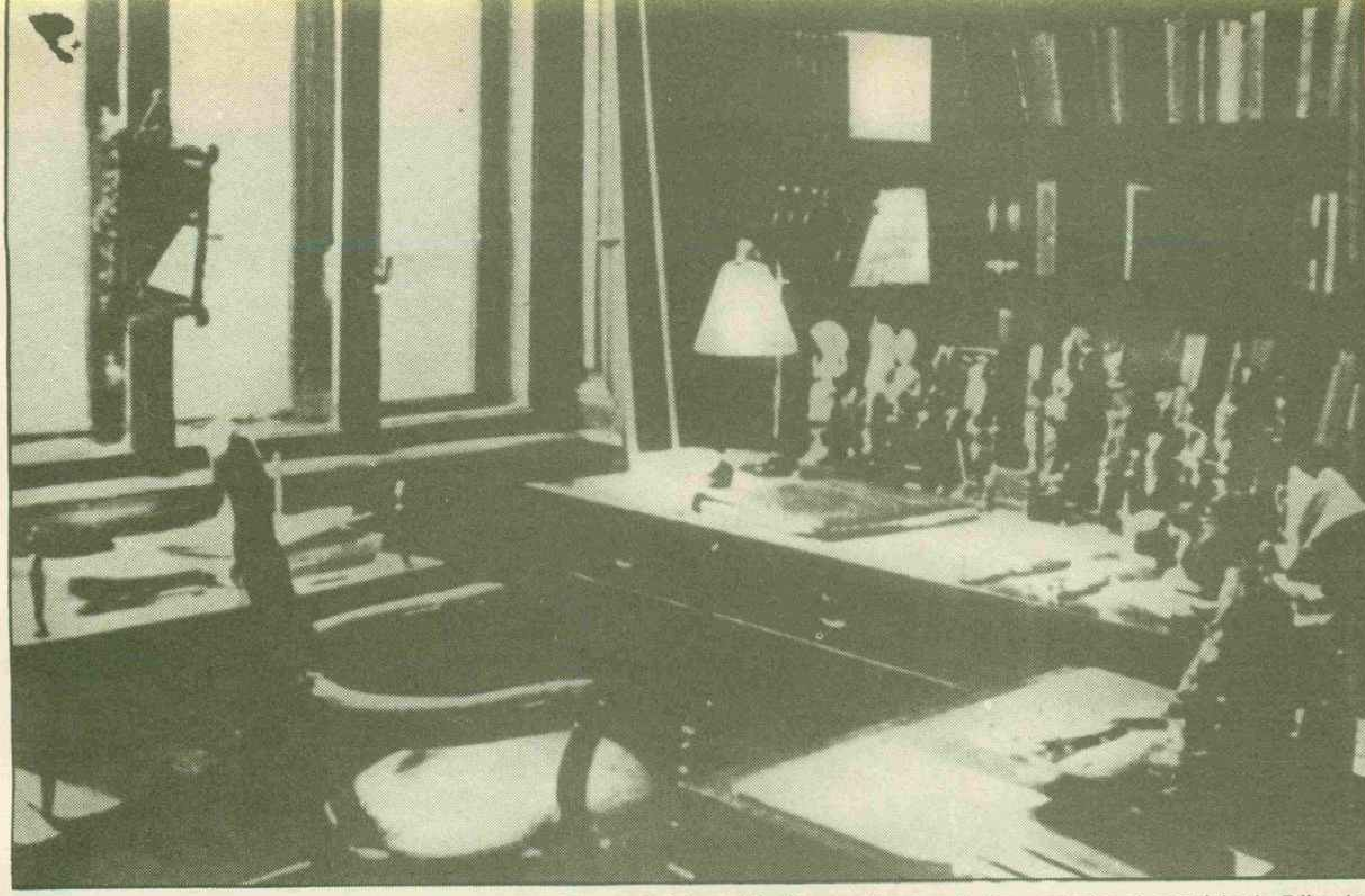
Germaine Greer, feminista actual, comenta en forma desdeñosa la aseveración de Deutsch cuando ésta dice: «sólo la presencia de un hombre, del que dependa absolutamente una mujer, puede conferir importancia a una mujer». Aunque justas, las críticas de Greer contienen una equivocación: no es a su compañero sexual al que Helene rinde homenaje; su canto de amor tiene a Freud por destinatario.

Deutsch es la autora de la exitosa obra «La sicología de las mujeres». Sin embargo, su conocimiento del alma femenina no la liberó del padecimiento de los celos: Ruth Mack Brunswick fue su gran competidora en el campo científico y en el del afecto de Freud. En efecto, el maestro consideraba a Brunswick dotada de una capacidad natural para el estudio de la sicología.

Freud sentía especial cariño por un antiguo paciente suyo, aquél a quien inmortalizara en uno de sus más famosos ensayos: «El hombre de los lobos». Cuando tuvo que derivar su tratamiento eligió a Ruth para que lo reemplazara en esa importante y difícil tarea. Brunswick, no dio mayor trascendencia al honor conferido. La terapia de los pacientes no le interesaba mayormente. Estaba convencida y quería probarlo que era en ese vínculo emocional arcaico, denominado preedípico, donde se hallaban las raíces del conflicto sicótico. En 1925 ya había estructurado su hipótesis, en



El sicoanálisis fue una de las pocas doctrinas que desde sus inicios no ejerció discriminación en contra de las mujeres, al igual que éstas tuvo que luchar por su reconocimiento. Freud sostenía que era «una total incongruencia... excluir a las mujeres por principio». (Freud con su novia Martha Bernays, en septiembre de 1885.)



Freud era consciente de que él, como analista masculino, no había podido llegar a iluminar la fase anterior al complejo de Edipo tan fundamental para la formación de la feminidad. (El estudio de Freud, en Viena.)

ella se basaría Freud para admitir seis años más tarde, en 1931 que: «Esa primera fase preedípica en las niñas constituye una sorpresa para nosotros, como el descubrimiento en otro dominio, de la civilización micenominoica tras la civilización de Grecia».

Con Helene Deutsch y Ruth Mack Brunswick comienza una nueva e importante etapa del sicoanálisis: la mujer analista descubriendo a la mujer analizada.

En el año 1939, Ruth expresó su vivo deseo de visitar al maestro moribundo. Freud se negó a recibirla. Consideraba la ansiedad de su discípula como «la eterna necesidad femenina de ver morir al padre».

Freud había creado una ciencia nueva, simplificando podríamos decir que fue el descubridor del inconsciente. Conocedor de la importancia de su empresa, no pudo sustraerse a la tentación de crear una especie de rito ceremonial: instituyó el otorgamiento de una sortija como símbolo de reconocimiento a quienes con sus aportes, ayudaron al desarrollo y a la difusión del sicoanálisis. Entre las mujeres, se hicieron acreedoras a la distinción Lou Andreas Salomé, la esposa de Ernest Jones, Rut Mack Brunswick, Anna Freud y Marie Bonaparte. A Marie Bonaparte se la conocía entre los estudiosos del círculo vienés con el cariñoso apelativo de «la princesa». Esta encarnaba el tipo de mujer hermosa, inteligente y narcisista capaz de fascinar a cualquier hombre. Freud no fue en este sentido una excepción. La admitió en su círculo científico y en sus veladas familiares.

Marie era una descendiente directa de Lucien, el hermano de Napoleón. Desde muy joven dio muestras de que su vida no se ajustaría a los moldes que rigen para una princesa convencional. Su familia tuvo que oponerle una férrea intransigencia para disuadirla de estudiar medicina, profesión considerada inadecuada para una aristócrata. El príncipe George, su marido, tuvo una actitud más tolerante: sus entusiasmos sicoanalíticos le fueron permitidos a la manera de un nuevo juguete sofisticado. Mas para la princesa, el estudio no representó un capricho pasajero. Entregó todas sus energías a la nueva ciencia y sucumbió, como tantos otros, al encanto personal de Freud. Mary abandonó su afición por las artes y renunció a los halagos de la vida principesca. Los que la conocieron íntimamente aseguran que ganó con el cambio: su acercamiento espiritual con el maestro fue fuente de enriquecimiento para su personalidad. De Marie Bonaparte nos ha llegado como única producción literaria, un ensayo sobre Edgard Allan Poe. El profesor, como muestra de amistad, redactó la nota introductoria.

Freud no es el único caso de hombre famoso que en su vejez se ha visto rodeado de una corte de admiradoras. Pero, la mujer decisiva de sus últimos años fue Anna, su hija menor. Esta encarnó de forma convincente las teorías acerca del fuerte amor que las niñas sienten por su padre. Freud respondió a su cariño en



En Worcester, Massachusetts, en septiembre de 1909. Fotografía tomada en recuerdo del viaje a América de Freud. De izquierda a derecha, desde arriba: A. A. Brill, E. Jones, S. Ferenczi, S. Freud, S. Hall, C. G. Jung. (Col. Ernst Freud.)

forma equivalente. La consideró la más valiosa de sus hijos. Nunca quiso para ella la sumisión al papel de esposa y madre que según algunos era su ideal para la mujer.
A Freud le interesaba tanto la formación intelectual de Anna, que contraviniendo una de las explícitas reglas del sicoanálisis, se convirtió en su primer analista. Para el padre y para la hija la ciencia del inconsciente estaba por encima de cualquier otra consideración y, ¿quién mejor que Freud para iniciarla en las nuevas técnicas?
Anna fue analizada por un genio que era a la vez su propio padre. La operación entrañaba peligros, sin embargo, los años al transcurrir demostraron que el análisis había sido exitoso: Anna Freud ha ganado justificadamente la fama de ser una de las más notables investigadoras de la sicología de los niños. Pese a ser un enamorado de la infancia, Freud no se interesó demasiado en el análisis de pequeños. Su magistral ensayo sobre Juanito (Análisis de la fobia de un niño de cinco años), fue redactado gracias al material proporcionado por el padre de la criatura; no fue un tratamiento directo. Quizá para reparar la omisión expresó: «Me alegro de poder decir que mi hija Anna ha dedicado la vida a este estudio y de ese modo compensado mi desinterés». Sin embargo, el profesor, tenía puntos de vista definidos en cuanto a la educación sexual de la infancia: «... hay que hablar desde el principio de la vida sexual sin secretos delante de los niños... la instrucción debe, sobre todo, hacerles comprender claramente que se trata de actos de ternura».
El libro más famoso de Anna Freud, «El yo y los mecanismos de defensa», le fue presentado a su padre cuando éste cumplió los ochenta años. En 1935 Freud había declarado: «El único detalle brillante de mi vida es el éxito de la obra de Anna». El elogio no es desmedido: en una reciente encuesta efectuada entre sicoanalistas y siquiatras para determinar a quién se consideraba el más destacado representante vivo en su especialidad, Anna Freud encabezó la lista.
Melanie Klein, contemporánea de Anna, fue su más decidida competidora en el campo de la investigación sicológica infantil. Esta notable investigadora formada en Budapest y en Berlín, desarrolló técnicas que convirtieron la

terapia educativa de Anna Freud en un verdadero sicoanálisis para niños.

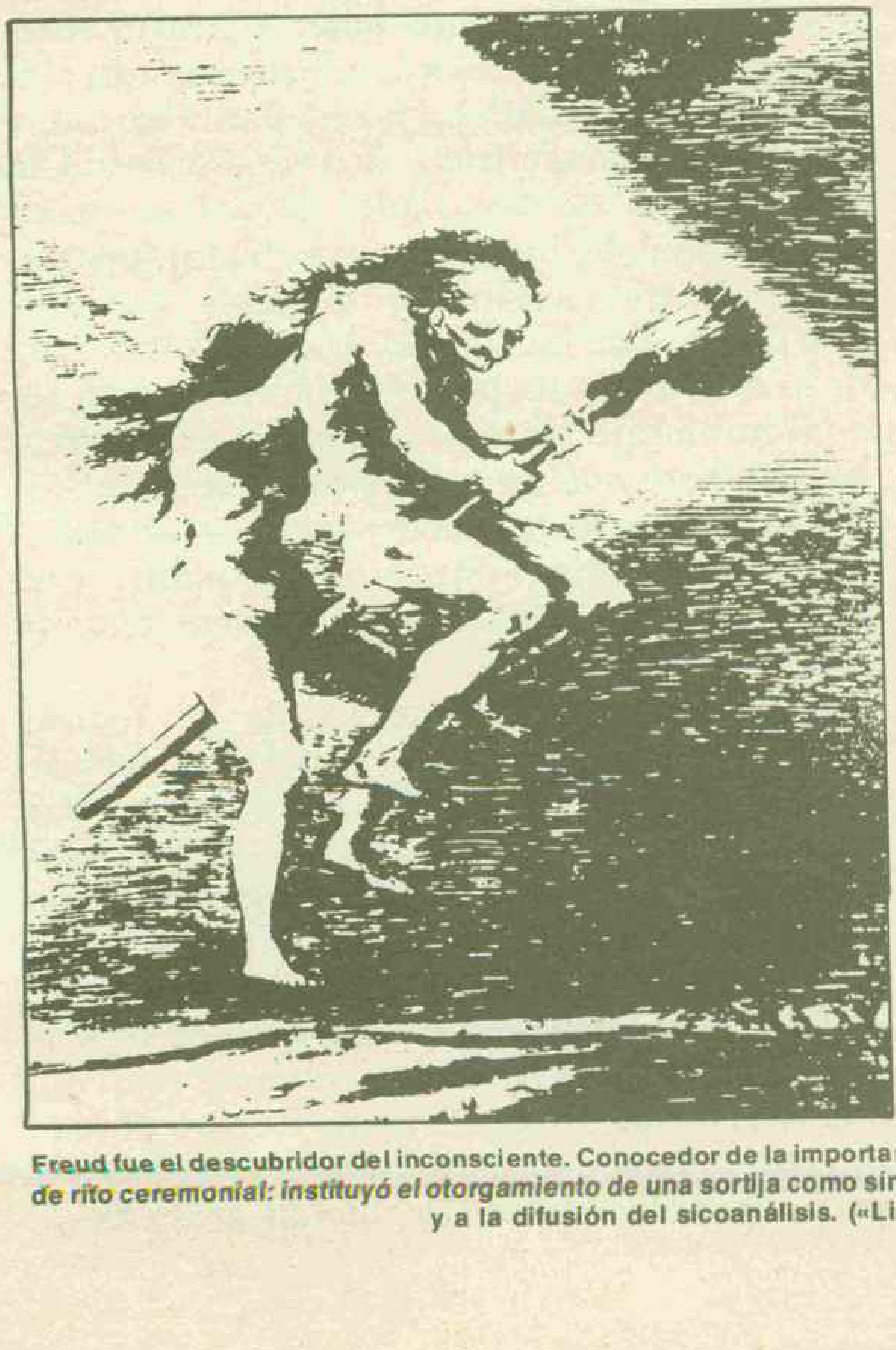
Klein logró preservar su autonomía intelectual. Sin romper con los encuadramientos básicos del sicoanálisis, sus teorías descubren una marcada originalidad.

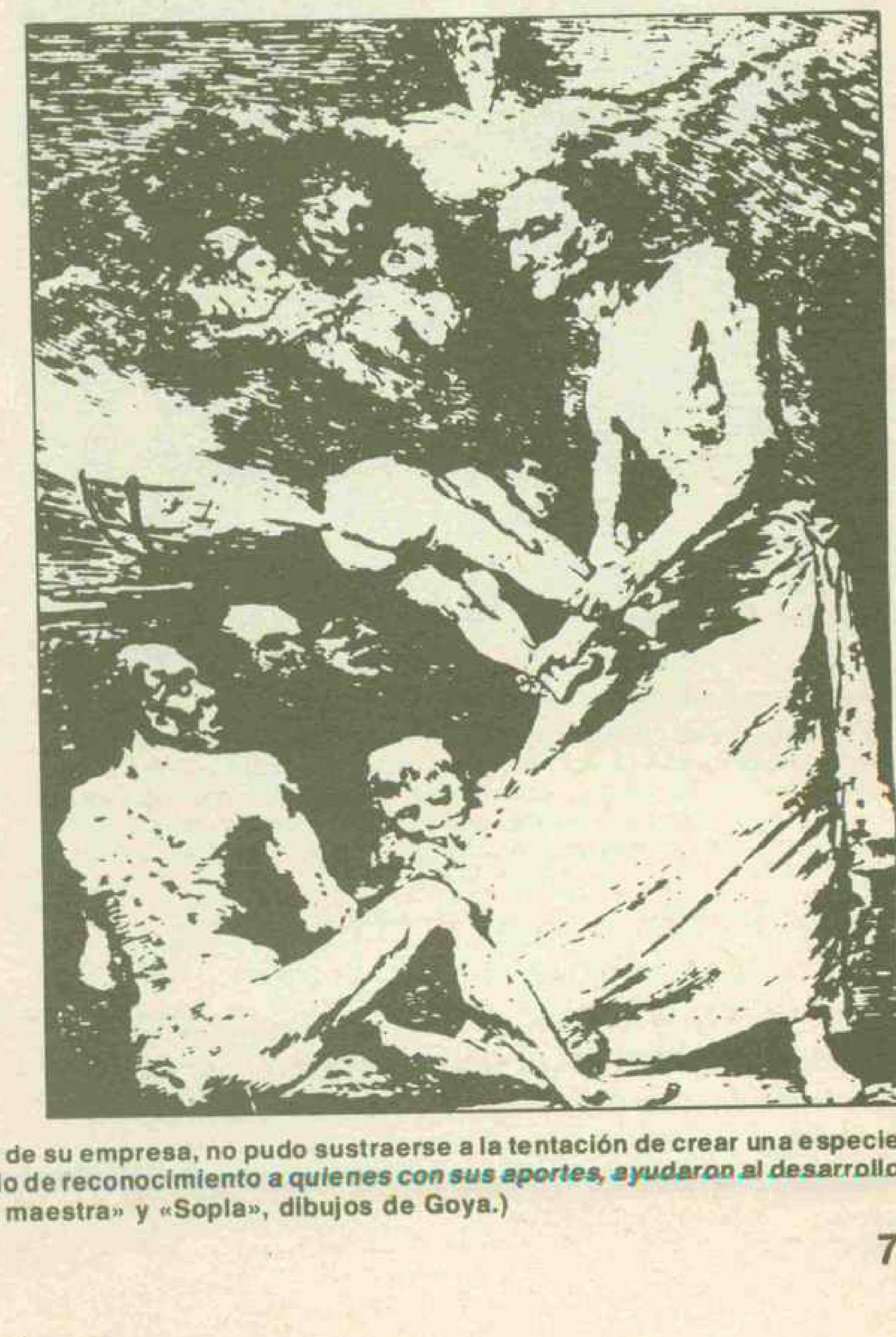
Pese a que algunos colegas aseguran que no amamantó a sus hijos, Klein dio una importancia enorme a la función del pecho materno en la génesis del psiquismo. Equiparó la famosa «envidia del pene» freudiana, a la novedosa «envidia de los senos» sentida por los hombres.

Para Klein el desarrollo normal infantil está vinculado a profundas capas sicóticas. Iconoclasta de la imagen clásica del bebé, señaló la existencia de agresividad en el lactante en contra de su madre. Algunos catalogaron sus nuevas teorías de geniales, otros de extravagantes, cuando no de disparatadas. Lo cierto es que las hipótesis kleinianas no tardaron en extenderse a la cura de adultos sicóticos. Universalizó para todos los seres humanos, sin salvación, el padecimiento de la hipocondría, la melancolía y la manía. Freud detestaba el giro que tomaban los estudios de Melanie, quizá porque estaban orientados a investigar los aspectos no sanos del yo. En una carta a Jones comenta: «No considero de poca importancia nuestras diferencias teóricas (con Klein), pero, mientras no exista mala voluntad en ellas, no pueden producir consecuencias fastidiosas».

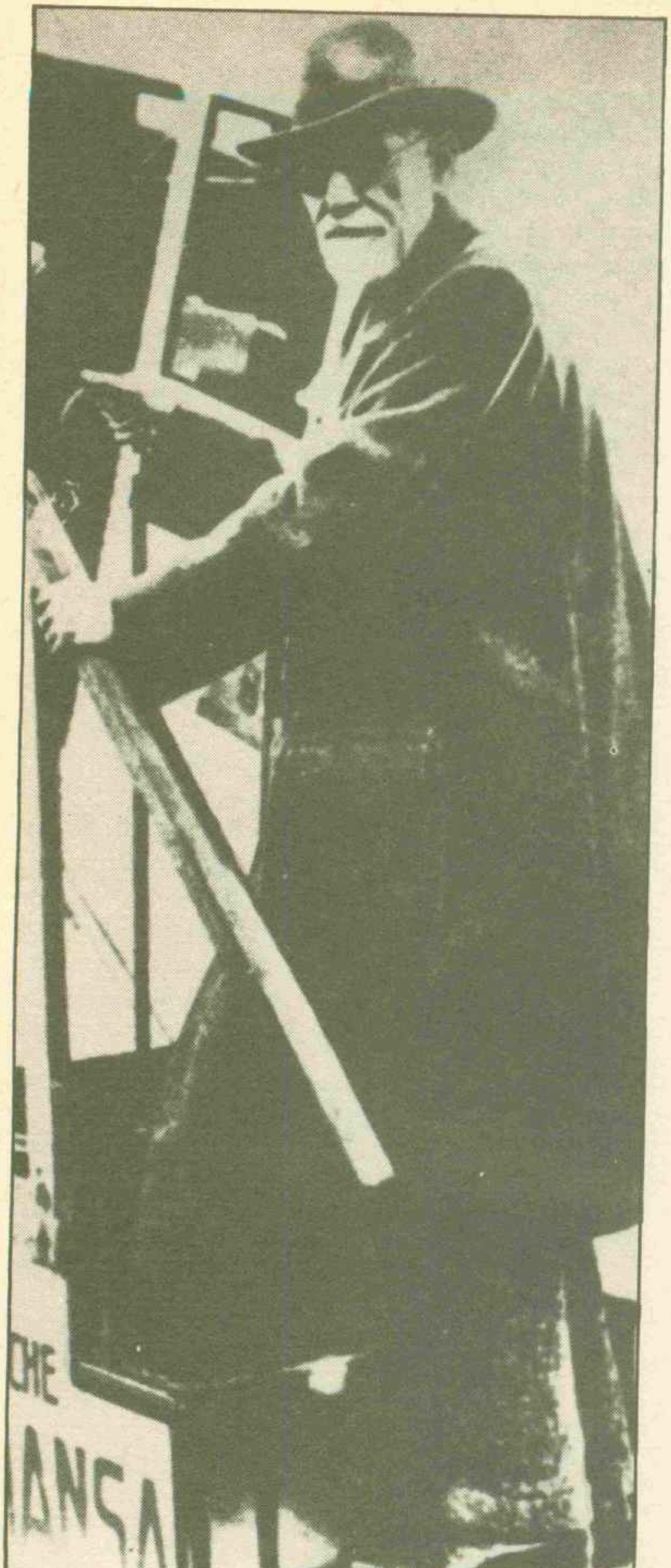
En 1924, Karen Horney, en su estudio «Acerca de la génesis del complejo de castración en las mujeres» aborda el controvertido problema de la feminidad. Considera Horney que las mujeres insatisfechas con su sexo tienen razones valederas para albergar este sentimiento. En sus escritos, conceptos neutrales del sicoanálisis se volverán reproches femeninos; la desventaja de la niña se tornará en acusación al mundo del hombre. El analista masculino teorizará acerca de las mujeres y éstas se someterán a sus fantasías machistas contrariando su verdadera naturaleza. El hándicap biológico de las mujeres estaría condicionado por la realidad social. Pero no era este encuadre biologizante el elegido por Freud para la discusión de sus ideas; en una ocasión declaró: «Me opongo a todos vosotros en la medida en que no distinguís claramente entre lo que es síquico y lo que es biológico...». Para Horney, la mujer es creada en la naturaleza, para Freud, realizada en la cultura.

Allá por el año 1920 W. Reich llamó la atención sobre un peligro que se cernía sobre el sicoanálisis: «Aquellos analistas que son optimistas con respecto a la propagación popular de las ideas sicoanalíticas, están cometiendo un grave error. Precisamente esta popularización es un síntoma de la declinación





Freud fue el descubridor del inconsciente. Conocedor de la importancia de su empresa, no pudo sustraerse a la tentación de crear una especie de rito ceremonial: instituyó el otorgamiento de una sortija como símbolo de reconocimiento a quienes con sus aportes, ayudaron al desarrollo y a la difusión del sicoanálisis. («Linda maestra» y «Sopla», dibujos de Goya.)



«Freud jamás se interesó por la adaptación de sus pacientes a la sociedad de su época, les permitía resolver sus problemas, uno de los cuales era su relación con el medio... no más ni menos que su relación conyugal, por ejemplo, que no trataba en un plano realista, como haría un consejero.» (Freud parte para Londres, en junio de 1938.)

del sicoanálisis». Hoy, O. Mannoni hace otra advertencia: «Sería menos peligroso que la obra de Freud fuese criticada y atacada por sus adversarios en el centro mismo de su originalidad, que defendida y predicada por partidarios que la escamotean». Es en Estados Unidos, sobre todo, donde el abuso de un seudo sicoanálisis transformó las revolucionarias teorías freudianas en agentes punitivos del sistema. Y si muchas terapias el fin que persiguen es readaptar a las mujeres a un status quo conservador relegándolas a la función clásica de servidoras del hombre, no es Freud el culpable. A él se le atribuyen postulados, recomendaciones, de los que no es responsable. A las primitivas teorías se han acoplado influencias de ideologías extrañas a las preocupaciones freudianas; provienen de la medicina, de otras técnicas sicológicas, de filosofías empiristas y aun de la moral y de la sociología. Lamentablemente, es en la obra de destacadas autoras feministas donde se reflejan los malentendidos populares. Bastaría leer a Freud, en vez de adjudicarle las ideas ingenuas y burguesas de las que justamente él se ha esforzado por liberarnos. Publicado en 1949 «El segundo sexo», de Simone de Beauvoir, se anticipa en casi dos décadas al florecimiento del movimiento feminista. Ninguna teórica del problema lo ha pasado por alto. Es un texto básico. La obra más coherente y completa conocida hasta la fecha sobre la situación femenina en la sociedad patriarcal. Refuta de manera sistemática las teorías freudianas, pero desgraciadamente no polemiza con el Freud original, sino con una amalgama de autores post-freudianos y con cismáticos del movimiento sicoanalítico. Así, las teorías de Adler, Stekel y Jung son englobadas como freudianas. Justamente Adler y Stekel rompieron con el movimiento porque sus apreciaciones sobre sexualidad no encuadraban en la ortodoxia sicoanalítica. Atribuye a Freud la existencia en sus postulados de una superioridad original del hombre; para ella tal superioridad estaría socialmente inducida. Creemos que muchas de las teorías de Beauvoir acerca de la influencia social en la diferenciación sexual hubieran contado con la calurosa aprobación de Freud, de haber podido éste leerlas. Quizá el error principal de la autora fue discutir el sicoanálisis como sistema filosófico y no en el campo de lo que pretende ser: un método científico de investigación.

Betty Friedan teoriza acerca de las teorías freudianas en su obra «La mística de la feminidad», aparecida en 1965. Su apreciación de las doctrinas sicoanalíticas es historicista: las ideas que en la Viena de fin de siglo pudieron ser revolucionarias, hoy resultan obsoletas. Para Friedan las mujeres emancipadas del siglo XX no pueden equipararse a las histéricas «fin de siècle», de cuya observación Freud nutría sus teorías. No es ciertamente novedoso el interpretar las cartas que Freud escribiera a su prometida Marta. De dichas misivas de

enamorado juvenil, deduce que el creador del sicoanálisis era un irredento varón machista. ¿Por qué siempre se omite señalar el apoyo incondicional que Freud dispensó a la vocación intelectual de su hija Anna?

Del movimiento feminista inglés ha surgido Eva Figes, que en 1960 publica su libro «Actitudes patriarcales». Como Friedan enfoca la obra desde un punto de vista historicista y hace omisión explícita del sicoanálisis. Otra vez el retrato del grotesco falocentrista victoriano. Equivocado estudio sobre un pensador que al igual que Marcuse sostiene que la dosis de represión sexual es superior a la que la civilización exige.


Para esta autora la cura sicoanalítica es sinónimo de adaptación a la sociedad burguesa y machista. Mannoni, gran conocedor de la obra de Freud asegura que «Freud jamás se interesó por la adaptación de sus pacientes a la sociedad de su época, les permitía resolver sus problemas, uno de los cuales era su relación con el medio... no más ni menos que su relación conyugal, por ejemplo, que no trataba en un plano realista, como haría un consejero». El descubridor del inconsciente tuvo en cuenta las demandas específicas culturales que influían sobre la formación de la feminidad: no se pronunció sobre si eran correctas o erróneas. Nunca pretendió ser un sociólogo, menos aún, un moralista.

Shulamith Firestone, Kate Millet no aportan novedades al debate. Firestone, como forma más insólita de resistencia, propone que Freud era más un poeta que un científico.

No es nuestro propósito sostener que las teorías freudianas sobre la feminidad, sus contribuciones para desterrar tabúes sexuales, sean completas ni perfectas. Pero al rechazar violentamente a un Freud que no es tal, se oculta la base más sólida con la que contamos hasta el momento para penetrar en la sicología femenina. La renuncia al sicoanálisis equivale a la renuncia a una ciencia fundamental para terminar con los aspectos sicológicos de la opresión de la mujer.

Coincidimos con el pensamiento de Mannoni, quien expresó:

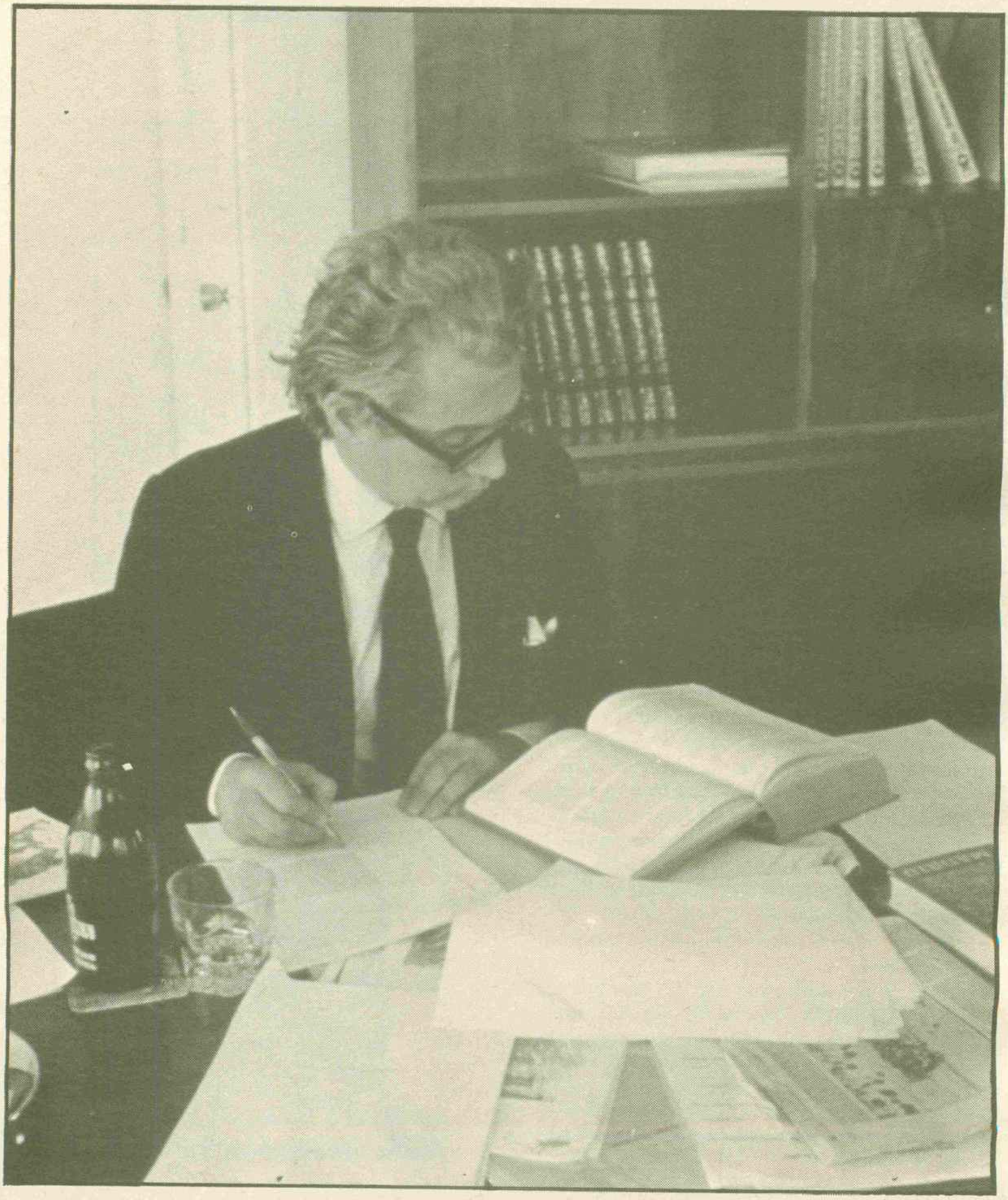
«Aunque es deseable que un día la obra de Freud sea venerada como el primero e imperfecto comienzo de una «ciencia» que tal vez la desborde, hoy aún es necesario defenderla contra las fuerzas represivas que, como en los primeros comienzos, aunque con menos ruidos, quieren cubrirla y enterrarla». ■ **N. P. M.**



Busto de Freud, realizado por P. Königsberger, colocado en 1955 en el patio central de la Universidad de Viena.

Por qué ganó Franco

Hugh Thomas



I. Inmensa tragedia

La guerra civil que tuvo lugar entre 1936 y 1939 ha sido, sin duda, la mayor tragedia de la historia de España. Toda Europa sintió sus efectos, y también, aunque con menor intensidad, el continente americano de norte a sur. La nación española tuvo la fortuna de poder eludir las grandes guerras europeas de 1870 y 1914-18, a pesar de haber estallado la primera de ellas con el pretexto de la disputa franco-prusiana al trono español, e influir la segunda tan impetuosamente en España como en otros países neutrales. Sin embargo, al desencadenarse en 1936 la guerra civil, España se destaca como centro de atención mundial, al mismo tiempo que los temas de intervencionismo y acontecer internacional llegan a ser preocupaciones primordiales de los españoles.

II. ¿Por qué la guerra civil?

De acuerdo con algunas interpretaciones, la cuestión de por qué la guerra tuvo lugar es, históricamente, la de mayor interés. El tema puede parecer un tanto rebuscado, pero a veces los médicos se preocupan más de las causas de las enfermedades que de sus detalles clínicos. Además, cualquiera comprende que, una vez entablada la lucha entre dos grupos armados, uno u otro ha de vencer. Una pregunta que permanece sin respuesta es por qué empezó la contienda. ¿Cómo pudo degenerar la situación en España hasta el extremo de llegar a la guerra civil? Debemos tener en cuenta ante todo, que su estallido no se produjo como consecuencia de un conflicto internacional.



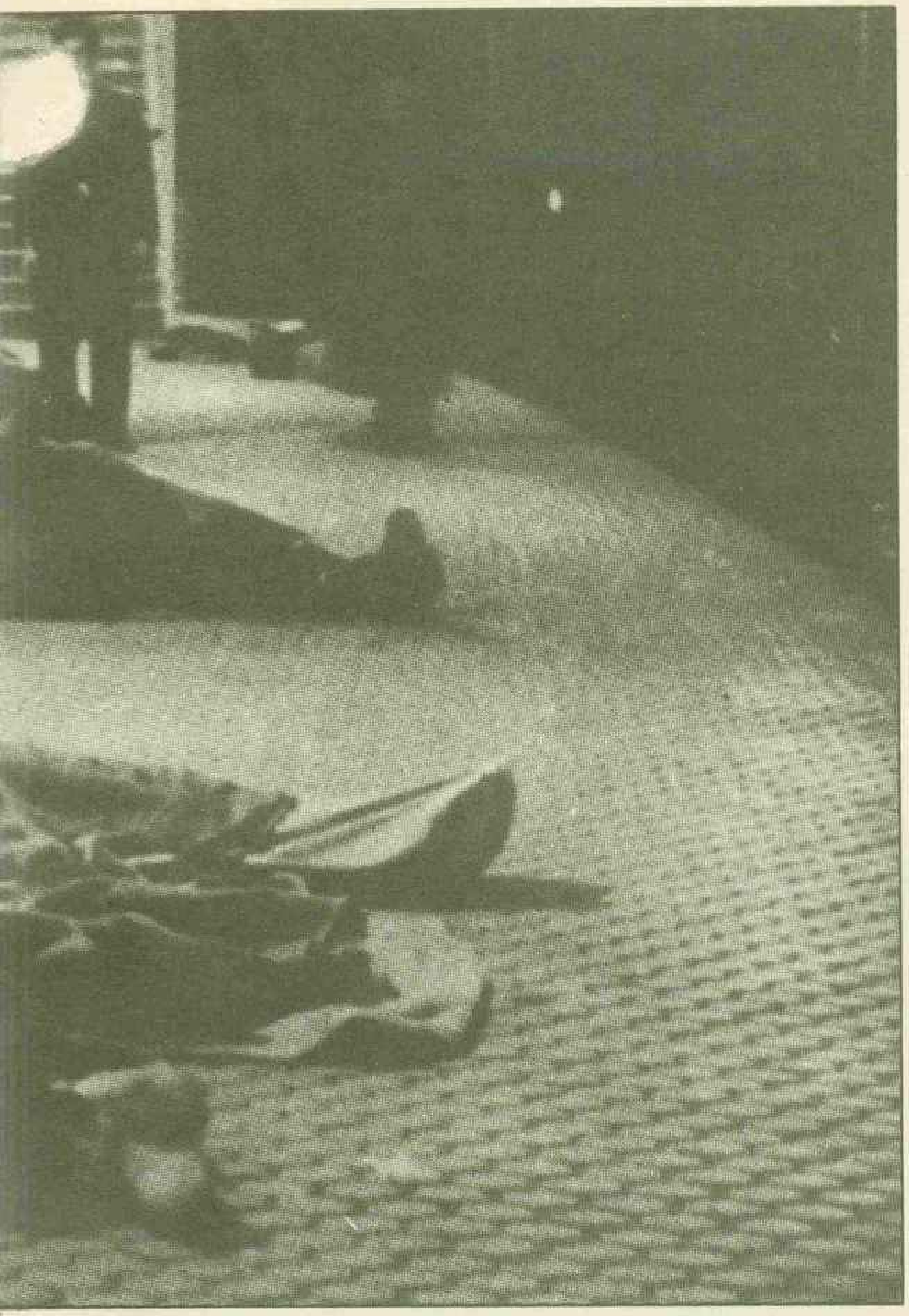


UN SIGLO DIFICIL

La guerra que estalló en España en 1936 fue ante todo una guerra española, y no podemos eludir esa realidad. Debemos recordar que la cultura política de la España contemporánea, desde 1808, había, por decirlo de algún modo, predispuesto a aquellos que dirigían la nación a principios del siglo XX a admitir que las contiendas internas constituían un componente más de la actividad política: tres guerras civiles (además de las de independencia en la América hispana) e innumerables manifestaciones de fuerza caracterizaron la vida política española a lo largo del siglo XIX. Se daba una sustancial diferencia, sin embargo, entre el siglo XX y lo acaecido en el siglo anterior. No era sólo que, paradójicamente, la nueva tecnología hacía más brutal la guerra moderna. La disparidad radicaba fundamentalmente en que, aun cuando España tardó mucho tiempo en recuperarse de la guerra de la Independencia (y las dos guerras carlistas fueron en buena parte consecuencia de ello), el país estaba indudablemente en vías de remontar su prolongada decadencia. Esta circunstancia era evidente en todos los órdenes, desde el arte a la situación económica. La pérdida del imperio en 1898 había actuado como un repique de alarma que despertó a los más destacados intelectuales de la nación, y éstos, a su vez, estaban poniendo en pie a las masas.

ESCALADA DE INCOMPRENSIONES

Dos fenómenos contribuyeron de forma decisiva al estallido de la guerra: por una parte, la serie sin interrupción de crisis que complicaban los problemas cada vez más; y por otra, la creciente agitación de grupos políticos —sobre todos juveniles—, que al principio tuvo fundamentalmente un carácter defensivo. Mil novecientos veintitrés contempló el derrumbamiento de la monarquía constitucional de Alfonso XIII y el primer intento en tiempos modernos de establecer una dictadura militar. Mil novecientos treinta contempló la dimisión de Primo de Rivera y un torpe intento del rey de introducir cierta dosis de democracia desde arriba. Fue un fracaso, y en menos de un año llegó la República. Asimismo, en 1932 fracasó el intento de restauración monárquica patrocinado por algunos militares. En 1934, con un gobierno de derecha, o de centroderecha, en el poder, se malogró la revolución so-



cialista y comunista de Asturias y el establecimiento de un estado federal en Barcelona. Todo ello contribuyó a envenenar casi totalmente el ambiente político. En 1936, cuando el poder residía en un gobierno de izquierda, fue montada una repetición del espectáculo apenas iniciado en 1932. Esta vez, los conjurados estaban mejor preparados y tenían la considerable ayuda de jóvenes vestidos de uniforme carlista o fascista, armados y medianamente entrenados. El fracaso en media España de este pronunciamientoprovocó la guerra civil. Para entonces, los ánimos se encontraban tan caldeados que ni un gobierno de centro ni el bienintencionado esfuerzo esfuerzo de las personas serenas equilibradas podían resultar ya efectivos. Los dirigentes derechistas estaban convencidos de que una revolución de dimensiones semejantes a la rusa amenazaba sus tierras, su religión, su milenaria historia, y entrevieron la oportunidad de, aprovechando la confusión, conseguir su revolución regeneracionista. En contraste, los líderes de la izquierda temían al fascismo, pero creyeron, de forma semejante, que se les presentaba la oportunidad de introducir su mundo nuevo.

III. Todos contra todos

Deben resaltarse especialmente los enfrentamientos que provocó esta guerra dentro de la clase media. Muchos militares, médicos o abogados tenían hermanos o parientes cercanos que luchaban en el bando contrario. La madurez y la juventud se vieron enfrentadas a menudo, pues en España, al igual que en otros lugares, el fascismo era en buena medida una revolución de la juventud, lo que provocó que algunos hijos se encontraran luchando en el bando de las derechas contra padres republicanos e izquierdistas.

IV. Factores de una derrota

Al final ganó la derecha, y ello, en mi opinión, fue debido a cuatro razones primordiales. Primero porque organizó su unidad política mejor que la izquierda. Después porque recibió una ayuda exterior superior a la obtenida por sus rivales. En tercer lugar, ya que la guerra se planteó como una confrontación convencional entre dos ejércitos, el hecho de estar dirigida la derecha por los militares más destacados de la victoria española en Marruecos representó un factor importante también. Finalmente, como toda guerra moderna, la civil



El Consejo Editorial revisando pruebas de «La Guerra Civil Española»: de izquierda a derecha: Hugh Thomas, Luis Romero y Ramón Salas Larrazábal.



española fue un conflicto económico. La mejor administración de los recursos y unas ventajosas relaciones internacionales tuvieron, asimismo, un papel crucial.

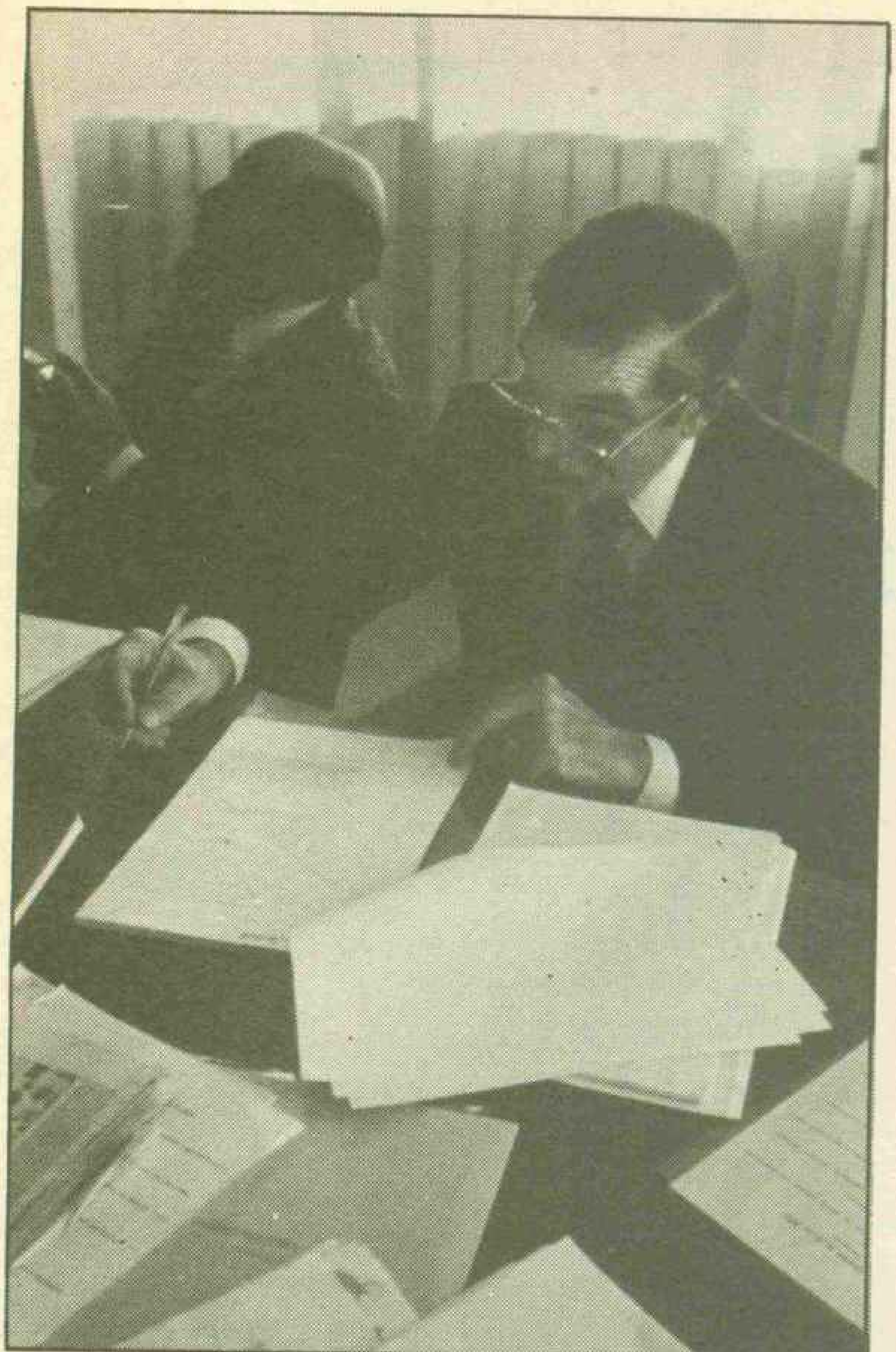
FRANCO, JEFE CARISMATICO

Consideraremos cada uno de estos factores por separado. El general Franco se sublevó en Las Palmas en julio, voló a Marruecos para confirmar la victoria rebelde y consiguió en los tres primeros meses de guerra no sólo el mando supremo del ejército faccioso, sino también la jefatura del gobierno e incluso del Estado en lo que empezó a conocerse, y así lo llamaremos en adelante, como la **Causa Nacional.** La gran masa de población civil que recibió con entusiasmo el alzamiento —la mayoría de clase media, aunque no todos lo eran— vio en Franco el salvador de la nación. Asimismo, los monárquicos que esperaban una restauración se tranquilizaron ante la falta de prisa que mostró Franco para decidir la futura forma del Estado y también por su conocida adhesión a Alfonso XIII. Los políticos católicos que a principio de los años treinta probaron suerte en el mar de la democracia estaban encantados, en los últimos años de la década, de alcanzar el seguro puerto de la autocracia. El Ejército respetaba a Franco como el valiente joven «Comandantín», y siguió apoyándole cuando el audaz oficial se transformó en un maduro jefe supremo prudente.

Los escasos problemas políticos a que tuvo que hacer frente Franco durante el año 1937, provocados por falangistas y carlistas, no fueron en realidad más que rizos en la superficie de un océano en calma.

LA ASTUCIA DE FRANCO

Durante la guerra civil, Franco estuvo rodeado de hombres tempestuosos: el belicoso



En la foto, Ramón Salas Larrazábal, al fondo Luis Romero, miembros del Consejo Editorial de «La Guerra Civil Española».

Queipo, el excitable Millán Astray, el fanfarrón Varela, el contrarrevolucionario Yagüe, su apasionado cuñado Serrano Súñer, el falangista serio Hedilla, el nostálgico Fal Conde. Por encima de todos ellos, Franco impuso su personalidad glacial. ¿Perdió la calma alguna vez? La mayor parte de la gente lo ha puesto en duda. Amparado por sus alianzas, montó con éxito un Estado más simple y eficaz que aquel que no consiguió conquistar en el verano de 1936.

LA SOLEDAD DEL GOBIERNO REPUBLICANO

Como contraste, la República estuvo siempre dividida en enfrentamientos internos. Los primeros meses de guerra constituyeron una dura prueba para el gobierno central, que trataba a duras penas de mantenerse unido ante la doble disolución territorial y política. La exigencia anarquista de someter a votación previa cualquier acción bélica era un reto tan grave a la autoridad establecida como, por ejemplo, la decisión catalana de asumir el control de los funcionarios de aduanas en el territorio de la Generalitat. Ciertamente que Cataluña aprovechó la casi desapación del Estado para ampliar notablemente su antiguo Estatuto de Autonomía y que los vascos progresaron hacia la consecución de una autonomía similar en su ya muy reducido Euskadi. Comunistas y anarquistas disputaron, a veces con las armas, la naturaleza del sistema económico más apropiado para alcanzar la victoria, mientras los funcionarios del gobierno se limitaban a observar, horrorizados, la marcha de los acontecimientos. Más tarde, la decisión de los comunistas de infiltrarse en el aparato estatal, con el consentimiento en buena medida de los socialistas, proporcionó a los anarquistas, viejos liberales y, por fin, a los socialistas de izquierda una justificación para llegar, en dos ocasiones, a la guerra civil dentro de la guerra civil. Por otra parte, las relaciones entre las autoridades civiles y militares fueron siempre ambiguas en el campo republicano.

V. Guerra mundial en miniatura para italianos y alemanes

El segundo factor de la victoria nacionalista fue sin duda la calidad de ayuda exterior recibida. La guerra civil estalló en un momento especialmente crítico del proceso de rearme que condujo a la segunda guerra mundial. De ello se beneficiaron los españoles de ambos bandos contendientes. Los nacionales lograron «vender» su causa tanto a Hitler (en el poder desde 1933) como a Mussolini (encumbrado desde 1922) y, menos sorprendentemente, a Oliveira Salazar. Tras algunas dudas iniciales, Hitler puso a su disposición los nuevos **Junkers 52** de transporte, cazas **Messerschmidt** y moderna artillería antiaérea, más aparatos **Heinkel** de bombardeo, aviones de reconocimiento fotográfico, tanques ligeros y otras novedades técnicas. Unos seis mil especialistas alemanes acompañaron estos envíos (con ellos vinieron los generales Von Sperrle, Von Richthofen y Von Thoma). Los italianos contribuyeron a la causa nacional con bombarderos **Savoia** y tanques **Ansaldo**, así como con un volumen considerable de sofisticado equipo naval y quizá más de cuarenta mil hombres (los generales Roatta, Gambara y Bastico entre ellos). Ambos aliados se beneficiaron económica y técnicamente de su intervención en la guerra civil (los alemanes en particular, que se sirvieron de la contienda para asegurar el suministro de minerales de aplicación bélica escasos en Alemania y para

probar su nuevo armamento). A largo plazo, sin embargo, Franco fue el principal beneficiario de tales inversiones. Para alcanzar el poder, Franco aprovechó el respeldo que suponía su imagen de amigo de los alemanes.

LOS SOVIETICOS VINIERON A ESPAÑA

Frante a esta sustancial ayuda exterior, la República empezó por importar cierta cantidad de armamento francés, sobre todo aviones. Sin embargo, los aparatos franceses mostraron ser menos robustos y adecuados que los alemanes. Desde octubre de 1936, los republicanos obtuvieron bastante material bélico ruso, incluidos numerosos aviones modernos, ametralladoras y blindados. En España estuvieron también varios centenares de asesores militares soviéticos, y el gobierno ruso patrocinó, a través de la Tercera Internacional (el Komintern), el reclutamiento de varias decenas de miles de voluntarios internacionales para la cusa republicana, comunistas en su mayoría, aunque no todos lo fueron; sí eran , en cambio, comunistas casi todos los líderes de esas Brigadas Internacionales, que proporcionaron en muchos casos el núcleo fundamental de los regímenes comunistas establecidos en Europa tras la victoria de 1945.

Rusos y españoles vivían una etapa trágica, debida a que el régimen soviético se embarcó, sin razón incomprensible, en la masiva depuración de una generación completa de sus más experimentados hombres públicos, incluidos muchos generales. Los soviéticos en España (tales como los generales Berzin, Kulik y Grigorovich) respiraban un ambiente de sospecha y miedo. Por otra parte, si bien desde 1945 el mundo está acostumbrado a la intervención soviética en confrontaciones civiles lejos de sus fronteras, en 1936 no había precedentes.

Esta ayuda impidió probablemente la caída del régimen republicano en 1936. Sin embargo, asesores rusos y combatientes españoles no consiguieron acoplarse satisfactoriamente. Como consecuencia, el material ruso no fue convenientemente utilizado, y sus consejos sobre acciones bélicas concretas carecían del respaldo que el prestigio proporciona, aun cuando estuviesen correcta y científicamente



fundamentados. Tal situación agravó la desmoralización entre los republicanos y contribuyó a desaprovechar el prestigio bien ganado por muchos comunistas en el combate debido a su maestría en la propaganda, valor y capacidad como luchadores y la moderación táctica de sus planteamientos políticos.

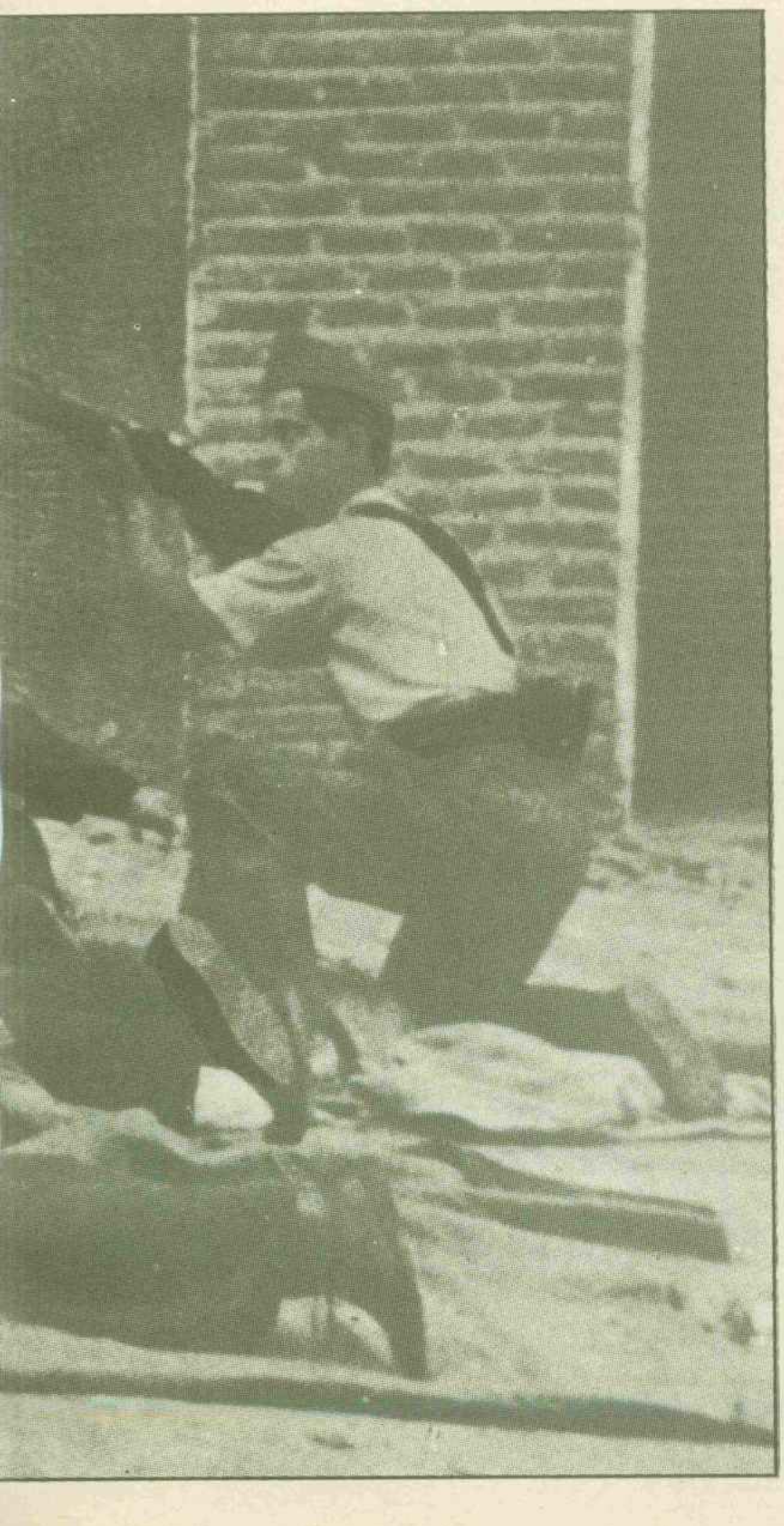
LAS DEMOCRACIAS PREPARAN SU GUERRA

A pesar de la importancia internacional que tendría España en otra futura guerra mundial, que ya se veía como inevitable, la República no fue capaz de conseguir la esperada ayuda por parte de los estados democráticos occidentales, en realidad deficientemente preparados ellos mismos para afrontarla. Ni los Estados Unidos ni Francia podían considerarse dispuestos para una gran guerra, y Gran Bretaña hacía lo posible para alejarse de tal posibilidad. Algún armamento se pudo adquirir en el mercado internacional, pero con ello no se consiguió más que aumentar la confusión existente en el parque de material bélico republicano. Además, aunque la dependencia de la Unión Soviética suele atribuirse a menudo al fracaso de la esperanza de recibir ayuda suficiente de Francia, el sistema defensivo ruso era entonces mucho más fuerte que el de las democracias occidentales: la segunda guerra mundial lo demostró plenamente. La aviación de caza francesa era, por ejemplo, menos rápida y robusta que los **Ilushin** rusos.



VI. Orden frente a rivalidades

Un tercer elemento que explicaría la victoria nacionalista tiene sin duda que ver con sus condiciones de organización militar, que, evidentemente, resultaron ventajosas. Franco se condujo con suma cautela. Bajo su mando trabajaron hombres audaces y de probada capacidad táctica, pero el comandante en jefe conocía perfectamente que sólo con buena organización se puede ganar una guerra. El nuevo estado mayor y el servicio secreto nacionalista se organizaron sencilla e imaginativamente, sobre los principios que tan buenos resultados habían dado a Franco en Marruecos. Como contrapartida, la causa republicana siempre se encontró a merced de las rivalidades entre militares de carrera leales a la República (Rojo, Miaja, Jurado, Hernández Saravia, Casado) y los oficiales de nuevo cuño surgidos de las milicias (Líster, Modesto, Mera, Tagüeña, «el Campesino»), quienes alcanzaron cierto prestigio en los primerosy confusos días de la guerra, en buena parte debido a la propaganda. Algunos de los generales republicanos se revelaron, sin duda, como buenos dirigentes. Pero, al mismo tiempo, nunca consiguieron establecer el predominio de la autoridad militar sobre la civil que caracterizó al bando nacionalista y que tanta importancia tiene en tiempo de guerra.



VII. La economía manda

Como cuarto elemento decisivo en el desenlace de la contienda, debemos considerar el factor económico. En 1936, la República controlaba las reservas españolas de oro, los puertos más importantes (Barcelona y Valencia), la gran zona hortícola de Levante, los viñedos de La Mancha, las minas y fábricas de Asturias y el País Vasco. Los nacionales estaban peor provistos, aunque disponían de las regiones trigueras y ganaderas de Castilla, la zona del olivar en el sur y los bosques gallegos. Sin embargo, las derrotas de los primeros meses y la revolución tuvieron un efecto perjudicial en la economía republicana. Aun cuando no se dieron batallas importantes, los nacionales consiguieron el dominio del mar (a pesar de su inferioridad en el número de barcos), y de este modo establecieron un bloqueo eficaz de los puertos republicanos. Hacia la segunda mitad de la guerra, el control de los recursos minerales del norte cantábrico pasó a los nacionales, y en el último año de hostilidades, la peseta republicana se derrumbó, mientras se mantenía estable la moneda nacional. Para entonces, los pocos víveres disponibles por la República apenas podían conseguirse, en tanto que el suministro se organizó eficazmente en la zona nacional. La administración económica de ésta se benefició, sin duda, de los consejos proporcionados por alemanes como Johannes Bernhardt, enlace directo de Hitler con Franco; mientras tantos los distintos asesores económicos soviéticos, como Stashevky, poseían poca experiencia en la dirección de una economía mixta de guerra.

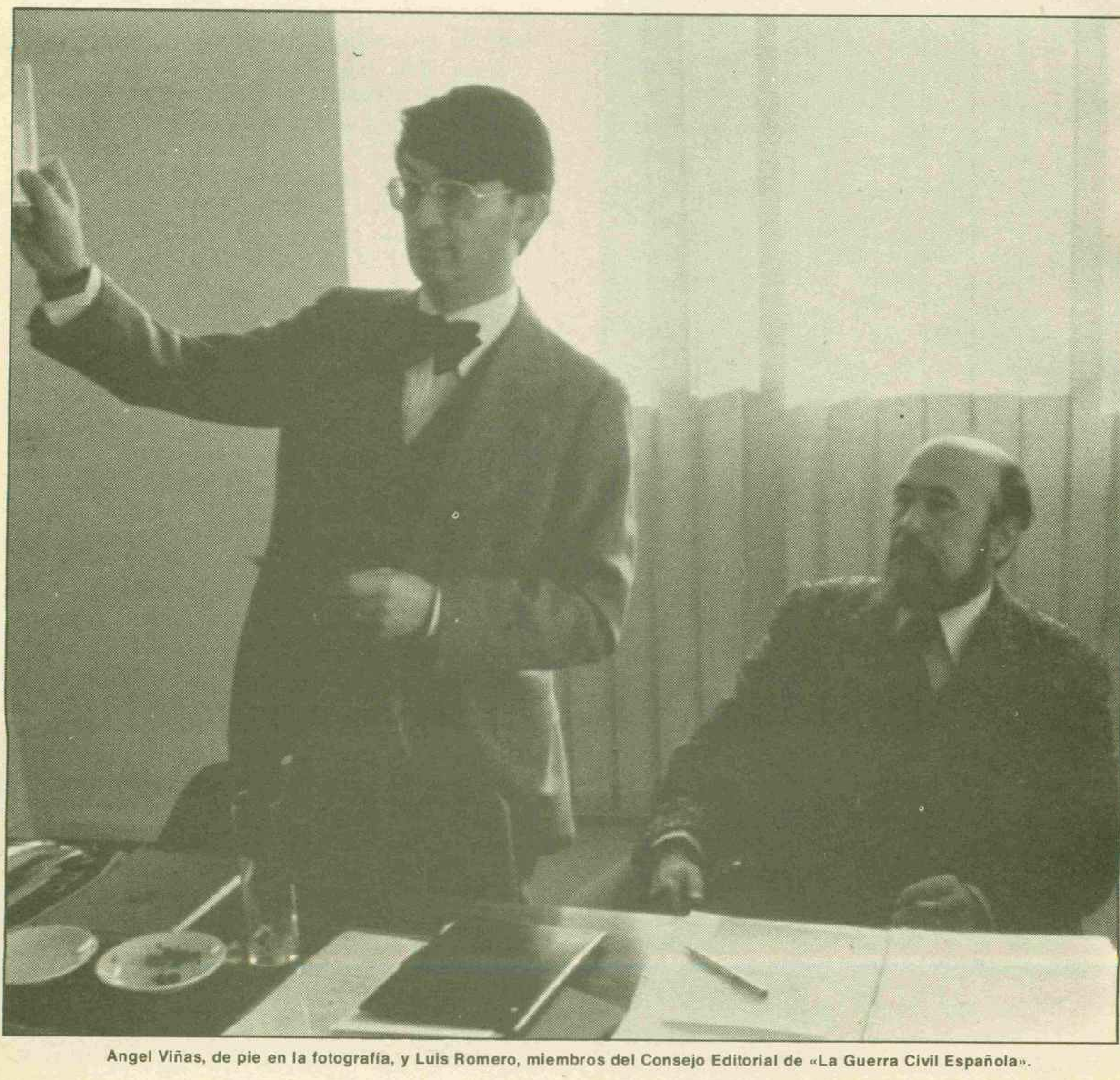
STALIN COBRO EN EFECTIVO

Había también una diferencia fundamental en las condiciones impuestas por las distintas po-

tencias extranjeras que apoyaron a los contendientes: Alemania e Italia ayudaban con créditos que debían ser devueltos a lo largo de muchos años. Rusia, en cambio, recibió la mayor parte de las reservas de oro españolas **antes** de entregar el primer envío de suministros y usó todo aquel oro en la financiación de compras internacionales de armamento para la República Española.

VIII. Franco impuso su estilo

Las consecuencias de la guerra fueron más complicadas de lo que a primera vista pudiera parecer. Cierto que el efecto inmediato es fácil definirlo: Franco se impuso como jefe del gobierno y del Estado durante los treinta y seis años que siguieron al fin de la contienda. Al principio, el régimen político de Franco estuvo influido por la propaganda y el estilo de sus aliados nazis y fascistas, pero siempre mantuvo un Estado estrictamente ortodoxo. Muy pronto también se empezó a dar mayor énfasis a otros elementos no fascistas de su coalición, en especial elementos monárquicos. No era el deseo de Franco restaurar a los Borbones en vida, sino darse a sí mismo el estilo y poderes de un monarca absoluto, como querrían los carlistas, mirando hacia la España de los tiempos de Fernando e Isabel. Este futuro desarrollo de los acontecimientos podía preverse ya durante la guerra civil misma. Franco parecía más absolutista y monárquico que fascista, cualesquiera que fuesen las expectativas y el obrar de sus seguidores.



Angel Viñas, de pie en la fotografía, y Luis Romero, miembros del Consejo Editorial de «La Guerra Civil Española».


¡VIVA ESPAÑA!



UNA GENERACION MARCADA

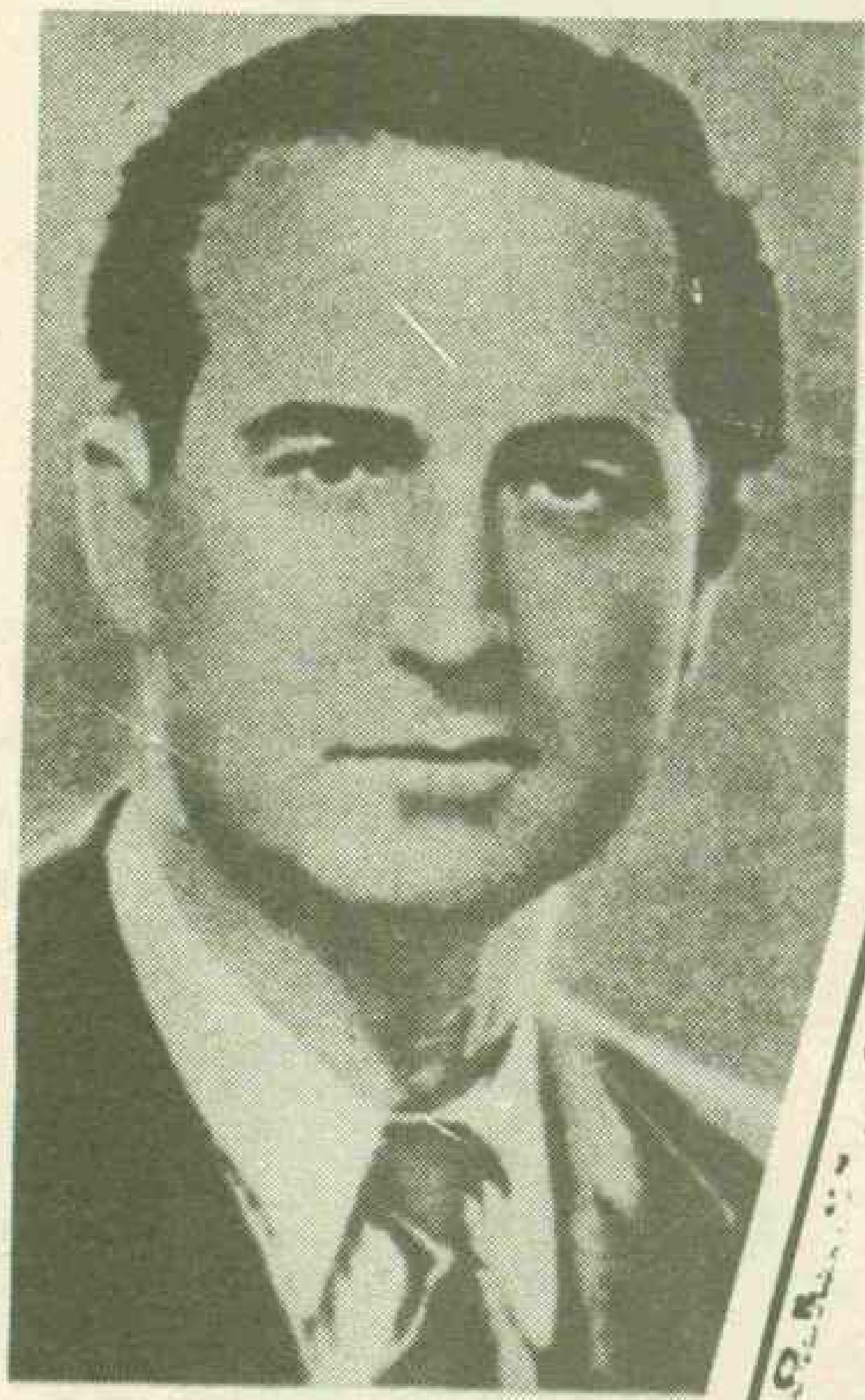
No pensemos ni por un momento que la guerra civil afectó sólo a los que, debido a su edad, vivieron personalmente el combate. Porque los niños vieron marchar a sus padres a la guerra y escucharon cómo sus padres recibían la noticia de su muerte; y a menudo vieron la muerte misma. Un niño de cuatro años no es fácil que olvide una discusión entre su padre y su tío acerca de si debían o no matar a un tercero.

Y sin embargo, a la muerte del general Franco se produjo algo como una voluntad de reconciliación nacional, sin duda inspirada en parte por la guerra civil y su recuerdo, o, mejor dicho, por una determinación de que nada parecido volviera a producirse de nuevo. Esperemos que tal sea, en efecto, el veredicto de la Historia sobre una tragedia sin igual en la historia de España. Esperemos también que la nueva edición de la presente obra ayude en el proceso de redescubrimiento de la identidad nacional a través de la incorporación de las lecciones del pasado reciente, lo cual es sin duda una de las funciones principales de la Historia. ■

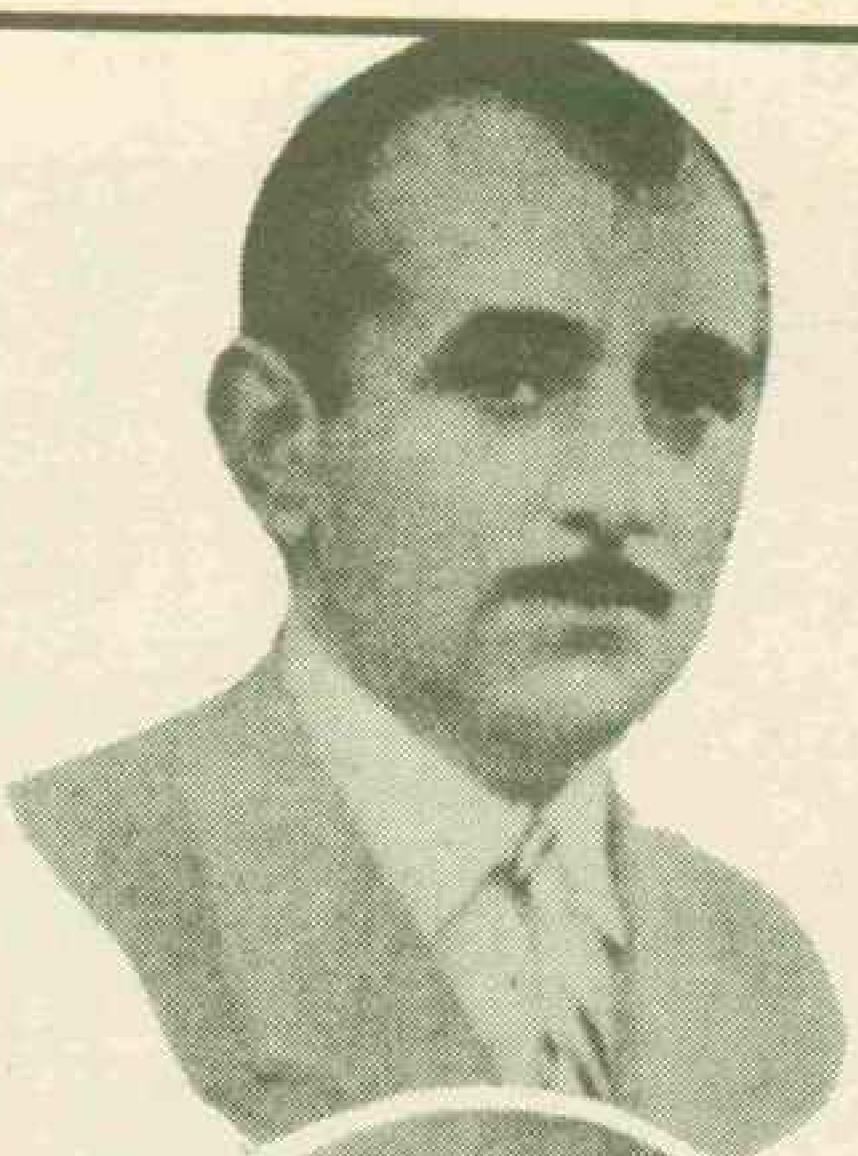


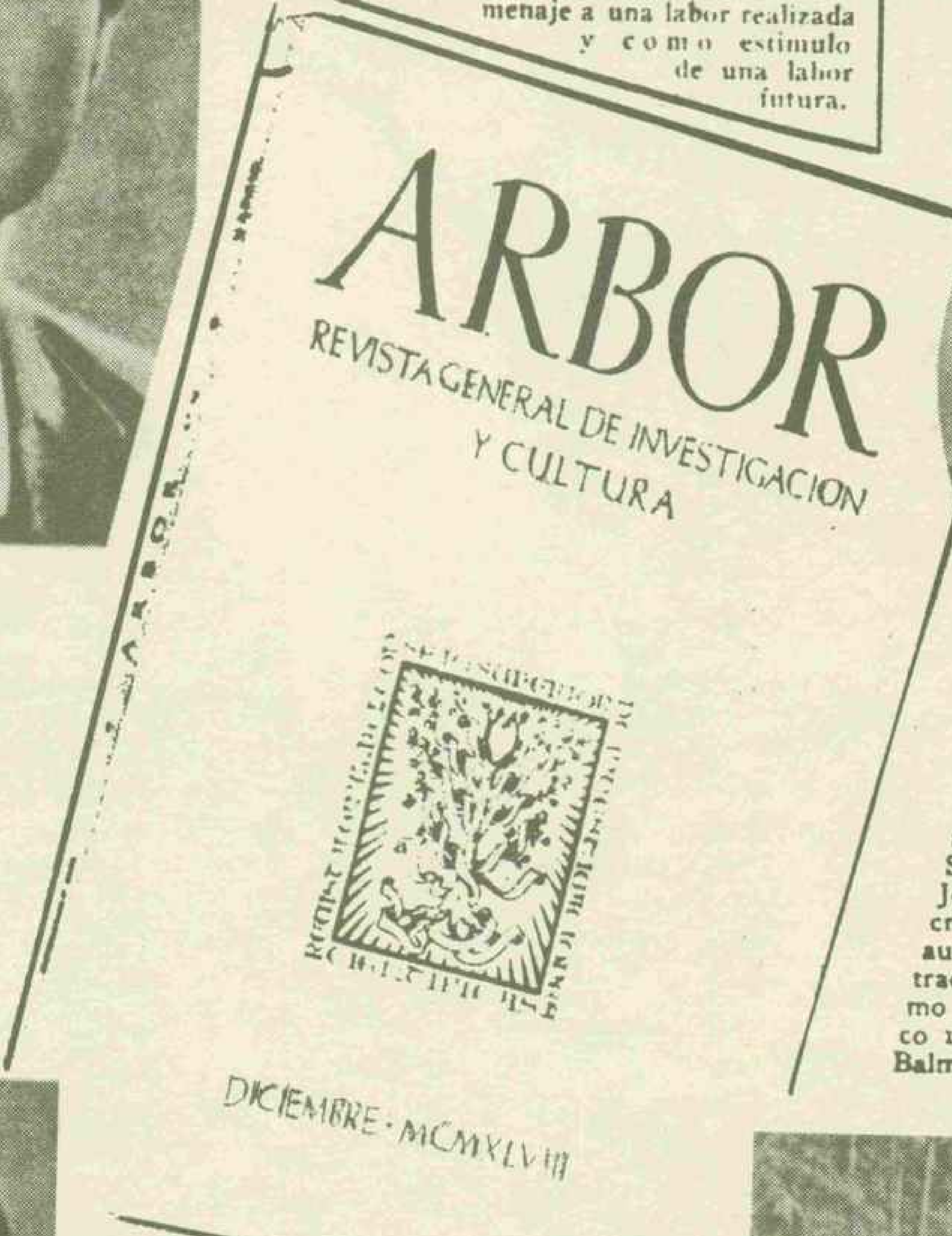
PREMIOS LITERARIOS

Coincidiendo con el fin de un año y el principio de otro, suelen pagarse, en réditos de agasajos, los merecimientos acumulados a lo largo de doce meses. De ahí proviene, sin duda, la costumbre liberal de hacer regalos en el solsticio del invierno. Sobre nuestros escritores llueven en estos días premios anuales y nacionales de diversa índole. Los mejores artículos periodísticos, las mejores novelas, las publicaciones más meritorias de España, tienen, por lo menos, esta recompensa, y es preciso encarecerla y difundirla, como homenaje a una labor realizada y como estímulo de una labor futura.



El Premio Nacional de Literatura del año 1948 debía ser otorgado a la mejor novela de humor, y lo ganó Juan Antonio Zunzunegui, el joven y famoso novelista, por su obra "La Ulcera".







Sabino Alonso Fueyo fué recompensado, el día 29 de diciembre, con el premio periodístico "José Antonio Primo de Rivera", concedido el año 1948 a trabajos sobre Diego Saavedra Fajardo.

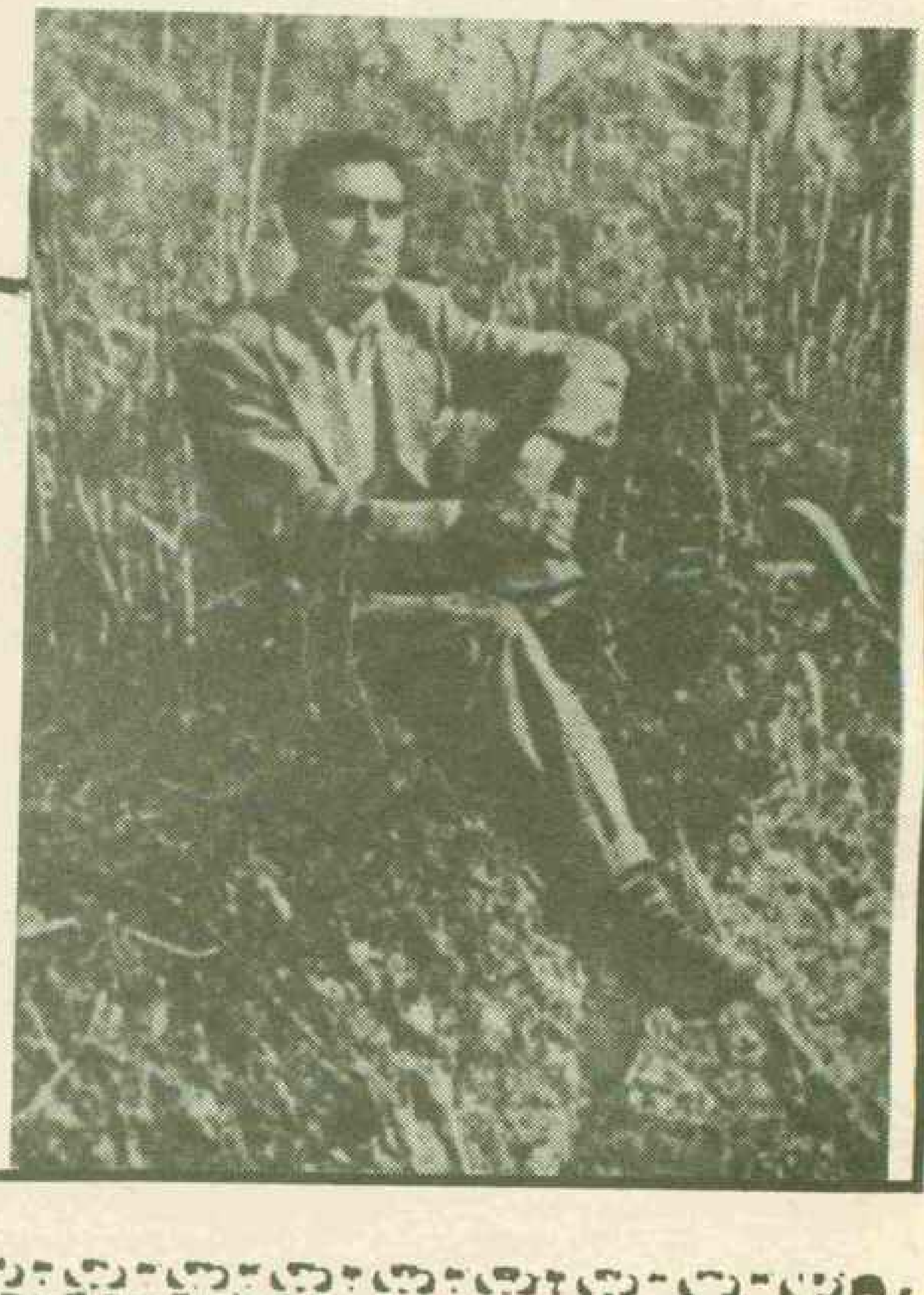
José María García Escudero, escritor y periodista, comandante auditor del Ejército del Aire y letrado de las Cortes, recibió el mismo día el premio "Francisco Franco 1948", por artículos sobre Jaime Balmes.



Tomás Borrás obtuvo el día 4 de enero el primer premio de periodismo en el concurso anual de los premios "Africa".

En el concurso convocado por la Dirección General de Propaganda para premiar los mejores números monográficos de revistas literarias y científicas, se concedió, el 27 de diciembre, por unanimidad, el primer premio a "Arbor", por su admirable extraordinario dedicado a la generación del 98. Una selección entre las 16 revistas literarias y artísticas presentadas premia el prestigio de que goza, en España y fuera de ella, esta docta publicación de investigación y cultura. El Jurado concedió, también por unanimidad, a la revista de Medicina "Ser", el premio correspondiente al mejor número monográfico de revista científica.

Sebastián Juan Arbó logró el día 6 de enero, en reñida votación, el ya famoso Premio Nadal, que concede todos los años la revista "Destino", de Barcelona, a la mejor novela presentada.



(«ABC», 9-I-1949)

«EL CARDENAL MINDSZENTY —DIJO AYER SU SANTIDAD ANTE EL CONSISTORIO— HA SIDO REDUCIDO A LA INDIGNIDAD SUPREMA Y CONDENADO COMO UN CRIMINAL»

«Acusaciones capciosas y engañosamente urdidas»

LOS ESTUDIANTES SE HAN MANIFESTADO EN MADRID Y BARCELONA CON EXTRAORDINARIO FERVOR Y ENTUSIASMO

El obispo de Madrid-Alcalá declaró en su discurso de la Universidad: «Nuestros obispos mártires poca impresión causaron en el mundo»

Ciudad del Vaticano, 14. El Padre Santo ha presidido el Consistorio extraordinario y secreto, convocado hace tres días. Asistieron dieciséis cardenales, todos ellos italianos, excepto el cardenal francés Tisserant, que se encuentra en Roma con carácter permanente, como secretario de la Sagrada Congregación para la Iglesia oriental. En señal de luto, todos los cardenales vestían de morado. El Consistorio duró exactamente veinticinco minutos. La mayor parte de la reunión estuvo dedicada al discurso que pronunció el Padre Santo.

No pudieron asistir el decano del Sacro Colegio Cardenalicio, cardenal Marchetti-Selvaggiani, por encontrarse enfermo, y el cardenal Micara, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, por no haber regresado todavía de América, donde presidió como legado pontificio el Congreso Eucarístico de Cali (Colombia).

Su Santidad el Papa entró en la sala del Consistorio a las nueve en punto de la mañana. Dedicó casi completamente su mensaje, de mil doscientas palabras, al proceso y condena contra el cardenal Mindszenty.—*Efe.*

HABLA SU SANTIDAD. «TEMERARIO DESAFIO»

Ciudad del Vaticano, 14. Como estaba anunciado, Su Santidad el Papa dirigió un mensaje a los cardenales presentes en el Consistorio secreto y extraordinario, celebrado esta mañana, dedicado al proceso contra el cardenal Mindszenty, primado de Hungría. El texto no oficial del mensaje, es el siguiente:

«Venerables hermanos:

Nos, hemos convocado este Consistorio extraordinario con el fin de abrir ante vosotros nuestra alma, abrumada por la más amarga pesadumbre. Fácilmente comprenderéis la razón de este dolor. Se trata de una gravísima ofensa que causa una profunda herida, no sólo en vuestro distinguido colegio y sobre la Iglesia, sino también sobre todo mantenedor de la dignidad y la libertad del hombre. Tan pronto como supimos que nuestro amado hijo José Mindszenty, cardenal de la Santa Iglesia Romana y arzobispo de Esztergom, había sido arrojado a la prisión en temerario desafío de la reverencia debida a la Religión, enviamos un mensaje de amor a la jerarquía húngara, en el que protestamos pública y solemnemente, como nuestro deber lo exigía, contra el daño hecho a la Iglesia.

Ahora, cuando los hechos han llegado al punto de que este dignísimo

prelado ha sido reducido a indignidad suprema y condenado como criminal a prisión perpetua. Nos sentimos movidos a ello primordialmente en defensa de los sagrados derechos de la Religión, que este valiente prelado incansablemente mantuvo y defendió con tanto denuedo y valor. Además, el consenso unánime de los pueblos libres, expresado en discursos y escritos, aun por los jefes de naciones y por los que no pertenecen a la Iglesia Católica, ha tenido la más amplia luz de publicidad.

(«ABC», 15-II-1949)

PROTESTA DE LOS ESTUDIANTES CONTRA LA CONDENA DEL CARDENAL MINDSZENTY

UN ACTO EN LA UNIVERSIDAD Y UNA MANIFESTACION POR LAS CALLES

La juventud universitaria madrileña, deseando manifestar su repulsa hacia el inicuo proceder seguido contra los derechos de la Iglesia, hoy en la persona del cardenal Mindszenty, como ayer en la del arzobispo de Zagreb, monseñor Stepinac, y en la de tantos y tantos sacerdotes inmolados al sectarismo comunista, y queriendo poner de relieve, una vez más, la unidad religiosa que anima al pueblo español, víctima silenciada otro día de igual atropello, ha organizado un acto de protesta, el lunes día 14, a las doce de la mañana, en el paraninfo de la Universidad Central (San Bernardo), que será presidido por el señor patriarca de las Indias Occidentales y autoridades académicas.

Los universitarios invitan a todo el pueblo madrileño a exteriorizar su adhesión al Santo Padre, sumándose a dicho acto y a la manifestación que acudirá a expresar estos sentimientos ante el nuncio de Su Santidad en España.

TELEGRAMA DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID AL PAPA

En la primera sesión pública celebrada ayer por la nueva Comisión municipal permanente, se acordó, por unanimidad, enviar al Vaticano un telegrama expresando la protesta del Ayuntamiento madrileño por la condena impuesta en Hungría al cardenal Mindszenty.

OTRO DESPACHO DEL CONSEJO SUPERIOR DE MISIONES

El Consejo Superior Español de Misiones ha enviado el siguiente telegrama a la Secretaría de Estado del Vaticano:

«El Consejo Superior de Misiones se hace intérprete del sentir de quince mil misioneros españoles recordando a los millares de mártires de la revolución roja en España, que fueron víctimas de los mismos procedimientos que indignan ahora al mundo entero, expresan su enérgica protesta y el unánime dolor que siente la Iglesia Universal y envían al Santo Padre su condolencia por el ignominioso proceder contra el cardenal Mindszenty».

MISAS EN AVILA

Avila, 11. El próximo domingo se dirán en esta capital varias misas para implorar la protección divina en favor del cardenal primado de Hungría y compañeros de prisión y para que cese la persecución religiosa en los países sometidos al comunismo.—Cifra.

(«ABC», 12-II-1949)



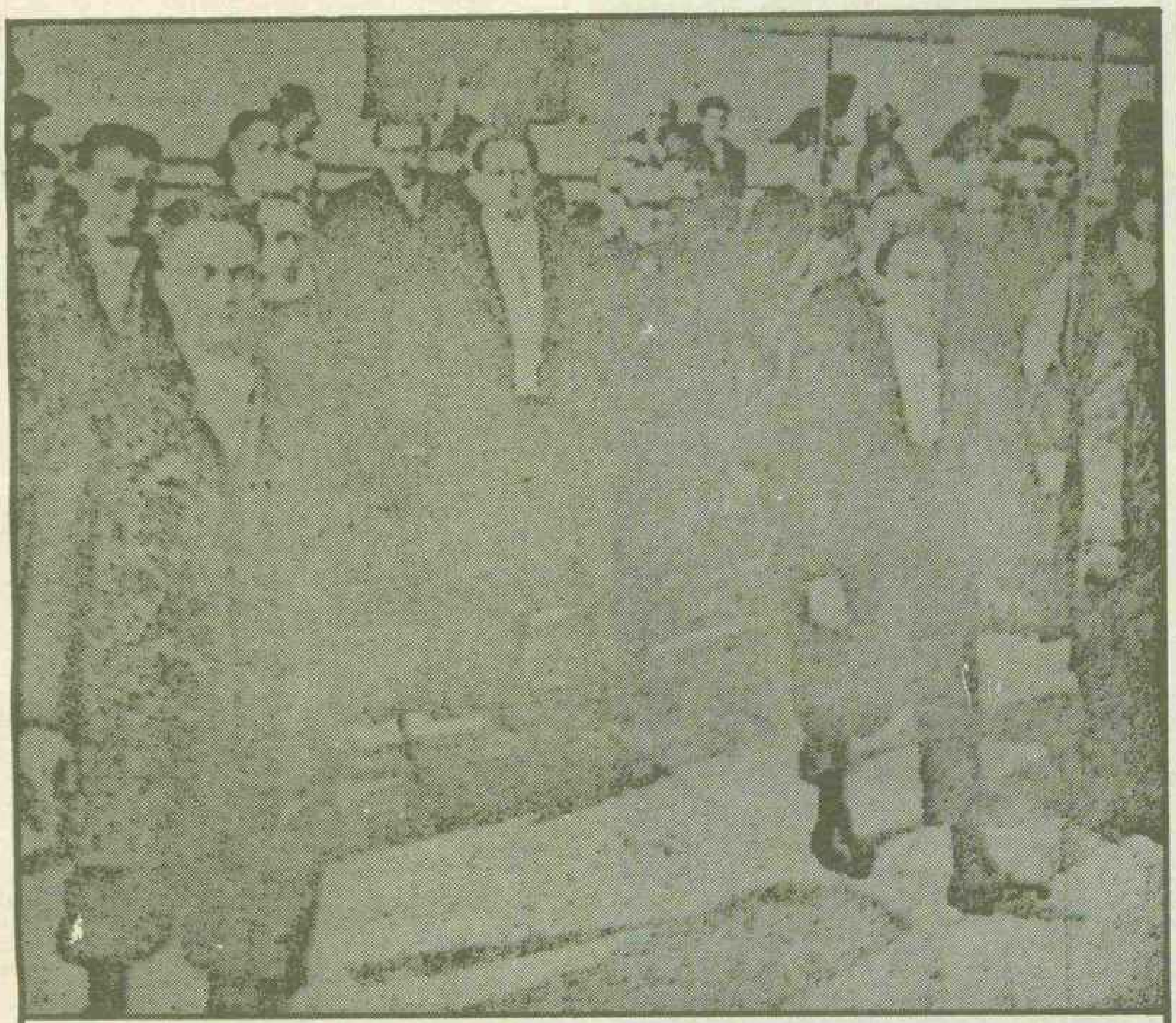
Una importante manifestación, organizada por los estudiantes universitarios, recorrió en la mañana de ayer las calles de Madrid; a ella se sumó una muchedumbre compacta de gente de todas las clases sociales. La presidió el obispo de Madrid-Alcalá y se calcula que estaba formada por más de cuarenta mil personas.

(«ABC», 15-II-1949)

LA MANO DE RUSIA

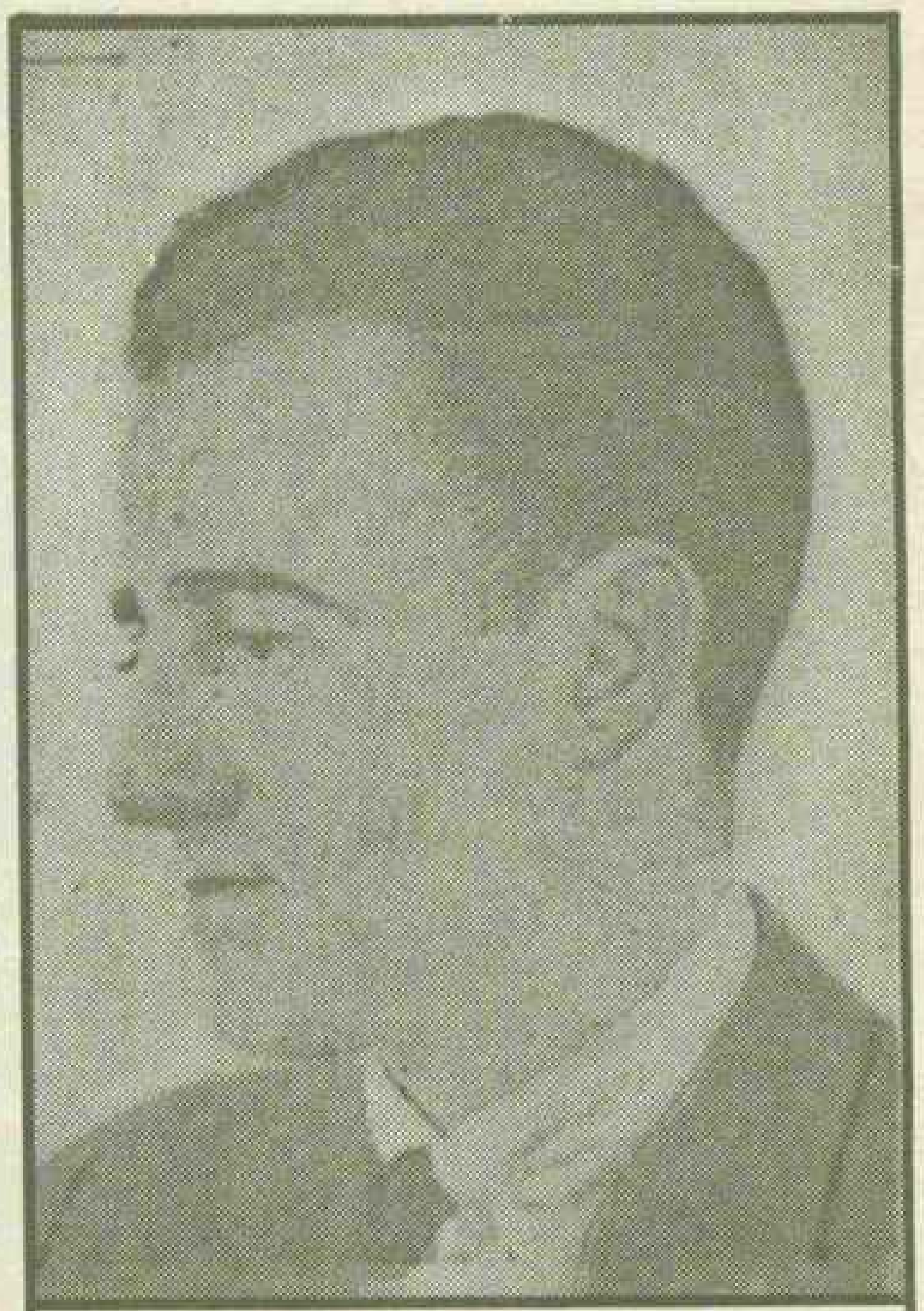
La catástrofe del expreso Barcelona-Madrid, en la que han perecido treinta personas de variada condición social, y algunas extranjeras, y han resultado otras tantas heridas, ha sido un acto de sabotaje comunista. Los ejecutores eran agentes de Moscú y, amparados en la sombra, han querido volver contra víctimas inofensivas las armas que no podían esgrimir contra el Estado, el único Estado de Europa que descubrió y derrotó sus siniestros designios y pudo, a costa de la sangre de sus ciudadanos, poner término a los instintos sanguinarios que corrían libres y desenfrenados por tierra española.

Ha sido una venganza ruin y estéril. Sembrando el luto en unas cuantas familias laboriosas y honestas de España y asesinando a mansalva a algunos visitantes extranjeros no se logra más que una cosa: robustecer el propósito inquebrantable de los españoles de no permitir resquicio alguno por donde puedan infiltrarse en su vida común o privada las corrientes envenenadas que hicieron un día posible el dominio del marxismo sobre nuestra sociedad incauta y desprevenida. Lo que ha ocurrido con el expreso de Barcelona a Madrid nos produce atribulación profunda, porque han encontrado allí muerte trágica o heridas y amputaciones dolorosas muchas personas inocentes, cuyo destino ha de conmover a todo ser humano y civilizado. Pero, al mismo tiempo, es hecho que aviva la memoria de muchos otros hechos calamitosos, crímenes impunes y trágicos atentados contra la vida y el honor de los españoles, perpetrados, al socaire de un estado indeciso o cómplice, en los años que precedieron y justificaron nuestra guerra de Liberación. Conocemos las armas traicioneras que pone Rusia en manos de sus agentes y sabemos también que su odio de vencidos es perpetuo y se encona, día a día, en la humillación. Estamos seguros de que no cederá nunca su fiebre de venganza y de que aprovecharían, para dar curso a sus instintos execrables, cualquier vacila-



ROMA.—Con ocasión del XX aniversario del Pacto de Letrán, el presidente del Consejo de Italia, señor De Gaspari (x), ha sido recibido en audiencia por Pío XII. La fecha era poco propicia para una visita de tanta importancia, pues el Santo Padre estaba afligidísimo por la noticia de la inicua condena dictada por los comunistas de Budapest contra el cardenal Mindszenty. En la fotografía, el jefe del Gobierno italiano sale, con su séquito, de la iglesia de San Pedro, donde estuvo orando antes de ser recibido por Su Santidad.

(«ABC»,, 15-II-1949)



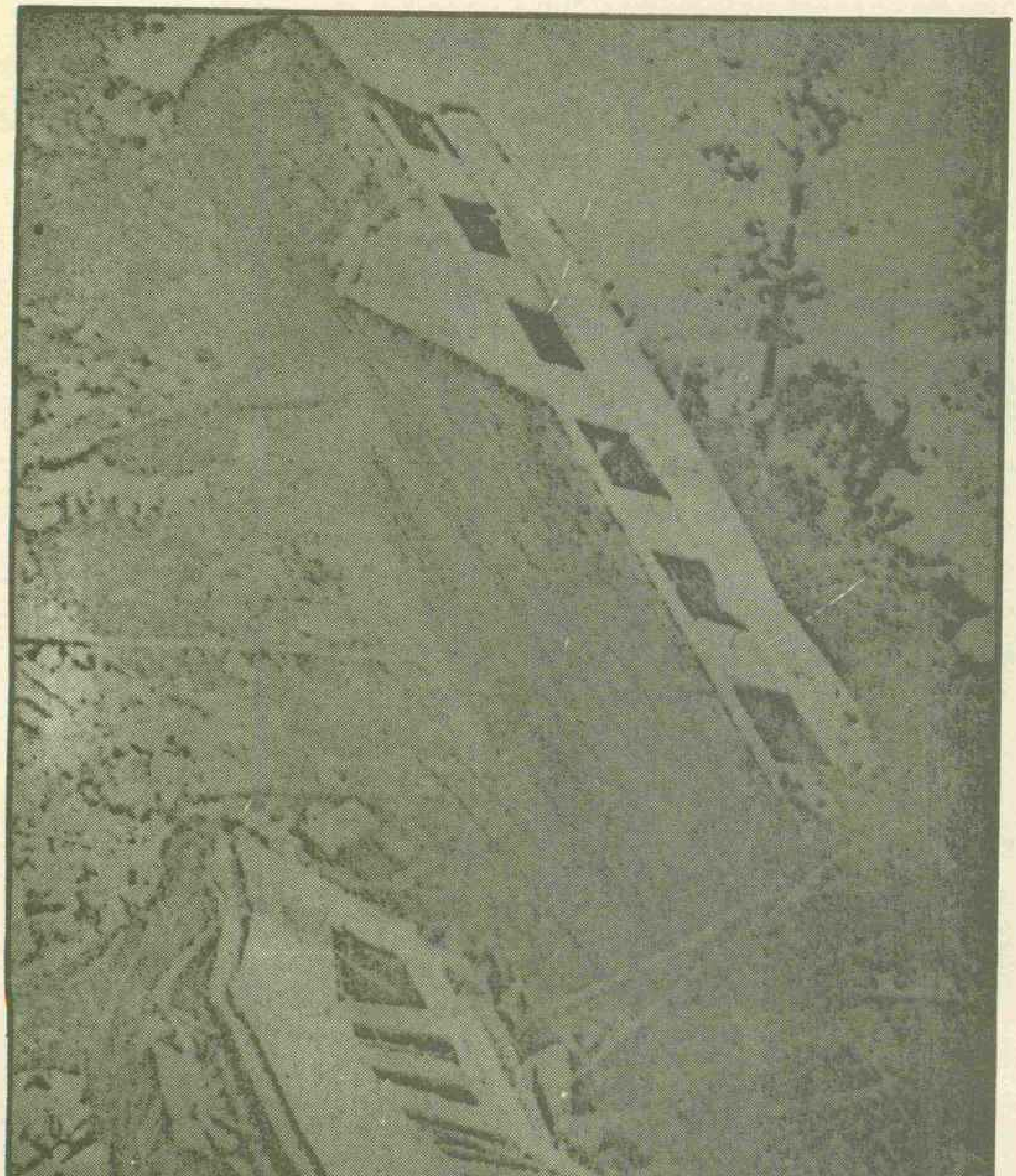
Hace unas semanas surgió inopinadamente en las columnas de la Prensa la noticia de la posible vuelta a la actividad profesional de Alfredo Corrochano. Parece ser que el propio interesado lo desmentía entonces, pero ahora el rumor vuelve a reproducirse y a tomar cuerpo y volumen. ¿Será cierto, pues, que quien fue saludado por la afición y la crítica como la figura de aquel momento piensa otra vez vestirse el traje de luces? Carrochano apareció en los ruedos como un meteoro, cruzó por los redondos «anillos» entre actuaciones triunfales, y cuando hubo ascendido a la cumbre del éxito, abandonó inexplicablemente lo que había conquistado a fuerza de sabiduría taurina y personalísimas normas estilísticas. Muy joven aún en la actualidad, con una sólida posición económica y un alto prestigio en el mundo de los negocios, los rumores de su retorno a los toros constituyen, sin duda ninguna, la nota más apasionante del momento taurino.

(«ABC», 15-II-1949)

ción, cualquier impulso generoso, cualquier flaqueza sentimental o política del Estado o de los ciudadanos de España. Pero estamos perfectamente apercibidos y alertas y no perderemos de vista a los enemigos verdaderos de España.

Y es, además de vil, baldío el último sabotaje de los comunistas, porque ni ese ni todos los crímenes de la misma índole clandestina que puedan cometer en España relajarán la sólida voluntad de los españoles de defenderse personalmente, defendiendo en común a su Estado, y, si es preciso, como alguna vez ha ocurrido, haciendo también frente a las naciones extranjeras que pretenden abrir una brecha en nuestra compacta y libre sociedad. La mano de Rusia podrá guiar por algunos caminos de España a los agentes que trabajan en la sombra, y originar sacrificios como los del expreso de Barcelona a Madrid; nuestra respuesta será adecuada a la condición infrahumana de esos agentes y de sus cómplices. Pero lo que nunca logrará la mano de Rusia es volver a influir sobre el cuerpo vivo de la nación ni sobre un ánimo endeble de españoles complacientes. Si lo habíamos olvidado, este crimen viene oportunamente a recordárnoslo.

(«ABC», 15-II-1949)



Dos de los vagones del expreso de Barcelona tal como quedaron, al fondo del barranco, en Ul de Asmas, después del descarrilamiento provocado por agentes marxistas expertos en esta clase criminal de sabotajes. (Foto Cifra).

(«ABC», 15-II-1949)

ALBORNOZ, CORRIDO Y EXASPERADO ANTE LOS PERIODISTAS EN ROMA

- **Convocados por él para hacerles declaraciones, sólo acudieron los españoles y comunistas.**
- **Viril actitud de Ridruejo y Cortés Cavanillas**

ROMA, 11. Con violentas interjecciones, Albornoz, jefe del titulado «Gobierno» español en el exilio, abandonó el salón en donde había convocado una conferencia de Prensa. Esta fue suspendida al salir Albornoz y sus acompañantes precipitadamente del local en medio de un gran escándalo.

Albornoz había citado a todos los corresponsales extranjeros en Roma, que ascienden a unos doscientos. Salvo unos cuantos, la casi totalidad de ellos no consideraron interesante acudir a la entrevista. Por el contrario, estuvieron presentes los representantes de Prensa italiana afecta al comunismo y los corresponsales españoles.

Primeramente, Albornoz afirmó que lo sucedido en España en 1936 no tenía otro carácter que el de una mera insurrección contra una República en donde todo era normalidad y armonioso régimen jurídico. Después se brindó a responder a las preguntas que quisieran hacerle.

El corresponsal de «Arriba», Sr. Ridruejo, le rogó entonces que tuviera la amabilidad de explicar cómo era que en esa República, modelo de moderación y tolerante liberalismo, se permitía el «crimen de Estado». La pregunta causó visible turbación al interpelado, quien tardó al-

gún tiempo en rehacerse y poder balbucir unas excusas proponiendo aplazar para otro lugar y otro momento el tratar de este tema. No obstante, al advertir la extrañeza general, agregó que podía dar alguna respuesta si el periodista insistía. Este insistió, efectivamente, y dijo: «Ese crimen tiene un nombre: Calvo Sotelo».

Un gran alboroto estalló entonces en el salón. Los corresponsales extranjeros se mostraban atónitos ante la delicadísima situación en que evidentemente se encontraba Albornoz. Los dirigentes exilados españoles que acompañaban a su «jefe de Gobierno» vociferaban, entre ademanes descompuestos.

Al producirse un instante de calma, el corresponsal de ABC, Sr. Cortés Cavanillas, sacó una fotografía, que mostró a todos los concurrentes. Era un retrato, procedente de los archivos de la propia Dirección General de Seguridad de la España republicana, y en él aparecía el padre del propio Sr. Cortés Cavanillas, tal como se le encontró después de haber sido asesinado por las milicias rojas. Ante la estupefacción general, el Sr. Cortés Cavanillas preguntó si era posible que en una República democrática se autorizase a asesinar a ciudadanos pacíficos como era su padre.

Los periodistas extranjeros no acertaron ya a intervenir ante el grado que habían alcanzado la confusión y el alboroto. La cólera del Sr. Albornoz y sus acompañantes se desbordó con tales palabras y ademanes, que, imposible ya seguir la estrepitosa conferencia, abandonaron precipitadamente el salón.—Agencia Efe.

(«ABC», 12-II-1949)

HA MUERTO EN ARGENTINA ALCALA ZAMORA

RESIDIA EN BUENOS AIRES

Buenos Aires, 18. Ha fallecido el ex presidente de la República española, Niceto Alcalá-Zamora.—Agencia Efe.



El ex presidente de la República tenía setenta y dos años de edad y había nacido en Priego. Abogado y diputado por primera vez en el año 1903, fue secretario del conde de Romanones, al que abandonó para incrementar el grupo del marqués de Alhucemas, también de filiación liberal. Ministro de Fomento y Guerra con la Monarquía, su ambición hacia más elevados puestos le empujaron a las filas del republicanismo.

Intervino en la preparación del movimiento sedicioso que se exteriorizó en las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos, y en unión de otros dirigentes republicanos y socialistas fue encarcelado y juzgado por el Tribunal Supremo, que, después de bochornosas sesiones, lo puso en libertad.

Las elecciones de febrero del 31 llevaron a Alcalá-Zamora a la presidencia del Gobierno provisional. Más tarde resultó elegido presidente de la República. No obstante sus reiteradas afirmaciones de católico militante, toleró las leyes dictadas contra la Iglesia, y, a pesar de su moderación programática, se dejó desbordar por los excesos del izquierdismo inspirado ya, y manejado, por los comunistas en forma subrepticia. Los conflictos se multiplicaron en proporciones gigantescas, separado más tarde de su magistratura por el mismo dictado de la izquierda, su figura se eclipsó y no hizo nada, en el año 36, por contrarrestar la revolución en marcha.

Cuando Alcalá-Zamora iniciaba su carrera como diputado andaluz, D. Melquiades Alvarez formuló este juicio:

«No es una figura de gran talla intelectual, ni trae ideas originales ni brillantes a la política, pero se trata de un abogado listo, ambicioso, que habla bien; es trabajador y conoce la aguja de marear en las intrigas políticas. De su madera se han hecho muchos ministros y éste lo será también. No hay que perderle de vista».

(Agencia «EFE», 19-II-1949)

FRANCO tiene en España tantos partidarios, por lo menos, como TRUMAN en Estados Unidos

EL juez Clare Gerald Fenerty, del Tribunal de Apelación de Filadelfia, ha pronunciado un interesantísimo discurso, en el que denuncia la errónea postura de las Naciones Unidas frente al caso español:

«No habrá paz duradera mientras el Gobierno americano no se enfrente con el hecho español, reanude las relaciones diplomáticas y proporcione a España los medios que han de servir de defensa de toda la cristiandad contra la amenaza asiática roja.

Afortunadamente parece próxima una decisión para investigar en el Departamento de Estado y otras dependencias del Estado norteamericano acerca de los elementos comunistas que se habían introducido en ellos para destruir América desde dentro del país. La mano de estos malvados se deja ver en que mientras nuestro Gobierno urge al Gobierno polaco la celebración de unas elecciones libres, al mismo tiempo contribuye con dólares a que Rusia mantenga ese Gobierno antidemocrático. La influencia de este grupo procomunista se siente palpable en sus esfuerzos por entenebrecer nuestras relaciones con España, lanzando informaciones a todas luces mendaces. En el libro blanco sobre España se oculta el hecho de que Franco mantuvo abierto el Mediterráneo para que los aliados pudieran invadir Africa. Nuestro pueblo apenas conoce que centenares de voluntarios atravesaron España para unirse a nuestras fuerzas. Que cientos de nuestros aviadores, forzados a aterrizar allí, pudieron seguir su marcha a través de un país que respetó caballerosamente muchos secretos de fabricación de nuestros aviones. Ignoran también que Franco permitió el control de la correspondencia a través del mar y ayudó a nuestro Servicio Secreto a conocer los movimientos de las tropas alemanas. Aquí se ignora casi por la totalidad de los ciudadanos aquella carta de Hitler a Mussolini: «... España se niega a colaborar con el Eje». Nadie quiere recordar que mientras Franco rompió con el Japón, Rusia seguía permitiendo que los japoneses nos amenazaran en Alaska...

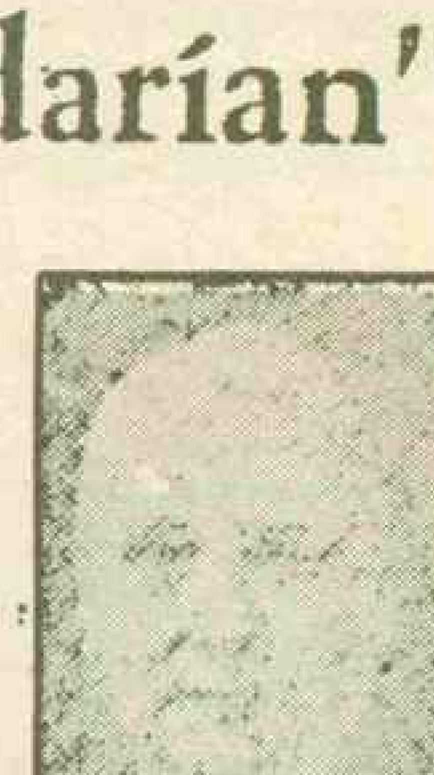
Urge una publicidad imparcial respecto a España. La propaganda contra España se basa o en la mala fe o en la ignorancia. Cuantos visitaron España estos últimos años han podido hacerlo sin sentirse objeto de la menor vigilancia. Visitando España se comprueba que, efectivamente, Franco tiene enemigos en su país, pero que sus partidarios están en tanta proporción como puedan ser los de Truman en Estados Unidos, o más. Produce risa, por lo tanto, que se anatematice a una nación libre y se proclamen las virtudes de un Gobierno como el polaco.

España ha ganado hace diez años la misma batalla en que ahora estamos empeñadas todas las naciones del mundo contra los sin Dios de la Rusia roja. España es hoy la llave de la paz del mundo, nuestro tramo de unión con Africa y Suramérica. Es nuestra primera y principal línea de defensa contra el bárbaro comunismo asiático. No habrá paz duradera hasta que nuestros líderes reconozcan este hecho: es necesaria la reanudación de relaciones diplomáticas: que a España se la admita en la O. N. U. y se la proporcionen los medios que protejan a toda la cristiandad contra la amenaza roja, que ahora se esfuerza por subvertir toda la cultura, la libertad y la civilización occidentales.

(«Pueblo», 5-II-1949)

"Cuantos más americanos vinieran a ESPAÑA, más americanos la ayudarían"

Esto dice Mr. Harris, que traerá en agosto 25 norteamericanitas católicas para que conozcan la Puerta del Sol



(«Pueblo», 17-II-1949)

LA POBLACION AVICOLA ESPAÑOLA 35 MILLONES DE GALLINAS

Al referirnos a la población avícola, forzosamente hemos de atenernos a la clasificación que la divide en dos grandes grupos, profundamente diferenciados en sus formas de vida, nutrición y atenciones higiénicas y, en último caso, por su capacidad de producción: la gallina de granja, cuyo desarrollo y genealogía son constantemente vigilados y controlados con gran rigor, y la rural o de corral, que «vive su vida desenfadadamente, come lo que encuentra y produce lo que buenamente puede». Es esa gallina que todo el que haya frecuentado los caminos ha visto cientos de veces salir milagrosamente ilesa de entre las ruedas de un automóvil.

Existen en este momento en España de 600 a 650 granjas avícolas, de las cuales 172 han sido diplomadas y viven bajo la tutela técnica de la Dirección General de Ganadería.

Las gallinas de estas granjas disfrutan de alojamientos cómodos e higiénicos, reciben una alimentación hormonal y se hallan sometidas a una rigurosa vigilancia sanitaria: puede enorgullecerse, además, de ostentar un frondoso árbol genealógico, cuyas ramificaciones se remontan a varias generaciones.

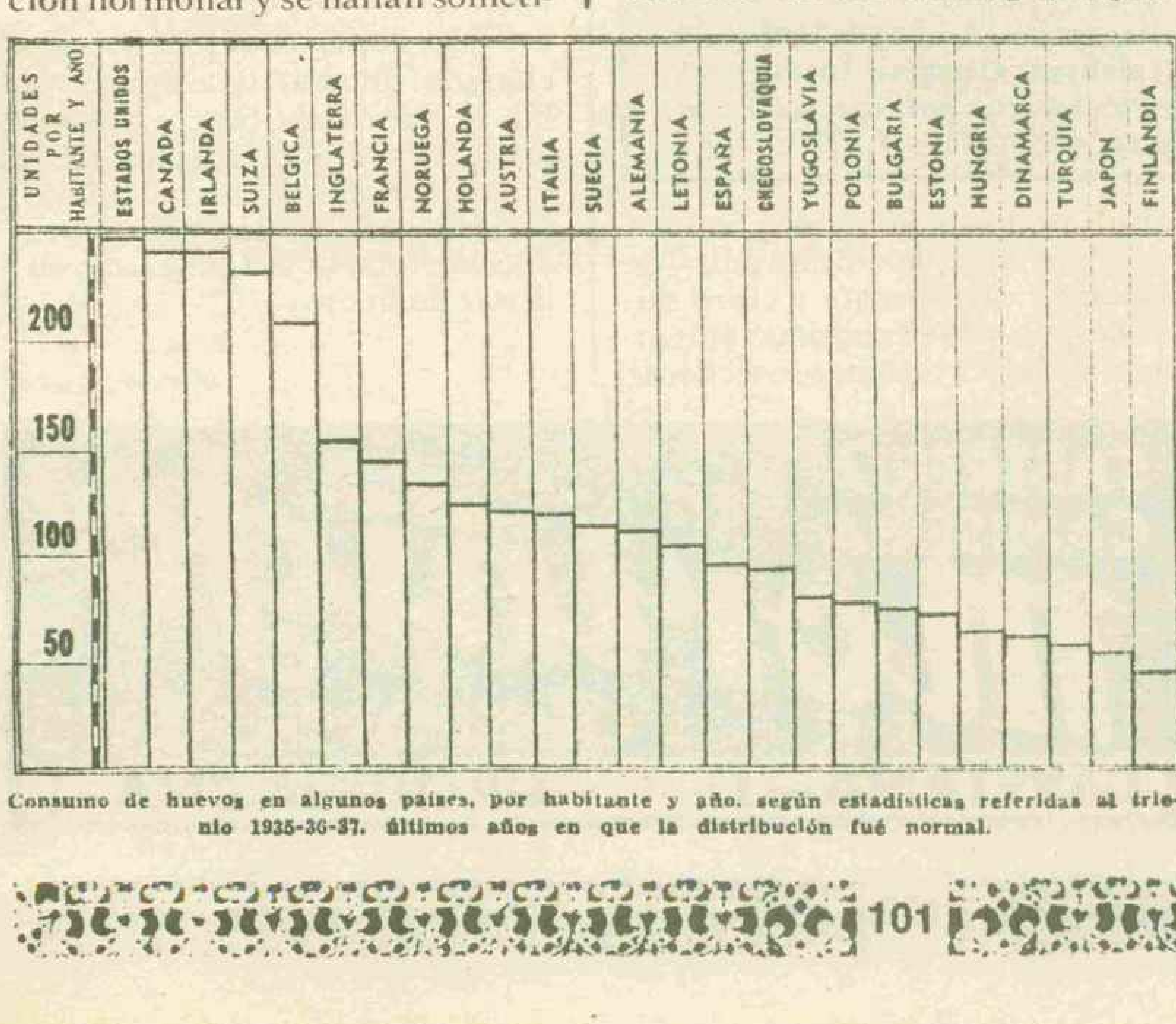


Si concedemos a la superficie del círculo el valor de 4.520 millonés de unidades, correspondiente a la producción actual de huevos, sumada a la que se calcula para un año anterior a 1936, tendremos entre una y otra la proporción que queda establecida en este gráfico, demostrativa del incremento que la avicultura ha recibido en los últimos tiempos.

Gracias a estos cuidados se obtiene de ellas un rendimiento que se cifra, como término medio, en 120 huevos al año.

Durante estos últimos años, a partir de 1941, la avicultura ha recibido un impulso del que es demostración elocuente el aumento de la población avícola, toda vez que de veinte millones de aves que poseíamos en 1935 ha subido a treinta y cinco millones.

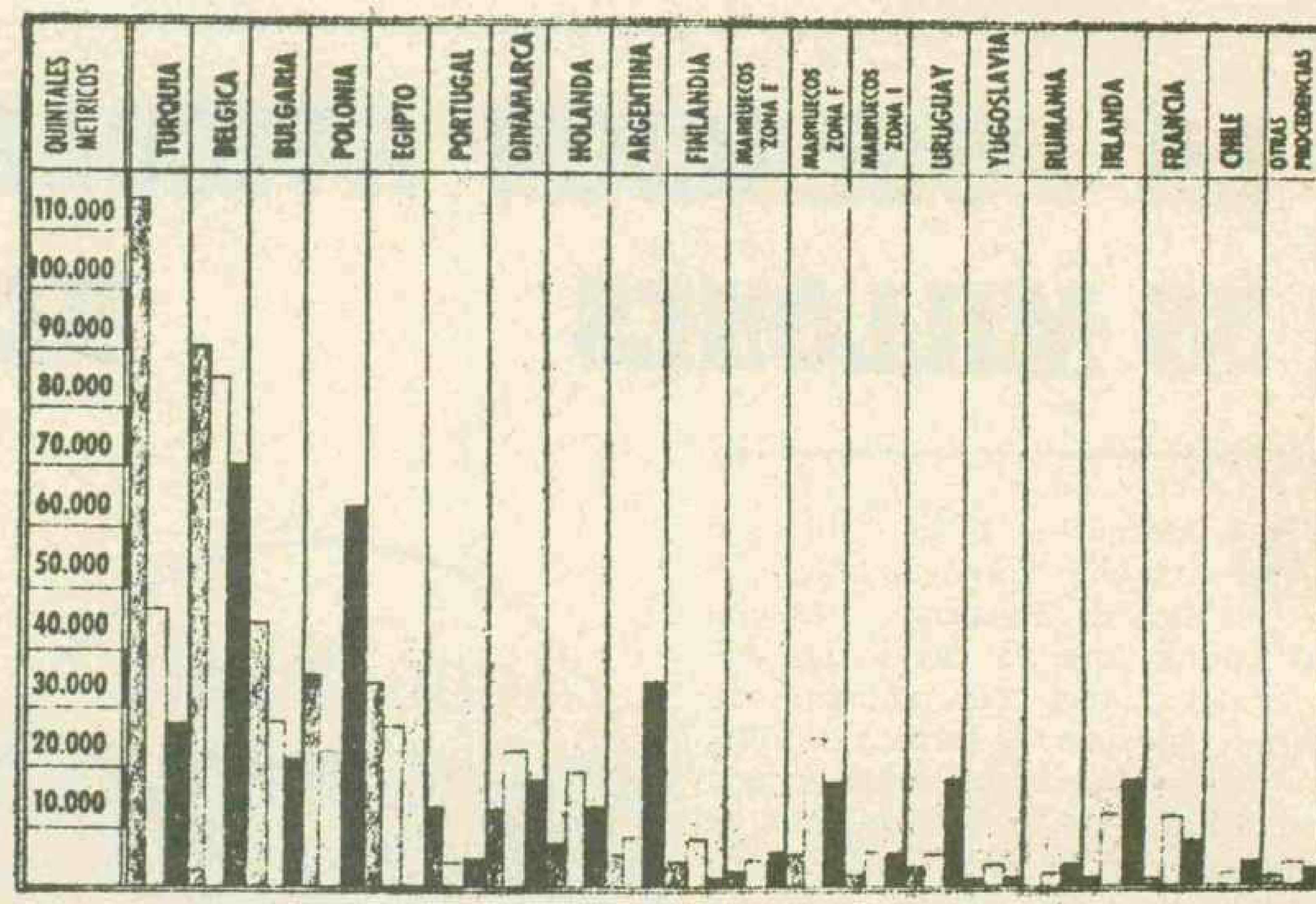
El desarrollo de esta importante rama ganadera es fomentado por



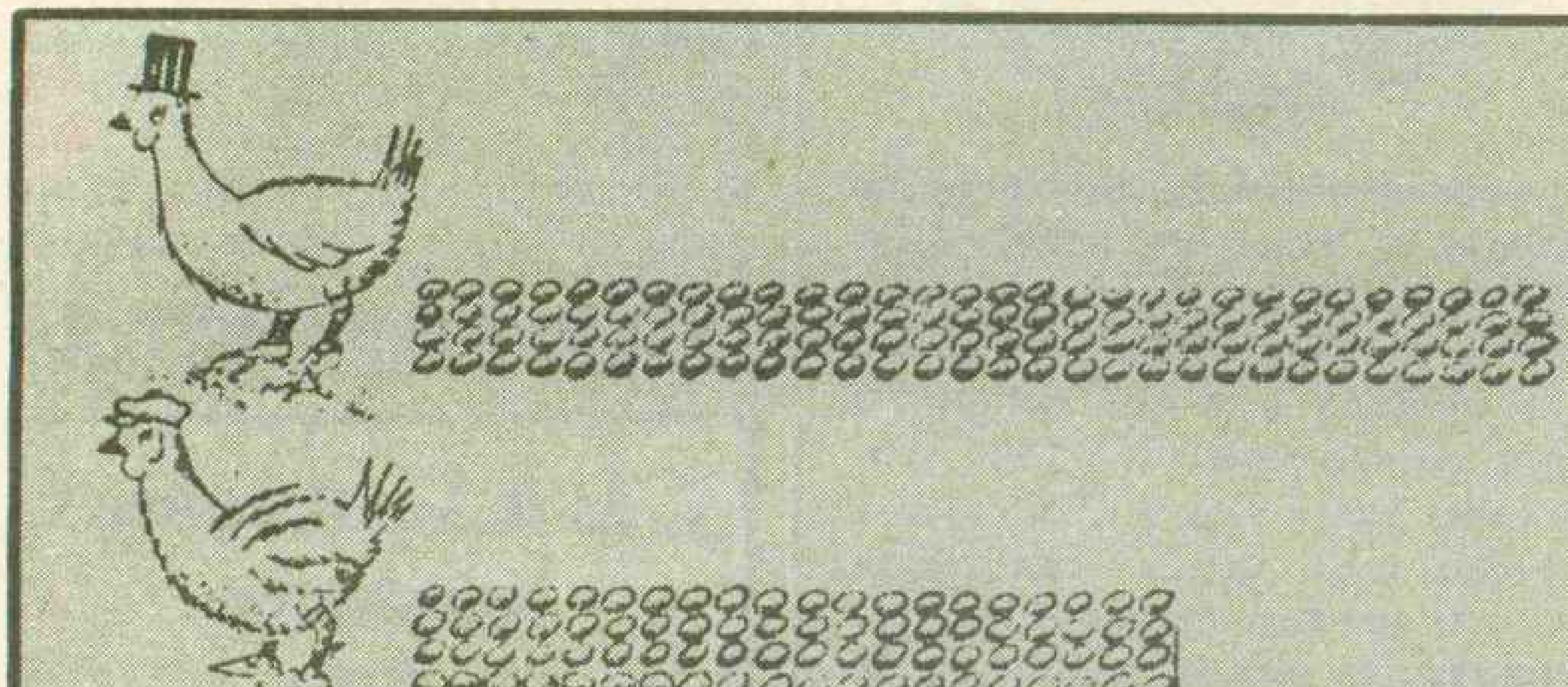
Consumo de huevos en algunos países, por habitante y año, según estadísticas referidas al trienio 1935-36-37, últimos años en que la distribución fué normal.

la Dirección General de Ganadería por muy diversos medios: concesión de diplomas a las granjas «ejemplares», organización de concursos de puesta, de los cuales actualmente se están celebrando cuatro, en Barcelona, Palma de Mallorca, Sevilla y Valencia, prestación de asistencia facultativa y técnica, etc.

El crecimiento de la población avícola es, sin embargo, mayor aún de lo que refleja la diferencia entre el censo que la constituye y el que la constituía doce años atrás. Han contribuido a frenarlo la desastrosa situación en que se encontraba al terminar la guerra y la peste aviar que se declaró en la primavera de 1947 y que no se logró atajar hasta el mes de marzo de 1948. Actualmente vuelve a reproducirse, aunque se puede suponer que no alcanzará la virulencia de su primer período, porque ha sido descubierta su vacuna. La enfermedad ha producido un importante quebranto, que se calcula en siete millones de bajas.



En este gráfico, que comprende los principales puntos que fueron abastecedores del mercado nacional de huevos, podemos ver la proporción en que cada uno de ellos exportó a España durante los años 1933-34-35, representados por las barras gris, blanca y negra, respectivamente. Bajo el epígrafe "otras procedencias" se agrupan Estados Unidos, Suecia, Alemania, Arabia, China, etcétera, hasta trece países más, que fueron nuestros proveedores en ínfima escala.



Obsérvese la notable diferencia en capacidad de puesta entre la aristocrática gallina de granja y el plebeyo ejemplar rural o de corral: mientras la primera produce 120 huevos por año, la rural no pasa de 80.

Naturalmente, el incremento de la avicultura acarrea el de la producción de huevos, que se ha elevado en el período a que nos referimos, tomando como base para la comparación el año 1935, de 1.600 millones de unidades a 2.920. Como paralelamente ha crecido la demanda, no puede prescindirse de las importaciones. Entre los años 1945 y 46 se recibieron de la Argentina 45.500 cajas, con un total de más de dieciséis millones de huevos; en 1947 se importaron del mismo país y de Holanda casi sesenta y cinco millones, y en 1948 continuó el régimen de importación, consecuente a los Acuerdos comerciales concertados con Argentina. No se acude, en cambio, a los que fueron nuestros habituales mercados: Turquía, Dinamarca, Bélgica, Argelia.

Si se repartiese la población avícola entre los habitantes de España, nos correspondería una gallina y un cuarto de gallina a cada uno, y haciendo lo mismo con la producción de huevos, tocamos a 104 huevos y pico —104,28, más concretamente—, por persona y año.

En caso de reparto de la producción de un día, tendríamos un huevo para cada tres personas y media. Para que el lector no se tome la molestia de calcularlo, podemos añadir aún que la producción total diaria es de ocho millones de huevos.

(Febrero, 1949)

DIALOGO DE FUTBOL

EL PRESIDENTE DE LA REAL FEDERACION ESPAÑOLA, DOCTOR MUÑOZ CALERO, DICE...

CONCLUYO el año y cobra nuevas perspectivas el fútbol nacional e internacional. Es la hora de dialogar con el presidente de la Real Federación Española para sintetizar un balance de gestión y dibujar las perspectivas del futuro. Frente a Muñoz Calero, el diálogo fue así:

—¿Cómo ve usted el camino recorrido desde que se hizo cargo de la Real Federación?

—Dividamos la pregunta en los dos grandes aspectos, interno y externo. En lo nacional, el esfuerzo ha sido grande. Frente al auge del juego violento, antideportivo, está en marcha la nueva reglamentación de sanciones, con lo que ha mejorado mucho el ambiente, aunque aún nos quede camino por recorrer a este propósito; se ha ultimado el reajuste de las divisiones, dejando la primera tal como está, con catorce clubs, dividiendo la segunda en dos grupos de catorce clubs, zonas Norte y Sur, y estableciendo la tercera por razones de proximidad geográfica; tenemos casi ultimados los nuevos estatutos que pondrán al día toda nuestra voluminosa codificación; hemos puesto en marcha la Mutialidad de Futbolistas, con clínica central en Madrid, y hemos adquirido un inmueble para sede de la Real Federación y nos preocupamos de extender e intensificar el fútbol aficionado en todos sus aspectos, escolares y universitarios.

—¿En lo internacional?

—El balance de la temporada anterior, primera de nuestro mandato, no puede ser más satisfactorio: tres partidos, contra Portugal, Irlanda y Suiza, y dos victorias y un empate.

—A propósito, ¿cree usted en la eficacia de la moderna técnica?

—Rotundamente. Pero, además, la juzgo indispensable, con todas las variantes, por supuesto, que la calidad de los hombres y la gama de los recursos aconsejen como modalidades peculiares dentro de cada club.

—Más concretamente: ¿qué piensa de un club, por ejemplo, el Atlético de Bilbao, que se resiste a los nuevos moldes y el Barcelona, decidido partidario de ellos?

—Que es un error de aquél. El club que no asimile los nuevos procedimientos, en igualdad relativa de valores, estará siempre en inferioridad ante el que sepa conjugar sus esfuerzos con estos mecanismos que permiten mayor eficacia absoluta.

—De los clubs que se mueven de acuerdo con los patrones modernos, ¿cuál le parece el prototipo español?



Don Armando Muñoz Calero



BEN BAREK,

SUS PIERNAS SON YA MAS POPULARES QUE LAS DE MISTINGUETTE

La verdad es que este negro de Casablanca ha venido a colmar la medida del cotarro futbolístico. Porque si hasta hoy la afición se había mantenido dentro de sus cauces lógicos y no se peroraba sobre el balón y las demás zarandajas anejas al esférico más que en los terrenos deportivos, clubs, algunos bares, cuya clientela está constituida por «forofos» de uno y otro bando y todo lo más en tranvías y Metro los domingos, ahora resulta que la llegada de Ben Barek ha desbordado la afición e inundado con su nombre y sus hazañas toda clase de esferas. Oficinas, teatros ¡y hasta en la Plaza de Toros! son ahora lugares propicios para la discusión sobre las cualidades técnicas de «la maravilla negra». Y como hasta la fecha este hombre no ha podido actuar en todos los lugares que ansían verle, hemos querido enviar a nuestros lectores un anticipo, que en este caso no será reintegrable.

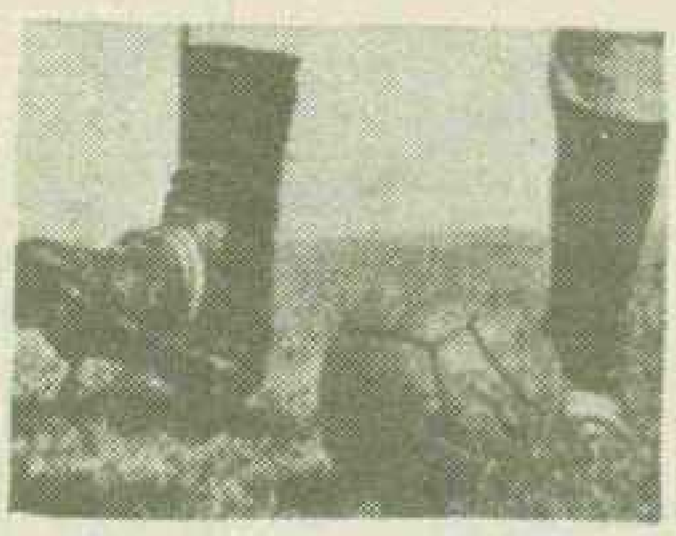
Ahí está Ben Barek y sus piernas. Esas maravillosas piernas que traen a mal traer a sus enemigos y mantienen en un ¡ah! continuo al espectador. No son precisamente las de Mistinguette, pero —¡oh, la afición!— sin ser las de la famosísima estrella, hoy puede decirse que superan a éstas en popularidad.

Y todo, amigos, ha sido a causa del «gambeteo» y otras lindezas ahora de moda en el fútbol, que este «moreno» domina a la perfección.

Porque él ya no es lo que se dice el mago del balón, sino el encantador de balones.

1 Bien. Aquí está Ben Barek, y dispuesto, como se puede apreciar, a dar comienzo a su lección. El va a explicar, prácticamente, cómo se encanta a un balón, en este caso sin necesidad de flauta. En fin, a lo que íbamos. El negro ha recogido la pelota y con ella se lanza hacia la puerta contraria...





5 La carrera ha continuado, porque esta vez, en contra de su costumbre, Ben Barek no ha entregado aún la pelota a un compañero. Un nuevo rival le sale al paso. Y esta vez el «moreno» ensaya la gran sensación. La jugada extra. La quintaesencia del «gambeteo». El balón, llevado a unos centímetros de la punta de la bota, es golpeado con el talón de la pierna derecha y, por lo tanto, empujado hacia atrás. La pierna izquierda, sin perder velocidad, lo recoge y lanza hacia adelante. Jugada desconcertante, que muy bien pudiera compararse con el «massé» que utilizan los billaristas.





2 ¡Que viene un contrario! Pues Ben Barek se detiene unos instantes, pisa el balón mientras tanto, en espera de saber la dirección que ha de tomar el rival. ¿Para qué lado desviará la pelota? ¿A la derecha? ¿A la izquierda? Pues, la verdad, señores, es que el balón ni se moverá de su sitio. Serán los pies del profesor los que simulen la finta para desconcertar al contrario...

3 ... y por último, de una manera inesperada, cambiar de posición y empujar la pelota desde atrás —claro está—, en la dirección que las fintas del cuerpo han dejado libre hacia la portería enemiga, o hacia el compañero que espera, desmarcado, la entrega, y el cual este hombre que nos ha llegado de Casablanca, para enseñarnos a jugar al fútbol, habrá adivinado de antemano.



4 No importa que el rival ofrezca resistencia por el sitio contrario. El negro domina indistintamente una pierna u otra. Lo mismo golpea la pelota con el pie izquierdo que con el derecho. Vean ustedes esta demostración, en la que el balón, sin variar de posición con respecto a la fotografía anterior, va a ser impelido con el pie contrario en la misma dirección.

6 Luego, al fin, el chut. ¡Así, precisamente así, se chuta, señores! Observen ustedes bien la colocación del pie. El golpe es más bien una caricia. Así, el balón saldrá en la dirección que se precisa. Y la falta de violencia está suplida ampliamente por la justeza en la dirección. Y es que este negro donde pone el ojo pone la pelota.

(«Fotos», núm. 605, del 2-1-1949)

—El mejor conjunto actual, sin llegar a la perfección, es el Real Madrid.

—Permítame una delicada pregunta: ¿la nueva distribución de los clubs de segunda división ha sido fácil?

—Comprendo la intención de su demanda. Pues bien, sinceramente, no. Pero hemos ido a esa distribución de los veintiocho clubs en dos zonas de catorce, luego de estudios, tanteos, encuestas y preguntas que equivalen a votaciones. Porque aunque buena parte de los clubs han votado en contra, la mayoría de ellos y de las Federaciones se han mostrado partidarios de la reforma.

—¿Está satisfecho de lo conseguido en orden a la educación de jugadores y públicos?

—No del todo. Mucho hemos logrado, pero no estamos en la meta de llegada. Nuestra gestión para ahondar en la modificación de las grandes masas de espectadores tiene aún amplia tarea, puesto que los lamentables espectáculos de las muchedumbres tratando de imponer una victoria a toda costa no han concluido.

—¿Y los árbitros?

—Esperaba la pregunta y no creo que nadie se haya preocupado tanto como nosotros del tema. Por de pronto hemos hecho ya dos reajustes de listas de árbitros de categoría nacional, y ahora mismo una ponencia estudia toda una nueva organización arbitral con mecanismo de ingreso, sanciones, cursillos de capacitación, premios y creación de la Escuela Nacional de Arbirros. Pero ahora y luego consideramos fundamental mantener la autoridad del árbitro en el terreno de juego, aunque se equivoque.

—¿Podrá atender la Mutualidad a los que no sean futbolistas?

—La Mutualidad está en su etapa de implantación, pero funciona ya con sus medios asistenciales o por mecanismos concertados que se irán extendiendo. Aquí, en Madrid, la clínica central se ha establecido en la calle de Alberto Aguilera. En cuanto a su pregunta sobre alcance de la Mutualidad, debo responder afirmativamente. Nosotros no podíamos crear una cosa particular y pequeñita, y la Mutualidad atenderá a todos los deportistas, dando grandes facilidades a las organizaciones deportivas para llegar a conciertos de orden asistencial.

—¿Tiene dinero la Real Federación Española?

—Una de mis preocupaciones ha sido este problema. La situación económica, no obstante ser holgada, no había permitido a la Federación hasta ahora crear una riqueza patrimonial basada en el deporte. Y a eso vamos. Los superavits se invertían en la práctica del llamado fútbol modesto, por un sistema que, con todos mis respetos, resultaba de escasa o nula utilidad. Siguiendo criterio opuesto, hemos empezado por adquirir un inmueble para sede de la Federación, en la calle de Alberto Bosch, casa que se inaugurará dentro de pocos meses, adaptada a nuestras necesidades, y a renglón seguido invertiremos todo el dinero posible en la adqui-



(«Fotos», núm. 605, del 2-I-1949)

sición y construcción de campos de fútbol y mejora de los existentes. Aquellas adquisiciones quedarán de propiedad de la Federación, usufructuándolas los clubs modestos, mediante un canon simbólico. De esta forma, transcurridos unos años, tendremos un patrimonio de gran valor.

—El tema internacional...

—Es el más sugestivo y ahora el más grato. Frente a las dificultades anteriores para hacer nuestro calendario, la satisfacción actual. En año y medio todo ha cambiado y ahora son tantas las peticiones de las naciones europeas, africanas y americanas, que debemos meditar mucho nuestras decisiones que, por otra parte, son consultadas y refrendadas por la superioridad. La Federación, sin embargo, no ha encontrado sino estímulos y apoyos en todos, pero especialmente la Delegación Nacional de Deportes y su ilustre jefe el conde del Alcázar de Toledo, es para nosotros una jerarquía y un símbolo.

—¿Y los jugadores aficionados?

—Concretamente hay que exaltar y estimular la afición. Para ello hay que contar con dos factores: primero, los clubs potentes tienen que dar facilidades extraordinarias al fútbol amateur, y segundo, hay que mantener la afición con competiciones oficiales en centros universitarios, de donde puede salir la calidad. Nosotros vamos a canalizar esa afición, con torneos especiales y encuentros de preparación que descubrirán los amateurs españoles que en 1952 irán a la Olimpiada de Finlandia.

—¿Sobre fútbol infantil?

—Las disposiciones vigentes prohíben a los clubs federados el fichaje de los menores de dieciocho años. Pareciéndome magnífico el espíritu de la ley, que trata de evitar profesionalismos prematuros y hasta contraproducentes, considero llegado el instante de autorizar a los clubs a constituir equipos infantiles con intervención del Frente de Juventudes sobre formación religiosa, patriótica y moral. Así lograríamos que a los jóvenes les llegaran los beneficios de los cuadros técnicos de los grandes clubs, que son en realidad los únicos que pueden darlos.

—¿Perspectivas finales?

—Gratísima: en pleno auge el fútbol nacional, revalorizado el crédito internacional y con firmes propósitos de profundizar en la tarea de extensión y divulgación del deporte. Y a este propósito, confiamos mucho en la aportación de las plumas españolas, porque el recién creado reglamento de recompensas y honores tiene amplio capítulo para escritores y cronistas que atiendan a la exaltación de la idea del deporte por su intrínseco y elevado valor educativo y social.

Juan DEPORTISTA

(«ABC», 2-I-1949)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: DIEGO GALAN Y FERNANDO LARA

TIME

The Weekly Newsmagazine



JEAN HARLOW

Fine feathers make fine fans.

(See CINEMA)

Volume XXVI

Number 8

Jean Harlow

Un producto sexual fabricado por Hollywood

Mariano Antolín Rato



«Les gusto a los hombres porque no llevo sostén. Y a las mujeres porque no tengo aspecto de chica que vaya a quitarles el marido. Por lo menos, no por mucho tiempo». (Jean Harlow con James Cagney, en «El Enemigo Público»).





Jean Harlow es una mujer que no tiene que intentar ser sexy, porque ella es el mismo sexo, y eso es lo que más se vende, opina su agente Landau.

LA brillante y vistosa fachada de Hollywood la constituyen sus estrellas. Tras ellas, en una sombra que nunca aparece en las pantallas, hay una potente organización económica. Pues el cine, y concretamente el norteamericano que se hace en Hollywood, es, además de otras muchas cosas, una gran industria. Un negocio que, como cualquier otro, quiere vender los productos que fabrica: películas. Unas películas que, al menos en el período en que se desarrolla la carrera de Jean Harlow, se apoyan en un elemento que está en la base de sus campañas de promoción y ventas: las estrellas.
Precisamente a partir de una de estas estrellas, Jean Harlow, generalmente incluida en el apartado «símbolo sexual», es posible poner de manifiesto algunos de los mecanismos de la industria cinematográfica. En efecto, la vida de este producto comercial llamado Jean Harlow ejemplifica los intereses y contradicciones de Hollywood y, en consecuencia, los de una sociedad desarrollada. En este caso los Estados Unidos con sus fantasmas de puritanismo, fanatismo religioso, psicoanálisis vulgar, sexualidad dentro de lo permitido, medios de comunicación de masas al servicio del capital... Fantasmas todos especialmente presentes en una industria que tiene los mismos desarrollos y crisis de la economía general del país. Una economía que, en el momento en que va a empezar esta historia, se encuentra en un momento especialmente difícil tras el famoso hundimiento de la bolsa en 1929.

Sin embargo, esta crisis tardaría aún unos años en tener su reflejo en el cine. Las ondas del «crack» económico fueron contenidas durante algún tiempo debido al invento, en 1926, del sonoro. Con la novedad la gente acudía masivamente a las salas, y sólo hacia 1933, cuando el nuevo invento pierde su poder de atracción, empezarán a notarse los primeros síntomas de crisis en Hollywood.
Y será la difusión del cine sonoro uno de los motivos iniciales del trabajo de Jean Harlow en la industria cinematográfica. Un trabajo que terminará con ella unos diez años después tras haberla exprimido y explotado con esa frialdad específica que sólo se enciende con el dinero propio de los hombres de negocios.

EL DESCUBRIMIENTO DE JEAN HARLOW

Estamos en 1929. En casi todas las salas se proyectan ya películas sonoras cuya producción se ha ido generalizando durante los tres años anteriores. Con el nuevo invento los costes de las películas se van a triplicar, las grandes patentes incrementan la intervención de las poderosas firmas de la industria eléctrica (detrás están la banca Morgan y Rockefeller) y muchas carreras de actores con voces poco adecuadas van a truncarse. Así tenemos el caso de John Gilbert... o el de Greta Niessen, que era noruega y tenía un terrible acento inglés.

Su representante artístico, Arthur Landau, quiere que se a la protagonista de **Hell's Angels** («Angeles del Infierno»), una película que va a dirigir Lewis Milestone y se desarrolla durante la Primera Guerra Mundial con los primeros aviadores del combate luchando contra el Barón Rojo, el conocido as de la incipiente fuerza aérea alemana. El dinero lo pone el secretísimo millonario Howard Hughes, el cual ha decidido que Greta Niessen, con su acento, no puede ser la chica inglesa que debe aparecer en la pantalla (aún no se había pensado en doblar las voces). Necesitan otra actriz y Arthur Landau, que no quiere quedar fuera del negocio, intenta encontrar una adecuada.

Está casualmente con Stan Laurel y Oliver Hardy, cuando este último señala una de las chicas que pululan por el estudio. Es rubia, muy joven y tiene unos pechos enormes. Además, dice Hardy, no usa sostén, lo que constituye su marca de fábrica. La chica en cuestión, que había hecho pequeños papeles en algunas de las películas del Gordo y el Flaco, no era otra, claro, que la mismísima Jean Harlow a sus 19 años.

Resultado: reproducción del mítico «descubrimiento» a lo Hollywood. La chica que lucha por ser estrella (y que la mayor parte de las veces termina derrotada haciendo de camarera, puta o similar) ve realizado su sueño.

Landau habla con ella y la invita a comer. Aunque hasta ahora sólo ha hecho media docena de papeles sin importancia, el agente artístico debe pensar que puede servirle. Consigue que le hagan unas pruebas de fotografía. Lewis y Hughes la encuentran más o menos bien, y como además va a cobrar la mitad de lo que pagan a la Niessen, terminan por contratarla. Landau, como es de rigor, es nombrado su agente artístico.



El amor entre jóvenes es sexo, tanto como los censores permitiesen, y esto es lo que Jean Harlow proporciona (Harlow con Spencer Tracy en «Riff-Raff»).

FABRICACION DE UN MITO

La película se estrena en junio de 1930. La crítica señaló casi unánime los indudables encantos de Jean Harlow. Su sexo estaba en todos comentarios y se decía que era la figura sexualmente más atractiva en la pantalla desde tiempo atrás. Claro, que se dudaba de su capacidad para hacer de otra cosa que de la generosa putilla amateur que interpretaba.
Pero su calidad de actriz queda en segundo plano. Lo que importa es su aspecto y su indudable atractivo. Además de su voz, con aquella típica ronquera de cama tan suya, algo importante en el sonoro, pues los suspiros de placer, a pesar de ser unos suspiros de altavoz, lograban parecer realmente íntimos.
En una estadística de ese mismo año (1930), Jean Harlow ocupa ya el puesto diecisiete en una lista de la gente más conocida del mundo. Se promueven clubs de fans y se distribuyen biografías adecuadas. En ellas, se informa que Jean siempre duerme desnuda. Que el contacto con las pieles la excita. Y hasta que unos veinte tipos se han castrado para serle fieles y no acostarse con otras mujeres.
Las respuestas que Jean Harlow iba a dar a las entrevistas (como posteriormente ocurriría con Marilyn Monroe y tantas otras), se las es-



Sigue trabajando con directores estrella como Cuckor o Vidor, con los actores más prestigiosos del estudio: Wallace Beery —en la foto— y Lionel Barrymore, entre otros.



cribían profesionales para que fueran agudas, incisivas, desconcertantes.

Así, a la pregunta: «¿Por qué cree usted que gusta al público?», respondería: «Les gusto a los hombres porque no llevo sostén. Y a las mujeres porque no tengo aspecto de chica que vaya a quitarles el marido. Por lo menos, no por mucho tiempo».

Otras respuesta. Esta vez a la pregunta: «¿Cómo le gusta despertarse por la mañana?», contestará: «Me gusta despertar con un hombre nuevo al lado».

La máquina de Hollywood funciona a tope. Tienen que promocionar el nuevo producto. Jean Harlow ha sido elegida por la industria para reemplazar a Clara Bow, la última estrella que basaba su atractivo explícitamente en el sexo.

Antes había estado Theda Bara, el prototipo de vampiresa, la mujer fatal, pálida, de ojos ardientes y boca cruel dispuesta a arruinar a quien se le pusiera por delante, pues conseguir sus favores exigía un precio terrible. Luego, a principios de los años veinte, Theda se hunde y surge la nueva chica de la era del jazz. Se trata de Clara Bow, la chica con «it» (con «aquello», creo que se decía por aquí). Se la asociaba con las jóvenes que conducían veloces automóviles, hacían deporte y bebían (no mucho). Una semivirgen y bastante buena chica en el fondo a pesar de las apariencias, para quien hacer el amor era una especie de espasmo nervioso. Ahora, Jean Harlow es una mujer que no tiene que intentar ser sexy, porque ella es el mismo sexo, y eso es lo que más se vende, opina su agente Landau. De la noche a la mañana, Jean se ha convertido en una «diosa del sexo», un exótico conjunto de carne, imaginación y leyenda como no había existido antes. En la pantalla, las historias puras y líricas, los castos romances, sólo se dan entre un hombre y su caballo, un niño y su perro, un granjero y su tierra. El amor entre jóvenes es sexo, tanto como los censores permitiesen, y esto es lo que Jean Harlow proporciona.



Al año siguiente (1931), Jean Harlow hace cinco películas (entre ellas **Enemigo público** y **Los seis misteriosos**). Su imagen se afirma y la Metro se la compra a Howard Hughes.

Es un momento en que la Metro, junto a la Paramount y la Warner, controla el 65 por 100 de la producción cinematográfica norteamericana. Estas tres compañías, con el añadido de la Fox y la RKO, son llamadas «las cinco grandes» y monopolizan el 88 por 100 de las cifras de ingresos por películas. Hay otras tres más pequeñas, la Universal, la Columbia y la United Artists, y las ocho compañías están asociadas en la Motion Picture Producer of América, produciendo el 95 por 100 de las películas y contando con 4.000 salas de proyec-

ción. Ante semajante volumen de negocios las fuerzas financieras, cuya entrada masiva en la industria cinematográfica se puede registrar a partir de 1919 como consecuencia de la compra de salas de proyección por los productores cinematográficos que fundan grandes circuitos de exhibición, no se pueden mantener al margen. Así, por esa época aparecen los «productores-supervisores», unos individuos que dependen directamente de la banca y de las empresas que están detrás. El director de la película (pasada la época de Griffith) es un mero empleado más de los estudios y hace lo que le mandan.





UNOS DATOS BIOGRAFICOS

Pero antes de que la Harlow llegara a convertirse en la «diosa del sexo», la «bomba platino» y demás slogans lanzados por los estudios, se llamaba Harlean (su **nom de guerre** era el auténtico de su madre). Hija de un dentista, nació en Kansas City, el 3 de marzo de 1911. Cuando a los 9 años asistía a la escuela, sus padres se separan. Su madre, y por tanto ella, volvió a vivir con sus padres (los abuelos de Jean). Más tarde se casaría de nuevo con un tal Marino Bello. Este individuo hacía honor a su nombre. Iba por la vida dándose aires de grandeza, hablando de su ilustre pasado italiano y dando sablazos y chuleando a la gente. Pero, eso sí, tenía fama de ser realmente tremendo en la cama, cosa que fascinó a la madre de Jean. Parece que en algún momento, y después del fracaso de su segundo matrimonio, también hizo ciertos intentos con Jean, que estuvo a punto de acostarse con él. Se negó, cuentan, porque tuvo miedo de que la esclavizara sexualmente como a su madre.

Hay una historia que cuenta que Jean, hacia los 13 años, sufrió una extraña enfermedad que la dejó paralizada de ambas piernas. Su madre que practicaba ya delirantes ejercicios de dominio mental y leía con fervor las publicaciones de la **Christian Science** (un fanático credo religioso), consiguió que se produjera el milagro y la niña se curó.

A los 16 años, cuando estaba interna en un colegio, Jean se fuga una noche con otro alumno y se casa con él. Es expulsada y su marido, que tiene 21 años, es obligado por sus padres a separarse de ella. Es 1927 y nunca se volverán a ver.

Entonces Jean se va a vivir con su madre y padrastro que se trasladan a Los Angeles. Trata de hacer carrera en el cine... momento en que la «descubre» Landau.

EL ESCANDALO DEL PRIMER MATRIMONIO OFICIAL DE JEAN HARLOW

Tras su comienzo fulgurante en el cine, Jean

anuncia que va a casarse con uno de los ejecutivos de los estudios Metro. Se trata de Paul Bern, que trabaja a las órdenes de Irving Thalberg, uno de esos defensores del capital con tremendo poder e influencia aunque nadie, exceptuados los de la profesión, conoce su existencia. Bern era uno de los encargados de llevar a buen término la política de Thalberg. Esta política se ocupaba de la personalidad moral-inmoral que exigía el público de sus favoritos. Era algo difícil de resolver, dado que si actores y actrices interpretaban voluptuosos papeles sexuales en la pantalla, ¿por qué iban a llevar unas vidas privadas convencionales? Los films sin sexo (para mayores) vaciaban las salas, pero para presentar el sexo de modo que los comités de censura no lo prohibieran, era preciso disfrazarlo. Y de esto se ocupaba Thalberg, cuya receta consistía en defender que nada que fuera histórico o lujoso era moral. Así que en los estudios se producían películas «de época» y de las disipadas clases más altas. Paul Bern, su lugarteniente, también se ocupaba de lo mismo. Era un hombre al que se consideraba seguro y serio. Un buen marido, pues, para Jean Harlow, que mejoraría su imagen pública y profesional (como opinaba Landau, su agente). Podía obviarse que tuviera 42 años y Jean 21, y que fuera más bajo que ella. *El amor lo puede todo.*

El primer matrimonio de Jean Harlow había terminado tras la primer noche de bodas (no muy satisfactoria como la propia Jean declararía a su madre). Y éste con Bern, el segundo, duraría menos, pues terminaría durante la primera noche.

La ceremonia se había celebrado privadamente y, al día siguiente, se celebraría la recepción oficial. Una recepción que siguió el ritual acostumbrado. Acudieron productores, ejecutivos de los estudios, actores y demás fauna propia de estos casos. Sin olvidar a la madre de Jean y a Marino Bello que vivían a costa de la actriz. Todo se desarrolló según lo previsto, informaron los reporteros. Pero, al día siguiente de la recepción, Bern aparece muerto. Se ha pegado un tiro y todo indica que se ha suicidado. Junto a él hay una nota que dice: «Queridísima: Por desgracia esta es la única manera de reparar el terrible error que cometí contigo y de borrar mi abyecta humillación. Comprenderás que lo de anoche sólo era una comedia».

Todo son conjeturas. La prensa parece dispuesta a dispararse, aunque nadie sabe qué ha ocurrido relamente. Hoy, después de la formi-



De hecho Jean Harlow es ya famosa por su aspecto, su cabellera, con los papeles que interpreta, las entrevistas que concede, las ropas que lleva o deja de llevar, el ambiente melodramático creado por su segundo matrimonio.

Tras el suicidio de su marido parece que Jean Harlow quiere demostrar lo poco que le impresionan su casa, el grupo que la rodea, el estudio, su futuro, su carrera de «Bomba Platino», y todo lo demás. Además quiere amor y quiere, sobre todo ahora, sexo.



dable labor de investigación de Irving Shulman (de cuyo libro **Harlow, a intimate biography** he obtenido la mayoría de los datos más privados) que entrevistó a muchas de las personas que habían tratado a Jean Harlow, y en especial a su agente Arthur Landau, podemos saber lo sucedido.

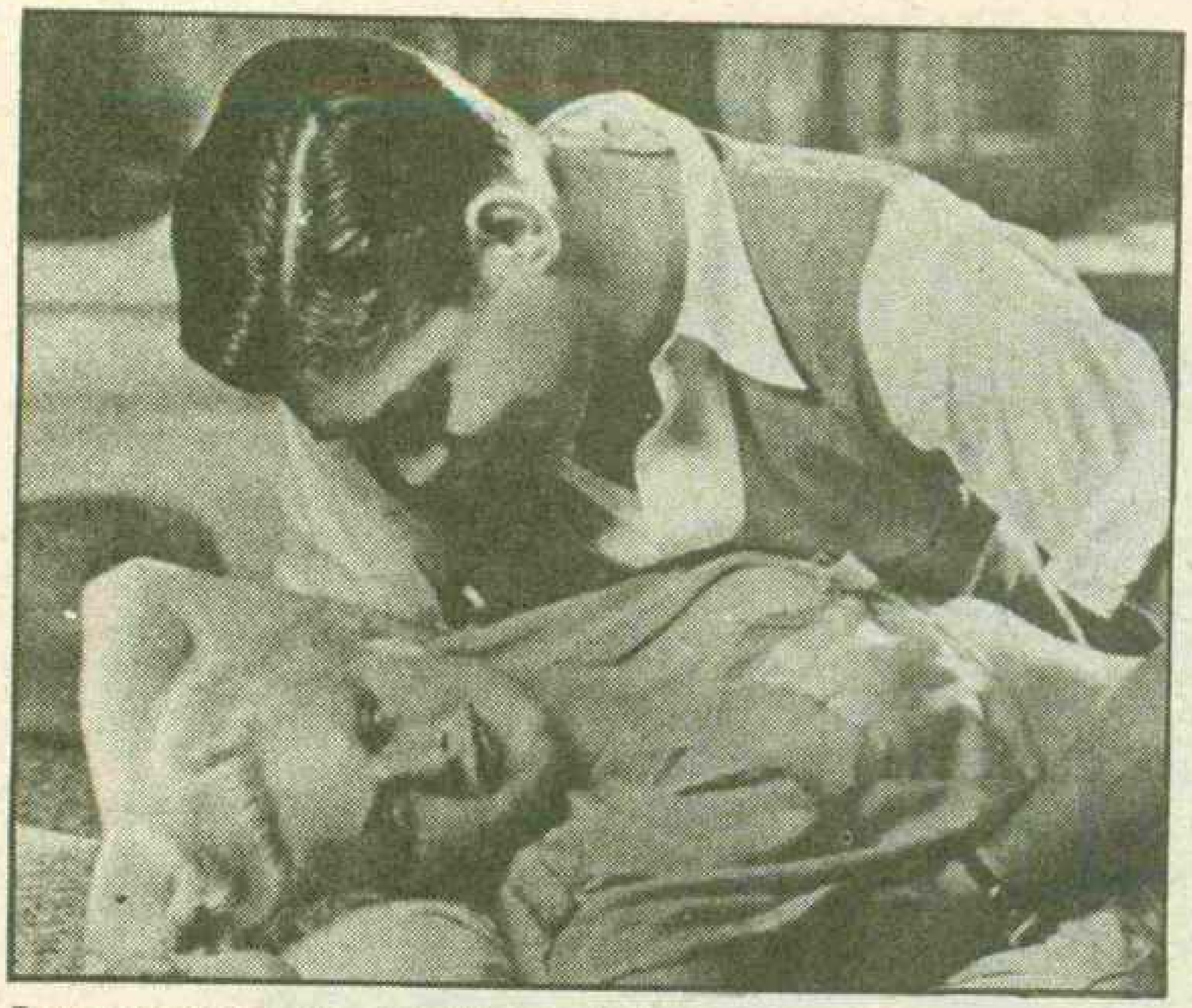
La noche posterior a su boda, y previa a la recepción, Jean telefonea a Landau. Cuando, a las cuatro de la madrugada, éste llega a casa de la actriz se asombra ante los cardenales que aparecen en su espalda. La estrella cuenta que Bern la ha golpeado porque ella se rió al verle desnudo. Resulta que Bern tiene pene y testículos infantiles, escaso pelo púbico y unas caderas redondeadas y proporcionadas para una mujer. Es algo que ha ocultado hasta entonces cuidadosamente, aunque sigue un tratamiento psicoanalítico.

Jean quiere divorciarse inmediatamente de Bern. Landau, aunque sabía que las bodas en Hollywood solían durar poco, considera que en esta ocasión pretender que el matrimonio terminara antes de la recepción era una locura. Decidió, de acuerdo con Bello y Bern, que el asunto, de momento, no debía trascender. Lo mejor sería esperar algún tiempo antes de anunciar el divorcio para que sus respectivas carreras no resultaran dañadas. No podían faltar a la recepción Luis B. Mayer, el amo de los estudios, no se lo perdonaría jamás. Y el aumento de sueldo que estaban negociando entonces no tendría lugar, y hasta se exponía a quedarse sin trabajo.

Aparentemente durante la recepción todo se desarrolló normalmente, pero al quedar solos, Bern intenta acostarse con su mujer. Para ello recurre a un pene artificial que se sujeta a la cintura. Escena tragicómica. Jean se muere de risa. Paul se siente humillado. Está hundido porque, como dirá después a Landau: «Todos los hombres tienen erecciones sólo por hablar de ella. ¿Es que yo no tengo derecho a que Jean me ayude a eso?».

Al día siguiente, cuando Bello considera la posibilidad de que, para romper decentemente el matrimonio, Jean debe hacer una escena maestra, por ejemplo suicidarse, lo que quedaría muy bien cara a la prensa y público, el que aparece muerto de verdad es Bern.

Jean monta el número en presencia de varias personas y, decidiendo que sin Paul Bern su vida ya no tiene sentido, va a hasta a un balcón para tirarse. Bello que lo tiene muy bien pensado, evita que cometa aquel acto irreparable. Los periódicos dan cuenta del intento de suicidio. Mayer, el mandamás de la Metro, prohibe que se mencionen las características



Por entonces Jean bebe bastante, aunque no durante el rodaje, donde se esfuerza por interpretar su papel lo mejor que puede. En la película Clark Gable, que huye de la policía, se esconde en el cuarto de baño de una casa donde Jean está bañándose (Jean Harlow y Clark Gable en «Red Dust»).

somáticas de Bern. ¿Cómo iba a haber empleado él a un marica?, dice privadamente. Si se sabe que lo ha hecho, nadie querrá volver a trabajar en una empresa que emplea a degenerados sexuales.

Encarga que se difunda que era algo hereditario, que otros miembros de la familia Bern se habían suicidado (lo que era falso). Y convenció a Harlow de que lo del pene artificial era una alucinación. Por lo tanto, no debía de repetir la historia para no arruinar su carrera y la de los que la rodeaban.

Como Mayer era poderoso, consiguió que el asunto se acallara bastante. La prensa consideró más conveniente no atacarle. Sí hubo algunos intentos por parte de ciertos reporteros al comentar la extraña nota dejada por Bern. Y, además, estaba la existencia, que se descubrió entonces, de una señora de Bern anterior, una mujer que estaba loca y a la que Paul mantenía. Sin embargo, cuando se trató entrar en contacto con ella, fue imposible encontrarla en el hotel donde vivía. Había desaparecido dejando todas sus cosas en la habitación y, poco después, su cuerpo sin vida sería encontrado en un río cerca de Sacramento.

Para olvidarlo todo, Jean volvió al trabajo en **Red Dust** («Tierra de pasión»). Una película dirigida por Víctor Fleming y con Clark Gable de coprotagonista. El cameraman, que llegaría a ser el tercer marido de Jean Harlow, era Hal Rosson.

LA EPOCA MAS DISIPADA DE JEAN HARLOW

Tras el suicidio de su marido parece que Jean Harlow quiere demostrar lo poco que le impresionan su casa, el grupo que la rodea, el estudio, su futuro, su carrera de «Bomba Platino» y todo lo demás. Además, quiere amor y quiere, sobre todo ahora, sexo.

Durante esta época se liga al primero que se le pone a tiro. Oculta su cabellera platino bajo una peluca morena. Su pelo es demasiado conocido y trata de evitar más escándalos. El disfraz parece que resulta porque un tío que conoce en un cine donde proyectan una película suya le dice que se parece a Jean Harlow y que debía dedicarse al cine.

Pero no siempre resulta y así, en cierta ocasión en que pasa la noche con un taxista de San Francisco, el tipo descubre quien es realmente su compañera de cama. Aparece Marino Bello, su padrastro, ordenando al taxista que se largue y que bajo ningún concepto (le amenaza incluso de muerte) debe decir a nadie que se ha acostado con una de las más grandes estrellas. El individuo declara que aunque lo contara nadie iba a creerle. Unicamente tiene un problema. El es un hombre sano y los que hacen películas tienen mala fama. ¿Padece Jean alguna enfermedad venérea? Hay una pelea entre él y Bello, terminando la cosa con la intervención de Jean que le da otros 20 dólares y le dice divertida, mientras le besa, que puede estar tranquilo porque está sana.

De estos días en los que se pasa a tope, recordaría después que, entre el alcohol, el ruido y las distintas camas por las que ha pasado, había follado un par de veces o tres en retretes públicos, asientos traseros de coches y otros lugares improvisados. Y siempre, según dice, recordando a Bern y su ridículo pene artificial. Y siempre, insiste, deseando quedar en estado, obsesionada con el hijo que quiere tener. Un hijo, dirá a su gente Landau, que le servirá de arma contra la Metro que tendrá que utilizarla en papeles donde no tenga necesariamente que resultar provocativa.

Al fin, una tarde de domingo se encontró en la habitación de un hotel sola. Le habían robado toda su ropa y joyas. Marino Bello acude una vez más en su ayuda.

A pesar de sus esfuerzos no se ha quedado en estado. Deduce de ello que es estéril y que puede desentenderse de las consecuencias del acto sexual. Asimismo, decide que un hijo, en aquel momento, podría arruinar su carrera.

Ahora tiene que rodar **Hold Your Man** («Tú eres mío»), de Sam Wood. Los estudios lanzan una nueva campaña de lanzamiento y promoción de la estrella. De este modo, se apagan las voces de algunos columnistas de segunda fila (ya sabemos que Mayer controlaba a los más importantes) que habían informado vaga-

mente de la vida de Jean en los últimos tiempos.

EL TERCER MATRIMONIO DE JEAN HARLOW

Por entonces Jean bebe bastante, aunque no durante el rodaje, donde se esfuerza por interpretar su papel lo mejor que puede. En la película Clark Gable, que huye de la policía, se esconde en el cuerto de baño de una casa donde Jean está bañándose. Es la misma fórmula y los mismos actores que en **Tierra de Pasión.** La diferencia reside en que en la anterior película Jean Harlow estaba desnuda en un barril y ahora está en una bañera.

Sin embargo, se considera que es su mejor interpretación y tiene gran éxito de público. Se estrena en junio de 1933 y se dan datos de que acuden a verla entre 15 y 20 millones de personas, de los 88 millones de espectadores norteamericanos que frecuentan entonces las salas de cine (la población total de los Estados Unidos era de 120 millones).

Sigue trabajando con directores estrella como Cuckor o Vidor, y con los actores más prestigiosos del estudio: Wallace Beery, Lionel Barrymore, entre otros. Sin embargo, tiene problemas económicos. Su madre y Marino Bello viven a su costa, y la casa de Beverly Glen (comparada, como es de rigor, con un helado sobre una colina) tiene un servicio de 10 personas a todas las cuales paga Jean.

En septiembre del mismo año (1933) se casará con Hal Rosson, uno de los cameramans más famosos de la Metro. Jean tiene entonces 22 años y Rosson 38.

Mayer, el auténtico león de la Metro, se enfada y riñe con Landau, el omnipresente agente de Jean, porque se ha casado sin su permiso. Resulta que Jean es cristiana y Rosson judío y no debe haber mezclas, opina imperiosamente Mr. Mayer. Ellos, los judíos, añade, no se emborrachan ni andan por ahí enloquecidos; tampoco se divorcian. Por tanto, amenaza que no vea él a su querido Rosson con el corazón roto por un divorcio. Y eso, sin tener en cuenta a los periodostas que, según él, son como cuervos sobrevolando la carroña. Así que como haya un escándalo como el de Bern ya puede empezar Jean Harlow a despedirse del cine y a buscarse otro trabajo. ¡Ah!, y que se ponga sostén, ahora ya es una mujer casada.

Decide que se prepare una versión del romance que sea conveniente. Tras muchos retoques y modificaciones, se elabora una historia que satisface a Mayer. En la versión, que se distribuye internacionalmente, se incluyen unas declaraciones de Jean donde cuenta que ama a Rosson desde hace años. Su presencia tras las cámaras había sido el motivo fundamental que hizo que se esforzara en interpretar un papel que le gustara concretamente a él. Había, pues, un hombre conocido al que se dirigía la super-sexy. No era diferente a otra mujer enamorada de un hombre al que quiere conquistar con un trabajo donde despliega todos los encantos posibles.

Mayer considera que el nuevo matrimonio debe vivir solo. Quiere mantener a raya a Marino Bello y su mujer (la madre de Jean) cuyas exigencias económicas van en aumento. En esto, Landau, el agente, está de acuerdo, así que Jean y Rosson dejan la casa de Beverly Glen.

Tras diversas peripecias, entre ellas el enfado de Mayer con Landau y Rosson (con el primero porque pretendía que aumentara el sueldo a la actriz que se niega a trabajar por el mismo dinero que hasta entonces; y con el segundo por unas declaraciones que motivan las protestas de las otras estrellas del estudio), Jean Herlow debe ser operada de apendicitis. En esta ocasión se rechaza la propuesta de un hombre de negocios que pretende vender pendentifs con los pelos púbicos de Jean que le fueran cortados para operarla.

Durante la convalecencia, mamá no se separa ni un momento de la cabecera de la cama de Jean. Esta dice entonces que no volverá a trabajar si, además de aumentarle el sueldo, su madre y Marino Bello son apartados de ella. El asunto se termina con Jean-madre y Marino contratados por los estudios en calidad de administradores de la actriz. Mayer ha cedido, en parte, porque Bello tiene fama de mafioso. Había emigrado de Sicilia y se le consideraba un tipo peligroso que mantenía contactos con la aristocracia gangsteril de Chicago y Detroit.

Al fin, tras seis meses sin rodar, en marzo de 1934, Jean Herlow vuelve a los estudios para



Es preciso comprender que todo (mito y producto comercial) son fabricados, distribuidos y vendidos a un público que quiere sensaciones y está dispuesto a creer las peores cosas de su diosa sexual (Harlow con Robert Taylor en «Personal Property»).

trabajar en **The Girl from Missouri** («La chica de Missouri»). La acompañan en el reparto dos actores prestigiosos: Franchot Tone y Lionel Barrymore. Rosson no está tras las cámaras, pues poco antes se había anunciado oficialmente su separación de Jean.
Los motivos de la separación siguen sin estar claros (aunque parecen haber jugado un papel importante su madre y Marino que han vuelto a vivir con la estrella) y ni siquiera la Metro proporcionó una versión adecuada. En cualquier caso, se ordenó a Jean que se mantuviera callada.

Después, la prensa habla de los romances de Jean con el campeón de boxeo Max Baer y con William Powell (aunque ambos declararán al regreso de unas vacaciones que han pasado juntos que «sólo somos amigos», según lo exigido por Hollywood). Lo cierto es que la Legión de la Decencia hace público un comunicado donde se condena públicamente la indecencia de la gente del cine, y en especial la de la Harlow.

MAYER SE METE EN POLITICA

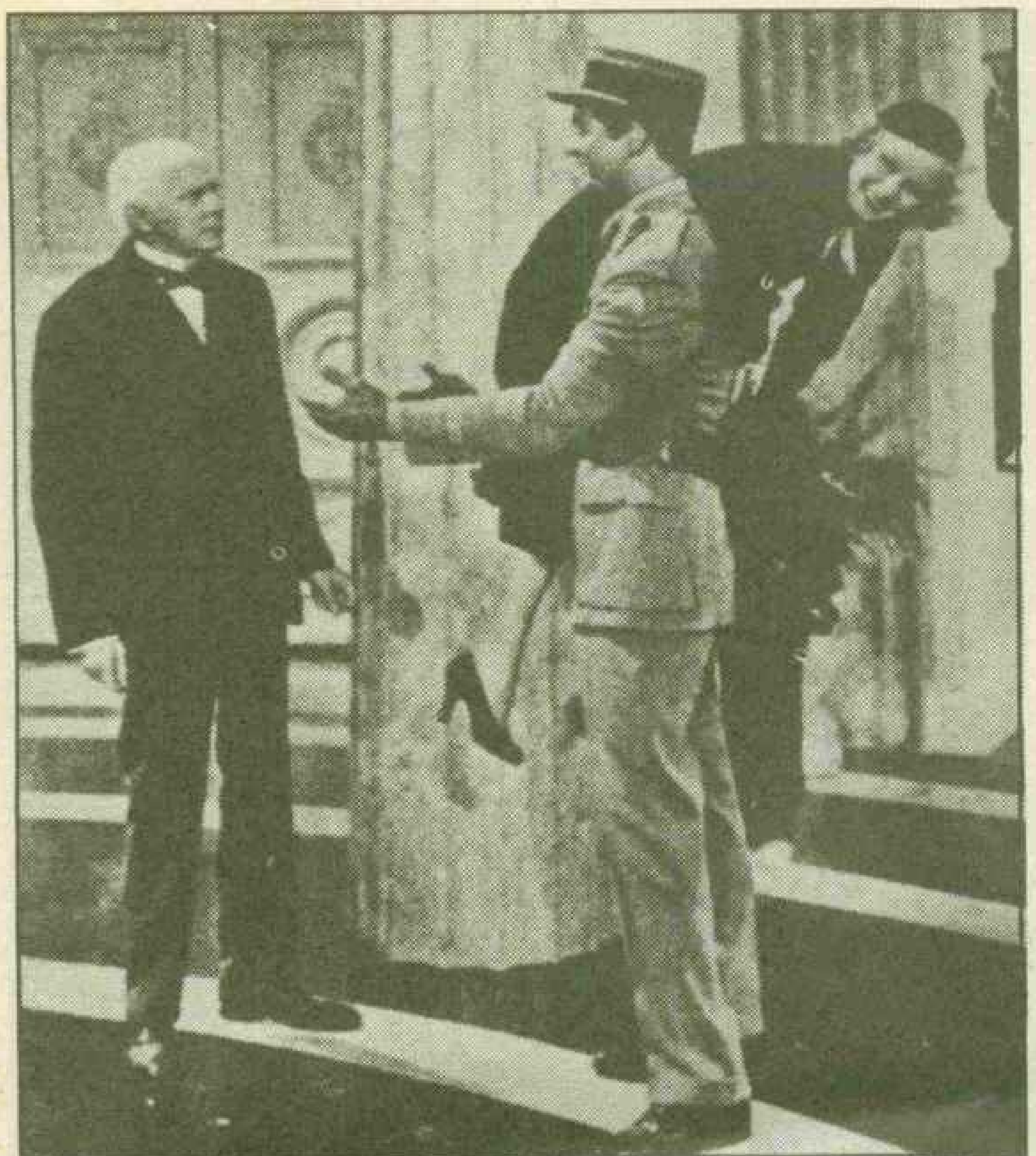
Pero Mayer tiene entonces otros problemas de qué preocuparse. El escritor socialista Upton Sinclair (una de cuyas novelas, **La jungla**, sería alabada por Lenin) se presenta como candidato a Gobernador de California con un programa de reformas sociales. Anuncia que va a cargar a los estudios con severos impuestos, por lo que Mayer decide apoyar a su oponente. No le importa que se trate de un hombre furiosamente antisemita, partidario de la prohibición del alcohol y terriblemente puritano. Era preciso liquidar a aquel bolchevique, aquel vándalo antiamericano que quería terminar con la pobreza en California.
Además, la política de la Metro, en contra de la de otras productoras (especialmente la Warner que produce películas donde se tratan problemas sociales contemporáneos), aun llevando a cabo algunos de los films mejor realizados del mundo, no se sale de un esquema donde queda excluido cualquier realismo. A Mayer y sus ejecutivos les desagradan los autores contemporáneos que escriben, no de la grandeza de América, sino de sus defectos (recordemos que era la gran época de la novela realista norteamericana: Dos Passos, Sherwood Anderson, Dreiser, Erskine Caldwell, Sinclair Lewis y otros). El público de sus películas lo constituyen especialmente mujeres. Por tanto, sus gustos y sus sueños sublimados eran de gran importancia. Daba igual lo que entonces ocurriera en el mundo, las películas eran un negocio y su experiencia demostraba que la gente va al cine buscando escape, no para que le recuerden sus problemas. Metro era un estudio destinado a crear entretenimiento y si la mujer norteamericana pedía más entretenimiento eso había que darle.

Total, que Mayer decide que se descuente un día de paga a todos los que trabajan en el estudio con el fin de contribuir a la campaña del republicano. La propia Jean Harlow, que ya antes había participado en la fanfarria electoral de Roosvelt, interviene en la campaña haciendo declaraciones ridículas y proporcionado (o eso se hace público), asesoramiento para la campaña del reaccionario que, en noviembre de 1934, ganaría las elecciones.

En diciembre se inicia el rodaje de **«La indómita»**, dirigida por Víctor Fleming, y con William Powell, Franchot Tone y Rossalind Russell, compartiendo el estrellato con Jean Harlow. Se trata de un musical y Jean tiene que cantar y bailar. No lo hacía bien y el público protestó porque consideraba que Jean sólo estaba bien como compañera de cama con un diálogo lleno de ¡¡¡Sexo, SExo, SEXo, SEXO!!!
Por lo que poco después, en **Los mares de China** vuelve a interpretar el mismo papel de siempre. Es decir, el papel asignado a una mujer, pero exagerándolo y llevándolo hasta su conclusión fatal. El sexo explícito hasta el punto en que se permitía en aquella época anterior al aparente sexo abierto de la actualidad.

JEAN HARLOW EN LA CUMBRE DE SU FAMA

En marzo de 1935 obtiene el divorcio de Rosson. Y en el número de agosto de la revista **Life** aparece en portada, lo que constituye un gran éxito.
De hecho, en este momento, Jean Harlow es famosa por su aspecto, su cabellera, los papeles que interpreta, las entrevistas que concede, las ropas que lleva o deja de llevar, el ambiente melodramático creado por su segundo matrimonio. Si su fama se basa en una imagen de atrevida ninfomaníaca, si es la protagonista de cualquier relato pornográfico de Hollywood, si se ha convertido en la mente del público en la protagonista de toda película oscena, hay una razón, pero no se debe exclusivamente a ella misma. Es preciso comprender que todo (mito y producto comercial) son fabricados, distribuidos y vendidos a un público que quiere sensaciones y está dispuesto a creer las peores cosas de su diosa sexual. Su altar y su templo son la cama. Nadie va a cambiar su imagen. Ese debe comprenderlo la propia Harlow que por entonces quiere ser



Se contó que había ganado mucho y dejado muy poco... y Hollywood siguió funcionando y fabricando otras «diosas del sexo» (Jean Harlow con Gary Grant en «Suzy»).

una gran actriz. Trata de estar un año sin trabajar para dedicarse a estudiar, descansar y aprender dicción. No lo consigue y, aunque se queja de constantes dolores en la espalda, continuará haciendo el mismo tipo de papel.

En cualquier caso llega a escribir una novela, que ni se publicará ni tampoco se producirá aunque, años después, y con el título de **Today is Tonight** («Hoy es esta noche»), andará rodando por la Metro, firmada por Jean Harlow y Carey Wilson.

Durante los dos años siguientes trabaja en bastantes películas y en enero de 1937, cuando termina de rodar **Jugando con la misma carta**, se pone enferma. Está disgustada además con los papelesque le daban y piensa dejar de actuar. Lo que motiva una violenta discusión con Mayer y que sus problemas económicos se incrementen.

Se descubre entonces que es albina, lo que explica el color de su pelo, y que no pueda exponerse al sol ni siquiera para rodar exteriores.

DECADENCIA Y MUERTE DE JEAN HARLOW

En mayo del mismo año (1937), y cuando según estudios de la Metro, su popularidad está descendiendo, rueda **Saratoga.** De pronto, un día no acude al estudio y su madre dice que está enferma. No deja que nadie entre en la casa, ni siquiera Landau que, según mamá, tiene un aura de maldad y despide malas vibraciones.

El fanatismo de la madre de Jean con respecto a la **Christian Science** se ha acentuado tras su divorcio de Bello, un año atrás. Ahora trata de curar a su hija recurriendo a métodos religiosos que eliminen el mal que la posee.

Cuando al fin se consigue que un médico vea a Jean Harlow, se descubre que tiene inflamación de la vesícula biliar y que debe de ser operada. Oficialmente se anunció a la prensa que tenía un resfriado.

Se extiende una rápida infección que afecta a los riñones que, al decir de los médicos, llevan enfermos hace años, quizá a partir de la paliza de Bern. Pero mamá dice que Jean está fingiendo y cuando, tras terribles disputas, es llevada al hospital, entra en coma y poco se puede hacer para salvarla, muriendo el 7 de junio de 1937. Tenía 26 años. Era la muerte más importante de Hollywood desde la de Valentino, en 1926, e iba a merecer un funeral mayor que una **première.**

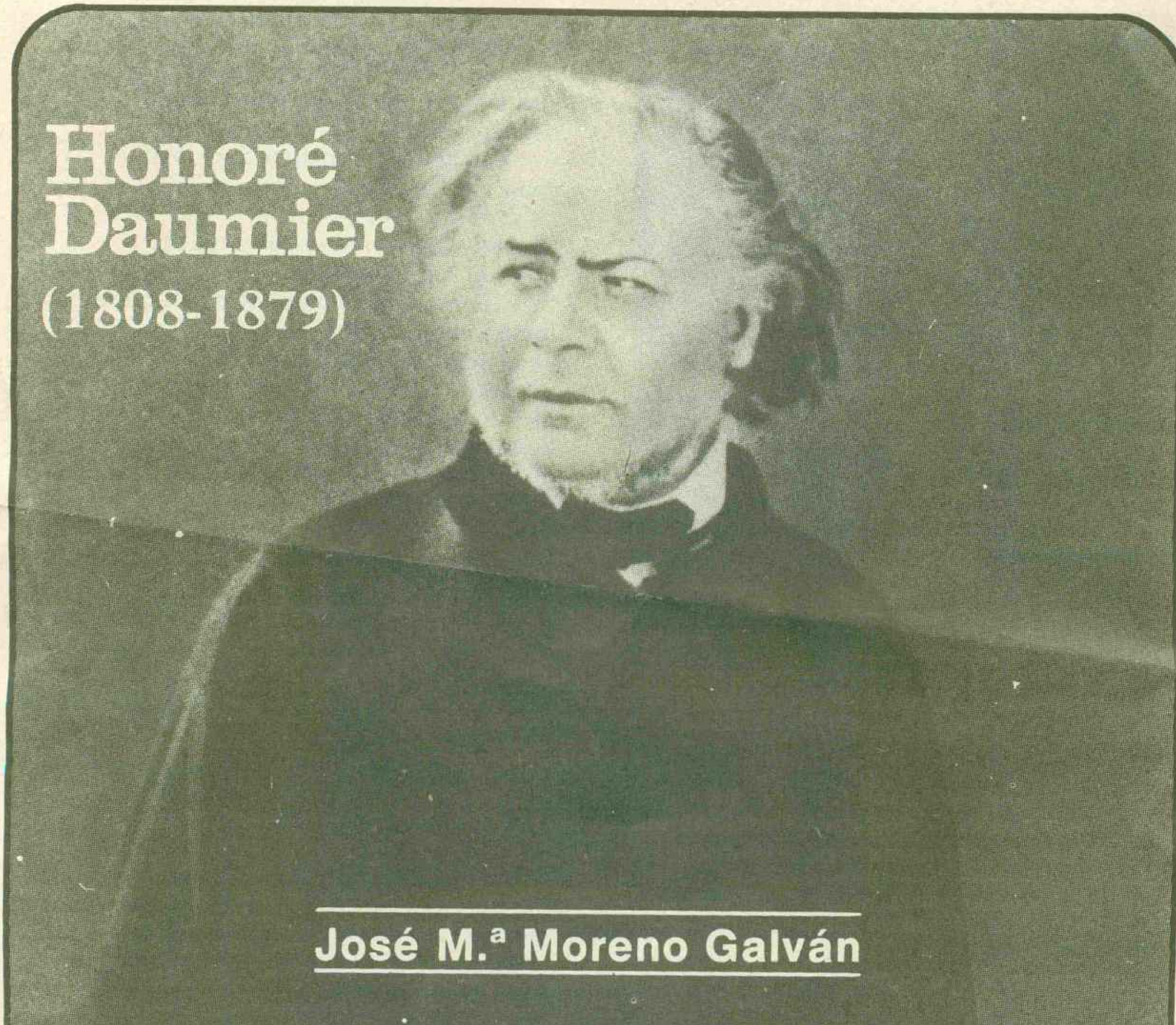
A la prensa se comunicó que el retraso en su hospitalización se había debido más a Jean que a su madre. Decir que todo se había debido al fanatismo religioso de mamá hubiera levantado protestas de la **Christian Science,** una fe religiosa bien asentada y poderosamente influyente. Ningún estudio se atrevería a atacar a una religión observada por hombres civilizados.

Como no se permitió ver el cadáver más que a los muy allegados a la actriz, hubo quien levantó el rumor de que había muerto debido a un aborto mal hecho. Otros más histéricos hablaron de que había muerto víctima de ciertos siniestros ritos paganos, por lo que exigían una investigación nacional. También estaban los que dijeron que la había matado un gorila con el que hacía el amor. Bebida y drogas también tuvieron sus partidarios entre los motivos de muerte. No faltó quien, apoyado en testimonios de conocidos naturistas, afirmó que Jean había muerto por someterse a una dura dieta de adelgazamiento. Ni tampoco quien dijo que su muerte se debía a un cáncer provocado por el líquido, goma, algodón, o lo que fuera que se hubiera inyectado o metido en los pechos para que fueran mayores y más voluptuosos. También se dijo que había muerto de sífilis, o que los tintes que usaba en el pelo había envenenado su cerebro.

Mayer y los demás ejecutivos de los estudios expresaron su dolor ante la pérdida de tan gran amiga.

Se contó que había ganado mucho y dejado muy poco... y Hollywood siguió funcionando y fabricando otras «diosas del sexo» como Marilyn Monroe o Jayne Mansfield pero, como decía Kipling, eso ya es otra historia. ■ **M. A. R.**

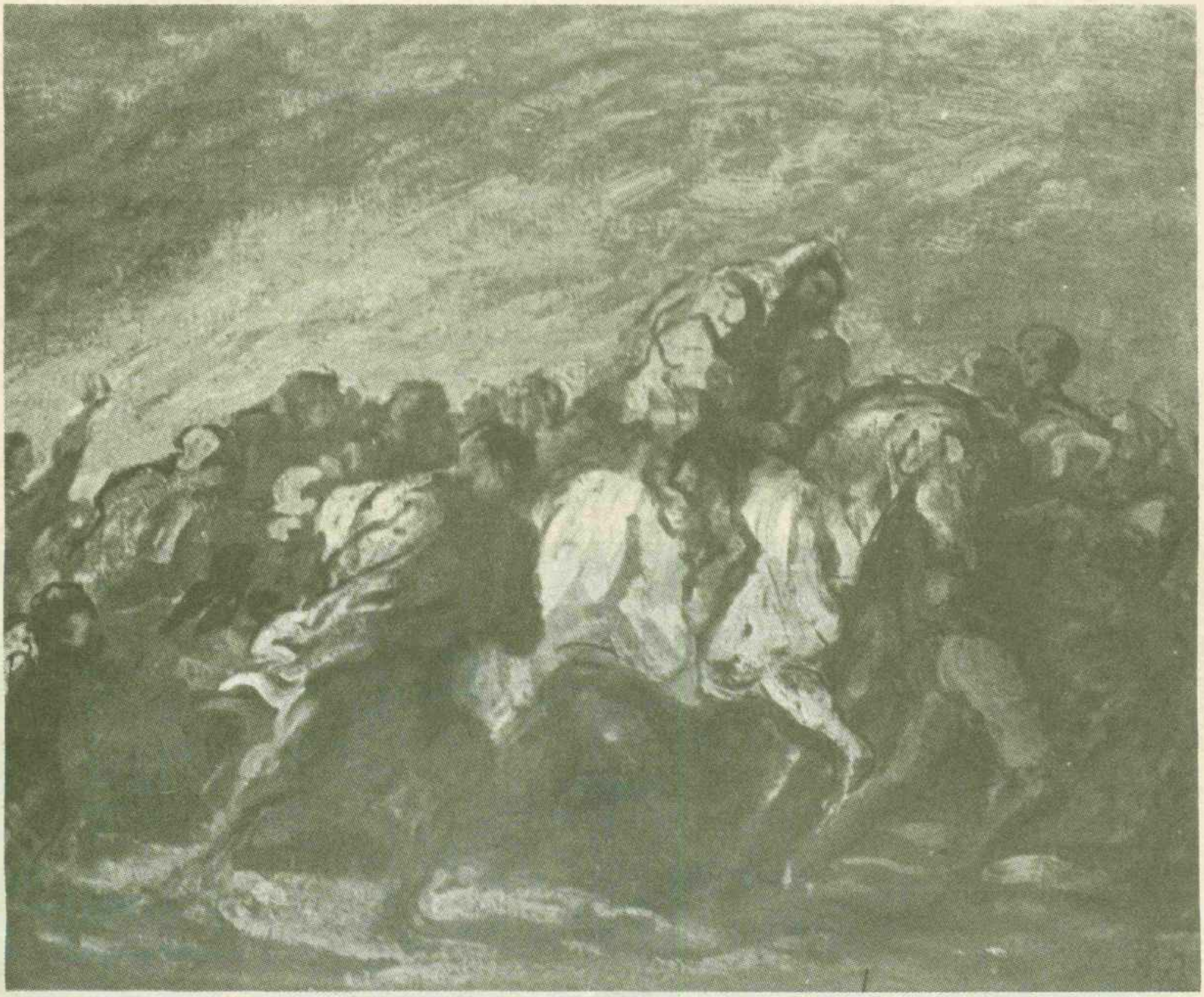
Honoré Daumier
(1808-1879)

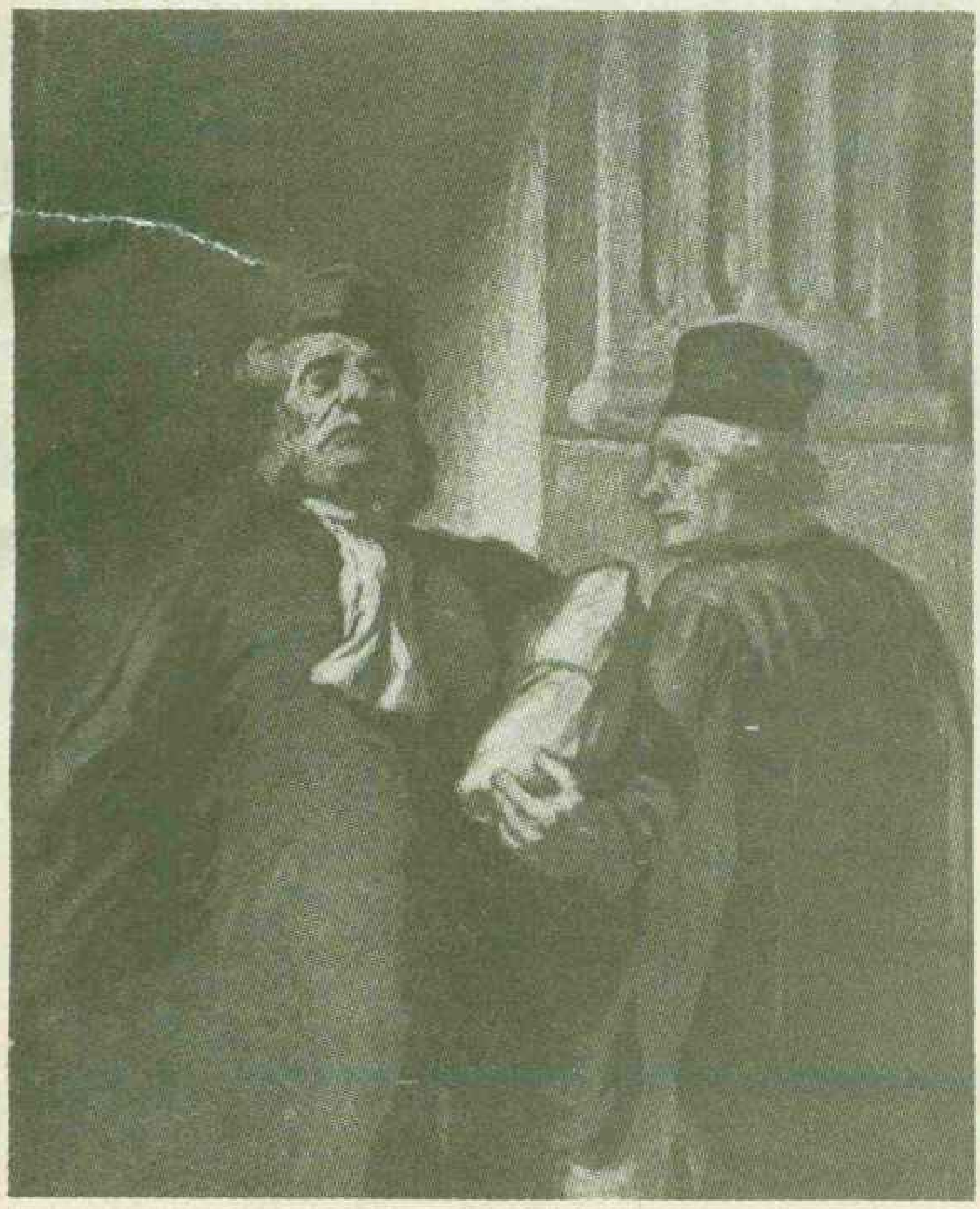


José M.ª Moreno Galván

DE todos los artistas del XIX francés —un siglo muy francés, teniendo en cuenta el número y calidad de sus artistas— acaso el más comprometido con las inquietudes sociales y políticas de ese época sea Daumier. Más incluso que los socialistas Millet y Courbet... Porque ellos no tenían, como lo tenía Daumier, esa esquina hiriente del sarcasmo, cercana a la caricatura —y franca caricatura muchas veces— con, incluso, una cierta punta de actualidad casi periodística, por donde más de una vez se le desbocó su propio sarcasmo, que tuvo que pagar con multas o con cárcel.

Acaso eso que he llamado aquí su «punta periodística» es lo que más decisivamente ha caracterizado su trabajo de artista... Eso, y su condición de hombre de la izquierda de su tiempo. Es cierto que muchas veces se contentó con reflejar en su obra escenas de esas que antes se llamaban «de género», donde los personajes se inscribían en el paisaje, sin pretender convencer al espectador de la necesidad de luchar por ninguna justicia en litigio; pero con mayor frecuencia aún, Daumier estovo siempre luchando por los fueros de esa justicia y más frecuentemente aún, contra los fueros de la injusticia. Por eso fue, antes que un pintor, un grabador, para el cual, el que entonces era nuevo procedimiento de la litografía fue un vehículo magnífico para mantenerlo en contacto con su público. Porque, en definitiva, lo que Daumier supo hacer magistralmente es mantenerse dentro de los límites de la profesión plástica que había elegido y llevar dentro de ella su lucha política. En eso ha quedado verdaderamente como un gran maestro.





HONORE-Victorin Daumier había nacido en Marsella el 26 de febrero de 1808. Este año de 1979 se cumple el centenario de su muerte, ocurrida en París el 11 de febrero de 1879. Un año antes, en 1878, había tenido lugar en París su gran exposición, que tuvo gran éxito de crítica, pero no de público. Al pobre Daumier no le abandonó nunca la pobreza, en la que se mantuvo hasta su último aliento. El mismo, tampoco pudo ver su propia exposición, pues ya estaba casi ciego.

Daumier había heredado, sin duda, del ambiente familiar el clima de arte que hizo de él un artista. Su padre, Jean-Baptiste-Louis, era poeta y dramaturgo como afición suplementaria, pero en realidad se ganaba la vida como tallista y como restaurador de cuadros. El traslado de toda la familia a París, en 1815, sin duda fue decisivo, con el tiempo, para la elección profesional de nuestro hombre.

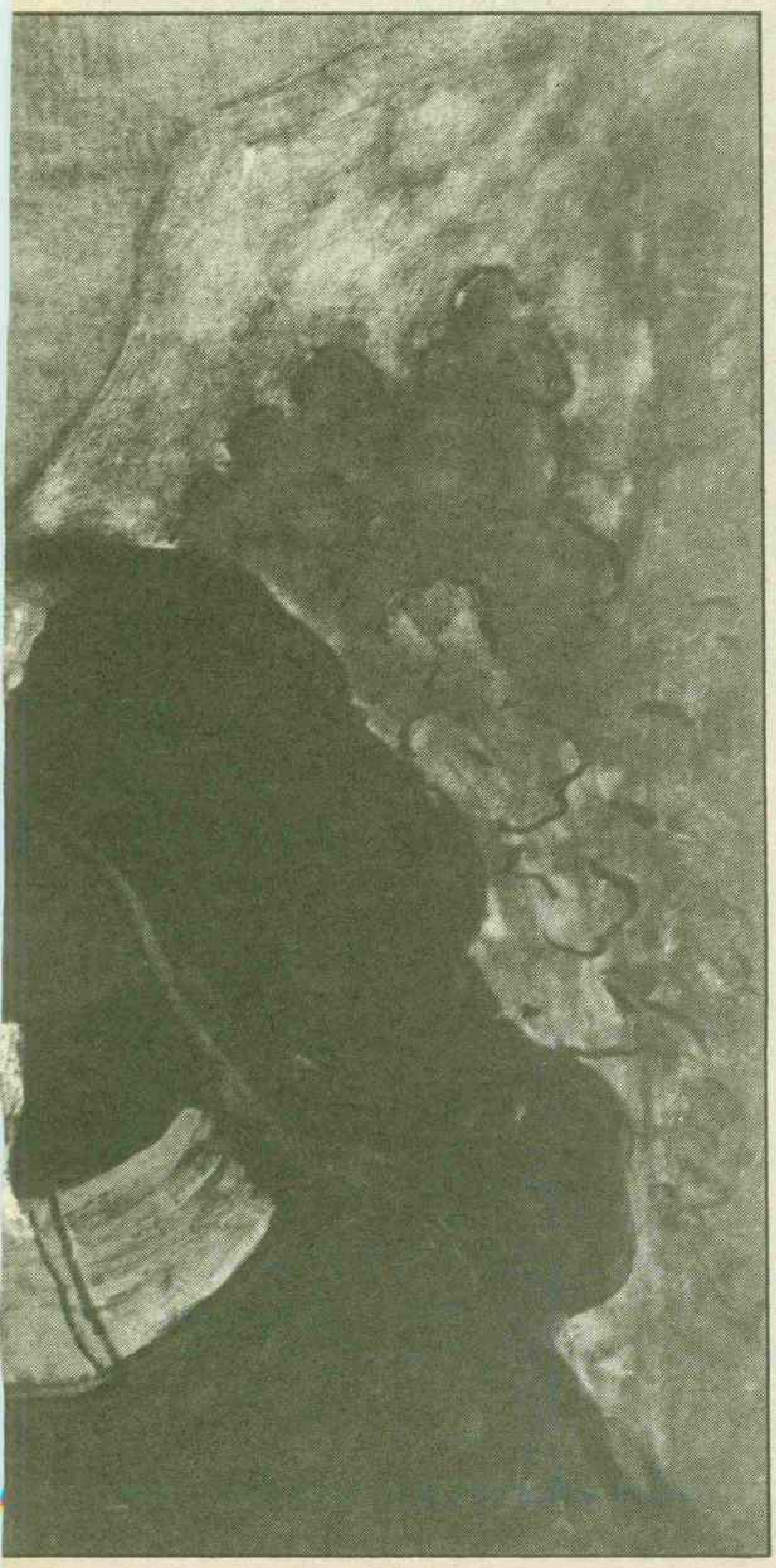
Uno no puede dejar de esbozar una leve sonrisa cuando considera el destino profesional que la pobre familia Daumier proyectaba para

su joven hijo Honoré en París. El padre de Daumier quería para él convertirlo en ujier de un tribunal. Y, en efecto, comenzó atrabajar en esa profesión proyectada, pues hacia 1820 ya actuaba como mandadero. Sin embargo, en 1821 se señala ya un ascenso de su vida profesional, pues en ese año se le registra como dependiente de la librería Dalaunay, una de las más importantes de París, que estaba instalada en el mismo Palais Royal. La profesión de librero también la abandonó pronto, para dedicarse directamente a la pintura, en 1822, conducido por Alexandre Lenoir, pintor y escultor, apasionado fundamentalmente por el arte medieval, que en aquella época, cuando se estaba fraguando el romanticismo, iba a tener mucho predicamento. Lenoir fue el fundador del Musée des Munuments français. Pero el joven Honoré, influido por el romanticismo, como se explica no sólo en la época vital de su actuación, sino por su propio talante personal, como su propia obra indica, fue muy receptivo del medievalismo que, junto a Lenoir pudo captar en beneficio de su obra.

Muy poco después, entre 1825 y 1830 se somete Daumier a la pedagogía sistemática de lo que, definitivamente, sería su profesión definitiva de grabador de actualidades. Tuvo la suerte de acertar con la que acaso sería la más libre de las academias privadas de París, la Academie Suisse, donde no sólo conoció a fondo el oficio del grabado y particularmente



la litografía, procedimiento entonces nuevo, descubierto a principios de aquel siglo y que para Daumier sería capital dado su talento creador rápido, más la posibilidad de tiradas muy superiores. Pero allí no sólo se enriqueció en el dominio y el aprendizaje de procedimientos: también conoció a muchos amigos que, con el tiempo, le serían decisivos, como Philippe-Auguste Jeanron, que en 1848 llegaría a superintendente de Bellas Artes; el escultor Préault, especializado en el boceto de captación inmediata, y los que fueron sus maestros más sistemáticos: el litógrafo Beliard y el realizador de planchas con episodios callejeros —en los que él sería luego un gran especialista, Ramelet.



Daumier, que no fue nunca un político profesional, tuvo siempre una gran sugestión por los grandes principios que puso sobre el tapete la revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Es lógico, por tanto, que los grandes ilustrados, padres del 1789 francés —el Rosseau del «Contrato social», Voltaire y el Montesquieu de las «Letres persannes»— se mantuviesen en él como maestros de su pensamiento.

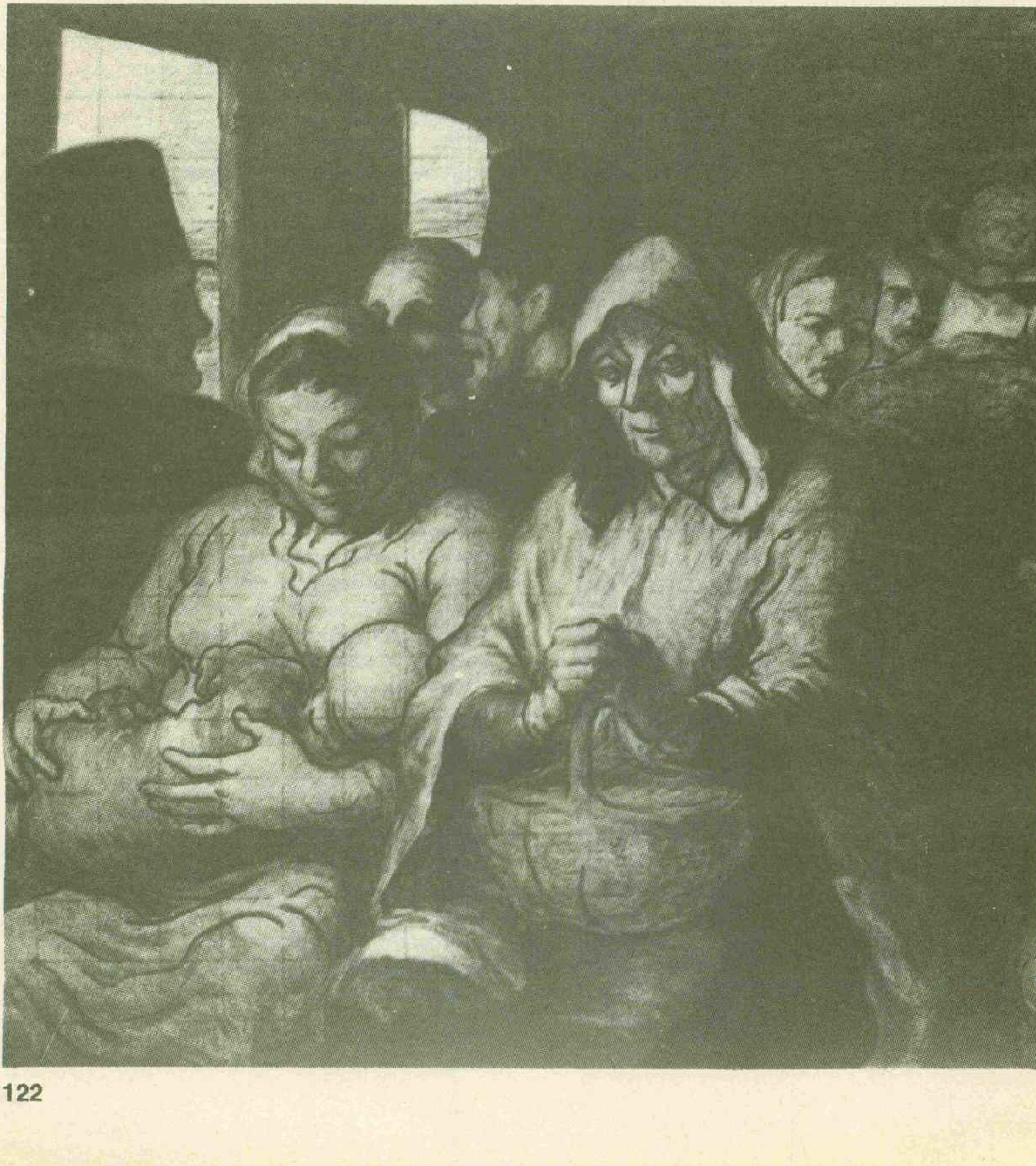
Colaboraba entonces Daumier en «Silhouett», periódico especialmente caracterizado por su sátira antiborbónica, que se ajustaba muy bien a la pasión política de Daumier. Pero en 1830 tuvieron lugar las tres jornadas que llevaron al poder a Luis Felipe, merced a lo que en sus comienzos se mostraba como una «revolución democrática», pero que ya asentado en el poder, rápidamente fue constituyéndose como la verdadera faz de la derecha indiscutible. Daumier entretanto —y entre 1830 y 1835— empezo a colaborar con su posición política habitual, evidentemente enemiga del soberano, en una nueva revista, «Caricature». Fueron tiempos aquellos en que las publicaciones estuvieron muy presionadas por la censura, especialmente las que demostraban un ligero tono democrático, y de manera muy especial las revistas satíricas del tipo de aquellas en que nuestro artista colaboraba habitualmente, las cuales habían adoptado una posición pedagógica con respecto a la sociedad, y de moral cívica, que en aquella época no sólo fueron característica del publicismo francés. A Daumier le publicaban un gran dibujo por lo menos los directores de la revista, Philipon y Aubert. Y aun cuando no podía ironizar directamente sobre la figura del rey, muy pronto se buscó una figura intermedia en la que, sin mostrar directamente al soberano, el público llegaba a conocerlo. Así, lo más frecuente era caricaturizar el perfil del rey identificándolo con una pera, que se consideró símbolo de la estupidez y de la ignorancia que se le atribuía.

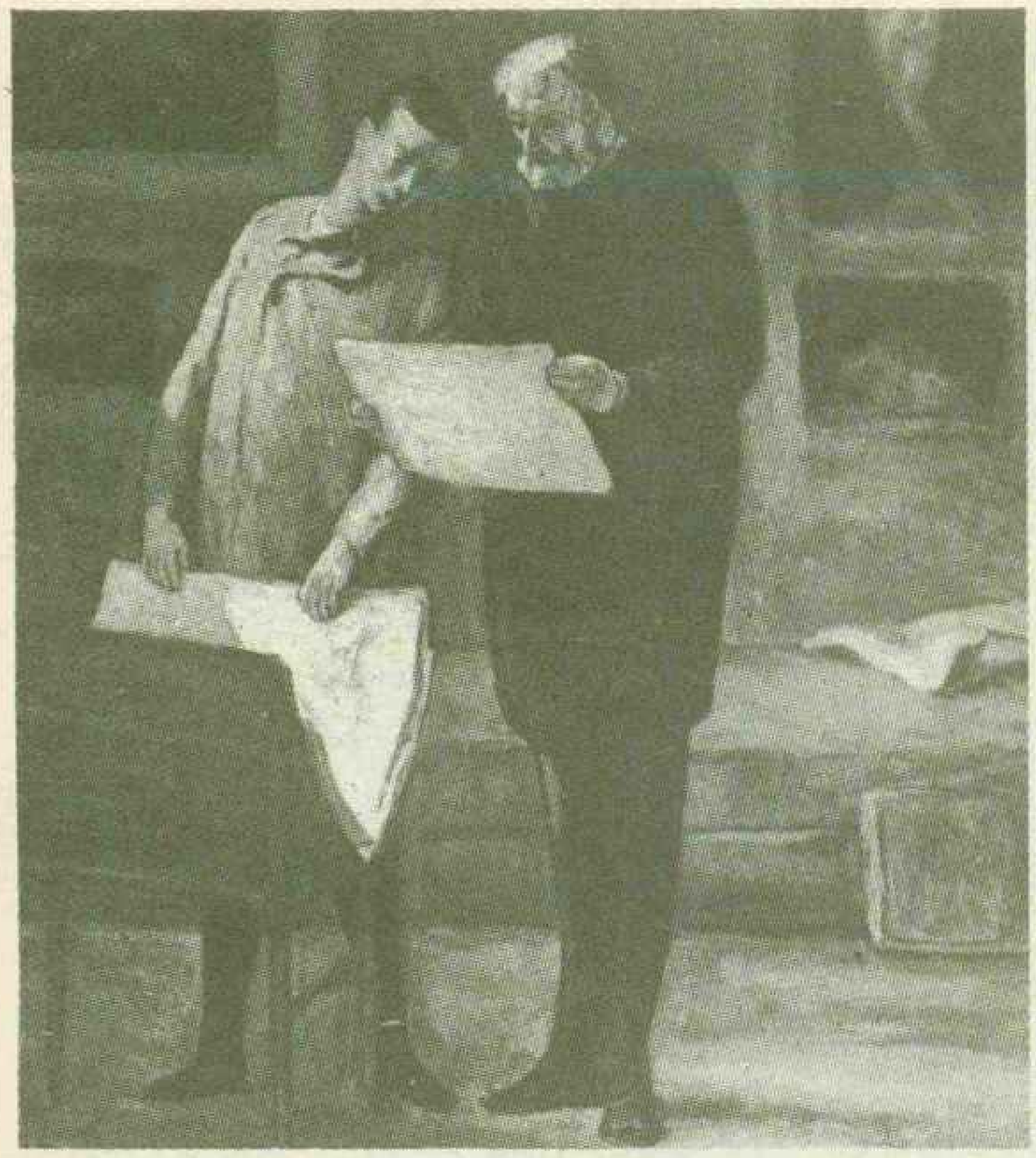
Pero una nueva sátira a costa del rey (Gargantúa, 15 diciembre de 1831) no pudo ser digerida por la administración, y el artista fue condenado a seis meses de prisión y a quinientos francos de multa. Momentáneamente, pudo conjurar la penalización acogiéndose a la libertad provisional, pero cuando publicó «La Corte del rey Pétaud» tuvo que hacer efectiva la condena.

Pero antes de entrar en la cárcel Daumier tuvo tiempo de realizar otra experiencia plástica,

no exenta de su implacable sátira. Fue una serie de estauíllas —45 en total— de orden caricaturesco, con cabezas grandes y cuerpos minúsculos, en los que quedaban reflejados con no mucha piedad los parlamentarios conservadores del momento. Con ellas se relacionan todas sus litografías satíricas de la época y en especial la serie (1834) que tituló **El cuerpo legislativo,** repertorio, más de tipos psicológicos que de retratos, y que constituye una violenta sátira contra esa burguesía que en Francia llaman «aristocracia de toga», y que aún podría llamarse «aristocracia política».

Trabajando siempre de noche y en su casa, valiéndose de los apuntes que sólo en su memoria había tomado, Daumier realizó la sátira más eficaz contra la burguesía política de su época, y sobre todo —él, para el que su familia proyectaba hacerlo ugier de los tribunales— contra la burguesía de toga. Ni siquiera en la cárcel se mantuvo alejado de la actualidad como se ve por la correspondencia que mantuvo con su amigo Jeanron... ni su público le retiró el consenso popular que le había dispensado. Cuando salió de la cárcel —y en 1833— se asoció con una serie de amigos —el escultor Préault y los pintores Díaz, Huet, Jeanron y Cabat— e improvisaron una especie de academia, que más era un local común para el trabajo, el «Bureau des nourrices», de la rue Saint Danis: una especie de





taller libre, puesto que, como tal academia, carecía deliberadamente de modelos y de reglas.

Pero a Daumier se le estaba pomiendo cada vez más difícil su actuación profesional de agitador de la conciencia ciudadana a través de la sátira, sobre atodo a partir de aquel célebre dibujo en el que reflejaba una bárbara acción de la policía en una pobre casa de la rue Trasnoian de París. El 29 de agosto de 1835, una ley sometía a censura a todos los textos y dibujos. Daumier tuvo que replegarse entonces desde la sátira social y política a la simple sátira de costumbres, aun cuando todavía, y durante cuarenta a años, él supo aprovechar todos los pequeños resquicios legales para ser un satírico del autoritarismo.

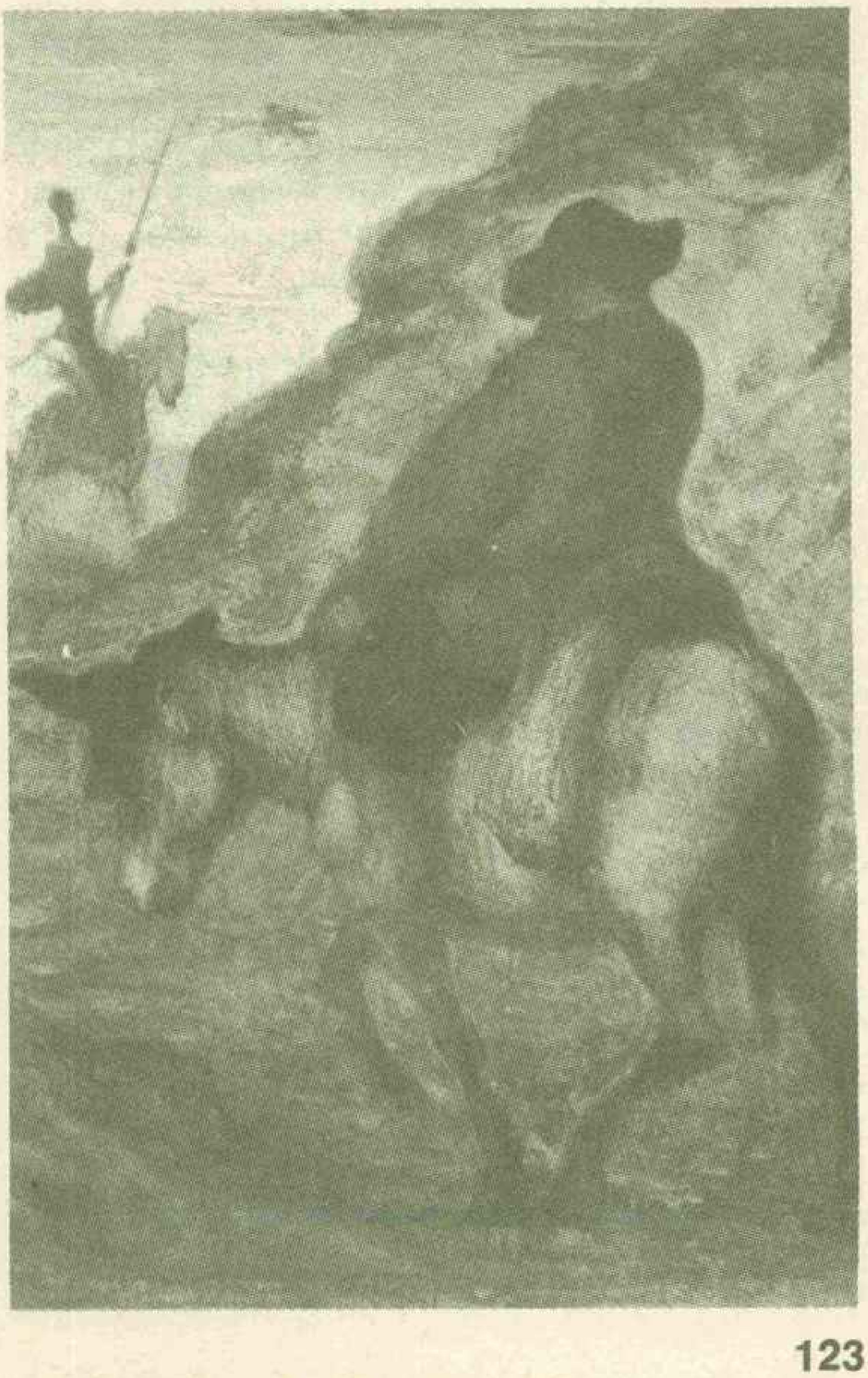
Un hombre se asocia automáticamente a la hora de pensar en Daumier, y no tanto por posible identidad estilística cuanto por talante vital y por moral ciudadana: el de Goya. Sobre todo, el Goya grabador de «Los desastres de la guerra».

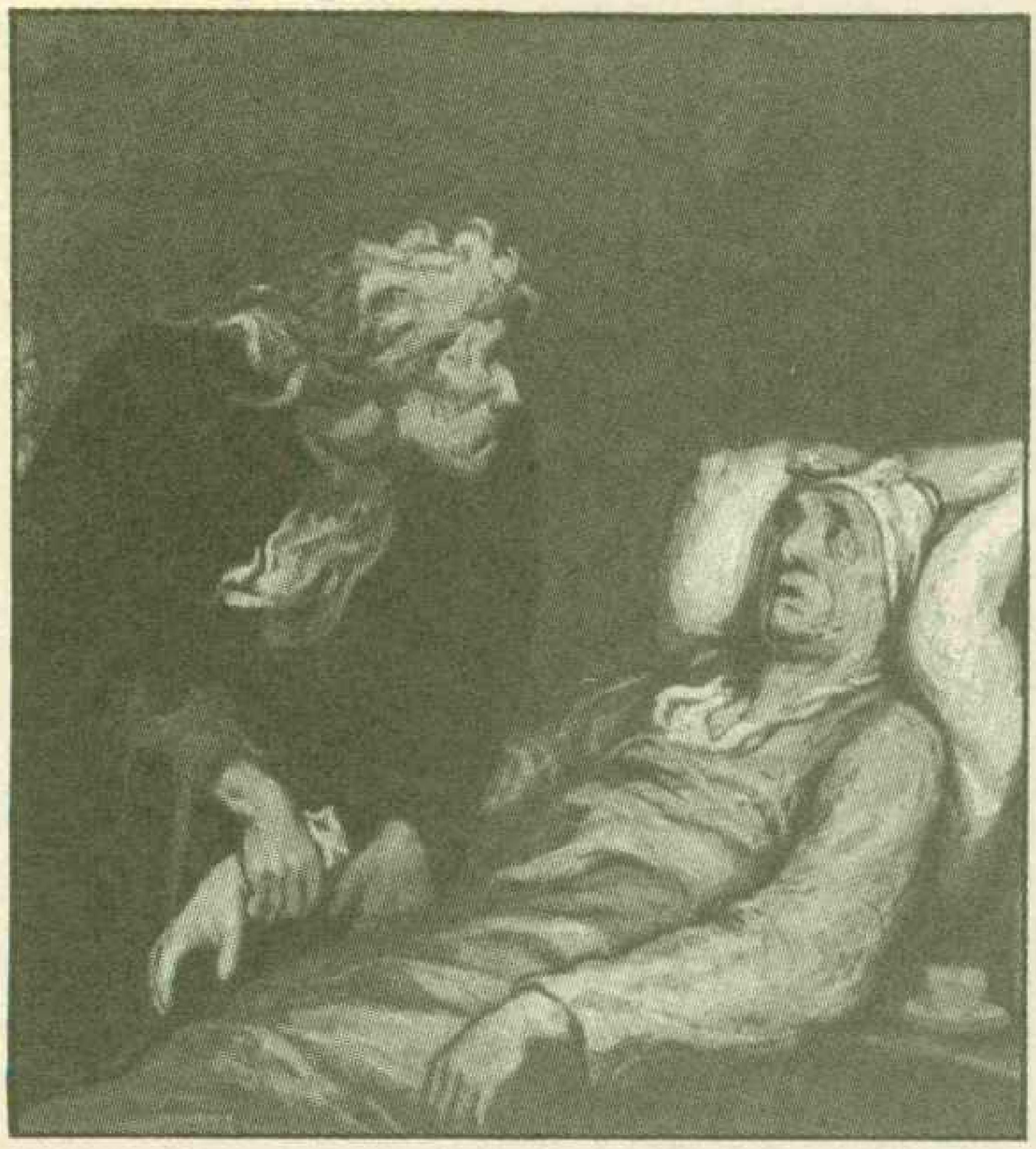
Pero más allá de esa serie de Goya —y más allá de Goya mismo— era habitual que Daumier se sintiese tocado, e incluso influenciado, por los grandes de la pintura realista de todos los tiempos, especialmente por Rembrandt y por los maestros españoles. El mismo no pudo evitar el realizar una breve incursión por la pintura propiamente dicha, aun cuando su acción como artista hay que tenerla siempre en cuenta y considerarla como acción de grabador. Es desde el grabado desde donde ha realizado esa despiadada sátira de la burguesía, a la que siempre combatió como hombre político, y de la aristocracia de toga. Con eso, y con muchos personajes del mundo molieresco, completaría la tipología para una «Comedia humana» exclusivamente pictórica. Y otro tema que para Daumier fue decisivo: el Quijote. La inmortal novela de Cervantes proveyó a Daumier de uno de sus personajes más entrañables. Claro está que el buen Daumier nunca estuvo asistido por el éxito económico. Los artistas lo apreciaron mucho, e incluso lo admiraron, pero Daumier siempre fue un hombre pobre.

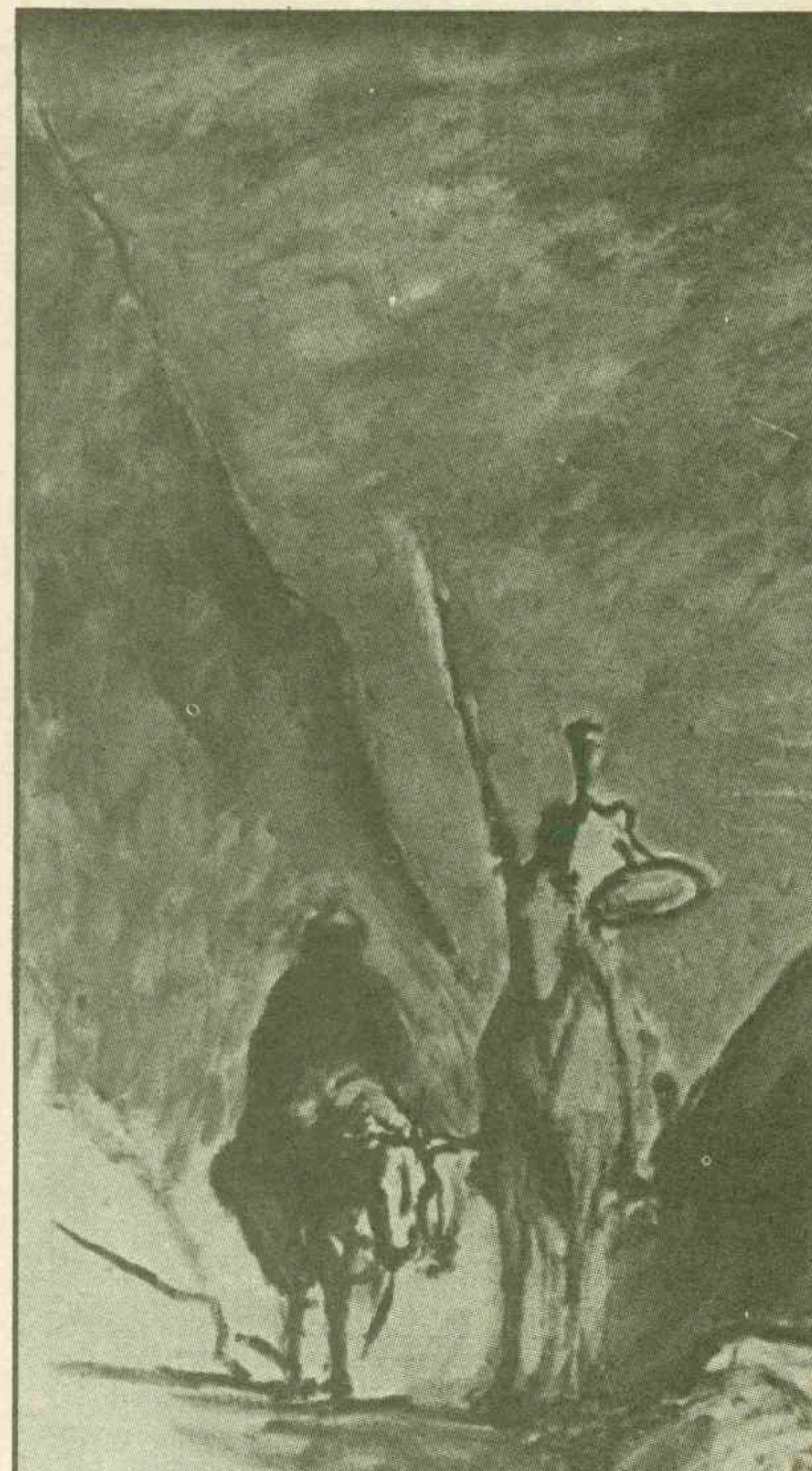
La ayuda de los amigos artistas siempre le llegó en la forma de discretísimas compras de sus obras para no herir su sensibilidad. Corot compró y puso a su nombre la casa de Valmondois, en las cercanías de París, donde Daumier solía retirarse para trabajar.

A la caída de Luis Felipe, en 1848, en la breve república que la siguió, el gobierno convocó un concurso para realizar una imagen de ella. Courbet y Bonvin lo animaron a participar y luego la comisión discriminadora en la que figuraba Ingres y Meissonnier le atribuyó el premio.

Pero la desgracia, o la simple mala suerte, que







pareció siempre perseguir a Daumier, lo siguió en todos sus momentos. En 1860 fue despedido del «Charivari», que a la sazón era la revista donde él más habitualmente publicaba los grabados que, después de veinticinco años, le proporcionaban su modo de vida más elemental. En aquella ocasión, sus amigos artistas lo ayudaron cuanto pudieron, comprándole obras, siempre dentro de una gran discreción. Hasta que en 1863 fue readmitido de nuevo, lo cual fue motivo para que en aquella ocasión se le dedicase un gran banquete homenaje, al que asistieron los más calificados artistas demócratas del momento.

Aún le tocó vivir a Daumier el acontecimiento histórico-político, acaso más importante del siglo XIX francés: ¡La Comuna! La revolución proletaria de París que llegó después de la derrota frente a los prusianos, no podía dejar indiferente a un hombre como Daumier. Aun retirado en su casa de los alrededores de París —la que para él adquirió Corot— disfrutando de una pequeña pensión estatal, ya casi ciego, fue miembro, no obstante, de la comisión para la vigilancia del patrimonio artístico, la misma en que también actuaba Courbet el calificado hombre de izquierda.

Pero eran ya sus últimos tiempos. Su casi ceguera le impidió visitar la exposición que le organizaron en 1878 que, como se dijo al principio, tuvo gran éxito de crítica pero no de público.

Murió al año siguiente: el 11 de febrero de 1879. Ahora se cumplirán cien años de esa muerte. ■ **J. M.ª M. G.**

Libros

«HISTORIA DEL FRANQUISMO (1945-1975)»

El profesor Ricardo de la Cierva, destacado propagandista del franquismo y actualmente converso a la democracia, nos ofrece la segunda parte de su «Historia del franquismo», que inició en 1975. Este segundo volumen, subtitulado «Aislamiento, trasformación, agonía», abarca treinta años: los que van de 1945, fecha del aislamiento internacional, hasta 1975, en la que el senador por Murcia de UCD, considera fin del franquismo por muerte de su fundador, el general Francisco Franco.

Este segundo volumen (Editorial Planeta. Barcelona, 1978, 522 páginas) contempla un aspecto diferenciador con respecto al primero: las loas y botafumeiros al sistema franquista y a su dictador han desaparecido radicalmente. ¿Qué ha sucedido en tan corto espacio de tiempo que va de la publicación del primer volumen al segundo? Sencillamente, la caída en picado de un sistema totalitario, cuya defensa no interesa a los que aspiran a ocupar cargos en la nueva situación y que, además, desean lavar un pasado no democrático a base de denigrar la memoria del que en su día tan generosamente les acogió. No hay que olvidar que el profesor de la Cierva ejerció durante cierta época la tarea de censor de libros desde su cargo de director general de Cultura Popular (sic.) del Ministerio de Información y Turismo.

En este aspecto ético, son más respetables otras actitudes públicas de personajes como José Antonio Girón o Blas Piñar, que han mantenido hasta sus últimas consecuencias posturas ideológicas que sostuvieron ayer y que siguen sosteniendo hoy. Otra cuestión es que se esté o no de acuerdo con ellos. Aquí sólo se señalan comportamientos éticos y morales, dejando aparte creencias políticas concretas.

Estos vaivenes intelectuales de Ricardo de la Cierva ya fueron venteados en su día por otros historiadores, como es el caso del profesor Sergio Vilar, y por eso no vamos a insistir en un tema ya suficientemente conocido por todos.

En este segundo volumen se ponen de manifiesto las filias y las fobias del profesor de la Cierva, utilizando a la Historia como ariete descalificador de personas y movimientos políticos que no le son afines. La pretendida objetividad —¿ha existido alguna vez la objetividad en el campo histórico?— del citado autor brilla por su ausencia. ¿A qué vienen los sistemáticos y repetidos ataques a Rafael Calvo Serer, para poner sólo un ejemplo? Realmente uno no acaba de entenderlo. Se puede estar o no de acuerdo con las actitudes ideológicas de ciertos personajes públicos, pero lo que cabe esperar de una persona que intenta titularse demócrata es el respeto a las ideas políticas de sus adversarios y no el insulto rayano en la chabacanería más ramplona. Mal asunto es en un profesor de historia que se precie como tal el utilizar a esta ciencia como receptáculo de manías temporales que nada tienen que ver con esta disciplina.

El autor parte de la tesis de que el 20 de noviembre de 1975, con la muerte del dictador, se acabó el franquismo. Pienso que todavía no se contempla la suficiente perspectiva histórica para asegurar tan rotundamente tal teoría. Porque en pleno 1979 vemos que los franquistas siguen estando en el poder. Sólo hay que cambiar el nombre de Movimiento Nacional por el de UCD. Como diría un castizo «son los mismos perros con distintos collares». Lo que sucede es que algunos franquistas para sobrevivir no han tenido más remedio que convertirse a la democracia, lo que, por otro lado, es saludable, pero es necesario advertirlo para no engañar a nadie.



Aparte, estos defectos de fondo, en el citado segundo volumen de esta «Historia del franquismo» van una inmensa cantidad de datos e informaciones que, por su indudable cercanía con el poder, el profesor de la Cierva ha ido amontonando página tras página. Esto en sí es positivo, dado que cuando en un próximo futuro otros historiadores afronten la redacción de una auténtica historia del franquismo, sin filias y sin fobias y con la suficiente perspectiva temporal e histórica, el camino recorrido será importante, aunque habrá que comprobar cuidadosamente las aseveraciones de Ricardo de la Cierva e incorporar otras previamente desechadas u omitidas por el autor.

El aporte fotográfico y los índices onomástico y bibliográfico son impecables, aunque este aspecto hay que anotarlo en la cuenta de los directores de la colección «Espejo de España», que mantienen así una línea editorial iniciada eficazmente desde el primer momento. ■ **JOSEP CARLES CLEMENTE.**

CARTA DE FRANCO A VIZCAINO CASAS

Libro polémico éste (1), puesto que va contra corriente. Es decir: sale al paso de tanto jolgorio literario en torno a «cambios de chaqueta», «resurrecciones» y otros entretenimientos seudohistóricos a cargo del amanuense de turno. Merece nuestro cálido aplauso este escritor que, **en su línea de siempre,** nos ha brindado esta incisiva carta. En ella,

(1) **Zaragoza, Cristóbal:** *«Carta de Franco a Vizcaino Casas». Plaza Janés Editores, Barcelona, 1978.*

dotando a cierta voz de un descarnado timbre autocrítico, ya no repiquetean por el espacio los ecos de la palabra grandilocuente —de imperialismos de opereta—, ni los de la palabra divina —al servicio del mercader del día—, ni los de la palabra infamante —cortina de humo encubridora de abominables fechorías propias—, sino que se dispara una auténtica traca de palabras claras, contundentes, oportunas. Son los ecos de una voz antigua: la voz recia de un pueblo al que los neofranquistas, por boca de gansos embuchados por el franquismo, siguen empecinados en apubullar y en sumir de nuevo en el desconcierto y en la desesperación.

Es una réplica directa a ciertos autores que saben muy bien de qué pie ha cojeado en todo momento la fauna política de este país, pero que no titubean en utilizar la confusión para ensartar mofas y sarcasmos, cuando no calumnias, contra un pueblo —el nuestro— que siempre supo derrochar valor y generosidad. Al menos cuando defendía causas nobles. Ahora resulta muy cómodo criticar al prójimo —y mejor si está muerto—, cuando, medrando en una situación concreta e inequívoca —la franquista— faltó gallardía para enfundarse la chaqueta-sahariana de rigor, como correspondía. Menguada autoridad moral puede esgrimirse, en tales casos, para echar en cara a los demás su volubilidad. Y esto, poner los puntos sobre las íes, lo ha logrado, de punta a punta, Cristóbal Zaragoza con su libro. ■ **EDUARDO PONS PRADES.**



CRISIS POLITICA Y VIOLENCIA SOCIAL EN EL MEXICO INDEPENDIENTE

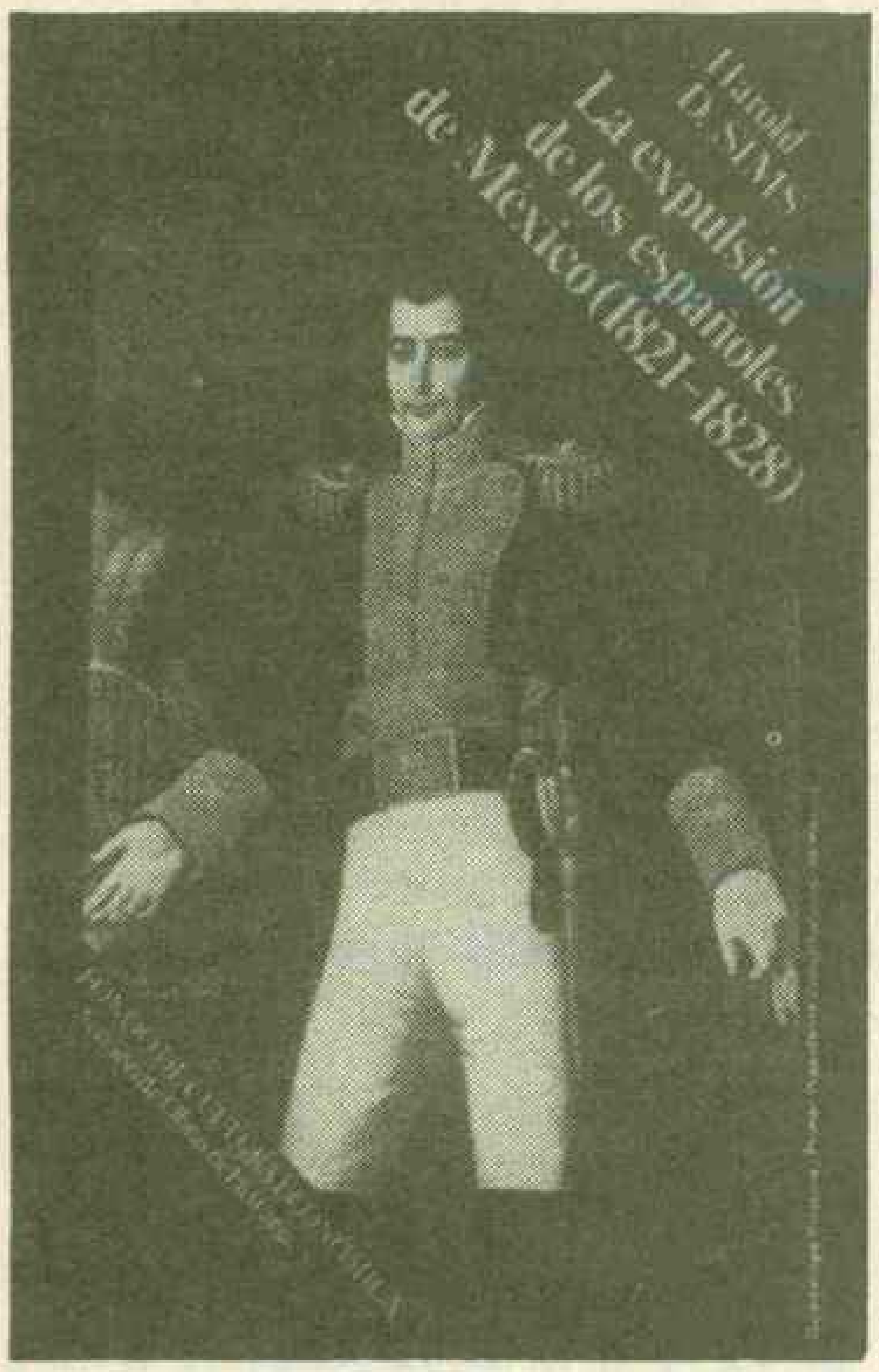
No parece arriesgado afirmar que la serie de monografías sobre el pasado mexicano que viene publicando la editorial Fondo de Cultura Económica se ha convertido en una obra de tono renovador. Esta nueva historia no es atributaria de temas de carácter exclusivo, en tanto que muchos de los problemas que atraen la atención de los estudiosos que en ella colaboran también interesaron a la historiografía tradicional. Pero muchos de esos temas han sido tratados, o reelaborados, recurriendo a nuevos métodos de análisis y a modernas técnicas para el tratamiento del material histórico. Claro que las nuevas corrientes historiográficas, si bien revelan extraordinarias posibilidades para formular preguntas al pasado, no se hallan libres de peligros. La versión de la historia serial, la enfatización de un enfoque estructuralista subrayando el discurso histórico a largo plazo, conlleva la dificultad de resolver la inevitable latitud que esta misma concepción representa. La respuesta a las incitaciones de una tal elección —ha de ser encauzada entre múltiples opciones alternativas— corre a cargo del investigador y su capacidad para procesar los datos y elaborar los «cuadros» capaces de esclarecer los tramos por donde discurre el acaecer histórico. También existe el riesgo de caer en planteos esquematizantes y, por consiguiente, simplistas cuyo resultado suele ser uno de esos productos tan hipotéticos como poco atendibles desde el punto de vista científico.

Pero señalemos que la obra que hoy comentamos (1) prestigia la colección por la importancia y la objetividad de los resultados que nos ofrece su autor. La masa documental manejada y la incorporación de cuadros explicativos, tablas estadísticas y apéndices, permiten pasar con facilidad del plano de la descripción minuciosa de los hechos a la explicación histórica con la valiosa ayuda que proporciona esta información cuantitativa. Centrando la atención en el núcleo esencial de los problemas que presenta un período de difícil estudio, el libro repasa los aspectos de la realidad mexicana que impulsaron el decreto de expulsión de los españoles, así como las consecuencias que para esta misma realidad acarreó el cumplimiento de tan dura medida. El investigador tiene presente que: «México se encontraba desgarrado entre los dos polos de su realidad: el orden colonial, del cual los españoles eran un recuerdo vivo, y el nuevo orden republicano.» La historia es materia viva, y el trabajo del autor pone al descubierto la serie de factores que, por debajo de la enconada lucha entre los dos sectores de la masonería mexicana predominantes en ese período, se amalgamaron hasta proporcionar el pretexto utilizable por el partido nacionalista. No eran solamente los temores de los nativos al peligro potencial que representaba la colonia española en el proceso de gestación del país independiente, sino que estaban también los prejuicios populares que atribuían a los «gachupines» la inestabilidad económica que aquejaba a la República; los recuerdos muy recientes de la sociedad colonial y la sospecha, más tarde corroborada, de que algunos españoles conspiraban contra el gobierno. Así, pues, el movimiento expulsionista de 1827 estuvo dirigido contra un sector representante del orden colonial y que mantenía su posición de predominio económico en la nueva sociedad mexicana. La importancia del núcleo español no residía en su número, como señala acertadamente Harold D. Sims, puesto que la cifra más recibida y verificada por su investigación los situaba en unas 6.610 personas, y tampoco en la presión política que podían ejercer directamente, puesto que habían sido desplazados por los criollos en las instituciones republicanas, sino que: «...lo cierto es que su posición económica y social seguía manteniendo una tendencia muy similar a la que exhibía en la estructura colonial».

La estructura federal no auguraba un porvenir apacible para los españoles, puesto que existían motivos más que suficientes para temer la pérdida de control sobre las provincias por

---

(1) HAROLD D. SIMS, **La expulsión de los españoles de México (1821-1828),** *México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.*



parte de la capital. La rebelión encabezada por Hidalgo en 1810 era un hecho todavía vivo en la memoria de muchos peninsulares, así como el conocimiento de que muchas regiones habían manifestado su antiespañolismo en las luchas independentistas. Pero la coyuntura económica por sí misma no constituía un elemento suficiente para el desencadenamiento de la etapa xenófoba, ni tampoco la conflictiva situación interna de la joven República, aunque contribuían, ciertamente, al aumento de la inestabilidad de la población española. Era necesario un factor desencadenante y este fue, en definitiva, la utilización, como bandera política, de las descofianzas que alimentaban el sentimiento antiespañol. El partido que capitalizó la corriente expulsionista era el sector de la masonería conocido como «yorkino» y alistaba el sector criollo de tendencia nacionalista y federal. Sus oponentes eran los integrantes del partido escocés, que nucleaba el sector conservador de la sociedad mexicana: «El criollo acomodado, como el español, tenía mucho que perder si el partidos yorkino lograba movilizar a las «clases bajas» para su cruzada antiespañola en 1827»... «Las clases acomodadas de México temían los resultados que podrían presentarse si se alcanzaba esta meta final, tanto para los españoles como para ellos mismos. Seguramente sabían que el orden colonial en general, la posición de la Iglesia, la estructura del comercio y las posibilidades de centralismo —todos estos asuntos de crucial importancia para sus propios intereses— sufrirían transformaciones radicales si se llegaba a expulsar a los españoles. La violencia reinante en la segunda mitad del año 1827 sirvió para empujar al partido escocés a la acción en diciembre y la **élite** proclerical se encontró, quizá por primera vez, de acuerdo con los masones escoceses.»

Las revueltas populares causaron víctimas en varias provincias entre los españoles, pero los acontecimientos empeoraron sensiblemente cuando fracasó la tentativa de levantamiento propiciada por el partido escocés, y en la que intervinieron elementos de la colonia peninsular. A partir de ese momento, las medidas de expulsión se intensificaron; pero la concreción de un hecho que alcanzaba tal magnitud tenía consecuencias para ambas partes. Los historiadores mexicanos casi contemporáneos de la primera etapa de expulsión no vacilaron en subrayar el impacto que el cumplimiento de la medida, pese a que fue considerablemente limitada en su ejecución, tuvo un efecto negativo sobre la economía del país. El clero recibió duros ataques a causa de sus extensas propiedades rurales y por tratarse de una corporación integrada casi exclusivamente por españoles. No obstante, el ataque al clero desmanteló casi totalmente el sistema tradicional de hospitales y escuelas que era atendido por la Iglesia. Otro grupo social afectado fue el español comerciante, aunque este último se mostró, con frecuencia dispuesto a emigrar voluntariamente con su fortuna. En la minería se pudo notar un doble efecto adverso. Por un lado, con la salida de los españoles se produjo una exportación masiva de metales preciosos; por otra parte, la producción local de oro y plata se vio reducida por espacio de muchos años, dado que tradicionalmente estuvo en manos peninsulares y con ellos emigraba la experiencia en ese tipo de empresa. El comercio de importación-exportación se vio afectado, naturalmente, y con ello la recaudación de aduanas y toda la política económica y fiscal del gobierno federal. Las consecuencias políticas, a su vez, fueron diversas puesto que la forma en que se llevó a cabo la expulsión no dejó satisfechos a los «nativistas» y creó serias reservas en los criollos cosmopolitas acerca del sistema federal de gobierno. En muchas provincias los españoles encontraron personas que les respaldaran para permanecer en el país; en otras, donde la aplicación sin reservas de la medida habría dañado seriamente la economía local, se vio renacer la antigua máxima colonial que rezaba: «obedezco pero no cumplo».

Cerrar esta nota con la cita de un fragmento de las conclusiones a que arriba, en su excelente trabajo, Harold D. Sims, constituye una solicitación tentadora que no podemos rechazar: «El movimiento expulsionista de 1827-28 fracasó tanto en alcanzar su designio de arrojar de México a todos los españoles como en su carácter de medida para proteger la independencia. En realidad, puso en grave peligro la independencia nacional al proporcionar tanto oficiales como soldados para las fuerzas españolas que participaron en la invasión emprendida desde La Habana a mediados de 1829. Tampoco logró fortalecer la economía de la nación, lo cual había sido una de las ilusiones de los primeros proponentes de la expulsión, sino que por el contrario, México quedó muy gravemente debilitado tanto físicamente como en su comercio exterior. Además de los cambios económicos, la «gente decente» vio con profundos temores la destrucción de las garantías sociales. El clero que se quedó en el país, también se encontró con que la Iglesia ya no podía desempeñar su papel tradicional de guardiana de las garantías sociales, porque los nativistas, en realidad, habían declarado la guerra a la **élite** social tradicional, y los que de ésta quedaban, muy pronto aceptaron el desafío y buscaron el modo de defenderse.»

Por debajo de la sobria y objetiva exposición del autor emerge, implícito, el juicio histórico. La medida de expulsión de los españoles, aunque explicada políticamente, era inhumana e injustificable; revelaba, en definitiva, por parte del sector que la propiciaba, impotencia o desorientación ante los problemas reales que enfrentaba el país. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

MARX Y LA ENSEÑANZA

Lo primero que hay que decir de esta antología de **Textos sobre educación y enseñanza,** de Marx y Engels (1), es que el contenido, es de-

(1) *Editorial Comunicación. Madrid, 1978.*

cir, los textos no corresponden literalmente en su totalidad a lo que se indica en el título. Por lo que éste puede resultar engañoso a primera vista. Y digo «a primera vista», porque si ahondamos en el sentido de los distintos fragmentos seleccionados por el equipo de Comunicación, veremos que todos, incluso aquellos que parecen más alejados del tema central, están de un modo u otro justificados.

Así ocurre, por citar un ejemplo, con el excelente pasaje de **La cuestión judía,** donde Marx, en respuesta a Bauer, analiza el papel del Estado en relación con la propiedad privada, cuya pertinencia se niega en la esfera política para mejor garantizarla, sin embargo, en la sociedad civil. O aquellos otros fragmentos, donde el autor de **El capital** aborda las consecuencias negativas de la división del trabajo —y su otra cara, la propiedad privada— sobre el individuo: el taller es una máquina cuyas piezas son hombres; la manufactura mutila al obrero al convertirlo en un obrero parcial (a diferencia del artesano); la libertad del obrero, frente al esclavo o al siervo de la gleba, consiste en poder vender parte de su vida al mejor postor, etc.

En efecto, la división del trabajo está en la base misma del tipo de enseñanza que Marx y Engels van a criticar de modo directo y concreto en otros lugares de su obra. Enseñanza que tiene una doble vertiente: por un lado, el adiestramiento o la cualificación profesional del obrero, busca convertir a éste en una simple pieza intercambiable de un gran mecanismo generador de plusvalía; por otro lado, un hábil adoctrinamiento moral o ideológico servirá para garantizar la docilidad de esa pieza humana, es decir, su integración en el sistema.

Junto a esos primeros textos de carácter más general, se incluyen en la antología otros pasajes que sí se refieren directamente al tema educativo. Más coyunturales, por los hechos que los inspiran, estos fragmentos constituyen una acerada crítica de las condiciones de explotación de los menores de edad —y del conjunto del proletariado— en la Inglaterra industrial que conocieron Marx y Engels.

Sometido a jornadas de trabajo de hasta dieciséis horas, el niño de aquella incipiente sociedad industrial se encuentra no sólo imposibilitado de desarrollar sus habilidades manuales, sino que también su capacidad intelectual se ve castrada. Obligado a realizar una y otra vez sin descanso los mismos movimientos mecánicos, no puede, sin embargo, ocupar su espíritu en otras cosas.

Las llamadas «leyes fabriles» apenas representan una solución, pues sólo obligan, de hecho, a encerrar al niño durante cierto número de horas en un cuchitril llamado escuela, a cuyo frente figura un adulto, autotitulado maestro, pero que en muchos casos apenas sabe escribir, y que únicamente se ocupará de inculcarle al menor los rígidos e hipócritas principios morales de la burguesía victoriana.

Si bien este mundo de Charles Dickens está hoy afortunadamente superado, al menos en nuestras latitudes, y la crítica al respecto de Marx y Engels ya sólo tiene valor como testimonio de la preocupación humanitaria que la alienta, otras reflexiones de estos autores en torno al tema de la enseñanza siguen teniendo aquí y ahora singular vigencia. Así ocurre, por ejemplo, con el clarividente rechazo por parte de Marx de una educación popular dirigida por el Estado, tal y como se expresa en ciertos pasajes de la **Crítica del programa de Gotha** o de **La Guerra civil en Francia.**

Marx y Engels supieron comprender con clarividencia el peligro potencial de que un Estado tuviese a su servicio y bajo su control todo un aparato escolar. Otra cosa era que el Estado llevase a cabo sobre éste una función simplemente fiscalizadora, que cuidara de que *en todos los centros* se cumplían las prescripciones legales en materia educativa.



Puede argüirse, como lo hace el prologuista de la antología, que en el Estado actual no aparece de forma tan monolítica su carácter de clase como en el que conocieron los autores de **El Manifiesto comunista.** Esta constatación no invalida, sin embargo, sus planteamientos críticos. ■ **JOAQUIN RABAGO.**

PARA LEER AL PATO DONALD

Durante el gobierno de la Unidad Popular, en Chile, desde 1970 a 1973, uno de los principales problemas que se plantearon las fuerzas políticas que buscaban un cambio en la sociedad fue el de los medios de comunicación de masas. En ese período se realizaron numerosos trabajos de investigación sobre la cuestión. Armand Mattelart, experto belga en comunicaciones, y el crítico literario y novelista chileno Ariel Dorfman escribieron entonces un libro analizando las historietas y muñequitos de Walt Disney. Dicho libro, titulado **Para leer al Pato Donald** se publicó primero en Chile, pero fue prohibido luego del golpe militar de 1973. Posteriormente se editó en Argentina donde corrió igual suerte. Singularmente, **Para leer al Pato Donald** estuvo también prohibido en los Estados Unidos durante casi dos años, ya que se impusieron trabas para que la edición realizada en Gran Bretaña circulara en ese país. Ahora acaba de ser editado en España.

Este ensayo analítico-crítico sobre los medios de comunicación de masas, en general, y sobre un cómic, en particular, tuvo gran repercusión en el contexto chileno y trascendió las fronteras provocando la aparición del tendencioso titular «El Pato Donald contra Allende», en el **France Soir,** el periódico de mayor tiraje en Francia. Héctor Schmucler, director de la revista **Comunicación y Cultura,** de Buenos Aires, explica de la siguiente forma la trascendencia otorgada a este trabajo sobre el mun-

dialmente famoso personaje de Disney: «Lo indiscutible se pone en duda: desde el derecho a la propiedad privada de los medios de producción hasta el derecho a mostrar como pensamiento natural la ideología que justifica el mundo creado alrededor de la propiedad privada. El cuestionar los pilares de un ordenamiento que reclama puntos de apoyo inamovibles (ahistóricos, permanentemente verdaderos) compromete su estabilidad».

«Es por eso que —continúa Schmucler— la defensa airada de la manera de entretener señala, por contrapartida, la negativa a aceptar otras, su conformidad con la existente». De allí se deriva que «el problema deja de ser marginal y se vuelve político, muestra su gravedad. La frivolidad deviene cuestión de estado. No es lo mismo el mundo con el Pato Donald que sin él».

Porque hablar del Pato Donald es hablar del mundo cotidiano, del deseo, del hambre, la alegría, la tristeza, el amor; en una palabra, la vida concreta de los hombres, de su manera contradictoria de estar en el mundo. Una tira cómica, pese a su carácter de producto subcultural, es una producción intelectual que refleja una visión del mundo y se ordena dentro de un código social. Hay un mundo productor de determinada cultura y de determinado tipo de pensamiento. Pensamiento del cual Donald —y toda la línea de personajes de Disney— vendría a presentarse como metáfora.

A partir del Pato Donald, Mattelart y Dorfman se remiten a la cuestión del papel de reproductores de ideología que pueden jugar estas tiras cómicas que en apariencia no tienen esa intención. Es así que la mercantilización de las relaciones humanas es uno de los primeros ejes que orientan su análisis. El afán de dinero de Tío Gilito, por ejemplo, explican los autores, es apenas una perversión individual: la del avaro que se fascina en la contemplación de su fortuna, pero no la utiliza. El dinero pierde su relación fetichizante con el poder y se convierte en un problema de psicología individual. «Hay un desfasaje —dicen Mattelart y Dorfman— entre la base económico-social en que vive cada individuo y el estado de las representaciones colectivas, y es precisamente lo que asegura la eficacia de Disney y su poder de penetración en la mentalidad comunitaria,



en los países latinoamericanos dependientes». Porque bajo la cobertura de la animalidad, el infantilismo y el buensalvajismo, los comics están defendiendo la trama de intereses de un sistema social históricamente determinado y concretamente situado: el imperialismo norteamericano.

Pero el análisis de **Para leer al Pato Donald** no termina allí. Por el contrario, prosigue hasta mostrarnos la otra cara de la moneda. Donald, el Tío Gilito, los sobrinos, el Ratón Mickey, pasan de la historieta al mundo de los niños penetrando imperceptiblemente a través de los canales de la formación de su estructura mental. El modelo de relación de la revista pasa a ser el modelo de las relaciones inmediatas del niño. El mundo cotidiano y el mundo de la fantasía se fusionan y se pueblan con estos actores del mundo-Disney que plantean una representación falsa de la realidad para los actores verdaderos. «Más allá de la cotización bursátil —afirman los autores— las creaciones y símbolos de Disney se han transformado en una reserva incuestionable del acervo cultural del hombre contemporáneo: los personajes han sido incorporados a cada hogar, se cuelgan en cada pared, se abrazan en los plásticos y las almohadas, y a su vez ellos han retribuido invitando a los seres humanos a pertenecer a la gran familia universal Disney, más allá de las ideologías».

Al abordar la cuestión en el plano de la mentalidad infantil se puede apreciar cómo los valores del mundo adulto, y más allá, el de los países con una estructura económico-política y social dependientes, aparecen sin disfraz y sin paliativo. En una ocasión el Pato Donald dice: «Mi perro llega a ser un salvavidas famoso y mis sobrinos serán brigadieres generales. ¿A qué mayor honor puede aspirar un hombre?». En otra historieta el Tío Gilito le dice a Donald: «Bueno, esto es democracia. Un millonario y un indigente girando en el mismo círculo», cuando ambos han caído en un remolino.

Pero no se trata tan sólo de que lo que se dice del niño se piensa del buen-salvaje, y lo que se piensa del buen-salvaje se piensa del subdesarrollado; «lo que se piensa, dice, muestra y disfraza de todos ellos —sostienen los autores— tiene en realidad un solo protagonista verdadero: el proletariado». Y más adelante: **«Lo imaginario infantil es la utopía política de una clase.** En las historietas de Disney, jamás se podrá encontrar un trabajador o un proletario, jamás nadie **produce** industrialmente nada. Pero esto no significa que esté ausente la clase proletaria. Al contrario: está presente bajo dos máscaras, como buen-salvaje y como criminal-lumpen. Ambos personajes destruyen al proletariado como clase, pero rescatan de esta clase ciertos mitos que la burguesía ha construido desde el principio de su aparición y hasta su acceso al poder para ocultar y domesticar a su enemigo, para evitar su solidaridad y hacerlo funcionar fluidamente dentro del sistema, participando en su propia esclavización ideológica».

Para muchos las historietas de Disney siguen perteneciendo a la esfera de una inocente diversión infantil; Mattelart y Dorfman vienen a cuestionar, polémicamente, este criterio. Para ellos la historieta y el ocio, en tanto distintas formas de producción cultural, tienen relación con la historia. Y como señala el prologuista: «Desde la circunstancia chilena donde surgió, **Para leer al Pato Donald** se define como un instrumento claramente político de denuncia de la colonización cultural común a todos los países latinoamericanos. De allí su tono parcial y polémico, la discusión apasionada que recorre sus páginas, su declarada vocación de ser útil que le hace prescindir de preciosismos eruditos». ■ **GRACIELA COLOMBO.**

NUMEROS ATRASADOS DE **TIEMPO de HISTORIA**: RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

Ruego me envíen un ejemplar de cada uno de los números de TIEMPO DE HISTORIA siguientes: ....
(los números 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11 se hallan agotados). El importe total del pedido de ....Pts. (100.— Pts. por cada ejemplar) lo pago mediante:

- ☐ **He enviado giro postal núm. .... a: «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.º 74.174. Estafeta Oficial, Madrid».**
- ☐ **Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA.**
- ☐ **Contra reembolso.**

NOMBRE Y APELLIDOS ....
DOMICILIO ....
TELEFONO ....POBLACION ....D. POSTAL ....
PROVINCIA ....PAIS ....

BOLETIN DE SUSCRIPCION **TIEMPO de HISTORIA**: RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

(Agradeceremos escriban con letras mayúsculas)

Nombre ....
Apellidos ....
Edad .....Profesión ....
Domicilio ....
..........Teléfono ....
Población ....D. Postal ......
Provincia ....Pais ....

Suscríbame a TIEMPO DE HISTORIA durante UN AÑO (12 meses) a partir del número del próximo mes de ....

Señalo con una cruz ☒ la forma de pago que deseo.

- ☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA
- ☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)
- ☐ He enviado giro postal n.º .... a «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid».

Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del día 18 de cada mes, surtirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de nuestros archivos mecanizados.

Sr. director BANCO / Caja de Ahorros (táchese lo que no interese)
....
Domicilio de la Agencia ....
..........Población ....
Titular de la cuenta ....
....
Número de la cuenta ....

Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TIEMPO DE HISTORIA.

Fecha ....

Atentamente
(firma)

Envíennos también este boletín a TIEMPO DE HISTORIA. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

TARIFAS DE SUSCRIPCION

	Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	975	1.075	1.005
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS, TUNEZ	1.300	1.545	1.540
AMERICA Y AFRICA	1.300	1.545	1.925
ASIA Y OCEANIA	1.300	1.545	2.215

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

NUMEROS PUBLICADOS DE TIEMPO de HISTORIA

N.º	Mes y año	TEMA	Autor
1	Dic.-74 (Año I)	OCTUBRE 1934: LA REVOLUCION DE ASTURIAS	David Ruiz
2*	En.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: MITO O REALIDAD	José A. Ferrer
3*	Fe.-75 (Año I)	REPUBLICANOS ESPAÑOLES EN LA LIBERACION DE PARIS	Eduardo Pons Prades
4*	Mar.-75 (Año I)	DE LA DICTADURA A LA REPUBLICA	Eduardo de Guzmán
5*	Ab.-75 (Año I)	PABLO IGLESIAS	Enrique Tierno Galván
6*	May.-75 (Año I)	SIGNIFICACION DEL 1.º DE MAYO	Eduardo de Guzmán
		HISTORIA DE LAS ACTITUDES POLITICAS EN ESPAÑA	A. Garrigues Walker
7*	Jun.-75 (Año I)	LA SEMANA TRAGICA DE BARCELONA	Guillem-Jordi Graells
8*	Jul.-75 (Año I)	1929-30: ESTUDIANTES Y PROFESORES FRENTE A LA DICTADURA	Francisco Caudet
9*	Ag.-75 (Año I)	1869-1946: LARGO CABALLERO	Rafael Alberti
10*	Se-75 (Año I)	CADIZ, 1812: EL PRINCIPIO DE LA VIDA PARLAMENTARIA ESPAÑOLA	Eduardo de Guzmán
11*	Oc.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: SIGLOS XIX y XX	José A. Ferrer Benimeli
12	No.-75 (Año I)	LA AVENTURA DEL EXILIO; ESPAÑOLES EN LA PRISION DE EYSSES	Alberto Fernández
13	Di.-75 (Año II)	INDALECIO PRIETO: ENTRE LA REPUBLICA Y EL SOCIALISMO	María Ruipérez
14	En.-76 (Año II)	LA ERA DE FRANCO	Ramón Tamames
		LA RESISTIBLE ASCENSION DE ARTURO UI	Bertolt Brecht
15	Fe.-76 (Año II)	LAS CRISIS DEL COMUNISMO	Fernando Claudín
		¿POR QUE CORRES, ULISES?	Antonio Gala
16	Mar.-76 (Año II)	LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA	Enrique Miret Magdalena
17	Ab.-76 (Año II)	VICTORIA KENT: UNA EXPERIENCIA PENITENCIARIA	
		TIERRA DE ESPAÑA	Ernest Hemingway y Jori Ivens
18	May.-76 (Año II)	1917-1920: UNA CRISIS INSTITUCIONAL	Manuel Tuñón de Lara
19	Jun.-76 (Año II)	NOTAS HISTORICAS SOBRE LA U.G.T.	Miguel Angel Molinero
20	Jul.-76 (Año II)	LAS ORGANIZACIONES OBRERAS EN EL 18 DE JULIO	Fernando Claudín
21	Ag.-76 (Año II)	ESPAÑA, DEL PASADO AL FUTURO	Watson, Malefakis, Marichal y Lowenstein
22	Se.-76 (Año II)	LA ULTIMA SESION DE CORTES DE LA REPUBLICA	Dolores Ibarruri
23	Oc.-76 (Año II)	AZAÑA: «ESPAÑA HA DEJADO DE SER CATOLICA»	José Manuel Gutiérrez Inclán
24	No.-76 (Año II)	DURRUTI: UN REVOLUCIONARIO NATO	Ignacio G. Iglesias
25	Di.-76 (Año III)	LA LARGA MARCHA DE LA REVOLUCION CUBANA	Teófilo Ruiz
26	En.-77 (Año III)	LA AMNISTIA EN ESPAÑA	Enrique Linde Paniagua
27	Fe.-77 (Año III)	LA MUJER BAJO EL FRANQUISMO	Geraldine M. Scanlon
		—INDICE NUMEROS 1 AL 25—	
28	Mar.-77 (Año III)	LAS IDEOLOGIAS FRANQUISTAS	Sergio Vilar
29	Ab.-77 (Año III)	GUERNICA	Gérard Brey, Indalecio Prieto
30	May.-77 (Año III)	HISTORIA DEL P.C.E.	Pilar González Guzmán
31	Jun.-77 (Año III)	FEDERICA MONTSENY: UNA ENTREVISTA CON LA HISTORIA	Colectivo «Febrero»
32	Jul.-77 Año III)	LA REPUBLICA EN EL EXILIO (1939-1977)	José A. Ferrer
33	Ag.-77 (Año III)	LA FUNDACION DE LA F.A.I.	Antonio Elorza
34	Se.-77 (Año III)	LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA	Vidal, Martín, Sáiz Viadero, Rodríguez
35	Oc.-77 (Año III)	CATALUÑA: UNA NACION FORJADA POR LA HISTORIA	Pierre Vilar
		LA REVOLUCION DE OCTUBRE	E. Pons Prades, María Ruipérez
36	No.-77 (Año III)	EL «CHE» GUEVARA	Teófilo Ruiz Fernández
37	Di.-77 (Año IV)	LISTER: LA DEFENSA DE MADRID	
		EL «TESTAMENTO» DE JOSE ANTONIO	José M. Gutiérrez Inclán
38	En.-78 (Año IV)	LA MUJER EN EL NACIONALISMO VASCO	Antonio Elorza
		ROMANCERO DE LA GUERRA CIVIL	José Monleón
39	Fe.-78 (Año IV)	LOS CARLISTAS EN LA GUERRA DE ESPAÑA	Josep Carles Clemente
		ULTIMA ENTREVISTA CON FAL CONDE	J. C. C.
40	Mar.-78 (Año IV)	STALIN Y SUS FANTASMAS	Eduardo Haro Tecglen
41	Ab.-78 (Año IV)	LA CEDA Y LA II REPUBLICA	José R. Montero
		EDWARD MALEFAKIS	María Ruipérez
42	May.-78 (Año IV)	EL MAYO FRANCES	José M.ª Solé Mariño
		TRES MARTIRES	Cipriano Rivas Cherif
43	Jun.-78 (Año IV)	GOYA	José M.ª Moreno Galván
		JORGE ELIECER GAITAN	Ricardo Dessau
44	Jul.-78 (Año IV)	LENIN, PASO A PASO	Ricardo Muñoz Suay
		ARTOLA	María Ruipérez
45	Ag.-78 (Año IV)	DEL CUARTEL DE LA MONTAÑA AL QUINTO REGIMIENTO	Manuel Carnero
		GABRIEL JACKSON	María Ruipérez

* Agotados.


Si desea algún número atrasado de TIEMPO DE HISTORIA puede solicitárnoslo utilizando el cupón que se publica en la página anterior.

EN ESTE NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

Honoré Daumier

José M.ª Moreno Galván



Hombre examinando una carpeta de grabados
París, Petit Palais
Oleo sobre lienzo, 1860